AUTORA BESTSELLER *USA TODAY*

SAV R. MILLER



PROMESAS Y GRANADAS

Muerde la fruta, rompe las reglas

MONSTRUOS Y MUSAS

MOLINO

SAV R. MILLER

PROMESAS Y GRANADAS

Traducción de Míriam Lozano

MOLINO

A mi yo de trece años. Tu obsesión por la mitología griega, los chicos malos y las novelas románticas te acabará trayendo hasta este punto. Estoy orgullosa de ti.

Debemos llevar nuestra propia luz a la oscuridad.

CHARLES BUKOWSKI

Playlist

«Pomegranate Seeds», Julian Moon
«love race», Machine Gun Kelly con Kellin Quinn
«Forever Yours», Grayscale
«She’s a God», Neck Deep
«Goddess», Jaira Burns
«Gossip», Sleeping with Sirens
«Massacre», Kim Petras
«Devil I Know», Allie X

Nota de la autora

La historia de Kal y Elena es un *dark romance* contemporáneo basado ligeramente en la estructura y los personajes del mito de Hades y Perséfone.

El lector ha de tener en cuenta que no es una novela de fantasía, un romance con base histórica ni una recreación fiel del mito.

Que este libro se haya catalogado como *dark romance* significa que contiene pasajes con descripciones de actos violentos, escenas sexuales explícitas y situaciones adultas que pueden no ser apropiadas para todos los lectores. Si quieres una lista detallada de todos los avisos de contenido, visita savrmiller.com.

Prólogo

Kal



De niño me acostumbré al silencio.

El tipo de silencio que se encuentra de noche en una habitación de hospital, agazapado entre el pitido intermitente y monótono de un monitor de constantes vitales y el rítmico goteo del suero. Cada vez que los enfermeros entraban para sacarle sangre a la paciente o venía un familiar a mostrarle su falso apoyo moral, mi cuerpo anhelaba ese vacío.

Me enamoré de la quietud innata que destilaba, la calma que ofrecía, los secretos que se escondían en sus profundidades. Aprendí a buscar ese silencio como una fuerza que me anclara al suelo cuando me veía desbordado por el caos. Terminó por convertirse en una necesidad; la adicción más difícil de controlar, y acabó derivando en una obsesión, en una enfermedad.

Mis compañeros de universidad y los del trabajo después lo llamaban «trastorno psicológico». Decían que mi cerebro estaba programado para cortocircuitar bajo ciertos estímulos. A veces bastaba con cualquier ruido. Me hacía sentir débil, disfuncional.

Por eso ansiaba encontrar una vía de escape; algún lugar al que

pudiera acudir para no perderme en el ruido; un lugar donde dar rienda suelta a la violencia codificada en mi ADN, donde saciar la sed de muerte y destrucción que formaba parte de mi ser.

Jamás concebí trabajar para Rafael Ricci como algo permanente. Él era el capo de la que fuera la familia criminal más importante de Boston y también quien me sacó de las calles y me ofreció una vida de lujo. A cambio solo tenía que ensuciarme un poco las manos. Igual que sucede con tantas cosas, fui perdiendo el control paulatinamente.

Descubrí que disfruto del regusto que me deja en la lengua la brutalidad. Adoro esa forma en que florece como un brote saliendo de la tierra y que despierta en mí una pasión incomparable; una desesperación que solo se ve satisfecha al sentir el latido de un corazón ajeno entre las manos; ese aleteo delicado e inherentemente humano aterrorizado que enmudece a mi paso.

No consigo sofocar ese deseo hasta que tengo las manos manchadas de la sangre de los cuerpos que he mutilado. Esas mismas manos que vinculé a un juramento hipocrático.

Dejo que la oscuridad anide en mi interior y se manifieste a través de mis obligaciones hacia una organización a la que me uní sin saber lo que hacía. Antes me bastaba con la bondad inherente a mi profesión de médico para absolverme de mis pecados. Jamás me supusieron un dilema moral hasta que la sangre vertida consiguió difuminar las líneas divisorias que separaban mis dos vidas.

Hasta que llegó Elena, la fruta prohibida. Perséfone y yo su Hades, como solían llamarme. Ella es la primavera en un mundo repleto de muerte y destrucción. Una mujer a quien menosprecié hasta que me vi cegado por una nueva obsesión; hasta que probé la humedad en su piel tersa, el sabor de su excitación fulgurante en los dedos, la sal de sus lágrimas, mientras hacía saltar por los aires los

últimos vestigios de su inocencia.

Fuera cual fuera su intención, esa noche se entregó a mí; me entregó su alma en señal de rendición, por mucho que fingiera haberlo decidido ella.

Me marché de su dormitorio como se suele ir la Muerte: en silencio, antes del alba, con la certeza de que volvería a por lo que era mío.

1

Kal



Gluglú.

Gluglú.

Gluglú.

Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula. Fulmino con la mirada a mi jefe mientras bebe de una taza de té ardiente y ve el vídeo que se está reproduciendo en su ordenador.

El ruido que hace con los labios al sorber la bebida me está poniendo de los nervios, como si estuviera tratando de cortarlos con un cuchillo desafilado. En el tiempo que tarda en empujar el papel en mi dirección, dejar la taza en la mesa y quitarse las gafas he imaginado todas las formas en que podría acabar con su vida.

Una sobredosis de insulina sería lo más limpio y lo más rápido, pues guarda su glucómetro y las plumas de insulina en uno de los cajones de su escritorio, arriba a la derecha, al alcance de todos.

Supongo que la mayoría de los hombres no se tomaría la molestia de investigar la metodología de un asesinato. Prefieren hacerlo rápido y deshacerse del cuerpo sin importarles si dejan pistas. Para eso pagan a la Policía. Lo único que les importa es

lanzar un mensaje inequívoco para mantenerse en el poder. Por eso una sobredosis no les resultaría satisfactoria. Sobre todo si lo comparas con abrirle el pecho en canal a tu víctima, romperle las costillas y separarlas todo lo que dan de sí para cercenar su corazón latente mientras sus ojos se van vaciando de vida.

Sostener la vida de alguien en tus manos es una experiencia mágica; una simetría que se encuentra en la naturaleza y que te brinda la oportunidad de condenar a los monstruos a un destino espeluznante, o de sanarlos. Están a tu merced. Alguien como Rafael Ricci jamás podría ser capaz de imaginarse esa clase de poder; esa es la razón por la que me tiene a mí.

Rafe se pasa la mano por la barbilla afeitada, se quita las gafas, se sienta en su silla de cuero y me mira a la cara. Me inspecciona con sus ojos oscuros sin dejar traslucir nada, ni una pista de lo que ocurre tras ellos.

Me cruzo de piernas y me llevo la mano enguantada a la rodilla mientras espero. Llevamos casi veinte años trabajando juntos. Ya sabe que no va a librarse de mí fácilmente. Si quiere quedarse sentado en silencio hasta que uno de los dos dé su brazo a torcer, por mí estupendo. Es la vida de su hija la que está en juego.

Rafe chasquea los dedos y les hace un gesto a los dos guardaespaldas fornidos que hay en el despacho para que se marchen. El grueso anillo de oro que lleva en el dedo pulgar refulge a la luz de la lámpara.

Abre uno de los cajones de su escritorio y saca una licorera con el emblema de la familia Ricci y dos vasos de cristal. Sirve el alcohol en los vasos sin mediar palabra y empuja uno en mi dirección antes de llevarse el suyo a la boca y tomar un trago generoso. Le resbalan unas gotas hasta el cuello de la camisa blanca del traje, aunque no parece percatarse de ello. Yo cojo el vaso y lo sostengo en la mano

por encima de la rodilla sin beber de él.

Enarca una ceja y suelta un bufido.

—Es de mala educación rechazar las muestras de hospitalidad de tu jefe.

—Mi jefe sabe que no he venido a disfrutar de la hora feliz.

Apura la bebida de un trago, golpea con el vaso en el escritorio de madera y se limpia los labios con el reverso del puño de la camisa, sujeto con gemelos.

—¿A qué has venido, Anderson? Todavía no me lo has dicho.

—El vídeo habla por sí solo, ¿no crees?

—Lo que acabo de ver es a ti follándote a mi hija mayor, en mi casa, pese a que lleva prometida con otro desde que nació.

Me hierve la sangre al imaginar las manos de otro hombre tocándole la piel tersa y suave, los labios de otro hombre sobre su cuerpo, el ADN de otro hombre donde yo he dejado el mío primero. Agarro con fuerza el vaso y lo aprieto hasta que se me entumecen los dedos para atemperar mi reacción. No me puedo permitir perder el control.

—Todos sabemos que la fidelidad no es el fuerte de los Ricci.

Le tiembla la mandíbula, pero no muerde el anzuelo. Tal vez no esté seguro de la aventura a la que me refiero: a la suya o a la de su esposa. Tampoco es que importe. Rebatir mi afirmación no le quita validez.

—Elena no es como nosotros —dice mientras contempla la foto de ella que hay en una esquina de la mesa. Lleva la toga y el birrete del instituto y está tumbada en un campo de flores. En primer plano se ve la Academia Fontbonne.

Es la viva imagen del éxito escolar, pese a saber casi con total seguridad que sus aspiraciones de ir a la universidad y desarrollar una carrera profesional iban a durar muy poco. Resulta muy

complicado tener intereses personales cuando tu sustento depende de que cumplas con ciertas obligaciones.

«Aunque eso no la detuvo a la hora de perseguirme a mí».

Me encojo de hombros, me inclino hacia delante para dejar el vaso sobre la madera y busco en el bolsillo de mi gabardina la carta que he guardado en su interior. La saco, la aliso contra la pierna y se la muestro.

—Y qué más da si es peor. Esta carta la he recibido en la casa que alquilo al otro lado de la ciudad —digo—. No me la han enviado por correo a la clínica gratuita en la que solía trabajar. La metieron directamente en el buzón que hay en la puerta de mi casa, lo que significa…

—Quienquiera que la haya mandado quería enviarte un mensaje. —Rafe se acaricia la barbilla con la yema de los dedos mientras ojea la página—. No tienes que explicarme precisamente a mí cómo funciona el chantaje, Kal.

Dejo la carta de un golpetazo en la mesa y la deslizo en su dirección.

—Estupendo. Entonces no será necesario que te explique que, si se han atrevido a dirigirse a mí, no tendrán ningún reparo en acercarse a Elena.

—Me gusta pensar que mi nombre pesa más en Boston que el tuyo —dice.

—Eso no es cierto. —Se pone rojo de la ira. Su irritación se va acrecentando con cada palabra que sale de mi boca—. Lo fue durante un tiempo, pero te volviste descuidado. El poco poder que te queda ahora te lo proporcionan las alianzas.

—Ten mucho cuidado, Anderson. —Me apunta con el dedo mientras se inclina hacia delante sin levantarse de la silla, con el pelo de la nuca erizado por el enfado—. Estás a punto de traspasar

la fina línea que separa la verdad de la falta de respeto, hijo.

Me espanto internamente al oír ese sobrenombre. Me encojo de hombros, inalterable ante sus tácticas intimidatorias. Es imposible conquistar sin miedo, y, entre los dos, siempre ha sido él quien me ha temido a mí.

—La cuestión es —prosigo sin hacerle caso— que el autor de esta carta ha dejado bien claro lo que quiere y cómo procederá de no hacerle caso. ¿Estás dispuesto a que toda la operación salga a la luz?

—Por favor. Los federales no van a meter las narices en este asunto a no ser que la Policía local les dé un motivo. Y ya sabes que no vamos a tener ningún problema con ellos; son más… de cooperar con nosotros.

—No estoy hablando de la Policía. Las familias con las que trabajas abandonaron el negocio de la droga en los ochenta. No creo que les siente bien enterarse de tus trapicheos con los Montalto en Maine.

La piel morena de Rafe se ruboriza ligeramente. Traga saliva y vuelve a observar la pantalla del ordenador.

—No puedo entregarles a Elena.

Doy un golpe con los nudillos en su escritorio y asiento con la cabeza.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

Me pongo de pie. Me aliso el traje con las manos y me abotono la gabardina negra. Retiro el USB del monitor, me lo guardo en el bolsillo y me doy la vuelta dispuesto a marcharme de allí.

Estoy decepcionado, pero no sorprendido. Pocas cosas le importan más que su imagen al antiguo rey del hampa de Boston. Al parecer la seguridad de su hija también es secundaria. Se me revuelve el estómago de solo pensarlo mientras me dirijo a la

puerta.

Había albergado la esperanza de que fuera sencillo. El plan que había trazado, mi libertad, dependía del deseo de Rafe de proteger a su familia. Ahora tendré que revaluar el siguiente paso.

Empujo la puerta con la mano y cruzo el umbral. Todavía no he salido del todo cuando oigo a Rafe aclararse la garganta a mi espalda. Me detengo sin ni siquiera volverme a mirarlo. Espero en silencio con la mano en la intrincada madera hasta confirmar que se trata de un sonido intencionado.

—¿Qué…? —Deja la pregunta sin acabar.

Giro la cabeza hacia un lado y observo la réplica enorme del *David* de Miguel Ángel que descansa junto a la pared: una combinación perfecta de la religiosidad de Rafe con lo que más detesta: el arte. Fue ese desprecio lo que plantó el gen de la rebeldía en su hija. Lo que la condujo hasta mí.

—No me hagas perder el tiempo, Ricci —le aviso.

Ese silencio tras dejar la pregunta a medias está acabando con mi paciencia. Sé que me estoy pasando de la raya, aunque también sé que no va a hacer nada al respecto. ¿Cómo se controla a la Muerte cuando esta conoce cada una de tus debilidades?

Exhala un suspiro y lo intenta de nuevo.

—Podrías protegerla tú.

Parpadeo mientras se me revuelven las entrañas como si se hubiera levantado una tormenta tropical en mi interior. Doy un paso atrás, cierro la puerta y me giro en su dirección. Observo la fotografía que hay en su escritorio y me pierdo en los ojos color *cappuccino* de Elena antes de asentir.

—Podría.

Se da un golpecito con el dedo en la barbilla antes de reposar ambas manos en la mesa y juguetear con el anillo que lleva en el

pulgar.

—¿Qué hacemos con Mateo? No va a renunciar a ella sin pelear.

Noto la satisfacción hasta en el tuétano. Me siento mareado, casi embriagado. Todo está saliendo según había planeado.

—Ya me ocupo yo de él.

Rafe entrecierra los ojos inspeccionándome de nuevo y coge aire a través de los dientes. Ese sonido de chupeteo se convierte en un detonante inesperado. Siento la ansiedad como una descarga que se apodera de mí antes de que pueda controlarla.

Mi cuerpo responde de inmediato, cada vez con más urgencia, mientras continúa limpiándose los dientes con la lengua. Se me tensan los hombros y se me están agarrotando los músculos al sentir la necesidad salvaje de acabar con ese sonido. Se me nubla la visión y, por un instante, me lo imagino hundido en la silla con una bala rasgándole la carne y el hueso de la frente. Me veo cubierto con su sangre mientras le arranco de cuajo el cartílago y le desuello las orejas, como si fuera un granjero recolectando verduras.

Su voz consigue sacarme de la ensoñación. Parpadeo para despojarme de ese pensamiento intrusivo mientras mi cuerpo se va reajustando a la realidad.

—Sé muy bien que no trabajas gratis —dice Rafe—. ¿Qué quieres a cambio?

Cojo una bocanada de aire, empapándome del aroma a puro y licor caro, y ahogo la sonrisa que a punto está de escapárseme. Una sensación de alivio sustituye a la violencia y noto que se me acelera el corazón.

Me viene a la mente el poema que le dejé a Elena una vez; una promesa que no dejaba de ser una amenaza velada, aunque en ese momento no lo supiera: «Dis, en apenas un instante, la vio, la admiró y la raptó. Así de rápido es el amor». El rapto de Proserpina.

En este caso no se trata de amor, sino de algo más siniestro y letal.

Pienso en la fotografía que guardo en la cartera: ojos marrones como los míos, cabello moreno peinado en dos trenzas de raíz. Me duele el pecho al pensar en ella, en mi hermana, la persona por la que hago esto. Me ayuda a reafirmarme en mi decisión: si quiero tener una oportunidad de conocer a la hermana que perdí hace tanto tiempo, tengo que hacer esto. No hay otra forma.

Miro a Rafe a los ojos con las cejas enarcadas.

—Quiero el alma de Elena.

2

Elena



La mayoría de las chicas que conozco han crecido fantaseando con la boda de sus sueños.

Mi hermana Ariana, más pequeña que yo, soñaba con colores pastel y blanco virginal, aunque de eso tuviera poco. Llevaba años haciendo *ballet*, así que tenía una idea muy clara de la canción y el baile con los que sacaría a nuestro padre y ella luciría resplandeciente. Incluso Stella, la más pequeña de las tres hijas Ricci y la más inteligente, había diseñado el menú en una servilleta que utilizaba como punto de lectura para sus libros de texto.

Yo, sin embargo, planeaba mi funeral. Hasta el día de hoy, el ataúd de mármol y los ramos de dalias y lirios no parecían más que un sueño; un delirio que había imaginado para sobrellevar la cruda realidad a la que me enfrentaba.

Salvo que ahora, al contemplar mi reflejo en el espejo y a mi madre tratando de abrocharme el vestido, me doy cuenta de que es muy posible que una boda y un funeral sean la misma cosa. Mi enlace con Mateo de Luca, el *playboy* favorito de Boston y el más voluble, marca el fin de mi vida como la he conocido hasta ahora.

—*Dio mio!* Mete barriga, Elena —salta Mamma, haciendo palanca con el codo en mi cadera mientras tira del vestido—. Te tomaron las medidas del traje hace tan solo dos semanas. ¿Cómo puedes haber engordado tanto en tan poco tiempo?

Su pregunta consigue que me ponga colorada. La vergüenza me rebana la piel a tiras como si se tratara de un cuchillo romo.

—No son más que un par de kilos —contesto mientras cojo aire todo lo que puedo, obediente.

—Seguro que son los nervios o retención de líquidos —dice mi tía Antonella desde la cama, donde se sienta mordisqueando una fresa bañada en chocolate que ha cogido de la bandeja que nos han enviado para el almuerzo—. O puede que sea por todas las horas que se pasa leyendo.

—Ya ha tirado la toalla. Hoy en día las jóvenes ya no pasan por la fase de la luna de miel. —Nonna, mi abuela paterna, vuelve a entrar en la habitación en el momento justo con una caja azul en las manos.

—Explícate, Frankie.

Nonna se encoge de hombros.

—En mis tiempos las mujeres esperaban unos cuantos años antes de abandonarse. Hoy en día mantener la figura no es más que una opción y después se preguntan por qué la mitad del país acaba divorciándose.

Mamma da el último tirón mientras canturrea dejándome sin aire en los pulmones. Da un paso atrás, se retira un mechón negro de la cara y resopla dando por terminada la tarea.

—Ya está. Menos mal que elegimos lazos en lugar de cremallera.

Me pongo de todos los colores. Observo cómo me queda el vestido de manga larga: me fijo en la planicie de mi estómago mientras pienso en el escote excesivo que Ariana se empeñó en que

llevara y que se esconde debajo de ese vestido tan conservador. «Es la primera vez que Mateo te va a ver desnuda —me dijo con una sonrisa en la sección de lencería de la tienda de vestidos de novia—. Que vea lo que se ha estado perdiendo».

Lo cierto es que la única persona en la que desearía despertar algún sentimiento, aunque fueran celos, ni siquiera va a venir a la boda. Tampoco es que vaya a ver lo que llevo puesto debajo del vestido. Otra vez no.

Me cruzo de brazos y le doy la espalda al espejo sintiendo retortijones en la tripa de la vergüenza. Perlas de sudor me resbalan por la espalda y me humedecen el nacimiento del pelo, así que decido entretenerme con la organización de las mesas para asegurarme de que están todos los invitados.

Nonna se acerca a mí, se chupa el dedo pulgar y me lo pasa por la mejilla.

—Antonella, ve a buscar el neceser del maquillaje. Más nos vale tenerlo cerca si sigue sudando de esta manera.

Mi tía sale corriendo de la habitación. Al abrir la puerta, veo momentáneamente el recibidor de la casa de Luca y el ajetreo de los camareros antes de que vuelva a cerrarse. Me invade el aroma a langosta y salsa marinara, consiguiendo que me ruja el estómago.

No he comido nada desde la cena de anoche, pero ahora que mi peso se ha convertido en un motivo de preocupación sé que si intento probar bocado antes de la ceremonia mi madre me rebanará el pescuezo.

¡Dios me libre de tener un pelo descolocado el día de mi boda si no ha sido ella quien lo ha puesto ahí! Para mi familia, lo más importante siempre ha sido la imagen, sobre todo estos últimos años, cuando han tenido que prescindir en buena medida del crimen organizado. No han llegado a abandonarlo por completo, pero ya no

se involucran demasiado. Todo lo que sucede ocurre entre bastidores, escondido entre las sombras. Papà y sus hombres, así como el resto de familias del país, han de ser cada vez más habilidosos en cómo dirigen sus negocios. «Hay que controlar los medios —suele decir mi padre—. De esa forma controlas el relato».

Si la gente no cree que formes parte de una organización criminal violenta, no se le va a ocurrir denunciarte por ello. Por eso me caso con el heredero del conglomerado mediático más importante de Boston, pese a que el único sentimiento que albergo hacia mi futuro marido es el desprecio.

Tampoco es que importe lo que siento yo. Al menos en este mundillo. Lo único que le importa a la *famiglia* es que mantenga un perfil bajo y cumpla con mis obligaciones, que los ayude a mantenerse en el poder de la forma más rancia posible.

Mamma se lleva las manos a las caderas y me mira de arriba abajo con los ojos entornados, suspirando. De las tres hijas Ricci, yo soy la única que ha salido a ella, a Carmen, la hermosa joven que se presentó en sociedad en su día. Comparto con ella la melena oscura y los ojos color miel. Mis hermanas son más rubias, como Papà.

Soy consciente de que nuestro parecido afecta a cómo me ve. Por eso siempre encuentra diminutos defectos que criticar, porque para ella ya es demasiado tarde. Ojalá que saber estas cosas me ayudara a enfrentarme a su juicio, pero nada más lejos.

—Muy bien, señoritas. Hay que marcharse ya. Tenemos que estar en la iglesia en media hora —dice Nonna mientras se acerca al rincón del dormitorio donde han dejado la bandeja de la comida. Coge una aceituna y se la mete en la boca, manchándose la yema de los dedos de carmín rosa chillón.

—Puf. —Un bufido que suena desde el recibidor precede a la figura esbelta de Ariana, que aparece de repente en el umbral de la

puerta. El vestido de noche naranja oscuro abraza su cuerpo de bailarina.

Al verla, se apoderan de mí los celos. Es alta, ágil y hermosa, mientras que yo me siento como el patito feo con este vestido de novia. Hago lo que puedo por tragarme ese sentimiento y trato de olvidarme de los comentarios de mi madre, que no paran de repetirse en mi cerebro.

—Otra vez no —murmura Mamma mientras me recoloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Nonna pone los ojos en blanco.

—Ariana, ¿podrías dejar de quejarte?

—No. —Mi hermana pestañea antes de abrir esos ojitos de corderilla de par en par al reparar en mí—. ¡Ay, la Virgen! Estás preciosa, E.

Le sonrío agradecida mientras siento una punzada de culpabilidad en las entrañas. No sé qué me pasa.

—Parezco una muñeca de porcelana.

—Ya se te pasará —dice mi madre descartando la idea con un gesto de la mano.

Mi hermana sofoca una risita y se cruza de brazos.

—¿Por qué tenemos que ir tan pronto? Los invitados no empezarán a llegar hasta dentro de dos horas.

—Porque, *nipotina*, estamos a cargo de la organización. A ver si pensabas que iba a dejar en manos de cualquiera la boda de mi primera nieta.

Nonna le guiña un ojo y se acerca a mi hermana, la coge de la cintura y le da un empujoncito para que salga de la habitación.

—Ya casi estás, *carina*. Tienes algo prestado, algo azul…

Mi madre busca por la habitación con los labios fruncidos hasta localizar la caja que había traído antes Nonna. La coge con cuidado,

levanta la tapa y saca una tiara con velo. Me doy la vuelta y la veo acercarse a mí a través del espejo. Me roza con los dedos las sienes al colocarme la diadema y asegurarla con unas horquillas que se saca del bolsillo.

Me recoloca el velo para que me caiga sobre los hombros de forma que me cubra la melena y se le escapa un gritito de satisfacción.

—Perfecta —dice estrechándome en sus brazos—. Mateo se va a quedar mudo cuando te vea en el altar.

Siento el temor en las entrañas como si fuera cemento, solidificándose hasta el dolor con el peso de la indecisión.

—¿Tú también te sentías así? —pregunto con suavidad, a sabiendas de que compartimos algo más que la apariencia.

—¿A qué te refieres?

Me mordisqueo el interior del carrillo, dudosa.

—¿Te sentías como si te dirigieras a tu funeral?

Baja la mirada hacia sus manos, con los dedos repletos de anillos, que siguen apoyadas en mis omóplatos. Ladea la cabeza, pensativa, con la mirada perdida durante unos momentos.

—Aprenderás a hacer de tripas corazón —dice por fin, besándome la frente.

Me suelta con una sonrisa, aunque no parece sincera. Es una sonrisa débil e insegura, quebradiza, cuyos restos se esparcen por el suelo rotos en mil pedazos.

Carraspea, da una palmada y un paso atrás.

—Ya estás, *figlia mia*. Lista para ser la novia.

Observo mi imagen en el espejo y lo que veo es a una rehén atrapada en un elegante vestido blanco. Aun así, asiento con la cabeza.

—¿Nos vamos?

Mamma asiente a su vez.

—Creo que…

—¡Señorita Ricci!

Una de las camareras entra a toda prisa en la habitación. Tiene las angelicales mejillas coloradísimas, casi tan brillantes como su pelo. Se inclina hacia delante y se agarra las rodillas para recuperar el aliento mientras levanta una mano para indicarnos que esperemos un segundo.

—El señor De Luca solicita su presencia.

Hago rechinar los dientes del enfado y se me eriza la piel.

—Da mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Además, paso de estar más rato con él del estrictamente necesario.

—Por favor, señorita. No se encuentra bien y ha dicho que solo hablará con usted.

Suspiro y miro a Mamma, que se encoge de hombros.

—Dicen que la suerte la forja una misma, ¿no? —Me da un beso en cada mejilla, se cuelga el bolso del hombro y se dirige a la puerta —. Soluciónalo y ven a la iglesia en cuanto puedas.

En silencio, me fijo unos segundos en la pegatina con el nombre impreso en mayúsculas que lleva la empleada: MARCELLINE. Me pregunto si se trata de una de las artimañas de Mateo para provocar una pelea, o de algo peor. Pero no quiero montar una escena y retrasar lo inevitable, así que sigo a la mujer por el pasillo hasta el dormitorio de mi prometido.

Me detengo al entrar. Parece una habitación de invitados, como en la que acabo de estar, sin recuerdos ni efectos personales que abigarren las paredes ni el armario. Es como si el dormitorio perteneciera a un fantasma.

«O, más bien, a alguien a punto de convertirse en uno», pienso

al ver a Mateo sentado a los pies de la cama.

—Pero ¡qué coño! —digo entre dientes mientras corro a su lado.

Se inclina hacia delante con las manos a la altura del estómago y vomita con violencia en una papelera de plástico.

—Joder, Mateo. ¿Qué ha pasado?

Se atraganta al coger aire mientras me mira con ojos vidriosos. Sus iris marrones parecen presas del pánico. La piel que le queda a la vista es de un rojo carmesí. Alarga la mano de forma extraña como si intentara agarrar el aire antes de que le vuelva a salir el vómito disparado del cuerpo.

—Se rumorea que es por algo que ha comido —dice una voz a mi espalda—, aunque no lo parezca.

Reconozco esa voz mejor que la mía. Me acaricia la piel, esparciendo su cálido aliento por mi nuca. Sé que está cerca.

—¿Qué opinas, pequeña?

Una película de sudor humedece la frente de Mateo, quien suelta la papelera, que se cae al suelo, al entrar en estado espasmódico.

La voz se materializa a mi lado haciendo que se me revuelva el estómago. Noto el sabor de la bilis en la garganta al sentir la manifestación física del fantasma del que llevo semanas tratando de librarme.

Guardo silencio, agarrotada por el miedo, que me araña con sus zarpas mientras contemplo, indefensa, a mi prometido retorcerse y babear en la cama sufriendo un ataque sin que nadie haga nada. Ni siquiera el hombre que está a mi lado, que es médico. Que esté aquí en este preciso momento me demuestra que ha venido como el matón de mi padre; que esto ha sido un encargo.

El cuerpo de Mateo se desangra en pocos minutos. Observo a Kal Anderson por el rabillo del ojo e intento reconciliar este ser con el hombre por el que solía sentir algo. El hombre que me desvirgó

hace ocho semanas y que desapareció antes del alba, dejándome cubierta de cicatrices.

Su pelo, negro como el azabache, está enmarañado, como si se hubiera pasado el tiempo revolviéndoselo con las manos; su mandíbula es tan afilada que podría cortar un cristal con ella y lleva barba de pocos días. Tiene la estructura ósea de un Adonis, aunque en sus ojos se intuye al diablo que se rumorea que es.

Su figura se cierne sobre mí. Nunca había conocido a alguien tan alto como él. El tejido negro de su traje caro le queda como un guante y le marca los músculos y las curvas de su cuerpo delgado y robusto.

Levanta la mano enguantada para mostrarme la pantalla de un móvil y entonces me doy cuenta de lo que está sucediendo, del motivo por el que me han hecho venir.

—Tenemos que hablar.

3

Kal



Se me pone dura al ver a Elena humedecerse los labios carnosos con la lengua. No aparta su dulce mirada del fiambre. Intento centrarme en lo que tengo entre manos y mirar hacia otro lado, pero no puedo dejar de pensar en esos labios rodeando mi polla, chupándomela como si le fuera la vida en ello.

—Has vuelto —susurra sin dejar de pestañear. Como si le costara creerse lo que ven sus ojos—. ¿Está…?

—¿Muerto? —le pregunto mientras pulso sobre el icono de pausa del teléfono para detener el vídeo. Me lo meto en el bolsillo del abrigo, asiento con la cabeza y aparto por fin la mirada de sus labios para fijarme en los ojos vacíos de Mateo—. Lo está, te lo aseguro.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Contemplo el sube y baja de la respiración, sus pechos aprisionados tras la tela de encaje blanco del vestido, que parece una funda. Nunca la había visto tan tapada y, aun así, la tela se amolda a su cuerpo como si se tratara de una segunda piel. Su apariencia resulta pecaminosa.

Puede que sea por la situación, por estar de pie con el vestido de novia puesto junto al fiambre de su prometido; sin embargo, juraría

que su cuerpo solo ha reaccionado ante mí, como si la muerte no fuera con ella.

Se agacha y le lleva dos dedos a la yugular a Mateo para tomarle el pulso. Se me tensan los hombros. Solo pensar que le ha dejado restos de ADN en la piel me pone de los nervios. No porque me importe que la impliquen en el asesinato. En unas horas dejará de ser relevante. Simplemente no quiero que lo toque.

La tiara atrapada en su pelo la acompaña en sus movimientos y se le ha corrido el rímel. Parece triste, derrotada, aunque tengo claro que está muy lejos de sentirse así.

Durante años solo la vi o hablé con ella de pasada. Hasta que cumplió los dieciocho, cuando empecé a vigilarla para devolverle un favor a su padre. Por aquel entonces todavía no se había apoderado de mí la depravación ni me había rendido ante ella cuando me pidió que la deshonrara.

Sé todo lo que hay que saber de la mujer que tengo delante. Conozco sus poemas favoritos: «La máscara de la anarquía» de Shelley y «Mi última duquesa» de Browning; lo que prefiere para desayunar: tostada de pan integral con mantequilla de cacahuete y fruta. También sé que le encanta aprender. Si tuviera elección, estudiaría literatura en lugar de cómo enseñarla.

También conozco el pequeño tatuaje de una granada que tiene bajo el pecho. He trazado su contorno con la punta de la lengua. Sabe igual que la fruta: explosiva y absolutamente cautivadora, el tipo de manjar al que quieres hincarle el diente. Y vaya si lo hice. Su sangre sabe igual de dulce.

Sé que se siente atraída por la oscuridad. La he observado deleitarse con la tenue actividad de las estrellas mientras la luz de la luna le bañaba la piel pálida más veces de las que estoy dispuesto a admitir.

Al contemplarla en ese estado de confusión, sé que no es la muerte de su prometido lo que la preocupa. Eso es solo un espejismo, como lo habría sido su matrimonio; una farsa para la prensa que dejara en buen lugar a su padre mientras destruía lo que quedaba del alma que destrocé yo hace semanas.

Elena se sorbe la nariz y, por un instante, temo que se vaya echar a llorar. Me apoyo en los talones por si tengo que llevármela de allí antes de que se ponga histérica. En lugar de eso, pasa la mano por el pecho de Mateo y la mete por debajo de la solapa del traje. Cuando aparta la tela de la chaqueta dejando a la vista la camisa ensangrentada, me doy cuenta de que no se estaba sorbiendo la nariz; estaba oliéndolo.

Una descarga eléctrica de excitación me recorre la espalda y me golpea como un relámpago, calcinándome los huesos. Tal vez no sea una presa. Tal vez mi pequeña Perséfone esté preparada para el destino que le aguarda.

Mira fijamente la herida, donde sigue clavado mi cuchillo de mango curvo, y mueve ligeramente la cabeza.

—Es un seguro.

—¿Cómo dices?

Vuelve a colocar la chaqueta en su sitio y se encoge de hombros.

—Le has clavado el puñal para asegurarte, ¿no? Por si acaso no funcionaba lo que le habías preparado.

Me dispongo a negarlo todo. La necesidad de distanciarme del crimen forma ya parte de mí, pero decido no hacerlo. ¿De qué serviría si ya sabe que he sido yo?

Una parte de mí, la más enferma y trastornada, la que se oculta en los recovecos más recónditos de mi cerebro, quiere que lo sepa; que vea de lo que soy capaz, que entienda lo que les ocurre a quienes me desafían.

Mateo decidió seguir adelante con la boda después de haberle advertido que buscara la manera de cancelarla. Eso decantó la balanza. No podía dejar que arruinara mis planes y me la arrebatara, por lo que no me quedó más remedio que deshacerme de él.

No suelo ser tan desastroso y descuidado con mis trabajos. Prefiero dedicarles el tiempo necesario, averiguar las peculiaridades de mis objetivos: lo que disfrutan y lo que les quita el sueño por la noche. Pero su existencia se convirtió en una amenaza y tuve que eliminarlo con rapidez. De lo único que me arrepiento es de que ella no me ayudara a envenenarlo.

Elena exhala un suspiro prolongado y se vuelve hacia mí con la barbilla levantada. A diferencia de la mayoría de la gente que conozco, ella no se siente incómoda cuando la miras a los ojos. Me devuelve la mirada desafiante, como si supiera que es precisamente eso lo que espero de ella y no pudiera resistirse a complacerme. La única esperanza que me queda es que siga así de dócil en unos instantes.

Me observa detenidamente como si pudiera ver mi interior incandescente bajo este exterior frío y corrompido. Avanzo hacia ella como si mi cuerpo estuviera atrapado en su campo magnético y se dejara llevar por su calidez. Sus iris color miel brillan como un metal precioso derretido y, sin poder evitarlo, levanto la mano para acariciarle las puntas del pelo color chocolate.

—¿Por qué? —me pregunta sin un ápice de emoción.

Me hace dudar. Rozo su cuerpo con los dedos al bajar la mano.

—¿Por qué no?

—Es una forma muy egoísta de ver las cosas.

Enarco las cejas, sorprendido.

—¿Te he dado la impresión de que no soy egoísta?

Con un bufido, se mete las manos debajo de las axilas y se cruza

de brazos.

—Supongo que no había perdido la esperanza.

La puerta del dormitorio de Mateo se abre despacio a nuestra espalda y aparece por la abertura la cabeza de Marcelline, la chica pelirroja que trabaja para mí. Echa un vistazo al interior con sus grandes ojos azules antes de entrar con una bolsa de lona sobre el hombro y cerrar la puerta tras de sí.

Elena no le quita ojo de encima. Me entrega la bolsa bajo su atenta mirada, que arde de la rabia pese a que mi empleada no ha mirado más allá de mi clavícula. En lo único en lo que se fija Elena es en que los dedos pálidos de Marcelline han rozado los míos, y su cuerpo suave desprende oleadas de ira. Resulta deliciosamente embriagador.

No suelen gustarme los celos en una mujer, pero que esta diosa vernal los sienta por mí es como encontrar el terreno abonado y listo para plantar mi semilla. Son los cimientos de la degeneración, esa emoción morbosa que pienso utilizar para construirnos a nosotros dos desde sus escombros.

—Marcelline —digo despacio cuando se aparta mi empleada.

Se detiene con el ceño fruncido. Posiblemente se esté preguntando si voy a volver a pedirle demasiado. Tendré que ofrecerle un incentivo y unas vacaciones, ya que la he involucrado más de la cuenta. Aunque he aprendido que, para algunos, la lealtad es un pequeño sacrificio. Así es como me he metido en este lío.

Abro la cremallera de la bolsa, saco de su interior instrumental de limpieza y lo coloco junto a la cama de Mateo. Empiezo por sacarle el puñal del pecho. Lo hago con cuidado para no salpicar con la sangre, que sigue manando de su cuerpo hasta que sale un último bombeo y se derrama desde la herida hasta el suelo de mármol. Qué idiota. ¿Por qué no lo habré cubierto con una lona de plástico antes

de empezar?

Limpio el filo de la navaja con un pañuelo. Después señalo hacia Elena con ademán desenfadado.

—¿Conoces ya a mi futura esposa? —pregunto a Marcelline, disfrutando del silencio que provoca la pregunta. Es el tipo de silencio que me esfuerzo por crear, ese que corta el aire de un latigazo.

Me agacho, limpio la sangre con productos de limpieza hospitalaria y toallitas desechables y las tiro a la papelera. Cierro los ojos de Mateo con un dedo y lo tapo con la colcha hasta la barbilla, remetiéndosela a los lados.

Si no lo supieras, con el olor a producto de limpieza enmascarando la pestilencia de la habitación, no te darías cuenta de que está muerto.

—¿Cómo dices? —Elena es la primera en reaccionar a lo que he dicho—. ¿Tu qué?

Vuelve a abrirse la puerta y entra Rafael (justo a tiempo, como si le hubiera dado la entradilla la pregunta de Elena), seguido de un cura calvo que sostiene una biblia a la altura del pecho y que le dedica una sonrisa resplandeciente a Elena en cuanto la ve mientras admira su vestido de arriba abajo.

Me vuelvo hacia Marcelline.

—¿Habrá otro vestido por ahí que pueda llevar?

Niega con la cabeza.

—No, señor.

Suelto un suspiro, me paso la mano por el pelo y me pongo de pie mientras me quito los guantes de piel. Me repatea que Elena lleve para nuestra boda un vestido concebido para otro, aunque supongo que no me queda más remedio que aceptarlo.

Me quito el abrigo y lo dejo sobre la cama junto al cuerpo de

Mateo. Me aliso las solapas del traje. El cura habla en italiano y, a juzgar por la sonrisa que luce en su rubicunda cara, no tiene ni idea de lo que está ocurriendo. Es probable que crea que esta es la ceremonia para la que lo han contratado.

Elena mira a su padre y al cura que lo acompaña antes de volverse hacia mí. Con los ojos entornados y las narinas ensanchadas, parece que estuviera tratando de prenderme fuego.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunta con las manos en un puño.

Nadie le responde de inmediato. Supongo que están esperando a que dé yo una explicación. Como si hubiera intuido que iba a moverme, Elena se estremece en cuanto avanzo hacia ella, y se lanza hacia la puerta. Yo salto casi al mismo tiempo anticipándome a su plan de huida y agarrándola por la cintura con ambos brazos.

La apoyo contra mi cuerpo y siento la obscena presión de su culo turgente contra la polla. Giro con ella en brazos para colocarnos delante del cura, cuyos ojos muestran por fin el desconcierto.

Le susurra algo a Rafael, quien niega con la cabeza y le habla con calma. Acerco los labios a la oreja de Elena mientras intenta liberarse de mis brazos. Al parecer todavía no se ha dado cuenta de que ese espíritu indomable es lo que me atrae de ella. Cuanto más trata de liberarse, frotando su culo contra mí, más dura se me pone.

—Ten cuidado, pequeña.

Me muevo hacia delante para colocarle una mano sobre el vientre, clavándole la yema de los dedos. Coge aire de repente y se queda petrificada. No hay duda de que se ha percatado de la forma en que reacciona mi cuerpo ante ella. Que haya público no mitiga la excitación que se me acumula en la entrepierna. Si acaso, la intensifica al saber que está a mi merced. Un movimiento en falso y la humillaré delante de su padre más de lo que ya lo he hecho.

Le hago un gesto al cura con la mano que tengo libre mientras con la otra la mantengo atrapada.

—¿Qué coño estás haciendo? —sisea chocando su hombro contra mi barbilla—. No pienso casarme contigo.

—Me temo que no te queda elección.

—Papà —exhala mirándolo suplicante—. Ya has visto lo que le ha hecho a Mateo. ¿Por qué no detienes esto?

—Aunque quisiera, te aseguro que no hay nada que pueda hacer.

Fulmino al cura con la mirada y chasqueo los dedos para indicarle que prosiga.

—Mi padre es el hombre más poderoso de la ciudad —dice Elena, interrumpiendo al cura cuando comienza su sermón.

Doy un bufido.

—No lo es.

Rafe se yergue, pero decido ignorarlo. Lo sabe de sobra.

—Estamos aquí reunidos para celebrar uno de los momentos más importantes de nuestra vida: la unión de dos corazones en presencia de Dios. Aquí, en estos… aposentos, somos testigos de la unión del doctor Kallum Anderson y la señorita Elena Ricci en matrimonio.

Hay un silencio que hace dudar al cura.

—Ay, Dios mío —grita Elena, que empieza a luchar de nuevo—. ¿Qué coño? ¡Detén esto! ¡Suéltame!

Le tapo la boca con la mano y le hago un gesto al cura para que continúe.

—Por favor, prosiga.

Se humedece los labios secos, levanta la Biblia y sigue adelante.

—Si alguno de los presentes conoce algún motivo por el que esta pareja no deba casarse, que hable ahora o calle para siempre.

Los gritos de Elena me rebotan en el cerebro y siento la

vibración de la garganta en el antebrazo. Le tapo la boca con más fuerza y coloco un dedo bajo la nariz para bloquear ligeramente los orificios. No deja de gritar. El ruido sale amortiguado y roto hasta que empieza a faltarle el oxígeno.

Deja un grito estrangulado a medias y se detiene con la cara cada vez más roja. Enarco una ceja y alargo el cuello para mirarla a los ojos. Tiene una mirada salvaje, llameante en esos iris color miel. Una parte de mí desearía sentirse mal por forzarla. Por arrancarla de su mundo y llevármela al mío sabiendo que no se lo merece, pero está en peligro y esta es la única forma en la que mi plan puede funcionar. Así que, bien visto, ninguno de los dos tiene elección.

—Kallum, ¿prometes amar y honrar a Elena, en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, pase lo que pase hasta que la muerte os separe?

—Lo prometo.

Noto un pinchazo en el pecho al decirlo y el regusto amargo de la mentira en la lengua. El cura repite los votos matrimoniales para ella, que niega con la cabeza mientras le resbalan las lágrimas por la mejilla con la boca aún tapada por mí.

—Cuando retire la mano, quiero que lo digas. Di que aceptas. —Se le endurece la mirada y deja de llorar—. Te estoy ayudando. Di que aceptas —murmuro para que solo lo oiga ella—. O empezaré a liquidar a la gente que amas, uno a uno. Mateo ha sido solo el principio, pequeña. Después va tu padre si no haces lo que digo.

Se le escapa un gemido que consigue que se me endurezca la polla todavía más. Echa el aire por la nariz y retiro la mano poco a poco hacia abajo, preparado para volver a taparle la boca si vuelve a gritar.

Pero parece habérselo pensado mejor. Me mira a los ojos. Se niega a apartarlos de mí.

—¿Por qué? —susurra. Igual que cuando me ha preguntado lo mismo sobre Mateo, lo hace sin juzgarme por ello, como si solo quisiera averiguar mi razonamiento. Como si cada cosa que haces, por muy despreciable que sea, pudiera ser razonada si de verdad lo intentas.

Le coloco el pulgar en la barbilla y le inclino la cabeza hacia atrás. Estoy a punto de contárselo todo. Me muero de ganas de revelarle mis secretos, de desangrarme a sus pies, pero sé que no puedo arriesgarme. Todavía no. Antes tiene que ser mía.

Así que, en lugar de abrirle mi corazón, niego con la cabeza y le sonrío.

—¿Por qué no?

4

Elena



Cuando era más joven, tuve una profesora que juraba que la actitud tenía un poder infinito sobre nuestras vidas. Creía firmemente que el tiempo era un constructo social y que la gente tenía la habilidad de crear su propia realidad. Decía que los seres humanos estamos hechos de energía y que esa energía tiene cierto magnetismo que atrae aquello que tememos y aquello que deseamos, y que dependía de nosotros mismos proyectar el tipo de vida que queríamos tener al universo para que este nos lo proporcionara.

Por cierto que, para ser profesora de una escuela católica, no le pegaba nada…

Ante el umbral del «para siempre», mientras observo los ojos desalmados del hombre que lleva las últimas ocho semanas atormentando mis sueños, no dejo de preguntarme si lo que decía la hermana Margaret era cierto.

En las semanas posteriores a que Kal me abandonara en mi habitación el día de mi vigésimo cumpleaños, debí de soñar al menos una docena de veces que me secuestraba y me alejaba de Mateo. El sueño nunca iba más allá. ¿Habrán cobrado vida mis

pesadillas?

Miro a Papà, que parece fijarse en todo menos en mí mientras el cura continúa su sermón sobre el amor y cita a los corintios, como si no fuera más que evidente que todo esto es una farsa. Por el amor de Dios, si Kal todavía me tiene inmovilizada por la cintura y con la otra mano me rodea la garganta. Y estamos actuando todos como si esto fuera de lo más normal. Como si no acabara de amenazar a mi familia si no aceptaba casarme con él.

Siento el sabor de la traición en la garganta, que desciende como un líquido ardiente quemándolo todo a su paso hasta llegar al esternón. Intento librarme de su agarre una vez más, sacar la mano mientras trato de ignorar la presión de su polla dura, que hace que tenga que apretar los muslos.

Me agarra más fuerte aplastándome la cadera y hago una mueca de dolor. Echo la mano para atrás, paso la yema del pulgar por su pierna y le clavo las uñas en el muslo hasta que dejo de sentir los dedos. Sé que ha notado el ataque cuando me inclina ligeramente hacia delante apretando todavía más su pelvis contra mi espalda. Está tan empalmado que noto la polla entera, caliente y excitante, como si no lleváramos ropa.

Separa la mano de mi cuello unos instantes, dejándome una extraña sensación de vacío en la zona. Me aparta la mano de su pierna de un tirón y la coloca al lado de mi cuerpo justo antes de cogerme por la mandíbula y levantarme ligeramente la cabeza.

—Vuelve a hacer eso —me susurra al oído con un extraño tono en la voz— y tendré que follarte delante de todos.

Suelto un bufido y contesto con la voz igual de suave, igual de estrangulada:

—No te atreverías.

Alguna línea roja tiene que haber que ni siquiera Kal Anderson se

atreva a cruzar. Algo me dice que follarte a la hija de tu jefe, un capo de la mafia ni más ni menos, delante de sus narices sería la mayor falta de respeto.

—Claro que sí. Y tú disfrutarías de cada segundo.

«Si tú lo dices…».

Me levanta la barbilla y me pierdo en sus ojos: son tan oscuros, tan insondables. Parece que estoy mirando dos agujeros negros mientras trato de no perder pie.

—Yo no soy el enemigo, pequeña.

—Tampoco eres mi amigo.

Tiene un pequeño espasmo en el ojo izquierdo y baja la mirada hasta mis labios.

—En eso tienes razón —concede mientras me acaricia el labio con el pulgar y me pulsa el labio inferior como si fuera una cuerda de guitarra—. Soy tu marido.

Antes de que pueda protestar (aunque tampoco es que pueda decir mucho, porque he «aceptado» los votos) sube la mano hasta la cabeza, la enreda entre mi pelo y me besa en los labios.

Me sorprende tanto el ataque que me cuesta reaccionar. Kal no es de besar. Incluso la noche que me desvirgó, cuando me degradó de todas las formas posibles, no me rozó con sus labios en la boca ni una sola vez.

Recorrió con ellos cada centímetro de mi cuerpo, acarició con ellos la parte más sensible de mi carne, los utilizó para hablarle directamente a mi alma, pero no me besó. Y ahora que lo está haciendo no sé muy bien qué pensar.

Es un beso suave, casi dulce, sugerente. Guía mis movimientos antes de que pueda dejarme llevar y participar de él. Me agarra el pelo con el puño y me inclina la cabeza hacia atrás para llegar mejor, incitándome, engatusándome. Le llevo las manos al pecho y lo

empujo tratando de separarme de él en un acto reflejo. Cambia de postura y me asfixia, me consume con su calor al profundizar en el beso. Me quedo sin aliento cuando me mete la lengua y la entrelaza con la mía.

Me lame los dientes, el paladar, dejándome con ganas de más. Me sostiene con más firmeza con el brazo que tiene alrededor de mi cintura, de forma que nuestras caderas quedan encajadas. Las últimas fuerzas que me quedaban se derrumban y me pierdo en el beso. Me pierdo en él.

Se oye el ruido de los dientes arañando, el sonido de la cópula primitiva que hace que me arda el vientre. Un caleidoscopio de colores neón explota tras mis párpados mientras luchamos por marcar el ritmo del beso; nuestras bocas libran una batalla que mi mente es incapaz de comprender.

Es un beso casi doloroso. Duele igual que duele estar con Kal: es agudo y repentino, desgarrador; es un dolor que te destroza y aun así tu cuerpo ansía más. Como si lo necesitaras para subsistir.

De su garganta sale un gemido ronco, gutural, que se me aloja entre los huesos. El calor que noto en el vientre se extiende como un fuego descontrolado, quemándolo todo a su paso, hasta que estoy prácticamente subida en su cuerpo delgado intentando que repita ese sonido.

Alguien da una palmada arrancándome del momento: abro los ojos de repente y miro a los asistentes. El cura sonríe y canturrea algo en italiano que no comprendo, Papà tiene la vista fija al frente y Marcelline estudia con detenimiento las deportivas blancas que lleva.

Siento que me invade la vergüenza al apartarme de él, al tratar de zafarme de los brazos de Kal, que se resiste a soltarme. Me da un último beso ardiente en los labios antes de soltarme tan de repente que me tambaleo.

Me agarro a sus mangas para no caerme mientras cojo aire. Siento los labios hinchados, en carne viva, así que me paso un dedo por ellos. Intento guardarme esto en la memoria porque esta es la última vez que lo voy a besar.

—Los anillos —dice el párroco señalando nuestras manos—. Está usted saltándose pasos, señor Anderson.

—También te has saltado el cortejo, la pedida de mano o, ya puestos, pedir mi consentimiento para esto —murmuro sin quitarle los ojos de encima a Kal, que se mete la mano en el bolsillo del traje y saca una bolsita de arpillera.

—¿Habrías dicho que sí?

Parpadeo con el ceño fruncido.

—¿Cómo dices?

—Si te lo hubiera pedido. —Saca uno de los anillos: un aro sencillo de color negro, y se lo pone en el dedo. Después saca el mío —. ¿Habrías dicho que sí?

—Yo…

A decir verdad, sí que lo habría hecho; mi encaprichamiento con este renombrado asesino era tal que habría aceptado cualquier cosa que me hubiera pedido. Sin embargo, mi madre me dejó bien claro desde pequeña que jamás debería admitir algo así. Sería como firmar mi sentencia de muerte, así que, en lugar de decirle lo que pienso, niego con la cabeza.

—No.

Me arranca el anillo de Mateo de un tirón y lo tira al suelo. En su lugar coloca un anillo con un solo diamante.

Le tiembla la barbilla.

—Ah, ¿no?

Me aparto de él y me pongo las manos sobre los brazos.

—No, Kallum. No te habría dicho que sí. Estaba prometida…

—Eso no te impidió rogarme que te follara.

—Eso es distinto. Fue una…

—Pedimos estas bendiciones por ellos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —nos interrumpe el cura, que se acerca a nosotros y nos agarra por los hombros—. Por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer. —Duda un momento mientras nos mira con los ojos hundidos—. Esto… Bueno, supongo que puede besarla de nuevo, pero si va a hacerlo le rogaría que esperara a que salga de la habitación.

Kal levanta la mano y niega con la cabeza.

—No hace falta, padre. Nos vamos.

Marcelline acompaña al cura al exterior y cierra la puerta tras de sí. Kal se estremece con el ruido. Traga saliva y se acerca a la cama. Se agacha a recoger sus cosas sin prestarme ni la más mínima atención.

—Esto… —Enarco una ceja—. ¿Voy a poder dar mi opinión sobre algo? Ni siquiera sé qué está sucediendo. —Me giro hacia mi padre mientras señalo a Kal con el pulgar—. ¿Por qué no has hecho nada por evitarlo? Acaba de arruinar tu contrato con Bollente Media.

—No, de eso ya te encargaste tú cuando decidiste acostarte con él. —Papà me mira con dureza, claramente decepcionado—. Y como ni siquiera te molestaste en ser discreta, alguien lo grabó en vídeo y ahora están utilizando esa grabación para chantajear a la *famiglia*.

Se me forma un nudo en la garganta y se me sube toda la sangre a la cara al procesar mi cerebro lo que acaba de decir.

—¿Alguien estaba mirando?

Papà me mira asqueado, curvando los labios con desprecio.

—Siempre hay alguien mirando, *fliglia mia*. Y vamos a pagar todos por tu cagada.

Mira por encima del hombro hacia el cuerpo de Mateo y niega

con la cabeza.

—¿Y no podríamos decírselo a los Ancianos? Tiene que haber otra forma…

—Los que nos están chantajeando han impuesto una serie de normas que debemos seguir a rajatabla o nos delatarán. No tenemos ninguna pista de quién ha podido ser, así que nos tienen cogidos por los huevos. —Papà levanta la cabeza—. Además, si se lo contamos a los Ancianos harán que te maten.

Me viene a la cabeza lo que me dijo antes Kal: «Te estoy ayudando». Me escuecen los ojos por las lágrimas y trago saliva deseando que desaparezcan. Mi mundo acaba de ponerse del revés.

—Pensé que había elegido bien contigo para este contrato. Me he pasado toda la vida alejándote de los problemas. Estaba convencido de que, si te casabas, todo saldría bien. —Papà suspira antes de echarme un último vistazo—. Pensé que podía confiar en ti, Elena.

La tristeza trepa por mi espalda como la hiedra. Se abraza a mis huesos con tanta fuerza que siento que me voy a partir en dos. Sin pensarlo, alzo la mano en su dirección, buscándolo para que me consuele o para disculparme. Tal vez las dos cosas.

Daría cualquier cosa por borrarle esa mirada desesperada antes de que se abra un hueco en la profundidad de mi alma y no pueda deshacerme de él jamás.

—Papà, yo…

—Toma. —Kal me pasa un documento dejándome con la palabra en la boca. Miro hacia él y noto que se aprieta todavía más el nudo que siento en el estómago.

El certificado matrimonial del estado de Massachusetts.

De alguna manera, nada parecía real hasta ahora.

La ansiedad se abre paso por mi pecho atascándome las

arterias. Me tiemblan tanto las manos que se me cae el certificado.

—No puedo firmar eso.

Kal inspira despacio, coge el papel y me lleva de un empujón hasta la cama. Coloca el documento sobre el pecho de Mateo, me coloca un bolígrafo en los dedos, me agarra la mano y la guía para que firme.

El resentimiento me reconcome al verle falsificar mi firma con tanta sencillez como si lo hubiera hecho un millar de veces. Evito fijarme en el cuerpo inerte de Mateo. Estoy a punto de vomitar la cena de anoche. Cuando me suelta Kal, me aparto de él sofocando el llanto con la palma de la mano.

Si hubiera sabido que acostarme con Kal iba a derivar en esto, en la pérdida absoluta de mis libertades, jamás lo habría hecho.

«¿No?».

Cuando te has pasado la vida resignada a tu destino, aceptando lo inevitable, el más mínimo cambio de planes parece el fin del mundo.

Es cierto que no quería casarme con Mateo, igual que tampoco quería casarme con Kal, pero al menos sabía qué esperar de él. Hasta habíamos sido amigos tiempo atrás, antes de que se obsesionara con el poder y la violencia, y decidiera pagarlo conmigo cuando no obtenía lo que quería.

Sin embargo, eso sabía controlarlo. Llevaba varios años lidiando con ello y sabía sacarle partido. Siempre le devolvía los puñetazos hasta acabar con los nudillos ensangrentados. Eso lo podía controlar. Esto que ha ocurrido con Kal, sin embargo, son aguas ignotas. Jamás lo he visto con otra mujer, aunque imagino que habrá habido varias en sus treinta y dos años de vida.

Todavía no consigo entender que haya aceptado esta farsa. Al fin y al cabo, la última vez que nos vimos me folló hasta dejarme

desfallecida y se marchó antes del amanecer. Lo único que dejó tras de sí fue un poema escrito en un trozo de papel y una rosa negra. Incluso llegué a preguntarme si lo habría soñado todo.

El tacto tiene memoria.
Oh, dime, amor, dime,
¿qué debo hacer para matarlo y ser libre?

Si acaso, esas palabras de despedida, sacadas de un poema de Keats, indicaban que no quería verme más. Sin embargo, aquí está, forzándome a que me case con él y actuando como si no hubiera alternativa.

Papà se va a buscar a mi madre y yo me quedo observando a Kal, que continúa preparando la maleta. Noto un peso en las entrañas al recordar otra cosa que me dijo hace unas semanas: «Yo no soy como los chicos de tu escuela privada. Yo te mancillaré sin pensármelo dos veces». «Destrúyeme», le contesté. Confiaba en poder aguantarlo. Ahora no puedo dejar de preguntarme dónde coño me he metido.

5

Kal



—Esto sí que no me lo esperaba.

Me cruzo de piernas y ajusto el minutero de mi reloj para que vaya al compás con el reloj de pie que hay en el vestíbulo.

Pese a que las hermanas Ricci me lanzan miradas lascivas desde las escaleras y me observan como si fuera un animal del zoo, me cuesta concentrarme en algo que no sea el tictac desacompasado de los relojes. Normalmente me esfuerzo por evitar cualquier interacción social, con más razón si son adolescentes, pero no ha habido forma de evitarlo.

Elena se siente atrapada como un pájaro herido en una jaula de oro que no le quita ojo a la cerradura de la puerta por si viera la oportunidad de escapar. No me extrañaría que saliera corriendo. Como no puedo arriesgarme a que eso suceda, he tenido que volver a casa de los Ricci en la plaza Louisburg para asegurarme de que sus alas sigan cortadas. Por lo menos de momento.

No ha dejado de juguetear con la alianza durante todo el trayecto mientras me miraba por el rabillo del ojo de cuando en cuando. Como si no fuera a notar yo el peso de su mirada.

Ese es parte de mi problema con esta diosa: estoy hipercentrado en cada uno de sus movimientos. Estoy tan acostumbrado a vigilarla tras una pantalla que encuentro alarmante esta relación tan real. Eso no explica que se me ponga dura con solo notar su mirada, claro, pero ese es otro tema. No tengo ganas de pensar en ello ahora, sobre todo después del beso tan intenso que nos hemos dado.

Tengo que medir bien los tiempos si quiero que esto salga como espero.

—¿Sabéis qué, chicas? —les digo mirándolas a los ojos mientras me quito el reloj de la muñeca—: Las fotos duran muchísimo más.

La más pequeña de las hermanas, Stella, agacha la cabeza cuando las miro y juguetea con su trenza. Abre los ojos de par en par detrás de esas gafas cuadradas que lleva y le da un golpecito a su hermana mayor con el codo, haciendo ruiditos para que la siga.

Ariana, segunda en edad y belleza después de Elena, se ríe. Apoya los brazos sobre el pasamanos y se inclina hacia delante. No aparta la mirada ni amaga con recular. Una sonrisa maliciosa le ilumina los ojos oscuros.

—Qué lástima que los vampiros no salgan en las fotos.

—Muy ingeniosa. —Me sacudo un poco de tierra de los pantalones—. ¿Estás segura de que quieres ponerte en contra de tu nuevo cuñado? Sobre todo ahora que ha quedado establecido que se trata de un vampiro.

Se encoge de hombros y pasa junto a Stella para bajar las escaleras. Sus movimientos son ágiles, de gacela. Se nota que hace ballet hasta en las actividades más mundanas. Se detiene en el último peldaño y me mira con los ojos entornados y un brazo agarrado a los barrotes de la escalera.

—¿Qué le ha pasado a Mateo?

—No sé a qué te refieres.

—Lo que quiero decir es —dice sin dejar de mirarme—: ¿por qué no estamos en la iglesia viendo cómo se casa con Elena? ¿Por qué llevas aquí media hora y él ni siquiera se ha dignado a venir a luchar por ella?

Se me eriza el vello de la nuca. Me estoy poniendo de los nervios pese a no haber ningún motivo.

—Sabe lo que le conviene.

Vuelve a reírse y se cruza de brazos. El tono oxidado del vestido resalta el color de su piel. Lleva el cabello recogido en un moño impecable y los labios perfilados con carmín rojo intenso. Reflexiono sobre lo poco que se parecen las hermanas.

Es más que evidente que la elegancia de Ariana es tan natural como respirar o dormir, no necesita esforzarse. ¿De quién habrá heredado ese rasgo? De su madre no, eso está claro. Al menos no de la Carmen que solía conocer.

Elena, sin embargo, se esfuerza por resultar elegante. Su interés por las artes y las cosas bellas llegó a formar parte de su personalidad con esfuerzo, como si se tratara de una respuesta pavloviana al tipo de vida a la que estaba encadenada. Tras su exterior impecable se esconde una fina capa de oscuridad que a menudo la ha llevado a acabar con los puños magullados y los labios rotos.

Ella intenta reprimirla, enterrarla en las profundidades para contentar a su familia y cumplir con sus obligaciones, pero es innegable que existe y que clama por que la dejen salir. ¿Qué habría que hacer para que se desatara?

—¿Se ha metido mi hermana en algún lío? —pregunta Ariana, quien sigue empeñada en llegar al fondo del asunto. Y yo que pensaba que la inquisidora era la pequeña…

Stella se acerca dubitativa al pasamanos desde lo alto de la

escalera.

—Ari —susurra lo más alto que puede mientras gesticula para que se acerque su hermana—. Déjalo en paz.

Sus ojos oscuros se posan sobre mí y me mira a los ojos un milisegundo antes de apartar la mirada rápidamente. Se pone coloradísima. Yo no puedo evitar reírme sin saber muy bien por qué me hace tanta gracia su incomodidad. Quizá me recuerde a alguien.

Suspiro y cambio de postura en la banqueta mientras me ajusto la solapa del traje. El minutero de mi reloj vuelve a estar desacompasado con el del vestíbulo, como si tuviera una arritmia, y tenso la mandíbula tratando de ignorar el ruido.

—Es que creo que hay gato encerrado —dice Ariana—. ¿Te imaginas a Elena casándose con él?

—No sé —contesta Stella—. Tampoco me parecía que quisiera casarse con Mateo.

—Ya, pero eso tenía sentido. Llevaban juntos toda la vida.

—Ah, ¿sí? A ver, está claro que a él le gustaba Elena, pero ella se limitaba a seguir el guion. —Stella hace una pausa como si estuviera reflexionando—. Creo que esto tiene más sentido que Mateo.

Ariana responde con un ruido extraño de la garganta.

—Pero él la quería…

—Chicas, ya he tenido suficiente.

Hablo en voz baja. El estrés que me producen su parloteo y el tictac casi imperceptible de los relojes está acabando con mis nervios y no creo que pueda aguantarlo mucho más. Me agarro con fuerza al asiento de madera. Noto cómo se astilla el material bajo los dedos. La furia me estalla en el pecho como una ola que arrasa con todo.

—Agradezco vuestra preocupación porque sé que es sincera. —Me centro en respirar con calma—. Pero ni se os ocurra volver a

hablar de mi mujer y su antiguo novio a no ser que sea para decir que hacemos mucha mejor pareja. No quiero que volváis a decir su nombre junto al de ella.

Ariana abre la boca y me saca la lengua. Sé que quiere fastidiarme. Su mirada es desafiante, igual que su figura, y se nota que no sería muy difícil hacer que saltara. Tal vez se parezca más a su hermana de lo que pensaba.

Me vibra el teléfono en el bolsillo. Lo saco y miro la pantalla sabiendo que de nada sirve mi amenaza si no digo nada más. Y eso no puedo permitirlo en estos instantes. Así que, en lugar de intentar convencerlas, me quito el Rolex, lo tiro al suelo y me dejo llevar por la ira que despierta en mí ese tictac. Como sucede con cualquier detonante, el ruido se va acumulando hasta que se transforma en una catarata que ruge entre mis oídos sofocando el resto de sonidos.

Este tipo de episodios son agotadores, te consumen con la rabia que provocan. La ira va trepando por la espina dorsal y se me acumula en el pecho hasta que explota como una erupción volcánica. Normalmente evito los arranques violentos que germinan en mi cerebro, pero ahora saco la pistola que llevo en la cinturilla del pantalón y apunto a la esfera del reloj. La bala sale de la recámara y se convierte en un amasijo de esquirlas de cristal, metralla y cuero en el suelo, que se ondula por el impacto.

De alguna manera, como si se tratara de un miembro fantasma, el tictac perdura en mi cerebro. Con el pecho sofocado y la electricidad recorriéndome las venas, me quedo mirando el agujero y visualizo el disparo una y otra vez en mi mente con los hombros tensos y pesados.

Sigo sin moverme. No puedo hacerlo hasta que desaparece el tictac. No vuelvo a respirar hasta que el silencio que flota en el aire

consigue permear mi cerebro nublado. Veo a las chicas estremecidas por el rabillo del ojo y carraspeo mientras me guardo la pistola en la cadera.

Salgo de la estancia y acepto la llamada mientras me invade una sensación de alivio, aunque mi cuerpo siga luchando por volver a la normalidad.

Mi socio no para de decir que no se lo puede creer, sorprendido de que me haya casado. Como siga así voy a acabar cogiendo complejo.

Camino de un lado a otro del pasillo donde se encuentra la habitación de Elena con el teléfono pegado a la oreja, arrepentido de haberle dado mi número a Jonas Wolfe.

—Veo que has tomado medidas desesperadas, Anderson —dice con su acento británico, más marcado con cada palabra pronunciada —. ¿Estás seguro de que merece la pena?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Oigo el ruido inconfundible de una cremallera de bolsa mortuoria al cerrarse mientras canturrea. Me siento decepcionado. Normalmente me encargo yo mismo de la limpieza, pero no me daba tiempo. Tenía que acompañar a mi reciente esposa.

Joder. Me habría encantado ser la última persona en estar junto al cadáver de Mateo antes de arrojarlo a las profundidades del Charles.

—Entonces ¿ya te has comunicado con tu objetivo? ¿La has puesto al día?

Me detengo y me vuelvo a mirar la puerta cerrada del dormitorio de Elena al oír voces en su interior.

«¿Quién está ahí dentro con ella?».

No he visto a nadie entrar ni salir y llevo haciendo guardia diez minutos. Me he instalado aquí tras marcharme del vestíbulo, dispuesto a tirar la puerta abajo si era necesario a la mínima señal de que intentara escapar. Ha estado en silencio hasta ahora. No me gusta nada la forma en que se me han tensado los tendones al percatarme de la intrusión.

Respondo a Jonas con un parco «no» porque sé que no dejará de fastidiarme si no lo hago y me escabullo hasta la puerta.

Cuando nos conocimos hace diez años en la isla de Aplana, el lugar al que solía llevarme mi madre de pequeño cuando conseguía ahorrar un poco de dinero, lo único que sabía de él era que tenía prohibida la entrada a la finca Primrose, donde viven los dueños de la isla.

Le pagué la fianza, lo saqué de la cárcel y lo contraté sin tener la menor idea de dónde me metía. Pero es una de las pocas relaciones duraderas que tengo, así que lo aguanto pese a su verborrea.

—Ya veo que no lo has pensado bien —dice.

—Las cosas han de suceder de una determinada manera, Wolfe —le suelto en voz baja para no alertar de mi presencia a quien quiera que esté en el interior de la habitación—. No puedo meterla de lleno en esto y esperar que le parezca bien.

—Ya, pero… ¿casarte? No dijiste nada de eso cuando te fuiste a Boston.

—Los planes cambian. Es la forma más rápida y sencilla de conseguir lo que quiero.

Dinero. Poder.

«Una familia…».

Jonas suspira.

—Está bien. Imagino que sabes lo que haces. —Hace una pausa en la que puedo sentir la duda que lo corroe—. ¿Y ella no acabará

siendo un problema?

Sujeto el pomo de la puerta con la mano y lo hago girar despacio. Se me acelera el corazón al abrir la puerta y me entra la risa al observar la escena que tengo delante; se me va formando en el pecho y me cosquillea la garganta. No hay nada gracioso en lo que veo, pero la traición me resulta tan excitante que me corta la respiración.

Cuelgo la llamada, me guardo el teléfono en el bolsillo sin responder a Jonas y entro en la habitación. Me chirrían los dientes al ver a la madre de Elena. Estar en la misma habitación que ella me hace sentir como si alguien hubiera prendido fuego a mis pulmones y me viera obligado a respirar a través de los rescoldos.

Carmen frunce el ceño al verme, aunque la piel bronceada que le rodea las cejas permanece impolutamente tersa.

—¿Qué coño has hecho, Kallum? —sisea. Aprieto tanto los puños que me duelen las manos—. ¿Por qué no se ha casado mi hija con Mateo de Luca?

—Elena ha elegido casarse conmigo.

—Te la has tirado, ¿verdad? —dice Carmen asqueada—. Sabías que si la jodías a ella nos joderías a nosotros. Has estado esperando tu oportunidad.

—Ha decidido casarse conmigo libremente.

—Claro, y me imagino que a Mateo le ha parecido estupendo.

Su táctica siempre ha sido hacerte reaccionar. Sabe qué teclas tocar y hasta dónde llegar para que pierda los papeles. Solíamos jugar a ese juego: ella me cabreaba con sus ocurrencias y descalificaciones, con sus celos y su desprecio, y yo la seguía hasta el matadero como un puto corderito.

Sonrío sin molestarme en contestar mientras hago un barrido por la habitación. Me fijo en la puerta entreabierta del balcón que queda

a su espalda.

Tengo esta habitación grabada a fuego en mi cerebro. Conozco mejor estas paredes blancas que las de mi propia casa. Los libros que hay en las estanterías han sido sugerencias mías a lo largo de los años.

Me tranquiliza que estén ahí. Elena no se iría jamás de aquí sin llevarse a los románticos; sin embargo, veo que los volúmenes de poesía siguen donde siempre, abandonados, sin que los haya tocado nadie.

Siento un nudo en el estómago. Vuelvo a fijarme en Carmen, que me mira con odio con las manos en sus anchas caderas.

—¿Dónde está? —pregunto. Me esfuerzo por sonar tranquilo cuando lo que me pide el cuerpo es lanzarme sobre ella y aplastarla contra la pared.

Se encoge de hombros.

—A mí me ha parecido muy interesada en que la ayude a escapar. Es un poco raro para una recién casada, ¿no crees?

—No sé, Carmen. —Me acerco hasta el balcón y veo que se mueve una sombra tras las puertas—. Tampoco es que eso te haya detenido nunca.

En silencio, avanza al mismo tiempo que yo para bloquearme el paso. Me pica la piel cuando me apoya las manos en el pecho. Me siento asqueado y se me está nublando la vista.

—No pienso permitir que corrompas a mi hija —dice con lágrimas en sus grandes ojos marrones.

Hubo un tiempo en que me habría dado lástima, cuando era joven e ingenuo y creía que Carmen se preocupaba por alguien más que por ella misma. Todavía dudo al ver las lágrimas resbalarle por las mejillas. Siento el efecto que tiene sobre mí su manipulación, que perdura como si fuera retroactivo por naturaleza pese al tiempo que

ha pasado.

El ensueño se rompe en cuanto vuelve a abrir la boca.

—No te atrevas a usarla para hacerme daño.

Me mordisqueo el interior del carrillo hasta percibir ese sabor cobreño que me inunda los sentidos. No puedo evitar reírme. Me acerco hasta que casi le rozo la oreja con los labios, haciendo que se estremezca. Me entran ganas de vomitar.

—No voy a corromperla —le digo cogiéndola de la mano y entrelazando los dedos con los suyos—. Voy a mancillar su alma y cada vez que sangre por mí voy a pensar en cuánto disfruta con todo lo que tú despreciabas.

Doy un tirón con la mano hacia delante y oigo el ruido de los huesos al romperse. Ella grita desconsolada mientras la aparto de un empujón. Se lleva la otra mano a los dedos rotos y las apoya en el pecho sin poder contener el llanto. La ignoro de la misma forma que ella ignoró mi dolor.

No está en mis planes disfrutar de Elena todavía. Pero Carmen no lo sabe. Lo que ella cree es que el matrimonio es legítimo a todos los niveles. Justamente lo que necesito que crea. La venganza no entraba en los planes que he preparado, pero tampoco voy a desperdiciar la oportunidad de hacer sufrir a Carmen.

Abro las puertas del balcón y me encuentro a Elena todavía vestida de novia con una mochila rosa al hombro y un libro apoyado contra el pecho. Está despeinada y se le ha corrido el maquillaje bajo esos ojos de miel. Se apoya contra la barandilla del balcón con expresión aburrida y sin inmutarse por los gritos de su madre.

Suspira cuando me ve.

—Te has tomado tu tiempo.

No parece muy sorprendida de que haya venido a por ella. Es más, cuando saco la jeringuilla que llevo en el bolsillo de los

pantalones y le quito el capuchón a la aguja, reclina la cabeza y se aparta el pelo, como si me estuviera invitando a llevármela.

Introduzco la jeringuilla bajo la piel con suavidad. Me acerco a ella y, sin poder evitarlo, le paso la lengua por la zona. No tarda nada en perder la consciencia. Me la echo al hombro, le cojo el libro de la mano procurando no leer el título.

La metamorfosis de Ovidio.

Dejo a Carmen en el suelo hecha un desastre lloriqueante y me llevo el cuerpo inconsciente de Elena al coche que espera a la entrada de la casa mientras pienso en la pregunta que me ha hecho antes Jonas. No creo que Elena acabe siendo un problema. Creo que ya lo es.

6

Elena



Lo primero que noto al despertar es que tengo la boca sequísima. Casi no distingo la lengua del paladar de lo pegada que está, y aún perdura el sabor del agua con gas mentolada que me he tomado en el trayecto a casa de mis padres.

Lo segundo que noto es que estoy en una habitación extraña, lujosa pese a su tamaño reducido. Las paredes están recubiertas con paneles de madera encerada y hay una chimenea eléctrica justo delante de la cama en la que estoy metida. Noto un dolor punzante en la base de la nuca, entre la clavícula y el hombro. Me incorporo en la cama y estiro los brazos por encima de la cabeza para deshacer los nudos.

Lo tercero que noto cuando se me resbala la sábana de seda y se me yerguen los pezones con el frío es que estoy desnuda de cintura para arriba.

Introduzco la mano bajo las sábanas blancas y la llevo a la entrepierna. Cojo aire de la sorpresa: no estoy desnuda de cintura para arriba. Estoy desnuda del todo.

Aprieto los muslos y me cubro los pechos con las manos

mientras busco mi ropa por la habitación. La mochila que cogí de casa está abierta y vacía sobre el aparador que hay junto a la cama.

Hay una única ventana redondeada en la pared contigua a la cama. Subo la persiana para mirar por ella y confirmo lo que ya se temían mis huesos: estoy en un avión.

Se me sube el estómago a la garganta y me cuesta respirar. Me esfuerzo por inhalar oxígeno, pero mi cerebro no deja de mostrarme una imagen del avión cayendo en picado mientras observo las nubes blancas, impidiéndome fijarme en la tierra que sobrevolamos.

Me levanto de la cama cubierta con la sábana y me quedo quieta unos segundos hasta que mi cuerpo consigue orientarse. Me tiemblan las rodillas. Mi cuerpo se rebela ante la idea de volar, pese a no poder evitarlo.

Me agarro al colchón para no perder pie y abro los cajones de la cómoda por si hubiera ropa mía en su interior. Están todos vacíos.

«¿Para qué me pediría que hiciera las maletas si me iba a quitar mis cosas?».

Me pongo colorada de la frustración que siento y doy vueltas sobre mí misma tratando de averiguar qué hacer. Miro en el baño y veo una ducha de granito impoluta, un váter y un lavabo pequeño en un rincón, pero nada de ropa.

O más bien, no está mi ropa.

En la puerta de la ducha, todavía húmeda de la condensación, hay colgados unos calzoncillos y una camiseta negros. Se me cierra el estómago al pensar que Kal se ha desnudado y se ha duchado a unos pocos metros de mi cuerpo dormido.

La noche que pasamos juntos no llegó a desnudarse por completo, como si tratara de mantener el misterio que lo rodeaba. Me pregunté qué quería esconder.

A mí me despellejó por completo, literalmente, mientras él

permanecía tan hermético como siempre, haciendo que mi cuerpo se amoldara al suyo de formas que ni siquiera sabía que existían.

Me excito al recordarlo y froto el interior de un muslo contra el otro, repleto de sensibilidad. Siento el contacto de la carne mutilada contra la suave piel.

Debería haber salido corriendo cuando sacó la navaja, pero la punzada de dolor que sentí quedó amortiguada casi al instante cuando me pasó la lengua por encima evitando que manchara las sábanas de sangre.

Toda mi vida ha transcurrido a base de moretones. Siempre acababa con los nudillos despellejados y rompiéndome los dedos de pelea en pelea porque pensaba que así complacería a mi padre; pensaba que así me vería como algo más que a su princesita y que tal vez me dejara vivir mi vida como yo quisiera.

Hasta las navidades pasadas no averigüé el placer que podía provocar que alguien te marcara con su propia violencia. Me trago el nudo de deseo que se me ha formado en la garganta y me muevo para apartarme del baño, solo para chocarme contra unos pectorales duros que me resultan muy familiares. El corazón me late desbocado como si se me fuera a salir del pecho.

—Kallum —digo en susurros.

Lo miro a los ojos pese a saber que no debería después de lo que acaba de hacer. Sin embargo, igual que una polilla, me acerco a su fuego.

Se le oscurecen los ojos color caoba por la lujuria. Me mira de arriba abajo mientras le da un mordisco a una manzana que lleva en la mano. Al morderla, el jugo se esparce en varias direcciones. El crujido reverbera en mis oídos y lo siento hasta en las entrañas. Sigo con la mirada la mano cuando la aparta de la boca y mastica sus jugos.

Noto el pulso en la entrepierna. Su semblante serio, cargado de peligro, me está mareando. Se le mueve la nuez al tragar y se acerca todavía más a mí, pese a que nuestros cuerpos ya están prácticamente pegados. Se me sube la sangre a la cabeza y pierdo la capacidad de razonar, abandono toda lógica; me olvido de todos los motivos por los que debería ser precavida.

—Joder —dice en un susurro ronco—. Qué bien suena mi nombre en tus labios, pequeña.

—¿D-dónde está mi ropa? —tartamudeo. Me sorprende haber sido capaz de formar esa frase cuando en lo único que pienso es en sus labios sobre los míos.

—En el armario del pasillo. No pensé que fueras a despertarte antes de que aterrizáramos.

Da un paso hacia delante, forzándome a entrar en el baño.

—¿Y mi vestido?

Le tiembla un músculo de la barbilla que le forma un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Incinerado. Lo hice antes de despegar.

Me quedo boquiabierta de la sorpresa.

—¿Has quemado mi vestido de novia?

—No me gustó nada que te casaras conmigo llevando el traje de bodas que pretendías dejar en el suelo del dormitorio de Mateo esta noche.

Frunzo el entrecejo.

—A decir verdad, no tenía intención de acostarme con Mateo esta noche ni nunca, si podía evitarlo.

Da otro paso en mi dirección encajándome contra el lavabo. Pongo un brazo detrás de mí para evitar caerme sin dejar de aferrarme a la sábana. Se reclina en mi dirección y se apoya en el aparador que hay junto a mi cadera.

—Ah, ¿no? —Su aliento cálido me acaricia la cara—. Así que la lencería tan escasa que llevabas no te la habías puesto para él. ¿Tampoco te afeitaste el coño por si tu querido maridito quería saborearlo?

Me paso la lengua por los labios mientras él me coge el nudo con el que mantengo la sábana cerrada y niego con la cabeza. Mi respiración se vuelve errática cuando se acerca todavía más. Lo tengo tan cerca que prácticamente hemos dejado de ser dos personas.

Lo miro a los ojos a través de mis tupidas pestañas con el pecho encogido mientras intento respirar despacio. La atracción que hay entre nosotros es evidente y yo quiero probarla un poquito.

—Tal vez quería dejar ese vestido en tu suelo esta noche.

Los ojos de Kal se oscurecen todavía más y se queda casi sin aliento.

—¿Ibas a pensar en mí mientras te follaba?

Sin esperar mi respuesta, tira de la sábana y me separa los dedos con la mano que tiene libre al mismo tiempo que le da otro mordisco a la manzana. El ruido que hace al separar la fruta de la boca me resulta tan obsceno que me estremezco por completo y aprieto los muslos al notar la humedad que se concentra en la parte más alta, calentándome desde el interior.

Con un movimiento de la mano me aparta la sábana del cuerpo, que se queda atrapada a la altura de la cintura, apoyada en el lavabo. Kal exhala un suspiro entrecortado mientras mastica y pasea la mirada hambrienta por mi cuerpo.

Deja la manzana sobre la repisa que hay a mi espalda y me acaricia con dedos pegajosos el tatuaje de la granada que tengo debajo del pecho. El que me hice porque no quería otra cosa que ser su Perséfone.

Noto el tacto frío, desprovisto del calor que emanan sus ojos, y aun así me quema.

«¿Qué coño me pasa?».

Hace tan solo unas horas este hombre me ha chantajeado para que me casara con él; ha amenazado la vida de mis seres queridos para que acepte ser un peón en este juego que se trae entre manos y que todavía no logro comprender.

No sé si me trago que a él también lo han chantajeado. Un hombre al que todo el mundo conoce como doctor Muerte no se plegaría con esa facilidad a la voluntad de los demás. Esa disposición tan inmediata a aceptar los términos de su chantajista hace que me salten todas las alarmas.

Pero tampoco es que tuviera alternativa. Sé que él no amenaza en vano, así que no me ha quedado más remedio que aceptar el trato. Eso no significa que tenga que disfrutar con este acuerdo. Claro que, cuanto más me mira, menos fuerzas me quedan.

Me agarro a la encimera hasta que me duelen los nudillos para contener el deseo irrefrenable de devolverle las caricias.

Me pasa el pulgar por el tatuaje haciéndome temblar como una hoja. Sonríe. Va bajando la mano hasta rodearme la cadera con ella y me acaricia el hueso púbico antes de sumergir la mano del todo para acariciarme el clítoris.

No puedo contener el gemido. Él ensancha la sonrisa, surcando las comisuras de sus labios de arrugas.

—Puede que no te hayas afeitado para él, pero no recuerdo que te afeitaras para mí —dice. Su voz resuena en mi pecho—. Así que ¿con quién has estado follando en mi ausencia?

Recorre mi abertura de adelante atrás en movimientos repetitivos rozándome el clítoris al retroceder. Se me cierra la garganta hasta causarme dolor y cojo aire desesperadamente para

no explotar. Solo con que me toque este hombre ya casi llego al orgasmo.

—Con n-nadie —respondo en un *staccato*, tragándome el gemido que me sale de las entrañas. Me separa los pliegues y chasquea la lengua.

—Por tu bien, espero que eso sea cierto.

—Lo es. Lo juro.

«Nunca ha habido nadie más». Abro la boca para preguntarle lo mismo a él, pero no me salen las palabras. Me he quedado en blanco, cegada por el placer.

—Así me gusta —murmura. Sus palabras me inundan el vientre de un líquido ardiente haciendo que me palpite el coño—. Que no vayamos a consumar este matrimonio esta noche no significa que puedas acostarte con otro.

Parpadeo. Salgo del estado de excitación.

—¿Qué?

—Cuando lleguemos a nuestro destino, tendré que salir de viaje para tratar unos asuntos. Los planes que tengo para ti, pequeña… —Me mira despacio de arriba abajo haciendo que me estremezca—. Por desgracia, por ahora, por mucho que tu coño lo desee, mi polla no va a entrar ahí.

Enarca una ceja oscura y vuelve a centrarse en mi entrepierna. Me separa los muslos para que le quepa la mano entera. Coloca dos dedos junto a mi entrada y me da unos golpecitos con suavidad para ver mi reacción. Sonríe con lascivia al sentir mi humedad y los introduce hasta los nudillos.

La repentina invasión me roba el aire de los pulmones y cuando empieza a moverlos, estimulando mi clítoris con la palma de la mano mientras me mete y saca los dedos rítmicamente con las puntas encorvadas hacia mis paredes internas, me deshago casi al

momento.

Gruñe al notar mis sacudidas y me acaricia la cabeza con la otra mano.

—Qué esposa tan obediente.

Se me abre la boca para gemir y aprovecha para meterme la manzana. Inclinado sobre mí, me mira a los ojos mientras sigue masturbándome y mordiendo la manzana por el otro lado.

Se me queda atrapado un gorjeo en la garganta cuando nuestras narices se rozan, mi coño se contrae con fuerza alrededor de sus dedos y siento una sacudida que me recorre de arriba abajo incendiándolo todo a su paso.

Kal se lleva la manzana al separarse de mí. Le doy un bocado y saboreo el dulzor de la fruta. Sé que me ha dado solo un aperitivo porque sabía que no sería suficiente.

Me palpita el coño con las sacudidas después del orgasmo y cuando se aparta de mí escupe la manzana en la papelera, se lleva los dedos a la boca y lame mis jugos, sonriendo como un depredador que ha cazado a su presa.

Al dar un paso atrás ha salido de la habitación. Señala con un gesto de la cabeza por encima de su hombro en dirección a la puerta. No me había percatado hasta ahora de que estaba abierta. Me ruborizo al mirar hacia el pasillo y ver a la empleada pelirroja al fondo dándonos la espalda, preparando unas bebidas en el minibar.

—Acuérdate de vestirte antes de salir —dice Kal guiñándome un ojo.

Me siento mortificada. Me agacho a coger la sábana y me tapo con ella.

—Aterrizamos en quince minutos.

7

Kal



Elena no sale de la habitación hasta que comienza el aterrizaje. Estoy sentado en la cabina con las piernas cruzadas y con el vaso de whisky que me ha entregado Marcelline entre las manos esperando a que salga de la habitación y me cante las cuarenta, pero ese momento nunca llega.

Siento una punzada en las entrañas que se expande por mi cuerpo como una enredadera espinada y se me clava en ese órgano que me late en el pecho. Guarda cierto parecido a la culpa, bordea el sentimiento sin llegar a asentarse del todo.

No me había sentido mal por mis actos en años. Para eso trabajo de voluntario con varias clínicas gratuitas: para expiar mis pecados. No me ayuda a dormir mejor por la noche, pero consigue que mi madre no se retuerza en su tumba.

Sin embargo, ahora, al pensar en la forma en que he involucrado a Elena en mis asuntos y en cómo la he dejado con ganas de más, la vergüenza se va abriendo camino hasta mi cerebro y me rodea con su manto negro.

Me termino la bebida. Noto el ardor del alcohol bajando por la

garganta y amortiguando ese sentimiento de culpa antes de que tenga tiempo de echar raíces.

La puerta del dormitorio se abre en el mismo instante en que el piloto anuncia que hemos llegado al aeropuerto internacional de Aplana. Elena lleva puesta una camisa blanca ligera y unas mallas negras que le cubren la K que le grabé en la cara interna del muslo. La polla me reacciona al recordar cómo se la hice; cómo disfrutó al sentir el cuchillo contra su piel sensible, arqueando la espalda y elevando el coño por el orgasmo. El sabor de la sangre que le resbalaba por la piel, esa esencia cobreña que lamí como si me estuviera muriendo de sed. Porque así era.

Me moría por bebérmela a ella, por consumir a la joven virginal de la misma forma en que lo había hecho ella el día que me pidió que fuera el primero. Esa noche pensé que sería la única que compartiríamos. En ese momento no entendí que fuéramos a intimar tanto.

Ya he roto mi propia regla de ir poco a poco al meterle los dedos en el coño apretado, necesitado. Me sentí indefenso ante la forma en que me miraba mientras me comía la puta manzana. Mordí la fruta con más intención de la necesaria para expresar lo que me gustaría hacerle a su coño: darme un festín, conquistarlo, deshonrarlo. Y ella me miró como si fuera a morirse si no lo hacía.

Tuve que recurrir a toda la fuerza de voluntad de la que dispongo para no quitarme los pantalones allí mismo, sacarme la polla y metérsela hasta el fondo, pero estas cosas hay que hacerlas en su debido momento para que salgan bien. Tendremos que esperar a consumar nuestro matrimonio.

Marcelline se acerca, abre la puerta de la cabina y sale sin decir palabra. Seguro que está deseando volver a la rutina.

Elena se deja caer en el asiento de cuero que hay frente al mío y

reclina la cabeza. Se queda observando los paneles de madera impolutos que recubren el techo mientras yo hojeo la revista *Hogar y jardín*, que tengo apoyada sobre el regazo, esperando a que diga algo. Cierra los ojos con fuerza y suspira.

—Tienes un avión privado.

Observo el interior de la sala. Está anticuada, pero resulta ostentosa.

—Así es.

Reacciona con un resoplido y niega con la cabeza.

—Quién se lo habría imaginado.

Lo compré hace unos años en una subasta. Se trata de un McDonnell Douglas MD-87 clásico de 1987. Casi nunca voy de visita a la isla, así que tampoco he tenido oportunidad de usarlo. Se pasa la mayor parte del tiempo aparcado en el hangar que tengo alquilado mientras yo me desplazo en transporte público de trabajo en trabajo. Hasta ahora solo ha hecho vuelos cortos para la tripulación y algún que otro vuelo de prueba. Este es el primer viaje que hago en él. Supongo que es apropiado, como si fuera un viaje de transición de mi vieja vida a la nueva.

Enarco una ceja, cierro la revista y la coloco en la mesa que nos separa.

—¿Tienes algo en contra de los aviones privados?

—Si ignoramos que contaminan el medioambiente, no. Nada en contra. Es solo que no me esperaba que alguien como tú tuviera uno.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Abre uno de sus ojos color miel y me observa antes de volver a cerrarlo.

—Un avión es fácil de localizar. ¿No es eso lo que intentáis evitar todos los que trabajáis para mi padre?

—No vivo como un vagabundo. Tengo posesiones. Incluso tengo una casa, como ya he dicho antes.

—¿Lo sabe alguien más?

Me fijo en su cuerpo inmóvil con el ceño fruncido. Algo no anda bien. Se la ve asustadiza, apenada. Se aferra al reposabrazos del asiento con tanta fuerza que se le han emblanquecido los nudillos y tiene la respiración entrecortada, aunque intenta controlarla inspirando con fuerza.

Reconozco el miedo aunque no lo vea. El cuerpo libera una cantidad ínfima de feromonas cuando se siente amenazado, pero si te has pasado tanto tiempo como yo estudiándolo, reconoces cualquier cambio en el olor y el comportamiento a la primera.

El miedo huele a cerrado, a humedad. Se empapa de sudor y lo segregamos por los poros. Afecta al cerebro a nivel químico y provoca que nos comportemos de forma extraña e impredecible.

Elena tiene miedo.

—Elena —digo despacio pronunciando cada sílaba con sumo cuidado—. ¿Te encuentras bien?

No se mueve ni un ápice.

—No me gustan los aviones.

—¿No?

Niega con la cabeza y se ríe entre dientes.

—Ya sé que se supone que los Ricci no le tememos a nada. Al menos así nos han criado. Para eso nos apuntaron a mis hermanas y a mí a clases de defensa personal desde que éramos bien pequeñas. Deberías haber visto cómo se le iluminó la mirada a mi padre la primera vez que me vio ponerlo en práctica.

Pienso en los nudillos despellejados y los cortes en los labios que le he visto a lo largo de los años. Siempre parecía tener alguna magulladura. Nunca me pareció que esa sed de violencia tuviera

mucho sentido en ella. Es una chica inteligente y afectuosa.

Aunque, bien pensado, si te crías en un ambiente violento, acabas haciendo cualquier cosa por llamar la atención.

—El caso es que no puedo usar los puños para defenderme de una supuesta caída en picado. Por eso evito viajar en avión.

Supongo que el hecho de que Rafael apenas deje a su familia salir de Boston tampoco ha ayudado.

—Si miramos las estadísticas, tienes más probabilidades de morir en un accidente de coche que en un avión.

—Eso díselo a Buddy Holly, JFK Jr. y Ritchie Valens.

La señalo con el dedo.

—Esa comparación no es del todo justa. Dos de las víctimas murieron en el mismo accidente. Además, eres demasiado joven como para que te haya dejado traumatizada.

Elena tararea con tranquilidad. Se incorpora y abre los ojos. Me mira de arriba abajo como si estuviera catalogando cada centímetro de mi defectuosa piel. Ladea la cabeza y frunce los labios.

—Has matado a Mateo —dice despacio.

—No he tenido más remedio. Me daba muchos problemas. Además, es muy probable que estuviera involucrado en la brecha de seguridad que hubo en tu casa.

—¿Es muy probable? ¿En eso basas tus decisiones? —pregunta sorprendida.

Cojo aire profundamente, coloco las manos sobre el regazo y le lanzo una mirada siniestra.

—No, pequeña. Absolutamente todas las decisiones que he tomado en mi vida adulta las he planificado exhaustivamente tras mucho reflexionar. No me arriesgo a no ser que esté seguro del resultado.

—¿Y este matrimonio qué es? ¿Una escalera real?

Tardo un poco en contestar. Me reclino en el asiento y busco con la mano en el aparador que hay a mi derecha hasta que noto el lomo viejo de un libro que solía llevar siempre encima. Solía copiar versos de ahí, luego arrancaba las hojas y los dejaba en su balcón en las contadas ocasiones en que visitaba Boston.

Por aquel entonces no sabía que ese balcón era el de su cuarto y no el de su madre. Todavía no había descubierto lo malvada que podía llegar a ser Carmen. No había llegado a comprender lo que me había hecho y me sentía confuso. Al cumplir los dieciocho, Elena se acercó a mí en una fiesta para recaudar fondos. Fue entonces cuando me enteré de que ella era quien había recibido mis notas y quien había dejado alguna para mí.

Esa noche me pidió que me acostara con ella, que le concediera el regalo de la elección de la misma forma que le había dado esperanza para soportar el mundo de su padre. Me dijo que había reconocido mi caligrafía y que quería que nuestra conexión fuera más sólida. La rechacé con una cita errónea de *El paraíso perdido*.

Me pasé todo el mes siguiente tratando de sacarme de la cabeza la imagen de una joven Elena Ricci abierta de piernas en mi cama esperando a que me diera un festín con ella. Era mayor de edad y estaba dispuesta, pero lo cierto es que no me había fijado en ella hasta ese momento, y era la hija de las dos personas que sin duda me habían cambiado la vida. Un tiempo después Rafael me pidió que la vigilara y la poesía se convirtió en la única manera que tenía de comunicarme con ella. La única forma en la que deseaba hacerlo.

Saco el libro que a estas alturas está destrozado y lo abro por una página que está marcada. Enseguida encuentro el verso que busco, aunque podría recitar la mayoría de los poemas de William Blake de memoria: «Hasta que el ruin dejó los fáciles senderos para seguir los peligrosos y conducir al hombre justo a las regiones

áridas».

No aparto los ojos de su mirada eléctrica mientras recito el verso. Ella frunce el entrecejo.

—*El matrimonio del cielo con el infierno*.

—El matrimonio de dos polos opuestos: del bien y del mal. En teoría, lo que somos está por ver. —Coloco el libro cerrado sobre la mesa y lo empujo en su dirección—. Dadas las circunstancias, no tenemos margen de error. Estoy encerrado en este matrimonio tanto como tú. Así que, para bien o para mal, la sentencia es firme, esposa.

Suelta un gruñido mientras tamborilea con los dedos sobre la rodilla, perdida en sus pensamientos.

—¿Qué probabilidad hay de que me mates a mí también?

—Cero.

Enarca una ceja.

—Suenas muy seguro para haber matado a mi prometido y haberme apartado de mi familia. ¿Cómo sé que no vas a llevarme a un lugar lejano para asesinarme?

Su tono aguijonea cierta molestia que se está formando en mi interior, me enfurece. Me desabrocho el botón de la chaqueta del traje. No aparta sus ojos ardientes de mí mientras lo hago y se humedece el labio inferior con la punta de la lengua.

Noto la presión de mi polla hambrienta por debajo de la cremallera. Necesita que la saque de ahí. Sin apartar la mirada de sus ojos, me llevo la mano a la verga y acaricio la erección, que me quema en la mano al moverme del sitio.

No debería coquetear con ella: ya me está costando no sucumbir a la tentación sin los jueguecitos, pero, por algún motivo que desconozco, no puedo evitarlo.

—De nada me sirves muerta, pequeña —digo mientras me

acaricio la polla con suavidad. Eso basta para que se me derrame una gota de líquido preeyaculatorio, que empapa la tela de los bóxers.

—Pero no vas a acostarte conmigo.

«Mi zorrita cachonda». Observo cómo se sonroja mientras se mordisquea el labio. Creo que no sé dónde me he metido.

—Todavía no.

—Entonces ¿para qué todo esto? ¿A qué estás esperando? —pregunta mientras se retuerce en el asiento. Aprieta los muslos y cambia de postura para tratar de sofocar la necesidad que le bulle entre las piernas—. ¿Ya no te intereso de esa forma?

Tiene las mejillas sonrosadas y el rubor le va bajando por el cuello, claramente avergonzada. Se la ve tan inocente y frágil.

«No es que no me intereses. Es que me interesas demasiado».

Una vez que empecemos, no habrá quien nos detenga.

—No te preocupes, pequeña Perséfone —digo apartando la mano de la polla y cogiendo aire antes de levantarme—. Follaremos. Simplemente tenemos que esperar.

No se me baja la erección hasta que no aparta la mirada. De alguna forma el rubor se ha ensombrecido.

Me aliso el traje y le ofrezco una mano. Espero pacientemente a que la coja. Si es cierto que odia los aviones, me imagino que no le resultaría fácil desembarcar. No deja de ser un milagro que haya salido de la habitación. El cambio de altitud afecta hasta al piloto más avezado.

Se me queda mirando la mano y luego la cara.

Ya soy bastante más alto que ella cuando está de pie, pero cernirme sobre ella de esta forma cuando todavía está sentada y con los ojos a la altura de mi polla me pone cachondísimo y se me hace cada vez más difícil ignorar la lujuria que siento.

—No quería casarme contigo —dice con voz suave. Nunca la había oído hablar así.

Se me forma un nudo en la garganta y me cuesta respirar. Qué sensación tan familiar.

—No dejas de decirlo.

—¿Y qué quieres que haga? —Se levanta de su asiento. Pierde el equilibrio un instante y vuelve a recuperarlo. Se cruza de brazos.

Me invade el aroma penetrante y dulce del champú de granada. Siento la tentación de estrecharla entre mis brazos y mostrarle lo que espero de mi esposa. Todas las maneras en que veneraría su cuerpo terso y perfecto si tuviera la oportunidad. Cómo la arrastraría hasta las profundidades del infierno mientras la convenzo de que está en el mismísimo cielo. Utilizaría la lengua para escribirle poemas sin palabras en su piel sensible e hinchada. Todas las maneras en que la trataría bien, si pudiera. Si no tuviera tanto que perder. Si pensara que podría amarla y no usarla como un peón en mis retorcidos juegos.

Así que me centro en lo que tengo claro, porque en estos momentos eso es lo que más importa.

—Ya discutiremos la logística más adelante —digo haciéndome a un lado y gesticulando con la mano en dirección a la puerta. Espero que no se haya percatado de la forma en que se me dilatan las fosas nasales cuando está cerca. Cuando la tengo junto a mí, siento que he bebido el veneno más dulce y mortífero—. Antes quiero enseñarte algo.

8

Elena



«¿Ya no te intereso de esa forma?».

Me clavo las uñas en los muslos mientras me reprendo mentalmente por haber dejado que se me escapara la pregunta.

Me sentía un poco confusa, en parte por el orgasmo que había disfrutado hacía media hora y en parte porque la cabina empezaba a asemejarse a un ataúd. La pregunta salió disparada de mi boca directa hacia él. Como si acostarse con Kal Anderson fuera lo más importante del universo.

Cierto es que no he pensado en otra cosa desde que me desvirgó con fiereza hace unas semanas, pero, aun así… Después del caos de las últimas veinticuatro horas y de que trastocara mi vida por completo, el sexo debería ser mi última preocupación. Debería estar contenta de que no quisiera eso de mí. Debería darme fortaleza, como si me hubiera dejado mantener la única moneda de cambio de que dispongo.

Y aun así, viéndolo desde mi asiento del sedán negro donde nos han metido tras desembarcar del jet, el dolor que me produce el rechazo, tan conocido, se propaga desde mi coño, recorriéndome las

venas como si ese fuera su sitio.

Él se sienta prácticamente pegado a la puerta y ha colocado la chaqueta del traje doblada entre nosotros. Lleva las mangas de la camisa negra arremangadas hasta la mitad del antebrazo, dejando a la vista los músculos definidos bajo la piel bronceada. No recuerdo haberlo visto nunca así de moreno.

Avanza por la pantalla del móvil con el pulgar mientras se acaricia la barba de cuatro días con la otra. Pasa pantallas con tanta rapidez que me cuesta creer que procese la información que ve.

Frunzo los labios. Me agacho para buscar mi móvil en el interior de la mochila, pero no consigo encontrarlo. Me vuelvo a mirarlo, me retiro un mechón de la cara y abro la boca para preguntarle dónde lo ha metido.

—Es un riesgo —dice antes de que haya dicho nada, sin siquiera mirarme a la cara—. Cuando lleguemos a casa te daré uno nuevo.

«A casa». Me acaricio las mallas con la palma de las manos mientras contemplo, a través de los cristales tintados, cómo vamos dejando atrás el paisaje verdeazulado de dondequiera que hayamos aterrizado. El océano se pierde en la línea del horizonte por encima de las copas de los árboles. No sé si eso significa que seguimos en el continente.

—¿Y dónde se encuentra la casa exactamente?

—En Isla Aplana, aunque los lugareños la llaman Aplana sin más. Está un poco más alejada de las islas del puerto de Boston.

—No la conozco —digo mientras acciono el botón que baja la ventanilla del coche.

Al hacerlo, un ruido mecánico rompe el silencio que nos rodea. Me relaja. Me ayuda a deshacer el nudo en el estómago que tengo desde que entré en el dormitorio de Mateo. La subo y la bajo una y otra vez, hipnotizada por el ruido.

Por el rabillo del ojo veo a Kal revolverse en su asiento. Cruza y descruza las piernas como si no encontrara la postura. Se lleva la mano izquierda a la rodilla y la aprieta bien fuerte hasta que parece que le van a explotar las venas mientras coge aire deprisa una y otra vez.

Me pregunto si se estará arrepintiendo de todo: de casarse conmigo, de follarme, de secuestrarme y sacarme de Boston. A lo mejor el médico peligroso no sabía en lo que se metía cuando se inmiscuyó en mi vida como mi caballero de no tan reluciente armadura.

Antes de que pueda preguntarle si todavía estamos a tiempo de pedir la nulidad, Kal saca la mano de un latigazo y la coloca sobre la mía. Siento el aire salado en la cara. Me aparta el dedo y devuelve la ventanilla a su estado original: cerrada. Le cuesta respirar.

Levanto la cara y me percato de que tiene los ojos entrecerrados y se le han contraído las pupilas. Tiene un aspecto salvaje. Como si un monstruo se acabara de despertar con la imperiosa necesidad de saciar su hambre. Por unos segundos me falta el oxígeno en los pulmones. No porque le tenga miedo. Sino porque me gusta.

El caos que percibo en sus ojos me arrastra como una corriente submarina, me sumerge en las profundidades de aguas peligrosas. Por un instante, elijo ahogarme en ellas antes que salir a la superficie. Se me forma un nudo en la garganta.

Intento controlar los latidos de mi corazón cuando se cierne sobre mí e inundan mis sentidos su aroma a whisky y canela, el mismo que llevo semanas intentando olvidar. Sigue el contorno de mi cara con una mirada enloquecida que le confiere una apariencia distante.

Se agarra a la puerta y suelta el aire poco a poco. Se le hincha el pecho por completo al hacerlo. Pestañea con rapidez para recuperar

la normalidad. Cuando me mira con sus ojos marrones, sus pupilas vuelven a ser las de siempre.

—¿Estás bien? —pregunto casi en un susurro. No estoy muy segura de lo que acaba de ocurrir, pero no quiero que vuelva a sucederle.

—Sí. Me basta con que dejes de bajar la ventanilla.

Cuando se aparta de mí y se recoloca en su asiento como si él fuera un trozo de metal atraído por un imán, frunzo el entrecejo.

—¿Qué va a pasarme si lo hago? ¿Me va a secuestrar alguien peor que tú?

Se da un tirón del cuello de la camisa y me mira con seriedad. Me pone tan cachonda esa mirada…

—Hay muchísimas cosas ahí afuera peores que yo, pequeña. Y no se trata de si van a secuestrarte o no, sino de cuándo van a hacerlo. —Habla en un tono uniforme, con firmeza. No sé lo que le ha pasado hace unos segundos, pero ya lo ha olvidado; vuelve a vestir la máscara de la compostura—. No me he casado contigo para que vayas haciendo el gilipollas por ahí y acabes muerta, así que cuando te digo que hagas algo, espero que me escuches. No hagas que me arrepienta de protegerte.

—También has dicho que me estás utilizando —señalo cruzando las piernas a la altura de los tobillos mientras el conductor detiene el coche—; que de nada te sirvo muerta. Decídete. ¿Te has casado conmigo para salvarme o para blandirme como un arma?

El conductor aparca el coche. Nuestros cuerpos se balancean ligeramente hacia delante cuando apaga el motor. Al momento, alguien abre la puerta de Kal. Un hombre uniformado de edad avanzada con el cabello gris lo espera fuera con expresión estoica. Kal se me acerca para desabrocharme el cinturón de seguridad y sale del coche sin darme una respuesta.

Pongo los ojos en blanco y sigo sus pasos. El calor del sol me acaricia la piel al salir con la mochila. Hemos aparcado al fondo de un aparcamiento abovedado. Estoy demasiado ocupada mirando boquiabierta el enorme portón de hierro forjado que tengo delante para darme cuenta de que Kal me ha cogido por el brazo. Tira de mí hacia atrás cuando me dispongo a cruzar la puerta.

—No eres ningún arma —me dice. El tacto de su mano me quema por dentro—. Eres un peón. Esa alianza que llevas en el dedo te convierte en mi peón. No lo olvides.

Noto el resentimiento abriéndose camino dentro de mí, la terquedad alzando la cabeza como una llaga supurante en la piel.

—¿O qué, Kallum? ¿Qué estás pensando hacer conmigo? ¿Vas a encerrarme en tu casa y a tirar la llave?

Se le expanden las narinas. Me mira a los ojos como si no pudiera evitar hacerlo, pero entonces avanza tirando de mí.

La puerta se abre automáticamente y da paso a un jardín inmaculado bordeado de setos. Al fondo hay vistas del océano. En el centro de la finca se erige una casa enorme de fachada gris, rodeada de un porche y tres chimeneas de ladrillos. Es el único edificio que se ve desde la entrada.

—Madre mía. —Suelto el aire mientras observo el edificio con los ojos como platos—. ¿Vives aquí?

—Técnicamente sí. Aunque no paso mucho tiempo aquí.

—Es muy grande para una sola persona.

—El Asfódelos solía ser un hotel. Lo compré hace unos años y lo renové para convertirlo en una residencia.

«El Asfódelos». Extrañamente apropiado.

Me pregunto si se habrá percatado de lo irónico que resulta que su casa se llame como una de las regiones del inframundo griego.

Kal se vuelve a mirarme cuando llegamos a la puerta de la casa.

Un mechón negro le cae sobre la frente al agachar la cabeza. Se me contraen los dedos de las ganas que tengo de apartárselo y me tiembla el cuerpo al tratar de no sucumbir a ellas. Casi agradezco que me tenga cogida del brazo.

Sentir deseo por mi marido no debería provocarme tanto asco. En otras circunstancias, sería lo normal. Se daría por hecho.

Mientras me observa durante unos segundos junto a la puerta, recuerdo que nada de lo que ha ocurrido es normal. Y menos aún la forma en que he reaccionado yo a que me obligaran a casarme a base de amenazas a mis seres queridos.

Debería haberme afectado más presenciar la muerte de mi prometido. Debería haber peleado con más ahínco cuando su asesino pidió, o mejor dicho, tomó mi mano sin permiso. Debería haberme defendido con uñas y dientes, como me ha enseñado siempre Papà. De la misma manera que habría peleado Kal si se hubieran cambiado las tornas.

Carraspeo y aparto la mirada. Él me suelta el brazo en cuanto lo hago. Busca las llaves en el bolsillo e introduce la adecuada en el pomo de latón y la hace girar hasta que cede la cerradura.

Me estremezco cuando me apoya la mano en la parte baja de la espalda. Tiene la piel fría al tacto y aun así me abrasa a través de la tela de la camisa, derritiéndome por dentro. Intento centrarme en la entrada de la casa para reprimir la sensación.

Dos tramos de escaleras imperiales dividen las dos plantas, separadas por una puerta abovedada que conduce a un largo pasillo. Los suelos son de madera de cerezo oscura y están tan pulidos que me veo reflejada en ellos. En cuanto al mobiliario, parece sacado de un catálogo de Pottery Barn.

Del techo cuelga una lámpara de araña de cristal elegante y las paredes color crema, más bien escasas, están decoradas con algún

que otro cuadro de marco dorado típico de los hoteles. Al fondo del pasillo se vislumbra una cocina blanca con encimeras de mármol. Desde la ventana panorámica que hay encima del fregadero se ve el mar, separado de la casa por una extensión de césped y más arbustos.

Sin retirarme la mano de la espalda, Kal me guía hacia la escalera de la izquierda y me indica que la suba. Me aferro al pasamanos con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Camino unos pasos por delante de él mientras intento ignorar la forma en que me afecta su contacto.

«En serio, Elena. Céntrate».

Giramos al llegar al descansillo de la escalera. Separa la mano de mi espalda y me la coloca en el hombro para guiarme hacia la izquierda. Pasamos de largo por una docena de puertas cerradas a ambos lados del pasillo hasta detenernos frente a la última, momento en que se aleja de mí por completo.

—Este es… nuestro dormitorio —dice mientras abre la puerta con la mano.

—¿Nuestro?

No se parece en nada al resto de la casa. El dormitorio principal sí que parece de Kallum. Sigue sin haber efectos personales a la vista, pero todos los muebles que hay en su interior son negros y están estratégicamente colocados en distintos puntos de la estancia. Largas cortinas cubren los ventanales para que no traspase ni un rayo de luz.

—Claro. ¿Qué pensabas? ¿Que iba a prepararte un dormitorio para ti sola?

Me encojo de hombros, me coloco las manos en los muslos y giro sobre mis tacones.

—No sé cómo funcionan los matrimonios falsos. Supongo que he

dado por hecho que viviríamos cada uno por nuestro lado.

Entorna los ojos y me mira con ferocidad. Da un paso hacia mí y yo retrocedo hasta que choco con el culo en un aparador. Le centellean los ojos.

—No es la primera vez que insinúas que nuestro matrimonio no es legítimo —dice con un gruñido mientras avanza hasta que las punteras de nuestros zapatos se tocan. Tiene el cuerpo a un milímetro de distancia del mío—. ¿Qué coño piensas que ha ocurrido?

Trago saliva. Se me abren las narinas y casi me ahogo con ese aroma que me envuelve.

—No lo sé. No me has contado nada.

—Aclaremos una cosa, pequeña. —Me coge del culo con fuerza antes de subir la mano por el lateral de mi cuerpo hasta llegar al cuello, y me rodea la garganta con los dedos. Ejerce presión en los lados haciendo que expulse el aire de los pulmones mientras se acerca a mí y me frota la nariz con la suya—. Estamos casados. Somos marido y mujer ante los ojos de Dios. Tiene la misma legitimidad que si te hubieras casado con Mateo, o incluso más, porque nosotros nos conocemos íntimamente.

Me pongo de puntillas en un intento de hacer palanca y aliviar el escozor que noto en la garganta por la falta de oxígeno. El deseo se arremolina en el vientre alentado por el contacto de sus ásperas manos sobre mi cuerpo. También siento miedo; sin embargo, es el deseo lo que me hace perder la cabeza.

—¿Te acuerdas de cómo te hice sentir cuando te penetré? —me pregunta mientras se mueve para levantarme la barbilla y mordérmela con fuerza, atrapando mi piel entre sus dientes. Una descarga de ardiente lujuria me recorre el cuerpo al sentir el dolor—. ¿De la forma en que te desgarré con mi polla y de cómo me

implorabas que te hiriera?

Me suelta la barbilla, desciende hasta la base del cuello y vuelve a morderme. Cojo aire de la sorpresa cuando veo una mancha roja, prueba de que se me ha abierto la carne por él.

—¿Te acuerdas tú? —contesto entre dientes y hago girar las caderas despacio contra su cuerpo. Se me pone la piel de gallina en los brazos al percatarme de su evidente erección.

—Es el material del que están hechas mis pesadillas —sisea mientras empuja su erección contra mi vientre y me pasa la lengua por la zona erógena que me acaba de dejar marcada en el cuello.

Lleva la mano que tiene libre al seno izquierdo y me acaricia el pezón con movimientos excitantes. Se me arquea la espalda de placer.

—Cada vez que cierro los ojos te veo a ti. Te veo abierta de piernas y sangrando debajo de mi cuerpo con ese dulce coño que llora por mí, esperando a que lo folle.

Me pellizca el pezón y suelta un gruñido cuando me oye gemir.

No puedo apartar los ojos de las luces empotradas en el techo de bandeja que me nublan la visión y trato de anclarme al suelo, pero las caricias de Kal demandan mi atención. Yergue la espalda y aparta la mano de mi pecho para pasarme los dedos por la herida del mordisco del cuello con cara de satisfacción.

—¿Sería esa prueba suficiente de que este matrimonio va en serio? —me pregunta mientras acaricia la carne magullada con el pulgar—. ¿Si volviera a hacerte mía? ¿No te bastó con que te mancillara una vez? ¿Sigues reclamando mi oscuridad, pequeña?

Sigo cegada por la lujuria incluso cuando se aparta. Me llevo la mano al cuello y me froto la zona dolorida. Él se ríe para sus adentros mientras se recoloca el cuello de la camisa. Me siento tan avergonzada que se me encienden las mejillas. Me avergüenza no

ser más que una marioneta en manos de este hombre y me avergüenza que él lo sepa.

En lo que concierne a mi reciente marido, cualquier tipo de resistencia que pensaba que podía ofrecer desaparece en cuanto me toca. Se me cierra el estómago de solo pensarlo; es una mala señal, un aviso de lo que está por venir.

Kal carraspea, sale del dormitorio y agarra el pomo con los mismos dedos con los que me ha apretado la tráquea.

—La cena es a las ocho. Marcelline te traerá un teléfono nuevo. Puedes explorar la finca con total libertad.

Durante una milésima de segundo parece dudar. ¿Qué estará pensando? Me pregunto si me desea tanto como lo deseo yo a él o si no soy más que un pasatiempo. Si para él soy solo un medio para conseguir un fin, como lo era para Mateo.

Soy consciente de que dijo que había aceptado casarse conmigo porque lo habían chantajeado, como a mí, pero tengo la sensación de que eso no es todo.

Miro hacia los ventanales que cubren la pared de la habitación y calculo si serán accesibles. ¿Será muy dura la caída desde esta planta? Tal vez pueda escaparme de este matrimonio antes de que me destruya.

La voz de mi madre resuena en mis oídos, advirtiéndome a gritos de que salga de allí mientras pueda. En cuanto se enteró de con quién me había casado en lugar de Mateo, metió mis cosas en una mochila y trató de tirarme por el balcón a empujones. Ya entonces sabía que no tenía tiempo de escapar, pero eso no la hizo detenerse. No le impidió meterme esa idea en la cabeza.

—Si te escapas —dice Kal, que parece haberme leído la mente, con frialdad. No parece el mismo hombre que acaba de ponerme las manos por todo el cuerpo—, te encontraré. Y te arrepentirás de

haberlo hecho.

Tras esto, cierra la puerta, dejándome hundida, apoyada en la estantería, para que me vaya acostumbrando a este lugar extraño.

9

Kal



—¿Tratas a todas tus invitadas como a putas o solo a aquellas de las que necesitas algo?

Suelto el pomo de la puerta y me encuentro con Jonas al darme la vuelta. Está apoyado en la pared al otro lado del pasillo. Lleva el pelo castaño más largo que la última vez que lo vi y se le ensortijan las puntas alrededor de las orejas, justo encima de la barba. Me mira con sus extraordinarios ojos violetas con desaprobación. Lleva una cazadora de cuero negro con el logo de su bar: un minotauro que escupe fuego sobre una cuadriga, y unos tejanos oscuros rotos a la altura de la rodilla. No pega nada con la inmaculada decoración de estilo moderno de mi casa.

Cuando visitaba Aplana con mi madre, solíamos quedarnos en la pensión Asfódelos, en la zona sur de la isla, que estaba mucho más aislada. La playa que había a espaldas del hotel era rocosa y carecía de puerto deportivo, por lo que los turistas la evitaban.

Cada año mi madre ahorraba todo céntimo extra que ganaba como cuidadora en un centro asistencial en Boston, e incluso se desplazaba caminando desde nuestro apartamento ruinoso en Hyde

Park. También renunciaba a la cena después de asegurarse de que yo hubiera comido lo suficiente y cosía ella misma la ropa que llevábamos con una máquina de coser eléctrica que había encontrado en un callejón cuando yo era un bebé.

Para ser sinceros, creo que habría preferido una comida que no fuera a base de judías por una vez en la vida antes que ir de vacaciones un fin de semana en invierno, que era el único momento del año en que podía faltar al trabajo. Pero para Deidre Anderson era importante que su único hijo saliera de vez en cuando de Boston, que saliera de la pobreza a la que nos había abocado mi donante de esperma, pobreza que se agravó cuando le diagnosticaron el cáncer a mi madre.

Cuando volví a la isla tras su muerte, años después, Jonas Wolf se había labrado un nombre allí. Era uno de los pocos residentes de Aplana que pasaba en la isla todo el año. Sus padres, procedentes de Londres, se habían mudado aquí cuando él era todavía un niño. Se crio en la zona norte, donde los negocios florecían y todo el mundo parecía llevarse bien.

Un verano, un cazador de talentos lo contrató para una agencia de modelos y se hizo famoso antes de llegar a la adolescencia. Aplana es conocida por las exportaciones de cangrejo y menta silvestre, así que el descubrimiento de Jonas consiguió colocar la isla en una posición aventajada sobre las que forman el área recreativa del puerto de Boston. Durante muchísimo tiempo, la isla se esforzó por atraer visitantes al mismísimo lugar de residencia del próximo ídolo de América.

Todo terminó al cumplir Jonas los veintiuno, cuando fue arrestado por intento de asesinato de Tom Primrose, dueño de la isla. Tras su breve paso por chirona, donde llegó a confesar que tenía tratos con una organización secreta, los residentes de Aplana

simplemente lo rehuyeron. El mismísimo Tom pidió una orden de alejamiento que le prohibía acercarse a la finca Primrose.

Me reconocí en él en cuanto saltó la noticia de su arresto, así que contraté a un abogado para que redujera su condena y fui a buscarlo a la salida de la cárcel.

Había comprado La Cuadriga Llameante, su garito de mala muerte, mientras cumplía condena. Estaba claro que lo utilizaba de tapadera para sus trapicheos con la banda o la sociedad a la que era leal. Le ofrecí compartir el negocio si aceptaba trabajar para mí.

Al final resultó que lo había pillado porque alguien había dado un chivatazo. En el mundo del hampa de la Costa Este, a Jonas Wolf se le conocía por su rapidez y porque no dejaba huellas. Me aseguré de resultarle imprescindible. Incluso por aquel entonces sabía que mis días con los Ricci llegarían a su fin. De lo que no me daba cuenta era de lo rápido que ocurriría.

Jonas es una pieza clave para que mi plan salga bien, igual que Elena. Lo que no me esperaba es que se presentara en mi casa sin avisar. Me resulta inquietante. Noto la presión en cada una de las vértebras como si me las oprimiera una boa constrictor hasta hacerme perder la visión.

Sigo apoyado en la puerta del dormitorio con las manos en los bolsillos fingiendo que todo esto no me afecta.

—¿Tienes ganas de comprobarlo?

Se ríe entre dientes.

—Lo único que digo es que me parece una forma un poco rara de tratar a tu esposa. ¿Quieres que te odie?

«Sí».

Sería muchísimo más sencillo lidiar con su odio que con ese calor que desprende su mirada cada vez que me mira. También ayudaría que no tuviera tantas ganas de empotrarla cada vez que tengo la

oportunidad.

—Estaría bien.

—¿Siguen las ventanas selladas con pintura ahí dentro?

Me encojo de hombros y me aparto de la puerta para descender por la escalera de la izquierda hacia mi despacho, alojado en un rincón del ala derecha de la casa. Dejamos atrás a Marcelline, que limpia el polvo de encima de la nevera. Lo más seguro es que siga traumatizada por haberla hecho cómplice de mis asuntos.

Jonas me sigue de cerca. Su presencia me sigue pareciendo perturbadora.

—¿Has venido a hablar de cómo organizo mi casa o tienes algo para mí?

—Estamos un poco ambiciosos, por lo que veo.

Niega con la cabeza. Pasa por delante de mí y se dirige al mueble bar que hay detrás de mi mesa. Después saca dos vasos y varios ingredientes para preparar un cóctel.

Me siento ante mi escritorio y conecto las cámaras de seguridad de la casa. Enseguida localizo la del dormitorio. Me invade una sensación de *déjà vu* al entrar en la transmisión de la cámara; me recuerda a la última vez que la vi de la misma forma, detrás de esta misma pantalla.

De no ser por la cámara que había escondida en el dormitorio de su casa, no me habría percatado de los nuevos moretones que lucía en el cuerpo. Sabía que eran obra de Mateo y, pese a que me había prometido no volver a tocarla, acabé perdiendo los estribos y me planté delante de ella para exigirle que me contara lo que había ocurrido.

En lugar de eso follamos. A veces parece que seamos incapaces de mantener una conversación sin que la cosa se ponga algo tórrida. Tampoco es que parezca importarnos.

Se me despierta la polla. Me paso la palma de la mano por la cremallera mientras la observo sentarse a un lado de la cama y pasar la mano por el cabecero de tapizado negro.

Dios. Lo único que deseo es subir hasta allí, tirarla a la cama, atarla a los postes y recrear el tiempo que pasamos juntos en Navidad. Esta vez me quedaría con ella. Cuando se despertara por la mañana, ensangrentada y dolorida por culpa de mi verga, de mis dedos, de mi navaja, volvería a empezar hasta que me rogara que la follara otra vez. Hasta que me rogara que le volviera a causar dolor.

Y joder si lo haría.

—Dios bendito —dice Jonas mientras rodea el escritorio con dos bebidas rosas en la mano, con la mirada estratégicamente fija por encima de mi cabeza—. Si necesitas un rato a solas con ella no tienes más que decirlo. Cojo lo que necesito y salgo pitando de aquí.

Pongo los ojos en blanco, cambio de postura para que me quede el regazo debajo de la mesa del escritorio y cojo el vaso que me ofrece. Doy un trago a la bebida, refrescante y fuerte al paladar, mientras espero a que continúe. Se toma el vodka de arándanos en cinco tragos y se limpia la boca con el reverso de la mano.

—Vale. El motivo por el que he venido es que llevamos tres días intentando rastrear la identidad de quien te envió el vídeo sexual. Estamos en el mismo punto que hace setenta y dos horas y, según Ivers, tampoco se vislumbra el desenlace. Quienquiera que lo grabara en la memoria USB no quería que lo encontrasen.

—Se supone que Ivers Internacional es la mejor empresa de seguridad que existe. ¿Me estás diciendo que no son capaces de encontrar un puto ordenador o archivo privado de origen?

—Están sometiendo la unidad a todo tipo de pruebas. Son palabras de Boyd Kelly, no mías. Está claro que está siendo un suplicio. Quería informarte de que necesitaban más tiempo.

Junto las manos y suelto un bufido, irritado. Hasta me pica la piel.

—Vale, pero como tenga que ir hasta King's Trace, Ivers Internacional dejará de existir cuando salga de allí. Asegúrate de que reciba el mensaje.

Jonas alza las cejas y me mira con curiosidad.

—¿No es esa la empresa familiar de tu protegido?

Es cierto. Kieran Ivers me sustituyó cuando renuncié a parte del trabajo que hacía para los Ricci desde Maine. El ermitaño se enganchó a los amaños de la misma forma que yo me enganché a Elena: con tanta facilidad como coger una bocanada de aire y volver a soltarlo.

Aunque yo tampoco lo llamaría mi protegido. Le enseñé todo lo que sé porque sabía que se le daría bien y necesitaba que me reemplazara, no porque me quisiera convertir en su mentor. No fue más que una pieza en la maquinaria.

Le hago un gesto con la mano a Jonas para que se marche mientras tomo un trago de la bebida. Se saca una libreta del bolsillo de la chaqueta y la abre por la mitad.

Se muestra dubitativo. Luego suspira.

—Violet sigue rechazando las transferencias.

Noto que me tiembla la barbilla, pero asiento con la cabeza, impasible.

—Era de esperar. Tampoco pensaba que se lo fuera a plantear antes de conocer a Elena.

Jonas frunce el ceño.

—¿Acaso tiene la princesa de la mafia una lengua particularmente persuasiva?

Siento una oleada de deseo al oír la pregunta y no puedo evitar sonreír.

—Ninguna que pueda utilizar con mi hermana. Lo que he pensado es que si Violet ve que formo parte de una familia, que no soy un vagabundo cualquiera que quiere conocerla y pagar sus deudas, estará más receptiva a la idea.

—Ya veo. —Tamborilea con el pulgar en el margen de la libreta con los labios fruncidos—. Ahora que mencionas lo de la familia…

Dejo la bebida en la mesa y lo miro con fastidio.

—Si vas a seguir insistiendo con lo de la boda, más te vale aceptarlo. Lo hecho hecho está. No pienso volverme atrás. Ella necesita que la protejan de quien sea que esté chantajeando a los Ricci y yo necesito…

—Una esposa —termina él por mí mientras deja la libreta sobre la mesa. Me quedo mirándolo, confuso, pero él se limita a encogerse de hombros—. Conozco las condiciones del fondo fiduciario. Tu abogado se va de la lengua cuando se emborracha.

Hago una nota mental para no olvidarme de hacerle una visita a Miles Parker la próxima vez que vaya a Boston y rebanarle el pescuezo. Más que nada porque todo esto es solo una estratagema.

Jonas desvía la mirada hacia la pantalla, donde Elena sigue recostada en la cama, con los brazos extendidos por encima de la cabeza. La postura hace que se le levante la camiseta y se le vea una parte del estómago, plano y firme. Noto el pulso entre las piernas. Me agarro al borde de la mesa para tratar de sofocar la forma visceral en que mi cuerpo reacciona al verla.

—No se trata de eso. —Jonas se saca el teléfono de los pantalones vaqueros, desbloquea la pantalla y gira el dispositivo para que la vea.

Ha introducido mi nombre en el buscador y han aparecido una docena de artículos. Algunos incluyen actualizaciones que se muestran debajo de una biografía parca de cuando era residente. El

cabreo se apodera de mí tras echarles un vistazo a los titulares. Busco mi teléfono y llamo a Rafe sin perder ni un segundo.

«Médico venido a menos secuestra a miembro de la alta sociedad italiano-americana; su actual prometido, magnate de un conglomerado mediático, se encuentra en paradero desconocido».

Me hierve la sangre con tanta furia que noto el enfado hasta en el tuétano. Se extiende por mi pecho como lava ardiente. Cuando la llamada es rechazada, mi visión se tiñe de rojo. El tono que suena tras la desconexión solo consigue que me tiemble el cuerpo con virulencia. Dejo el teléfono con tanta fuerza sobre la mesa que se rompe la pantalla.

Empujo la silla hacia atrás y me levanto. Me aliso el traje con las manos y cojo aire lentamente para recobrar el aliento y mantener la calma. Solo tenía que cumplir una puta promesa, solo por esta vez. Debería habérmelo imaginado: Rafael se ha convertido en una serpiente que te ataca por la espalda cuando se ve acorralada.

Hace tan solo unos días le arranqué de raíz su posesión más preciada. Mi plan era guiarme con prudencia e inteligencia, y ahora se ha ido todo al traste por culpa de este truquito. Si Rafe quiere guerra, se la serviré en bandeja.

Me acerco al armario que hay al fondo del despacho, abro la puerta de un tirón y saco unos guantes de cuero negro nuevos. Me los pongo disfrutando de la elasticidad del material al entrar en contacto con mi piel. Están impecables, aunque sé que pronto se teñirán de rojo.

Tengo la mente a rebosar de pensamientos intrusivos, que me invaden una y otra vez mientras salgo del Asfódelos; sin embargo, pese al ruido que generan, nunca me he sentido tan relajado.

10

Elena



—No hay duda de que aquí es donde tortura a la gente.

El pequeño cobertizo parece devolverme la mirada en silencio, burlándose de mí por hablar sola. Unas parras verdes recubren la fachada revestida de piedra. No hay ningún edificio alrededor; solo este y la casa. Está construido en un lugar apartado de la finca, como si la distancia fuera a hacerlo menos llamativo.

—¿A quién quieres engañar, Kal? —murmuro mientras entrecierro los ojos para mirar entre los barrotes de metal que cubren el cristal opaco de la única ventana y los tablones de madera clavados en la puerta obstruyendo la entrada.

¿Para qué otra cosa iba a utilizar esta construcción?

—¿Estás hablando sola? —dice en voz alta Marcelline desde la ventana de la cocina, que está lo suficientemente cerca como para que no tenga que gritar.

—En efecto, Marcelline. Eso hago. Como tú no me haces el tour guiado, pues me lo voy inventando yo sobre la marcha.

La verdad es que esta es la tercera vez que salgo a explorar fuera del Asfódelos desde que Kal me dejó en nuestro dormitorio el

primer día. No había planeado volver a inspeccionar el terreno, pero internet no funciona muy bien aquí y tampoco es que me interese continuar con los cursos en los que estoy matriculada en la Universidad de Boston, así que… ¿por qué no?

Marcelline es una constante en el hotel renovado, pero se niega a participar. A lo que sí que me ayudó fue a deshacer el equipaje que hizo traer Kal a la isla. Cuando vio los conjuntos de lencería que me habían regalado para la boda se le puso la cara del mismo color que el pelo.

Suelto un suspiro y me giro con las manos en las caderas para inspeccionar el resto del terreno: el muro de cemento que rodea la propiedad y los arbustos sin podar, probablemente para disuadir a los mirones; la terraza de piedra casi sin amueblar: una barbacoa oxidada y un jacuzzi que necesita una buena limpieza; el jardín a medio terminar que hay enfrente de la ventana de la cocina y que parece un lecho de malas hierbas.

Sobre el muro se ve una franja de arena y el mar hasta perderse en el horizonte. Hace que eche de menos mi hogar. Meto la mano en el bolsillo, saco el teléfono que me dio Marcelline y busco uno de los pocos contactos que sigue disponible.

Mi hermana Ariana contesta al cuarto tono. Transforma la llamada en videollamada y se ilumina la pantalla con la imagen de su cara. Lleva puesta una mascarilla de aguacate. Siento un pinchazo en el corazón al verla: las mascarillas y las pedicuras formaban parte de nuestra rutina de los viernes por la noche. No estar ahí con ella disfrutando de todo me resulta desconcertante.

—Ahí está mi recién casada favorita —canturrea Ariana casi sin mover los labios para no estropear la mascarilla—. ¿Cómo está la primerísima señora de Kal Anderson?

—Volviéndose loca poco a poco —digo mirando de nuevo el

cobertizo.

—Ay, Dios. ¿Has visto algo?

Frunzo el entrecejo.

—¿Que si he visto algo?

—Venga, desembucha. Llevas una semana con el doctor Muerte. Tienes que contarme todo lo que ocurre en la clínica de los horrores.

Vuelvo a la casa, abro la puerta corredera de cristal de la terraza y entro en la cocina. Marcelline se ha marchado, así que le doy la vuelta a la cámara y le enseño las encimeras de mármol negras y los electrodomésticos de acero inoxidable de la estancia.

A la izquierda de la cocina hay un comedor de estilo formal y, al otro lado de la cocina, bajando un escalón, una sala de estar con una chimenea de piedra gigantesca y un módulo blanco con ribetes dorados.

Ningún cuadro ni foto adornan las paredes color crema. Tampoco hay polvo encima del piano de media cola que hay junto a la entrada de la sala de estar ovalada o en las estanterías de la biblioteca que hay al fondo del pasillo. No hay ninguna prueba de que haya habitado este sitio nadie más que Marcelline antes de que me mudara yo. ¿Para qué querrá Kal una casa tan grande si ni siquiera vive aquí?

El tiempo que está en casa se lo pasa encerrado en el despacho, de donde no se digna a salir ni para cenar conmigo. Desde que llegué, he comido cada día sentada a la mesa yo sola, en completo silencio y mirando por la ventana hacia el exquisito jardín lateral, imaginándome todas las maneras en que podría escapar de aquí.

—Puaj. Es más escalofriante aún de lo que me imaginaba. —Vuelvo a cambiar la cámara y veo a Ariana con sus inmaculadas cejas enarcadas—: ¿Dónde están sus cosas? ¡Ni siquiera he visto una tele!

Me siento junto a la isla rectangular de la cocina y apoyo el móvil en un frutero. Giro el anillo de diamante en el dedo y me encojo de hombros.

—Ya lo sé. Hay una en el dormitorio, pero no está conectada a televisión por cable ni a internet.

—Qué raro. ¿No tiene ningún hobby?

—No sé.

—¿No lo sabes? —Hace una pausa y pone cara de extrañeza. Los reflejos anaranjados de sus ojos color avellana se iluminan cuando mueve el teléfono y la luz del balcón entra en su dormitorio—. A mí me parece importante saber esas cosas sobre tu marido.

Me mordisqueo el labio mientras me llevo el dedo pulgar a las marcas de dientes que me hizo Kal el otro día y las acaricio, manchándome el dedo de corrector.

—Le gusta la poesía —le digo. Sé de sobra adónde se dirige esta conversación.

Chasquea la lengua.

—Y a ti también. Elige algo menos aburrido, anda. Algo que no sepamos ya.

—Es que todavía no hemos hablado de nuestros hobbies.

Entrecierra los ojos hasta tal punto que solo se le ven dos ranuras.

—Elena, dime que sabías algo más de Kal que el tamaño de su polla antes de casarte con él.

Aparto la mano del cuello y farfullo:

—¿Qué?

—¡Venga ya! Estamos todos al tanto de lo que ocurrió en Navidad. Papà nos contó lo del *affare illecito*; tan maduro y a la vez tan atípico de su complaciente niñita.

Me siento resentida por la condescendencia que destilan sus

palabras.

—Yo no soy complaciente.

—No hay duda de que lo eres. Nadie te culpa por ello. Cada una ha elegido los mecanismos de defensa que mejor le funcionan contra Papà. El tuyo resultó ser no oponer resistencia.

Descarto la idea con un gesto y cojo una ciruela del frutero, dándole un mordisco a la carne roja.

—Bueno, no creo que Papà quedara muy contento con cómo acabaron las cosas el día de mi boda, de eso estoy segura.

—Ay, Dios —se queja echando la cabeza hacia atrás—. Así que era cierto que te secuestró, como dijo Mamma. ¿Qué trapos sucios conoce? ¿Cómo puedo ayudarte a escapar de sus garras?

—Joder, Ari. —El sudor me ha humedecido la frente y me resbala por la espalda—. Haces que parezca un supervillano.

—¿Y no lo es? No finjas que no te acuerdas de los rumores que hemos oído sobre él, o de los cotilleos que nos contaban Mamma y sus hermanas.

«No tiene madera de esposo», recuerdo que insistió una de mis tías, aunque nunca supe por qué. ¿Por qué no merecía casarse un hombre con la cara, el cuerpo y la mente de un dios griego?

«Supongo que porque ese dios griego es quien reina en el Inframundo de la misma forma en que Kal parece reinar sobre aquellos con quienes entra en contacto».

Pero incluso Hades se procuró una esposa. Sí, «se procuró», haciendo hincapié en el verbo.

Me trago el bocado de ciruela y miro a mi alrededor, a esta casa tan vacía que retumba como el eco en una caverna inmensa, sin un hombre que se haga cargo de ella. A veces tengo la sensación de que la temperatura cae durante la noche, como si sus fantasmas salieran a jugar cuando deberíamos estar durmiendo.

A lo mejor era precisamente a esto a lo que se referían. Los hombres en el mundo del hampa arrastran sus demonios. Me pregunto qué demonio perseguirá a Kal y si estoy aquí para actuar como escudo.

—¿Sabes qué? —digo dándole otro mordisco a la ciruela—. Recuerdo oírte decir en la fiesta de Navidad que querías montártelo con Kal.

Hace una mueca.

—¿Y? Follar con alguien y casarse con él son cosas distintas, E. Lo sabrías si te hubieras acostado con más de una persona. —Se detiene y se queda pensativa unos segundos. Tras esto vuelve a centrarse—. ¿Es eso lo que ha ocurrido? ¿Te ha seducido y te has vuelto adicta a su polla?

—Ariana…

—¿Qué? Fue tu primera vez. Eso si Papà estaba en lo cierto cuando afirmó que tú y Mateo queríais esperar hasta la boda. Tiene sentido que sientas una conexión sobrenatural y profunda con él.

Mastico la ciruela en silencio mientras lo medito. Tendría sentido, pero eso significaría que el motivo por el que acepté su propuesta de matrimonio forzada fue menos altruista de lo que pensaba y me niego a aceptar que sería capaz de lanzar a mi familia a los leones solo porque me lo pidiera un sociópata de cabello oscuro y mandíbula afilada.

Así que en lugar de aceptar lo que acabo de descubrir, lo mando al último rincón de mi cerebro y doy marcha atrás.

—Espera un momento. Has dicho que me secuestró, como dijo Mamma. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Todavía no te lo ha contado? Papà y Mamma les dieron un chivatazo a Bollente y a otras agencias de noticias de la ciudad. Les contaron que Kal le rebanó el pescuezo a Mateo y te secuestró

desde tu balcón. Ofrecen una recompensa astronómica para quien les proporcione información sobre tu paradero.

La observo mientras suelta el teléfono y se maquilla los párpados con sombra dorada. Mi neceser de maquillaje está arriba todavía en la maleta. Probablemente a estas alturas se haya echado todo a perder, pero ¿qué sentido tiene maquillarse para un hombre que apenas te presta atención las pocas horas que está en casa? Tal vez Nonna tuviera razón: mi generación enseguida se da por vencida cuando se casa.

Dibujo una expresión de perplejidad.

—Pero saben dónde estoy. Y, aunque no lo supieran, estoy hablando por videollamada contigo ahora mismo. ¿Tan difícil sería encontrarme?

—Más de lo que podría parecer. ¿Por qué si no se pondría Papà en el disparadero?

Siento una sensación extraña en el bajo vientre que se ancla a mis miedos. Hay algo que huele mal en todo esto.

Acabo de colgar con Ariana después de asegurarle que estoy bien y que no necesito que me rescaten cuando se abre la puerta de la casa. Golpea con tanta fuerza contra la pared que sacude la ventana que hay encima del fregadero.

Pasan unos segundos en silencio. Por algún motivo albergo la esperanza de que Kal entre en la cocina, aunque buscarme no parece formar parte de sus rutinas vespertinas. Si llego a saber que iba a sentirme tan sola al casarme con él…

—Entonces ¿qué… qué habrías hecho, Elena? —me pregunto a mí misma mientras tamborileo con las uñas sobre la encimera. El diamante que luzco en el dedo refulge a la luz de la lámpara colgante proyectando sombras fragmentadas—. Tampoco es que tuvieras elección. Con él nadie la tiene nunca.

Pasan otros cinco minutos y, cuando ya es más que evidente que no va a venir a buscarme, me levanto de la butaca, tiro el hueso de la ciruela a la basura y voy a buscarlo yo.

Avanzo de puntillas por el pasillo. Procuro no pisar ninguna tabla que cruja hasta llegar a su despacho, arrinconado al fondo del todo. La luz se filtra por debajo de la puerta. Giro el pomo con cuidado y la abro empujando con el dedo índice.

Kal viste unos pantalones de pijama azules y está inclinado sobre el enorme escritorio de madera. Con una mano se apoya sobre la superficie y con la otra sujeta un vaso de cristal. El pelo moreno le cuelga en mechones mojados que gotean sobre la mesa y le empapan el cuello de la camiseta. Parece que acaba de salir de la ducha.

Se me forma un nudo en la garganta solo de verle la espalda, esa forma en que los bíceps parecen querer salirse de los confines de la piel para sentirse libres.

«Dios. Verlo desnudo tiene que ser impresionante».

Capto un destello rojo cuando se mueve; es un color apagado que salpica el frontal de sus pantalones, pero está ahí, mofándose de mí. Me recuerda que no sé nada del hombre con quien comparto la vida y que eso debería aterrorizarme. Que debería estar buscando la forma de escapar.

—Márchate, Elena. —Su voz resuena en mi interior imponente y brusca; me atraviesa como el filo de una navaja—. No tengo ganas de compañía.

Debería hacerle caso y buscar otra cosa que hacer. Cualquier cosa antes que dejarme llevar por el profundo deseo que siento.

—A tu esposa no se le puede considerar compañía —digo mientras me pellizco el muslo para que no me tiemble la voz—. Además, estoy aburrida.

Suelta el vaso y levanta la cabeza sin darse la vuelta.

—¿Aburrida?

—Claro —digo mientras paso el peso del cuerpo de una pierna a la otra—. Me trajiste a este lugar extraño y llevas ignorándome desde entonces.

Me trago la mezcla de deseo y nervios que se me ha formado en la garganta y entro en el despacho jugueteando con la tela del salto de cama. Es de satén rosa, a juego con el pijama que llevo debajo. La tela sedosa me roza la piel mientras me acerco a él, consiguiendo refrescar las partes de mi cuerpo que se calientan en su presencia.

—Ya sé que la idea de entretener a alguien puede resultarte ajena, pero necesito algo que hacer. Los libros que hay en el piso de arriba podría recitarlos de memoria.

—¿No deberías estar estudiando?

—He dejado la universidad.

Mueve la cabeza a un lado. Tiene el ceño fruncido.

—¿Y por qué has hecho eso?

—No sé. Me pareció que no tenía sentido seguir. No me interesa la docencia y tampoco me imagino combinando una carrera como profesora con ser tu prisionera.

Se vuelve despacio hasta que se coloca frente a mí y me mira en silencio. Pasa su mirada oscura de uno de mis ojos al otro como si estuviera tratando de descifrarme.

«Buena suerte».

—No eres mi prisionera —murmura.

El aire se vuelve pesado entre nosotros. Noto los huesos densos y me cuesta moverme. Se va acercando a mí poco a poco haciendo que me hierva la sangre. Es esa energía que bulle en mis venas la que la bombea, pues se me ha detenido el corazón.

—Ah —digo, incapaz de articular palabra.

—Pero, si no te das la vuelta y te marchas ahora mismo de aquí, haré que te sientas como si lo fueras.

11

Kal



A Elena se le enciende la mirada. Esos ojos color miel se han transformado en hogueras llameantes mientras se pasa la lengua, pequeña e impertinente, por los labios carnosos.

—Eso podré soportarlo. —Lo dice prácticamente ronroneando. Sus palabras cargadas de excitación me acarician la piel.

El conjunto rosa que lleva puesto es tan fino que no consigue disimular su deseo y le marca los pezones duros contra la tela satinada. Un sofoco ardiente le sube desde la garganta resaltando la marca que le dejé en la base del cuello pese a que ha intentado disimularla con maquillaje.

No estaba exagerando cuando dije que no estaba de humor para compañía. De hecho, antes de que entrara me disponía a volver al cobertizo insonorizado para continuar con lo que había dejado a medias.

La sangre de Leo «Rodillas» Morelli es la que mancha mis pantalones. El único objetivo que he tenido estos últimos días ha sido hacerle llegar un mensaje al padre de Elena.

No he podido hablar con los Ricci por teléfono y tampoco estoy

dispuesto a dejar a Elena sola en el Asfódelos por si estuvieran planeando llevársela de aquí, así que, desde que me enteré de las noticias que filtraron a la prensa, he sido una presa fácil: me he limitado a esperar, observar y aguardar el momento oportuno.

Me he mantenido alejado de mi esposa para tratar de mantener la ira que siento por su padre separada de nuestro pequeño pacto.

Blue, uno de los empleados de Jonas en La cuadriga llameante, se percató de que había un forastero que parecía haber salido de la nada. No tenía familia ni amigos en la isla y tampoco le interesaban las actividades turísticas. Entraba en el bar, se sentaba en uno de los reservados del rincón y se pasaba el día bebiendo cerveza. Por la noche desaparecía sin dejar rastro.

Según informó Blue a Jonas, caminaba cojeando a causa de una cicatriz inconfundible en forma de zigzag que le recorría la pierna desde la parte superior de la rodilla hasta el talón. Nadie la habría descubierto de no ser por una pelea que había provocado su segunda noche aquí, cuando inmovilizó a un camarero contra la mesa por haber derramado el vino.

Conozco esa cicatriz. Fui yo quien se la hizo al atravesarle la piel con un bisturí de dermaplaning.

El Rodillas es uno de los primos de Ricci, aunque ni eso se le da bien. Hace unos años lo pillaron amañando las cuentas en uno de los negocios de apuestas ilegales de Ricci. En lugar de mandarlo al fondo del Charles, como deseaban los Ancianos, Rafe me encargó que le hiciera temer a la *famiglia* y lo excomulgó.

Lo último que supe de él es que seguían sin hablarse, aunque el hecho de que esté en Aplana resulta contradictorio. No sé qué le habrá encargado Rafe. No le he sonsacado nada, pero lo que fuera se ha acabado aquí. Jonas no tardará en enviarle su cabeza desde la oficina de correos que hay al norte de la isla.

Elena da un paso hacia mí y alarga la mano, rozando con las uñas la parte de arriba del pijama sanitario. Llevo meses sin ejercer como médico, pero este pijama era lo único que había en la planta de abajo cuando llegué hace un rato, y no quería perder tiempo subiendo a la planta de arriba y arriesgarme a que Jonas se lanzara sobre el Rodillas antes que yo.

Entremete los dedos por la costura del dobladillo y se acerca todavía más. Ya casi no hay separación entre nosotros y puedo sentir el aliento del más mínimo susurro contra mi garganta.

—No creo que esto sea una buena idea —digo.

Trago saliva al mismo tiempo que ella levanta la cabeza y me mira con esos ojos dulces enmarcados por sus pestañas espesas.

Me pasan por la cabeza un sinfín de formas en las que me gustaría follarla, hacerle arrepentirse de haberme conocido o de insinuarse a mí. Me había prometido a mí mismo no hacer nada de eso hasta que llevara un tiempo aquí y se hubiera aclimatado. Sin embargo, aquí estoy, rindiéndome a la histeria que desprende su mirada.

Niega con la cabeza. El pelo negro ondea sobre sus hombros esbeltos.

—Ya sé que no lo es.

Sin añadir otra palabra ni darme tiempo para pensar, me agarra la camisa con un puño y tira de mí hacia ella, se pone de puntillas y funde su boca con la mía, llevando la iniciativa antes de que pueda detenerla.

Es la segunda vez que nos besamos; sin embargo, parece que lo hubiéramos hecho un millón de veces y al mismo tiempo que esta fuera nuestra primera vez.

Joder. Ese sabor tan suntuoso no ha cambiado nada; noto un ligero regusto afrutado, restos de algo que ha comido y que perdura

como una invitación. Se mezcla con el aroma a granada del champú, y de repente ya no quiero volver a probar otra fruta en mi vida. Si Elena es la mitad de divina que la fruta del Jardín del Edén, no me extraña que Eva sucumbiera a la tentación.

Puede que solo esté aburrida y que me esté saltando pasos importantes de mi plan, pero ¿a quién coño le importa eso cuando me está devorando con su lengua?

De nuestros labios se escapa un gemido y no sé de qué pecho ha salido. Se me hincha la polla al rodearle la cintura con los brazos y apoyarme contra las suaves curvas de su cuerpo. La giro y la coloco con la espalda apoyada en la mesa.

Jadea al golpear con el culo contra la superficie de madera. Me desliza las manos por los pectorales y las coloca en mi nuca, utilizando los dedos para mover mi cabeza a su antojo.

Levanta un remolino de pasión con sus besos y mordiscos, azotándome con su lengua como si mi boca fuera una isla ignota que quisiera cartografiar.

Dejo caer una de mis manos hasta su nalga derecha y le clavo los dedos mientras levanto la otra para bajarle el cuello de encaje de la camisola de un tirón.

La carne redondeada y pálida de su pecho queda al descubierto mostrándome una cumbre sonrosada. La acaricio con el pulgar en movimientos circulares disfrutando de la forma en que se estremece en cuanto la toco. Se le arquea la espalda y gime consiguiendo que vibren nuestros labios con el sonido gutural.

—Vuelve a hacerlo —me susurra en la boca mientras me pasa la lengua por el interior del labio superior.

Se me dispara la polla al oír su tono seductor. Nada queda de la tímida virgen a quien prácticamente mutilé hace unas semanas. No sé qué ha cambiado. Tal vez me mintiera cuando me dijo que no

había estado con nadie más. Cuando le agarro un mechón de pelo a la altura de la nuca y la obligo a arquear la espalda para acceder a sus tetas, me doy cuenta de que me importa una mierda.

En este preciso momento podría decirme que se ha acostado con toda la ciudad de Boston y seguiría sintiendo esta necesidad de sumergirme en su interior. Hacerla olvidar que existió alguien antes que yo.

Me aparto un poco y la miro a los ojos bien abiertos y llenos de lujuria.

—Una vez que lo hagamos…

Me araña la nuca con sus uñas, enviándome una descarga eléctrica que me atraviesa el cuerpo y que me llega hasta las pelotas.

—¿Una vez que lo hagamos…?

—No podré parar.

—¿Quién quiere que lo hagas?

Le rodeo el pezón con los labios y se lo chupo mientras le acaricio el muslo. Le meto la mano por debajo de los pantalones cortos y busco la cicatriz que le dejé en la piel. Gime en el mismo instante en que le toco mi marca.

Se le escapa otro gemido cuando le acaricio la cicatriz y sigo subiendo la mano por su muslo. Aparto la tela de los pantalones y le rozo con los nudillos el coño empapado. Maldigo para mis adentros cuando accedo directamente a la carne sin malear.

—No me he puesto bragas desde que llegué aquí —sisea dejando un gemido a medias cuando le empiezo a acariciar el clítoris con el pulgar en movimientos circulares e insistiendo hasta que se deja llevar por el ritmo acompasado.

—Ah, ¿no? —pregunto al mismo tiempo que levanto la cabeza para volver a besarla, llevando yo la iniciativa ahora que sus

músculos se han relajado—. Así que esta zorrita que tengo por esposa se ha paseado todos los días por casa esperando que la follara.

—Dios, sí…

Llaman a la puerta con insistencia y su sonido se propaga por el pasillo justo cuando le meto un dedo en el coño cálido y deliciosamente húmedo. Me suelta el cuello y me clava las manos en los bíceps con expresión de alarma a pesar de que sus paredes internas siguen contrayéndose alrededor de mi dedo.

Me quedo petrificado con el dedo un poco más adentro mientras espero a oír los pasos de Marcelline.

Silencio.

—¿Marcelline? —la llamo y giro la cabeza para mirar por encima del hombro, como si así fuera a averiguar dónde anda.

—Hum —se queja Elena y me golpea en el hombro—. ¿Te importaría no decir el nombre de otra mujer mientras me metes el dedo en el coño?

Me quedo mirándola con la ceja enarcada.

—¿Estás celosa?

Entrecierra los ojos.

—Para nada. Oh, Mateo, qué bien lo haces. No…

Le saco el dedo índice del coño con la velocidad de un rayo, le echo la cabeza para atrás y se lo meto en la boca, dejándola a media frase.

—No puedo matarlo dos veces, Elena. ¿Seguro que quieres ir por ahí?

Vuelven a llamar a la puerta, esta vez con más fuerza. Ella contrae las mejillas y me rodea el dedo con la lengua. Mi polla derrama una gota de líquido preeyaculatorio al acordarme de cómo me la chupaba. Sonríe con mi dedo todavía en la boca hasta que lo

suelta con un chasquido.

—Sé que te gusta tener el espacio de trabajo limpio —dice—, incluido el instrumental.

Abro la boca para decir algo más, pero no dejan de llamar a la puerta y me está sacando de quicio, como si alguien estuviera haciendo rechinar las uñas contra una pizarra.

Relajo los dedos con los que le sujeto el pelo mientras enraíza en mis entrañas la irritación que me resulta tan familiar. Va creciendo como una mala hierba y se extiende por el área cognitiva de mi cerebro. Inspiro profundamente y la suelto al mismo tiempo.

Pestañea con el pecho izquierdo todavía fuera de la camisola, enrojecido y sensible por mis labios y la barba de cuatro días.

—No irás a contestar, ¿verdad?

—No me visita mucha gente. Creo que debería hacerlo, ¿no te parece?

—Ya, pero es que tenemos algo entre manos. ¿No podrías atenderlos en otro momento?

Normalmente diría «a la mierda» e ignoraría los golpes. Pero, si consideramos la traición de sus padres y que he eliminado a un *soldato* de los Ricci —de baja graduación, sí, pero *soldato* al fin y al cabo—, me inclino a pensar que la visita no tiene muy buenas intenciones.

Solo Jonas y Marcelline saben que este sitio es mío. Y el teléfono que programé para Elena la localiza al norte de la isla, gracias a una aplicación de Ivers Internacional.

Levanto la mano y le elevo la barbilla para que me mire a los ojos.

—Vete arriba, desnúdate y métete en la cama. Espérame allí. Enseguida me libro de la visita.

Asiente con una sonrisa dibujada en los labios. Yo también sonrío

y le doy un golpecito con los dedos.

Admiro la forma en que contonea el culo al separarse de mi lado y salir del despacho. Tras esto me quito el pijama médico, lo tiro a la papelera de residuos biológicos que hay escondida en el armario y me pongo unos pantalones del pijama de franela.

Saco la pistola del escondrijo que hay bajo la mesa y me la meto por la cinturilla de los pantalones. Luego la cubro con la camiseta. Me paso la mano por el cabello y cojo aire unas cuantas veces a ver si así consigo que se me baje la empalmada antes de ir a la puerta.

No veo a nadie por la mirilla. Pongo la mano sobre la pistola y abro la puerta despacio con la otra mientras busco un intruso por el porche. Pero lo único que encuentro es un sobre pegado con cinta adhesiva por encima de la ranura para el correo.

Lo despego de la puerta, la cierro con rapidez y me apoyo en ella para abrir el sobre. Se me cae el alma a los pies al tocar su contenido: ya sé lo que es.

Vuelvo al despacho para guardar la pistola. Saco la memoria USB y la conecto a mi portátil. Le doy al *play* cuando aparece la ventana del reproductor y se muestra un vídeo poco nítido que muestra un momento íntimo entre Elena y yo…, de unos minutos antes de que llamaran a la puerta.

Inspecciono el despacho en busca de una cámara oculta con la respiración entrecortada, temiéndome lo peor.

12

Elena



Cuanto más tiempo paso desnuda en la cama de Kal mirando el techo con los brazos cruzados, más avergonzada me siento de haber tomado la iniciativa abajo.

No ha pasado mucho tiempo desde que lo vi asesinar a mi prometido y me obligó a casarme con él. Por lo que parece, en situaciones estresantes, una vez pasados el susto inicial y el enfado, mi cerebro se relaja y deja que mi vagina tome las decisiones.

O tal vez sea el efecto que tiene Kal en mí. A lo mejor llevar toda la vida obsesionada con él cuando ni siquiera se dignaba a mirarme me ha traído hasta este punto, y ahora, por muy perturbadora que sea la situación, por fin soy libre de explorar.

Echo el aire despacio por la boca y me pellizco con suavidad los pezones para intentar recrear la sensación que me produjo Kal al hacerlo. Se me pone la piel de gallina y noto un calorcillo en el pecho al acordarme de sus palabras: «Así que esta zorrita que tengo por esposa se ha paseado todos los días por casa esperando que la follara».

No lo he hecho conscientemente. Al menos no tenía la intención

expresa de que Kal viera que no llevaba ropa interior y se aprovechara del acceso directo. La cuestión es que no había nadie más y las normas puritanas de mis padres ya no tenían sentido, así que quitarme las bragas me pareció lo más lógico. Quería encerrar el estilo de vida de los Ricci en un ataúd.

Igual es por eso por lo que me he lanzado al vacío y me he acercado a Kal pese a que estaba cubierto de sangre y tenía una mirada casi salvaje.

Cuando se me presenta la oportunidad de elegir, tiendo a ser temeraria. Eso ya había quedado claro cuando le pedí a Kal que me desvirgara. Ahora solo se ha hecho más patente.

Es cierto que amenazó a mis seres queridos y me chantajeó para que me casara con él. Me arrancó de la única vida que había conocido y me arrojó a un lugar extraño, sola y confundida. Pero es un amante habilidoso y mi cuerpo recuerda su talento.

Se me tensan los músculos del vientre cuando deslizo la mano por mi pecho, resbalando en el calor abrasador que ha dejado él.

—Está claro que quienquiera que dijera que Kal Anderson no tenía madera de marido no ha sentido su mano entre las piernas —murmuro. Casi se me escapa un gemido al recordarlo.

—¿En serio?

Me sobresalto al oír su voz profunda pese a que lo estaba esperando. Me tapo los pechos con un brazo y me cubro el coño con la mano en un acto reflejo.

Está apoyado en el marco de la puerta con un pijama negro y una expresión extraña en su hermoso rostro: no parece excitación ni tampoco ira. De alguna manera, sus rasgos parecen haberse quedado congelados entre las dos. Su mirada oscura refleja su hambre, mientras que su boca presenta un rictus severo.

Me mira de arriba abajo y se detiene en mi piel sonrojada. Se

acaricia el labio con el dedo pulgar.

—No era mi intención interrumpirte. ¿Decías?

—Hablaba sola.

—¿Has oído muchos cotilleos sobre mí?

—No muchos —acepto poniéndome colorada—. Algunas cosas que cuentan mi madre y sus hermanas.

—Claro. Carmen y su gran bocaza.

El rencor que destilan sus palabras me pilla desprevenida. Sé que la relación que hay entre él y mis padres se remonta a mucho antes de que empezara a trabajar para las empresas Ricci. Hasta donde yo sé, mis padres lo consideraban parte de la familia; ese familiar lejano y misterioso que solo aparecía por la ciudad cuando era imprescindible y del que no dejaban de echar pestes, pero que era familia al fin y al cabo.

Kal exhala como si tratara de guardar la compostura.

—¿Qué más dicen?

Pestañeo y frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué más dicen de mí? —Levanta las cejas casi hasta el nacimiento del pelo y extiende las manos abiertas a los lados invitándome a continuar—. ¿Te han puesto en contra de mí? ¿Te han contado con todo lujo de detalles el mal que he infligido?

Noto el paladar seco.

—Papà nunca entra en detalles.

—Pero algo habrás oído, ¿no? No se puede sobrevivir en este mundillo sin que los mentideros trabajen horas extra, sobre todo cuando dejas bien claro que quieres que te dejen en paz.

Clavo los talones en el colchón y me incorporo hasta sentarme para no sentirme tan vulnerable a su mirada. He dejado la ropa sobre el banco que hay a los pies de la cama, así que me agarro

bien a las sábanas y me cubro con ellas.

—¿Qué haces? —me pregunta.

Me detengo con los dedos bien aferrados a la colcha. Como siga así me van a entrar calambres en los nudillos.

—Tengo la sensación de que no debería estar desnuda mientras hablamos de esto.

—Vuelve a ponerte los dedos en el coño y demuéstrame lo que piensas de toda la mierda que echan sobre tu marido.

Se chupa los labios y sube una rodilla a la cama. Me agarra de la muñeca con rapidez y me estira los dedos uno a uno soltándolos de la colcha.

—Ni siquiera conozco a mi marido —respondo mientras intento soltarme. El deseo que sentía hace unos minutos se evapora al notar el tono agitado con el que habla. Me entran ganas de pelear.

Le enseño los dientes y cojo impulso con la mano que tengo libre para darle un bofetón en la cara. Es una estupidez. Kal la detiene antes de que haga contacto. Me lleva la mano con la que agarraba la sábana a la espalda y la otra se la lleva a los labios.

—Sabes más de lo que cuentas.

Me levanta los dedos índice y corazón y se los mete en la boca. Los lame con la lengua sin dejar de mirarme a los ojos. Una nueva oleada de placer me atraviesa de arriba abajo y se me encogen los dedos de los pies.

«El síndrome del cuerpo traicionero» lo llamaba Mamma; o lo que es lo mismo: dejarse llevar por lo carnal, pese a que tu mente sabe lo que le conviene. Trataba de hacer que me sintiera mejor antes de mi boda con Mateo y me dijo que mientras él «me diera placer» mi cuerpo aprendería a disfrutarlo.

La mente, meditaba ella, era un campo de batalla completamente diferente, pero también podía conquistarse, y se

citaba a sí misma como ejemplo.

El problema era que yo ya sabía lo que se sentía al desear a tu amante, y de ninguna manera iba a llegarle Mateo a la suela de los zapatos.

Incluso ahora, mientras procuro explicar la reacción de mi cuerpo a través de la biología, sé que su razonamiento no era certero. Mi cuerpo no me está traicionando. Ojalá lo hiciera. Facilitaría muchísimo las cosas.

Me envuelve los dedos en su puño y me lleva la mano a la cima de mi entrepierna. Me los pasa por la abertura. Muevo las caderas acompasadamente y él sonríe con las narinas ensanchadas.

—¿Y bien? —se mofa con la ceja enarcada mientras me obliga a pasar los dedos con suavidad alrededor de mi clítoris. Se me corta el aliento. Se acerca para ponerse a la misma altura que yo—. ¿Qué más sabes de mí, pequeña?

En esa postura me pesa la cabeza y me duelen los músculos del cuello. La dejo caer en la almohada. El placer se extiende por mis venas con mayor intensidad haciendo que me tiemblen las piernas.

—Tienes treinta y dos años y tu cumpleaños es en Halloween. Te gusta leer poesía y memorias, aunque no escribes. Te graduaste en Medicina en Tufts y fuiste residente en el Johns Hopkins.

Hace un ruidito con la boca, pero no sé si es porque le he impresionado o de aburrimiento al oírme recitar la Wikipedia. No sé mucho más de él que lo que aparece allí. Solamente sé que es un peligro al que nunca he podido resistirme.

—¿Sabes que cuando nos hemos visto en el despacho acababa de matar a un hombre? —susurra. Su aliento caliente me roza la cara. Me cuesta centrarme en sus palabras, perdida como estoy en la sensación que me produce su mano guiando mis dedos, creando magia en mi entrepierna—. Por eso había sangre en mi ropa. Sé que

la has visto. He visto que te afectaba momentáneamente en esos ojos tuyos tan tentadores. Después he visto cómo la preocupación desaparecía al decidir que te interesaba más correrte que lo que hago en mi tiempo libre.

Me suelta el brazo que me sujetaba a la espalda y me empuja del hombro para que me acueste del todo en el colchón sin dejar de manejar mis dedos. Ha cambiado la dirección del movimiento, que ahora va en contra de las agujas del reloj. Tengo que morderme el labio inferior para no gemir de placer.

—Nunca te ha importado lo que la gente piense de mí, ¿me equivoco? Nunca te han preocupado las almas que he robado o las vidas que he quitado con estas manos.

Me pasa los dedos por la cicatriz que tengo en el muslo, después vuelve a subir, rodeando mi entrada. Me mete la yema de uno de los dedos un segundo y no puedo evitar gemir. Siento un remolino en el vientre, algo salvaje se conforma en mi interior al oír la verdad de sus palabras, que solo consiguen que me excite más.

«No me importa a cuánta gente ha matado. Ese ha sido siempre el problema».

—Alguien nos está observando —dice, enviando señales de alarma a mi cerebro. Se me abren los ojos de golpe y lo busco, pero en ese instante me penetra con tres dedos y me quedo sin palabras.

Gimo al notar que curva las yemas contra mis paredes internas. Me atormenta con su masaje, distrayéndome.

—Tengo la sensación de que podría ser tu padre. Lo que no me queda claro es por qué.

Retiro la mano cuando sus palabras consiguen traspasar la neblina de mi cerebro, pero entonces me golpea la cara interna del muslo y doy una sacudida al sentir la carne sensible maltratada.

—No te he dicho que pararas. —Mueve los dedos con mayor

rapidez en sacudidas poco profundas y se me levantan las caderas para rogarle sin palabras que siga—. Si lo que quiere es mirar, vamos a ofrecerle un buen espectáculo.

La sola idea debería hacerme reflexionar, debería horrorizarme, pero nada más lejos. Un fuego invisible me enciende la entrepierna y se extiende por mi cuerpo como una fiebre, anclándose a mis huesos.

—Me temo que tus padres, sobre todo tu madre, creen que pueden rescatarte. Así que, por si han intentado plantar esa semilla en tu cerebro, voy a sacarla de ahí de una vez por todas.

Estoy a punto de explotar cuando empieza a darme sacudidas más rápidas mientras yo me froto el clítoris frenéticamente tratando de seguir su ritmo. Ese duelo de sensaciones me nubla la vista.

—No vas a ir a ningún sitio, pequeña Perséfone. No te traje a mi isla para que te fueras y de ninguna manera voy a librarte de tu sentencia. La cumplirás a mi lado como la reina de mi Inframundo y lo único que podrá hacer tu familia es mirar.

Cojo una bocanada de aire cuando termina de hablar. Encuentro la imagen de mis padres observando cómo me folla Kal deliciosamente prohibida y embriagadora. Supongo que es el acto más subversivo que existe.

Arqueo la espalda cuando me sobrecoge el orgasmo, que me rompe en mil pedazos irregulares. Me agita con tanta fuerza que me atraganto. Separo la mano pegajosa de mi clítoris y la dejo caer al lado mientras me palpita con las réplicas.

—Te corres como una diosa, pequeña.

Kal se separa de mí tras limpiarse los dedos en mi cicatriz y me acaricia el pómulo con el pulgar. Se me forma un nudo en el estómago cuando le veo la cara, la delicadeza con la que me toca, tan diferente a como lo ha hecho hasta ahora.

—¿Quién vino a verte? —pregunto. Ahora que por fin puedo formar un pensamiento coherente, me viene a la memoria lo que nos interrumpió antes de que se evapore el placer posorgásmico—. ¿Qué quieres decir con eso de que Papà nos vigila?

—No te preocupes por eso. —Kal se incorpora y se levanta de la cama carraspeando—. Descansa, Elena.

Tras esto, sale de la habitación.

13

Kal



—¿Qué sitio es este?

Me quedo mirando a mi esposa con el estómago un tanto revuelto.

Igual es porque apenas pasé tiempo con ella cuando era pequeña, ya que sus padres mantenían a sus hijas al margen de todo, pero no me había percatado de lo protegida que había estado su vida. Una veinteañera debería saber lo que es un bar, incluso si nunca ha puesto un pie en uno. La mayoría de los de su edad lo han hecho.

Una parte de mí se siente culpable por corromper la vida de esta chica antes de que haya tenido la oportunidad de vivirla, pero, por otro lado, mi parte más oscura se acuerda de que la mía la corrompieron sus padres. Eso ayuda a mitigar la sensación de culpa.

«Yo era muchísimo más joven que ella».

—Un bar —respondo mientras le indico un sitio libre en la barra a nuestra izquierda, donde se sienta Vincent, uno de los secuaces de Jonas, hurgándose los dientes con un tenedor de plástico.

Hace una mueca y echa un vistazo alrededor.

—¿Por qué me han dejado entrar? Todavía no he cumplido los veintiuno.

—Has venido conmigo, y las normas que afectan al resto del mundo no me afectan a mí. Lleva años siendo así.

Apoyo la mano en la parte baja de la espalda de mi esposa, esforzándome por ignorar la textura suave del vestido de algodón rojo de manga larga que lleva puesto. Tiene un escote en forma de uve que le llega hasta los pechos, atado con un lazo justo por la base. Lo que más deseo en estos instantes es desatárselo y darme un festín con ella aquí mismo.

Después de que dejaran la memoria USB en el porche de mi casa, hemos entrado en una especie de rutina. Yo he estado trabajando horas extra para encontrar al culpable, aunque de nada me ha servido, y ella ha pasado los días comprando cosas por internet con mi tarjeta de crédito y tratando de averiguar qué uso darle a sus compras.

El primer día le dio por la pesca. Compró una caña de color rosa metálico, una caja de aparejos de pesca a juego y se levantó a las cuatro de la madrugada para probar.

En menos de una hora estaba de vuelta, bufando porque nadie le había advertido de que pescar era tan aburrido.

Otro día le dio por la astronomía, aunque no tuvo tiempo de observar las mejores constelaciones porque se quedó dormida. Lo sé porque yo no he dormido desde que llegó. Paso las noches en el salón, sentado en un sillón con una botella de whisky escocés intentando reunir valor suficiente para acostarme en la misma cama que ella.

Pero hay un motivo por el que todavía no me ha visto desnudo, el mismo que hay para que no me muestre vulnerable a su lado. La cartografía de mi cuerpo, esbelto y escultural gracias a años de duro

ejercicio, está destrozada, llena de imperfecciones. Años de fechorías tatuadas en mi piel de forma definitiva.

Aunque ese no es el motivo por el que todavía no he follado con ella. No hay una razón concreta para eso. Cuando por fin lo haga, quiero hacerlo bien; no quiero arriesgarme a malgastar mi empalmada por estar distraído, pensando en la gente que nos persigue o en cómo se va desarrollando mi plan antes incluso de llevarlo a la práctica.

Nuestra primera vez fue precipitada: un instante robado antes de que se casara con Mateo. Quiero algo más. No deseo solo su cuerpo.

Por eso hemos venido a La Cuadriga Llameante, con sus suelos de madera desvencijados y las ventanas cubiertas con tablones para que no traspase la luz solar. Me sorprende que mi esposa no se dé media vuelta y salga corriendo de aquí. Está claro que no es un sitio al que vendría por su cuenta.

En cuanto le rozo con la mano, parece fundirse con el movimiento y me deja guiarla por la sala. Ando con los hombros tensos y cada vez más furioso al percatarme de los ojos de los demás siguiendo las líneas de su cuerpo, como si estuvieran allí para ellos.

Supongo que no me han reconocido por la falta de luz.

Nos sentamos en un reservado al fondo del bar, el mismo en el que Rodillas Morelli se sentó hace dos semanas. Gwen, una camarera rubia de pelo corto y piercing en la nariz, viene a atendernos. Elena saca con cuidado el menú de papel del dispensador de servilletas y frunce los labios mientras le echa un vistazo.

—No como mucho marisco —dice Elena mientras le da la vuelta al menú. Mira a Gwen y le pregunta—: ¿Qué me recomiendas?

—Nada sólido —dice en tono monótono, dando golpecitos con el

boli en su libreta.

—Gwen —murmuro mientras apoyo el brazo en el respaldo del reservado por detrás de Elena—. Atención al cliente. ¿Recuerdas?

Pone los ojos en blanco y cambia el peso del cuerpo de pierna.

—Solo trato de evitar que se ponga mala. Vincent se encarga hoy de la cocina y ni siquiera Jonas es capaz de comerse lo que prepara él. —Se queda mirando a Elena y abre mucho sus ojos marrones—. Jonas es capaz de comer cualquier cosa, a no ser que haya pasado por las manos de Vincent.

Suspiro y me masajeo el entrecejo con el nudillo a ver si así consigo disipar el dolor que siento siempre que pongo un pie en este establecimiento. Si no fuera un lugar de culto en Aplana, no habría forma de seguir con el negocio en el estado en el que está, pero mi madre siempre me advirtió de que no destruyera nada que no necesitara arreglo.

Así que aquí sigue, en toda su gloriosa decrepitud.

—¿Qué hace Vincent detrás de la barra si se supone que está al mando de la cocina?

Gwen se encoge de hombros.

—Nos faltan manos. La chica nueva se ha puesto enferma, así que Blue me ha estado ayudando con las bebidas.

«¿La chica nueva está enferma?». Mierda.

—Y si Blue está en el bar, ¿quién se encarga de la puerta?

—Esto… —Gwen se revuelve incómoda, y mira por el bar como si buscara al metro ochenta y los cien kilos de puro músculo que contraté para vigilar a la clientela. He entrado por la puerta principal, así que ya sé la respuesta—: ¿Nadie?

Respiro hondo para tratar de sofocar la rabia que burbujea en mi interior como si hirviera en un caldero. Me quema y amenaza con desatar la violencia. Gwen da un paso atrás como si hubiera

percibido que estaba a punto de estallar.

—Querría probar la lasaña de marisco. Voy a intentar ser fiel a mis raíces italianas, ¿sabes? —dice Elena de repente, y deja el menú en la mesa—. Y una Coca Cola light, por favor.

Gwen observa a Elena con detenimiento con la ceja enarcada. No recoge el menú. Lo que hace es volverse hacia mí, como si esperara mi aprobación.

Elena se tensa y me roza con el hombro en el brazo.

—No necesito permiso de Kallum para pedir algo de comer.

A la camarera se le iluminan los ojos, divertida, al oírle usar mi nombre completo.

—Es solo que no sé si eres consciente de que Vincent es un cocinero pésimo.

—Eso ya lo juzgaré yo por mí misma.

Elena levanta la barbilla, desafiante, y se acerca a mí hasta que nuestros muslos se tocan. El calor que emana su cuerpo es como un cable de alta tensión que le envía una sacudida a mi entrepierna. El dulce aroma de su champú me embriaga.

No tengo claro que lo haya hecho a propósito, así que me dispongo a apartarme para darle un poco de espacio cuando apoya su mano sobre la mía en la mesa. El diamante que luce en el dedo brilla a la luz del bar. Con un resoplido, Gwen asiente, recoge el menú de la mesa y apunta algo en su libreta antes de marcharse.

En cuanto desaparece tras la puerta de la cocina, Elena me suelta la mano y la coloca bajo el muslo mientras se separa de mí.

—¿De qué conoces a esa chica?

—Soy su jefe, aunque de forma indirecta. En realidad su jefe es Jonas, mi socio, pero él trabaja para mí y yo soy dueño de la mitad del bar, así que…

—¿Eres dueño de un bar? —Mira a su alrededor mientras se

coloca un mechón detrás de la oreja—. ¿Este bar?

Sonrío mientras me deslizo hacia la izquierda para volver a juntarme a ella porque, por algún motivo que desconozco, su ausencia hace que me sienta incompleto.

—No pensarías que el trabajo que hacía para tu padre era mi única fuente de ingresos, ¿no? ¿Cómo crees que puedo permitirme la casa que tengo? ¿Y el jet? ¿Y mi reclusión?

Frunce el entrecejo.

—Supongo que pensaba que Papà pagaba bien.

Me río, aunque es una risa efímera.

—Rafael está muy lejos de pagar lo suficiente.

—¿Es por eso por lo que también trabajas como médico? ¿Para compensar el bajo salario?

—No, no suelo cobrar por eso.

—¿Trabajas de voluntario en hospitales?

Muevo la mandíbula de un lado a otro. No tengo claro cuánto quiero contarle sobre mi pasado. No quiero que averigüe en qué circunstancias conocí a sus padres.

—De pequeño era muy pobre, así que, de alguna manera, mi trabajo de voluntario es una forma de devolverle algo a la sociedad. La sanidad es escandalosamente cara en este país y los hospitales benéficos están faltos de médicos, y los que hay están desbordados. Lo hago por ayudar un poco.

—Se me hace raro pensar que un amigo de mis avariciosos padres sea capaz de hacer algo desinteresado por los demás. —Se queda mirándome a los ojos—. Además de la actividad criminal, claro.

—Bueno, yo no diría que soy amigo de tus padres. —Me inclino en su dirección y le paso el dedo índice por el labio inferior—. Y los dos sabemos que no siempre soy buena persona.

Ni siquiera lo soy la mitad del tiempo, para ser sinceros. Se le acelera la respiración y le brillan los ojos de tal forma que sé que es consciente de ello y que no le importa. Me obligo a apartar la mirada.

Saco el teléfono del bolsillo y entro en los mensajes de texto para enviarle uno a Jonas rápidamente.

Yo: Gracias por avisarme de que Violet había llamado…

Tarda unos segundos en responder.

Jonas: Que te jodan. No sabía que no iba a estar en el bar. Llevo sin ir toda la semana.

Siento una tormenta de inquietud en la boca del estómago. Me llevo la lengua al interior del carrillo mientras entro en el hilo de mensajes que he intercambiado con mi hermana. No ha respondido a ninguno de los seis últimos que le he mandado.

Sabía que engatusarla para que viniera a la isla con un trabajo de camarera podía no funcionar, pero fue lo único que se me ocurrió para tenerla cerca y poder volver a hablar con ella.

La última vez que lo intenté no salió bien, de ahí que no responda a mis mensajes. Incluso cuando le señalé que si se asociaba conmigo se acabarían todos sus problemas financieros se empeñó en mantenerse alejada de mí.

Aunque compartamos ADN, de alguna manera mi hermana, a quien di por perdida durante tanto tiempo, sabe evitar lo que no le conviene. No así mi esposa, que le lanza miradas asesinas a Gwen.

—Cuidado, pequeña —murmuro, reclinado para hablarle al oído —. La gente va a pensar que te gusto.

Elena suelta un bufido y coloca las manos sobre la mesa.

—Soy tu esposa. Se supone que me tienes que gustar. Lo que pasa es que me parece de muy mala educación flirtear con hombres casados.

Me acaba de clavar una daga con su comentario, que se incrusta en los huesos rasgándome el músculo, alcanzándome el corazón. Me froto el pecho para aliviar el escozor de la puñalada. Cuando viene Gwen con la Coca-Cola light para Elena y una pinta de cerveza para mí, me limito a asentir con la cabeza. Nos informa de que la comida estará lista en un minuto y se pasea hasta otra mesa sin importarle la mirada de odio que le lanza mi esposa.

—No nos va a dar tiempo de comer nada —le digo mientras abro el GPS instalado en el teléfono y busco la ubicación de Violet.

—Pero he pedido una lasaña.

—Ya te lo he dicho antes y lo vuelvo a repetir: no me sirves de nada muerta, Elena. No te comas la puta comida.

Me arrastro por el asiento, salgo del reservado y me dirijo hacia la barra, donde he llamado la atención de Vinny. Se aparta el pelo rubio de la cara cuando se apoya en la barra.

—¿Qué pasa, jefe?

—¿Ves a esa chica del reservado del fondo?

Mira hacia la derecha por encima de mi cabeza. Le gusta lo que ve y asiente con entusiasmo.

—Como para no verla. ¿Dónde has encontrado a ese bombón? No me importaría que se diera una vuelta por el increíble Vincent. Ya me entiendes. Tiene pinta de necesitar relajarse.

La tarde no está yendo como esperaba y el enfado empieza a intensificarse hasta alcanzarme la garganta. Agarro a Vinny por el cuello de la camiseta de jugar a los bolos y entrelazo los dedos en la cadena de oro que lleva al cuello.

Tiro de ella para colocarlo en un ángulo extraño contra la barra mientras se aferra a mi mano.

—No puedo… respirar —dice con la voz ronca y la cara cada vez más colorada.

—Me alegro. Acuérdate de esto que sientes ahora la próxima vez que decidas hablar de mi esposa como si fuera una de tus putitas. —Me echo para atrás y lo suelto, ignorando la profunda decepción que siento al no acompañar mi amenaza de un final más apropiado—. La próxima vez te rebanaré el esófago y me quedaré mirando cómo te ahogas en tu propia sangre. ¿Ha quedado claro?

—Joder, Kal. —Se frota el cuello mientras me mira con odio. No entro al trapo. Me limito a alisarme el traje con las manos. Se pone de pie y se apoya en el dispensador de refrescos—. Clarísimo. Ni siquiera sabía que te habías casado.

—Ahora ya lo sabes. —Me vibra el teléfono. Se me cae el alma a los pies al ver ese nombre que aparece en la pantalla—. No le quites ojo de encima. Asegúrate de que no deambule por aquí y de que nadie se quede mirándola mucho rato. Soy plenamente consciente de que es demasiado atractiva.

Vinny asiente.

—A la orden, mi capitán.

Elijo ignorar su tono y me dirijo a la puerta sin mirar atrás. Puedo sentir la mirada de Elena a mi espalda mientras salgo del bar. Me quema y me siento tentado a volver adentro y quedarme con ella. Pero tengo asuntos que resolver.

La luz solar contrasta con el interior oscuro del bar al salir. Me cuesta un poco adaptarme y no veo a la chica que hay de pie en el bordillo con los brazos cruzados.

Se burla de mí al verme con expresión seria.

—Lo sabía.

14

Elena



Sigo sin apartar los ojos de la camarera cuando Kal sale del edificio, dejándome completamente sola sin dignarse a darme una explicación antes de marchar. Pestañeo cuando me alcanza la luz solar del exterior, que se extiende por el suelo, permitiéndome ver los cuadros de temas marinos que adornan las paredes revestidas y la enorme lubina parlante que hay detrás de la barra.

Nunca he entrado en un bar de Boston, así que no puedo juzgar con precisión, pero apostaría a que el ambiente que reina en este local no tiene nada que ver con la vida nocturna en la ciudad.

Tal vez forme parte del encanto *kitsch* que tiene la isla. O a lo mejor lo que ocurre es que estoy cabreada porque Kal parece un especialista en dejarme plantada. Esto tenía toda la pinta de ser una cita; sin embargo, he acabado sola, como siempre.

Gwen camina hacia el reservado con un cuenco de cerámica en las manos y lo deja en la mesa delante de mí. Desprende un vapor espeso y un tufillo vomitivo me golpea en la cara. Arrugo la nariz y lo aparto de mí mientras bebo.

Gwen se coloca una mano en la cadera y señala la lasaña con un

movimiento de cabeza.

—¿No vas a comerte lo que has pedido?

Su tonillo me corroe los nervios, resulta agotador.

—No sé. ¿Vas a quedarte ahí mirando?

—No creo. Paso de ver cómo echas las tripas.

Pongo los ojos en blanco y saco el teléfono para revisar los mensajes. No he recibido muchos: un par de Ariana, que me pide opinión sobre su vestuario; uno de Stella donde dice que echa de menos que la proteja de las conversaciones de Ari sobre la moda y otro de Mamma diciéndome que no me preocupe, que viene a buscarme.

Por lo que parece, y pese a que llevo en Aplana más de una semana y no he lanzado ninguna señal de socorro, mis padres siguen con la idea de que soy una víctima en este matrimonio.

No deja de ser irónico, porque no les supuso ningún problema condenarme a un destino similar con otro hombre. Supongo que mi relación con Mateo les beneficiaba de algún modo y la que tengo con Kal no.

Pero nunca me dejaron elegir. Era cumplir con lo que se esperaba de mí o enfrentarme a morir a manos de los Ancianos. Debería haber elegido la muerte. Al final, tampoco es que esto sea tan diferente.

Les mando un mensaje rápido a mis hermanas y dejo el de mi madre sin contestar. Después me guardo el móvil en el bolso y salgo del reservado.

Gwen enarca una de sus rubias cejas.

—¿Vas a irte sin pagar? Menuda clase.

Me cuelgo el bolso del hombro y me lo pego a la cadera. No pienso contarle que, por mucho que quisiera pagar, no tendría con qué hacerlo. Mi considerado marido no solo me ha abandonado en el

centro de la isla, sino que lo ha hecho dejándome sin dinero y sin saber dónde estoy.

—Por lo que he entendido, mi marido es el dueño de este sitio, así que cárgalo a su cuenta.

Doy media vuelta sin esperar respuesta y me dirijo a la puerta. Estoy a punto de abrirla cuando noto que alguien me coge del codo y tira de mí hacia atrás. Agito el brazo de forma descontrolada en dirección a mi asaltante, a quien consigo darle en la cara con el reverso de la mano. El placentero sonido del cachetazo reverbera en el aire.

—¡Joder! —maldice el hombre, que me retuerce los brazos detrás de la espalda y tira de mí para acercarme a su pecho. Noto su aliento cálido en la oreja y me revuelvo con violencia intentando escapar mientras me pregunto por qué no me ayuda ninguno de los clientes.

—Deja de moverte, zorra —dice de un gruñido dándome una sacudida.

—Suéltame y haré lo que me pides.

Tengo mechones de pelo pegados a la cara y la frente perlada de sudor. No es la primera vez que estoy en una situación semejante; sin embargo el miedo me ha calado hasta los huesos.

Con Mateo siempre sabía cómo iba a terminar: con algún moretón y algún que otro diente descascarillado. Antes de cumplir los diecisiete, ya le habían hecho dos implantes y le habían puesto al menos cuatro fundas en los dientes porque me defendía.

Pero este es un desconocido en un lugar extraño y no conozco ninguna de sus debilidades. En la postura en la que me encuentro, con los brazos a la espalda, mis mecanismos de defensa habituales están cuando menos debilitados.

Consigo soltar un brazo, cierro la mano en un puño y golpeo por

encima del hombro. Oigo el contacto con el hueso, roto por la fuerza del impacto, y mi asaltante me suelta para llevarse las manos a la nariz mientras lanza una ristra de improperios.

—Joder. Esta zorra acaba de partirme la nariz —se queja, cubriéndose la cara con las manos.

Está encorvado tratando de recuperar el aliento. El cabello rubio oscuro, largo hasta la altura de la barbilla, le cae sobre los ojos.

Se mete la mano en el bolsillo de los pantalones cortos de camuflaje que lleva puestos y, por un momento, me viene a la memoria una pesadilla recurrente que estuve teniendo durante semanas tras pasar la noche con Kal. Siempre comenzaba de forma apacible, conmigo leyendo o escribiendo en alguna loma. Me sentía conectada con la naturaleza de una forma esencial. Hasta que aparecía Mateo en escena y lo echaba todo a perder.

Después alguien acababa asaltándome con un paño empapado en algún compuesto químico y perdía el conocimiento.

La imagen me viene tan de sopetón que me provoca un fogonazo de luz blanca que acaba mutando, pasando de la imaginación a ser algo más concreto; se convierte en algo real. Más que un sueño, es un recuerdo: el de Kal acercándose a mí en el balcón de mi casa, sacándose una jeringuilla del bolsillo de la gabardina; el recuerdo de mi rendición inmediata simplemente porque no me apetecía pelear. ¿Para qué iba a hacerlo? Iba a acabar encontrándome de todos modos.

Por segunda vez, que yo recuerde, tuve la opción de elegir. Era una elección de mierda, pero ahí estaba: casarme con Kal o contemplar cómo masacraba a mis seres queridos. Y después lo más seguro es que acabara conmigo también. No me cabía ninguna duda de que lo haría; era capaz de eso y más.

Ese es el problema de juntarte con hombres como él, que

rezuman poder, saben cómo usarlo y lo que tienen que hacer para mantenerlo. El tipo de hombre que te escupiría en la cara y después te ofrecería un pañuelo para que te limpiaras con él y así le debieras algo; el tipo de hombre que no tiene mucho que perder.

No he tenido esa pesadilla desde que puse un pie en la isla, tal vez porque se había vuelto realidad. Por el motivo que fuera, cuando veo a Vinny sacar algo parecido a una jeringuilla y quitarle el capuchón con el pulgar, actúo instintivamente por primera vez desde que he llegado a la isla.

—Esto… —dice Gwen, que se acerca en nuestra dirección con la mirada puesta en la aguja que lleva Vinny en la mano—. ¿Te ha dicho que podías drogarla?

Vinny le quita importancia al asunto.

—Me ha dicho que no le quite ojo de encima. ¿Cómo coño voy a hacerlo si no está aquí?

—Esto no va a acabar bien para ti. Te lo aseguro —murmura, y niega con la cabeza. Pero no lo detiene.

Se abalanza sobre mí como un cazador sobre su presa. Intenta llevarme las manos al cuello y yo me valgo de ese movimiento para atacar. Es bastante fornido, pero en cuanto lo cojo por las muñecas queda patente que sus músculos son de adorno. Enseguida pierde el agarre y suelta la jeringuilla, que cae al suelo con un repiqueteo. Al agacharse para recuperarla, me golpea con el codo en la cara. Siento el impacto a la altura del ojo. Trastabillo hacia atrás por la fuerza del golpe mientras el dolor se me extiende por la frente. Ya casi puedo sentir el moretón, la sangre coagulándose tras la piel.

Qué satisfacción. Me envuelve como una niebla espesa; se aloja en las profundidades de mi alma mientras me centro en el dolor y lo utilizo para tomar impulso. Levanto la pierna y le doy una patada a la altura de las pelotas. Vinny suelta un rugido prolongado y ronco,

como si tuviera problemas de amígdalas, cuando le golpeo con la espinilla. Se dobla sobre sí mismo y se le cae de nuevo la jeringa. Vuelvo a golpearlo para quedarme a gusto y camino a su alrededor mientras se retuerce de dolor a gatas. Lo agarro de las orejas y le doy un rodillazo en la frente.

Levanta las manos en el aire en señal de rendición y agacha la cabeza. Luego vuelve a bajar una de las manos al suelo. Me vuelvo hacia Gwen, que observa la escena con expresión aburrida, como si estas cosas pasaran continuamente. A juzgar por el escaso interés que han mostrado los clientes del bar, tal vez sea así.

Me recoloco la tira del bolso en el hombro, levanto un pie y lo dejo caer con fuerza sobre los dedos de Vinny. Disfruto del crujido de sus huesos bajo mi peso. Chilla como un cerdo en la matanza. Retuerce la otra mano y la estira de nuevo como si sintiera dolor empático. Desvío la mirada hacia la puerta, dispuesta a largarme de allí cuando siento un fuerte picor en la parte posterior de la pantorrilla. Miro hacia el suelo y veo la mano de Vinny sujetando la jeringuilla de antes. La retira con premura de la zona donde me la ha clavado.

Siento pavor. Me quedo mirando a Gwen, que me observa boquiabierta y con los ojos de par en par.

—Vinny… —dice con preocupación.

Se gira sobre su espalda y lanza la jeringuilla por encima de la barra. Luego se agarra la entrepierna.

—Me importa una mierda. Se lo merece.

Van pasando los segundos. Tengo el estómago encogido y, por lo que parece, los pies congelados, porque ahí sigo sin moverme contemplando a Vinny mientras él se pone en posición fetal. Se me acelera el corazón. Me late a tanta velocidad y tan fuerte que no consigo oír otra cosa. Tengo la garganta atenazada por el miedo y

me cuesta respirar. Me doy la vuelta sin saber muy bien qué hacer. ¿Cuánto tardará en hacerme efecto lo que me ha inyectado?

Gwen no trata de detenerme cuando me dirijo a la puerta y la abro con manos temblorosas. Entrecierro los ojos por el exceso de luz solar, pero la brisa fresca del mar no me molesta. Me doy un minuto para que se me acostumbren los ojos al cambio en las condiciones atmosféricas. Trato de ubicarme en el callejón con el corazón en un puño hasta que me doy cuenta de que he salido por la puerta equivocada. No sé muy bien cómo he llegado hasta ahí. Tiro de la manija para volver a entrar, pero está cerrada con llave.

Trago saliva y avanzo por el callejón. Me palpita el ojo con cada paso que doy, pero no me detengo hasta llegar a la calle principal. No encuentro a Kal por ninguna parte. De nuevo me siento abandonada. Se me encoge el estómago, me siento confundida, rechazada, una idiota.

«Solo porque te dé su tarjeta de crédito y te provoque un par de orgasmos no significa que le interese una relación más profunda».

Tampoco es que yo debiera desear algo más profundo. Apenas ha pasado tiempo desde que me obligó a casarme con él, así que no sé qué esperaba que iba a ocurrir. ¿Que él sentiría la misma obsesión que llevo sintiendo yo por él toda la vida? ¿Que encontraríamos la manera de que funcionara pese a todos los obstáculos que se empeñan en mantenernos alejados?

«No, Elena. Esto no es una película de Disney ni un poema romántico».

«Vaya estúpida que has sido».

He dejado que mi atracción desafíe a la razón. Ni siquiera he intentado escapar de esa casa. Me he quedado allí encerrada.

Vuelvo a echar un vistazo a la calle y frunzo los labios, pensativa. Cojo una bocanada de aire, hago caso omiso del desasosiego que

me reconcome y enderezo la espalda mientras me recoloco la costura del vestido con una mano. Después, echo a correr.

15

Kal



En el mismísimo instante en que mi hermana abre la boca para escupir veneno, me golpea una oleada de nostalgia que a punto está de tirarme al suelo.

Por un microsegundo vuelvo a ser aquel niño plantado en el porche de hormigón de una casita en Carolina del Norte con la ropa pegada al cuerpo por la lluvia. Las gotas me resbalan desde la punta de la nariz mientras aguardo con la esperanza de que, esta vez sí, el hombre que ayudó a concebirme abra la puerta.

En un puño dentro del bolsillo de la gabardina llevo el mensaje de despedida de mi madre. Lo he leído tantas veces que me lo sé de memoria: «Funeral Blues», de Auden, garabateado con manos cancerosas, encima de la dirección de un hombre del que nunca me habló. Un hombre que, trece años antes, conoció a una morena misteriosa en un bar, se la llevó a casa y jamás volvió a ponerse en contacto con ella.

Mi madre no descubrió que estaba casado hasta que lo buscó, con la prueba evidente de su aventura. Su esposa acababa de dar a luz a su primer hijo y no quiso saber nada de mí. Le dijo a mi madre

que se librara del problema y que no volviera a molestarlo. No lo hizo. Me refiero a librarse del problema. Pasé la primera década de mi vida sin saber que era un descarte, el fruto de una mala decisión. Había nacido porque mi madre era prácticamente una santa y no quería que nadie más que ella pagara por sus errores.

Y a pesar de eso el universo no la recompensó. Por eso me encontraba allí, frente a la puerta de mi donante de esperma, rezando por que los trece años que habían transcurrido hubieran amortiguado el impacto de tener un hijo fuera del matrimonio. Tal vez se alegrara de tener otro hijo, como si fuera un amigo incorporado para el que no era ilegítimo.

Con el corazón en un puño, espero frente a la puerta igual que he esperado otras cuatro veces esa misma semana con los nudillos rojos de tanto llamar. El chaparrón no acalla el ruido que oigo en mi cabeza; en mi mente nunca cesa el sonido de llamar a la puerta, ni siquiera cuando bajo el brazo.

No sé qué espero, la verdad. Mi madre lleva menos de un día bajo tierra y yo ya ando buscando una figura paterna que la reemplace. Tal vez sea tan malvado y egoísta como dice mi abuelo.

Tras la ventana salediza de la fachada de la casita blanca alguien ha encendido la luz y un instante después se abre la puerta. La esperanza florece en mi pecho como los girasoles que hay plantados a mi derecha, grandes y luminosos, lista para absorber cualquier sustento que pueda obtener.

Una niña con el pelo del color del ónice se asoma tras la puerta sin soltarla. Se me queda mirando a través de la contrapuerta con ojos tiernos, que reflejan una inocencia que los míos jamás tendrán. Levanta esa carita pálida con forma de luna y me observa con mirada ausente, pensativa.

Ahora que la misma niña pequeña me mira con ojos de adulta,

no consigo evitar el resquemor que me embarga al volver al presente. Cuando la conocí aquella vez eché a correr y ahora me muero de ganas de hacer lo mismo, de alejarme de mi hermana todo lo que pueda para que mi existencia no acabe por destruirla.

Cambio el peso de las piernas, como si estuviera planteándome escapar, pero Violet se percata del gesto y me bloquea el paso con rapidez.

—Eso sí que no. De aquí no te vas. Me engañaste con tus cantos de sirena para que viniera a esta isla de mierda, tentándome con un trabajo que sabía que era demasiado bueno para ser cierto. Lo mínimo que puedes hacer ahora es explicarte.

Carraspeo y me fijo en la ropa que lleva, toda negra, ridículamente parecida a la mía. Por poco me echo a reír. Supongo que la naturaleza acaba por imponerse a la crianza.

Tenso los músculos para controlar los nervios que me atenazan, me meto las manos en los bolsillos y me encojo de hombros.

—Apuesto a que ya sabes por qué estás aquí, Violet. No cobras los cheques que te envío y has bloqueado la cuenta del banco para que no pueda hacerte transferencias. No me has dejado alternativa.

Enarca una ceja.

—De hecho, sí que la hay: la alternativa sería que me dejaras en paz, como ya te he pedido cientos de veces.

—Acepta el dinero y lo haré.

—¡No quiero tu dinero! —grita enfadada. Unas cuantas personas que salían del Dunkin' se vuelven a mirar—. Lo digo muy en serio, Kal. Es un bonito gesto, pero no es necesario.

Aprieto los dientes y exhalo con brusquedad.

—Tienes muchísimas deudas, Violet. Déjame ayudarte.

—¡Dios, es que no lo entiendes!

Niega con la cabeza y se gira sobre los talones para cerciorarse

de que no la oye nadie. Como si a la gente de Aplana le importara la vida de los demás. Ese es, de hecho, el motivo por el que la isla vive del turismo el año entero: la gente viene aquí para escapar. O, en mi caso, para esconderme.

Para lo que está claro que no vienen es para cotillear, y los lugareños han aprendido que es mejor no meter las narices en mis asuntos, aunque no sepan explicar por qué.

—Pues explícamelo mientras tomamos un café —sugiero mientras señalo al Dunkin' con la cabeza. Es bastante extraño que haya una franquicia en esta parte de la isla con la de pequeños negocios familiares que abarrotan la calle, pero no le va nada mal.

—No quiero tomarme un café contigo. Ni siquiera quiero estar en esta isla. Pero aquí estoy. Y eso que mi mejor amiga me avisó de que había algo raro en todo este asunto. ¿Qué podía salir mal? Pensé yo. Es una isla de menos de cien habitantes. —Suelta un resoplido y entorna los ojos—. Y justo en el momento en que estaba empezando a olvidarme de ti.

Sus palabras son un dardo destinado a clavarse en mi corazón. Atraviesan la masa muscular y vuelan hasta agarrarse con fuerza a él, negándose a soltarse. Me froto el pecho para mitigar el dolor y retrocedo un paso mientras me planteo entrar de nuevo en el bar y dejarla en paz de una vez.

—Ese es tu problema, Kal: quieres forzar la relación a base de arreglar lo que tú crees que son problemas. No te he pedido ayuda y estoy segura de que mi padre tampoco lo ha hecho.

Me muerdo el interior de los carrillos. Ha mencionado a *su* padre, no al nuestro.

No le respondo. Dejo que el peso de sus palabras se interponga entre nosotros, que ocupe el espacio que una vez ocupé yo.

Al final suspira y da un paso atrás, como he hecho yo antes,

mientras se coloca la mano encima de los ojos para bloquear la luz solar.

—¿De verdad has secuestrado a esa chica?

—¿Qué pasa, hermanita? ¿Sigues mis movimientos de cerca?

Arruga la nariz.

—Vayas donde vayas no puedes evitar oír hablar de ello. Es una princesita de la mafia, Kal. ¿Qué es lo que te traes entre manos?

En parte me hace gracia su tono condescendiente. Como si me asustara la mafia.

—Ya sé quién es y no, no la he secuestrado. Elena se ha casado conmigo por voluntad propia. Si quieres conocer los sórdidos detalles de cómo anduvo detrás de mí, y de cómo fui yo tras ella después, te los contaré cuando cobres uno de mis putos cheques.

—¿No iba a casarse con otro? Un reportero o periodista, no sé. —Ladea la cabeza inspeccionándome—. Te has enterado de que encontraron su cadáver, ¿no?

Su impertinencia tiene un regusto amargo.

—No sé por qué habría de importarme eso.

Aprieta los labios y se mira las sandalias Birkenstock que lleva puestas.

—Ese es parte del problema. Que no te importa.

Saco las manos de los bolsillos y me recoloco el cuello de la camisa del traje mientras niego con la cabeza.

—De hecho, no hay ningún problema entre nosotros. Por no tener, no tenemos ni relación. Tú has querido que sea así.

Me dispongo a marcharme en dirección contraria, pero antes me detengo para ver la sorpresa en su rostro.

—Yo he sido pobre, ¿sabes? La mayor parte de mi vida eso es lo que fui: pobre. Es una puta mierda y no se lo desearía a nadie. Ni siquiera al hombre que a día de hoy sigue sin reconocerme como

hijo suyo.

Violet parpadea. Me recuerda a la chiquilla que abrió la puerta tantos años atrás, la que me observaba como si fuera un extraño. Supongo que lo sigo siendo.

—Le diré a Jonas que no te interesa el trabajo —digo mientras me acerco a la puerta de La cuadriga llameante—. Asegúrate de abandonar mi isla antes del anochecer.

Tras esto, vuelvo al interior del bar.

16

Elena



No llego muy lejos porque no se me ha permitido salir de la finca de Kal para explorar la isla y no sé ubicarme en ella. Me alejo del bar unas cuantas manzanas corriendo, hiperconsciente de que el viento me levanta la falda del vestido a cada paso que doy. «Menos mal que hoy me he puesto ropa interior».

Veo una estación de autobuses al fondo de una de las bocacalles y me dirijo hacia allí. Cuando entro, procuro no dejarme llevar por la paranoia al comprobar que no hay nadie en su interior. La verdad es que la gente de la isla no parece particularmente diversa. Apuesto a que la mayoría se desplaza a pie o en coche.

O eso es lo que quiero creer cuando me acerco a la ventanilla en busca de señales de vida. Las luces de la oficina están apagadas, igual que las pantallas de los ordenadores. Da la sensación de que no ha pasado nadie por allí en semanas.

Maldigo por lo bajo y apoyo la cabeza sobre el mostrador. Repaso mentalmente mi cuerpo buscando señales de la droga que me ha inyectado Vinny. Han pasado ya unos minutos, pero no me siento diferente. Tal vez un poco más nerviosa que de costumbre

mientras espero a que aparezcan los síntomas. Suspiro y me acerco a uno de los asientos de plástico que hay frente a la ventanilla y me dejo caer en él. Luego saco el móvil.

El nombre de mi hermana aparece en la pantalla. Me está haciendo una videollamada, pero la rechazo. El cansancio no me deja pensar con claridad. Vuelve a vibrar el teléfono. El número que aparece no lo tengo guardado en la agenda, pero me lo sé de memoria. Se me endurece el corazón, lo aprieto en un puño para evitar que me hagan más daño. También rechazo esa llamada. Me hundo en la silla y echo atrás la cabeza hasta apoyarla en el respaldo.

Tamborileo con los dedos sobre la rodilla desnuda y pienso en mi próximo movimiento. Lo más probable es que no me quede mucho tiempo, ya que Kal conoce Aplana al dedillo y yo no. Además, seguro que me ha rastreado el teléfono. Me encuentro a tan solo unos minutos del bar y estoy convencida de que el primer lugar en el que se le ocurrirá buscar será en una estación de autobuses que parece abandonada. Es un tipo listo. Un depredador en esencia, siempre alerta, sin que se le escape nada, igual que un león agazapado en la maleza antes de atacar.

Podría esconderme en el baño o en algún armario de la limpieza, o quizá debería buscar una puerta que se pueda cerrar por dentro y enmascarar mi aroma con la tierra de uno de los tiestos que hay cerca de la salida.

En el fondo sé que no serviría de nada. Kal se casó conmigo por un motivo, así que no existe ni la más mínima oportunidad de que renuncie a mí por menos.

Me pesa la mano como si fuera de plomo. Le doy la vuelta al teléfono con ella mientras me planteo que tal vez mi madre tuviera razón al querer rescatarme de esta vida.

Al menos con Mateo no viviría presa de mis sentimientos, inestables y cambiantes como la marea, a merced de sus embates como si fuera una embarcación. No consigo decidirme entre el encaprichamiento y el miedo. Hasta ahora iba ganando el encaprichamiento. Mi cerebro, falto de sexo, entra en cortocircuito cada vez que estoy cerca de mi marido. Tendría más sentido el miedo. Debería pasar todo mi tiempo tratando de averiguar cómo alejarme lo más posible de él, en lugar de mojar las bragas cada vez que se me acerca.

Tal vez si no hubiera sido tan descaradamente sensual no me habría llevado a ese bar y nadie me habría atacado.

«Quizá si no me hubiera dejado sola, nada de esto habría ocurrido».

Vuelve a sonar el teléfono. Es el mismo número de antes. Sé que no debo hacerlo, pero aun así contesto y activo el altavoz con el meñique. Siento el cuerpo pesadísimo, como si se hubiera llenado de agua.

—¿Dónde coño te has metido? —La voz de Kal suena fría como el acero. Me lanza la pregunta, que me golpea como un rayo.

Se me dibuja en los labios una sonrisa perezosa.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No tengo por costumbre hacer preguntas si no quiero que me respondan, Elena. Ya deberías saberlo —dice amenazante.

Miro mi reflejo en la cristalera y hago una mueca.

—Suenas como mi padre.

Se sucede un silencio prolongado, cargado de significado. Se me encienden las mejillas.

—Ah, ¿sí? En ese caso, mueve tu culo hasta aquí para que pueda castigarte como es debido. Voy a tumbarte sobre mis rodillas para mostrarte qué opinión me merece que te hayas escapado de mí.

La tensión se expande desde mis entrañas como un hilo que se desenredara para formar después una intricada telaraña en mi entrepierna. Me muerdo el labio, procurando aferrarme al enfado que aún siento, pese al calorcillo que mana de mi coño. Me derrito por completo al imaginarme a mí misma inclinada sobre él.

—No me he escapado de ti —le miento. Estoy a punto de echarme a llorar—. No te encontraba por ninguna parte. Por cierto, gracias por volver a dejarme plantada. Y gracias también por contratar un monstruo para que cuide de mí.

Suspira. Me lo imagino pellizcándose el puente de la nariz para intentar no perder las formas.

—No pensé que Vinny fuera a ser un problema. Ya me encargo yo de él.

Me escuecen las lágrimas en los ojos. Me niego a llorar. Me sorbo la nariz mientras me siento con las piernas pegadas al pecho y apoyo la mejilla sobre una de las rodillas. Doy un golpecito en la pantalla del teléfono para ver la hora.

—Odio este sitio.

—Dime dónde estás e iré a buscarte enseguida.

—No, me refiero… —Niego con la cabeza a pesar de que no puede verme. Se me cierran los párpados y pierdo de vista el plexiglás que tengo delante. Estoy mejor así, descansando—. Me refiero a la isla de Aplana. Me siento sola.

Se queda callado unos segundos. Tarda tanto en hablar de nuevo que, cuando por fin lo hace, tengo la sensación de que estoy soñando.

—Lo sé —conviene. Ya no se muestra frío. ¿Con qué está de acuerdo exactamente?

«A lo mejor Hades también se sentía solo y se trajo a Perséfone a su reino porque sabía que ella traería la luz consigo».

Se oye un portazo a lo lejos, cuyo eco resuena en el techo. Me llega el sonido de voces que se acercan, cada vez más agresivas. Si fuera capaz de concentrarme en ellas tal vez tendría miedo. Pero mi mente es una balsa perdida en el océano, se deja llevar por el vaivén de las olas, así que le pregunto a Kal (o eso creo, porque no siento la boca):

—¿Adónde fuiste?

—Tuve que ir a ver a alguien.

—¿A una chica? —No puedo evitar los celos; se deslizan como una serpiente que ataca con rapidez.

—Sí. Pero no es lo que piensas. —Hace una pausa, luego suspira —. Era mi hermana.

—¿Tienes una hermana?

—Sí. O algo parecido. Es… complicado. —Kal carraspea mientras yo me pregunto qué estará haciendo ahora. ¿Estará junto al cuerpo postrado de Vinny apuntándole con una pistola al cráneo? ¿Estará esperando a cerciorarse de que estoy a salvo antes de impartir su castigo?—. Eso ahora es lo de menos, pequeña. Dime dónde estás.

—No lo sé —hablo muy despacio. Vuelvo a oír ruidos detrás de mí, pasos que retumban en el suelo de hormigón, pero ni aun así abro los ojos—. En una estación de autobuses.

—¿De autobuses? —De nuevo se queda callado unos instantes. Después suelta un improperio y se oye el ruido de papeles a través de la línea—. Quiero que salgas de ahí ahora mismo.

—No puedo —digo. El calor de antes se esparce por mis venas y me siento como si estuviera hecha de gelatina—. Tengo mucho sueño.

—Elena. —Se nota que habla con la mandíbula tensa—. Lo que te ha inyectado Vinny es una versión diluida de una droga ilegal y está empezando a afectarte. Lucha contra ella y sal pitando de ahí a

una zona donde la gente pueda verte.

Se oyen risas a mi alrededor y unas sombras se proyectan sobre los asientos en los que estoy tumbada. Los veo brevemente con los ojos entreabiertos, pero estoy demasiado cansada para abrirlos del todo y comprobar qué está ocurriendo. Igual son los empleados, que vuelven de la pausa para comer.

—Bueno, bueno. —Su pronunciación tiene un ligero acento que no consigo ubicar—. Pero ¿qué es lo que tenemos aquí, chicos?

Y después, todo se vuelve oscuridad.

17

Kal



No me caracterizo por perder los nervios con facilidad. En lo que concierne a mis dos líneas de negocio, la ansiedad es un lujo que nunca me he podido permitir. Sin embargo, cuando se empiezan a oír ruidos a través de la línea telefónica que me conecta con Elena y pierdo la señal, la preocupación me golpea de lleno, cava hondo en mi interior y planta allí sus raíces.

Parpadeo mirando a la pared de la oficina de Jonas mientras espero más de lo que debería a que se restablezca la conexión y vuelva a sonar el ruido estridente de la línea. El pitido dura un minuto, provocándome un tic nervioso debajo del ojo. Se me enturbia la mirada. Siento una comezón bajo la piel mientras oigo el eco de la llamada después de que haya dejado de sonar. Coloco el teléfono sobre el escritorio metálico de Jonas y me doy la vuelta.

Vincent está sentado en una silla, atado con cinta americana. Le he metido un calcetín de Jonas en la boca para no oír sus patéticos lloriqueos. Casi ni lo he tocado y el muy cabrón ya se ha meado dos veces encima.

Apoyado en el borde del escritorio, entrelazo los dedos mientras

lo observo luchar contra sus ataduras. Su miedo me saciaría si no fuera por la violencia contenida que se le adivina en la mirada y que me confirma que dista mucho de sentirse arrepentido. Eso me facilita tomar la decisión.

Me vibra el teléfono un segundo después: es un mensaje de Jonas.

Jonas: Estación 13, en la intersección de la calle Quinta con la del Álamo.

Todavía no se ha dejado ver por el bar esta semana, pero andaba cerca supervisando la exportación de una cerveza artesana en la que ha estado trabajando en su tiempo libre. Lo he agregado a la llamada de Elena por si él estuviera más cerca de ella y pudiera llegar antes que yo.

Me ato los puños de la camisa con los gemelos y hago lo que puedo por esconder las manchas de sangre mientras admiro el buen trabajo que ha hecho Elena con Vincent. Cuando he entrado en el bar, seguía encogido en el suelo mientras Gwen le vendaba la mano. Tras hacerme un resumen de lo que había ocurrido, añadió que pensaba que tenía la mano rota.

Los dedos estaban contorsionados en un ángulo extraño y no fue capaz de moverlos cuando le pedí que lo hiciera. Entonces vi la jeringuilla en el suelo, detalle que Gwen había omitido en su versión de los hechos. Sonreí a Vincent y le di un pisotón en la mano maltrecha. Disfruté del grito confuso que le salió del pecho. Ahora seguro que está rota.

Lo arrastré hasta el despacho de Jonas con la ayuda de Blue, que por fin había regresado de su generoso descanso de la comida, y me abrí los nudillos al pegarle en la nariz hinchada. Utilicé la palma de la mano para asegurarme de que se le rompiera también el cartílago. Mientras me limpiaba y llamaba a Elena, le pedí a Blue que

atara a Vincent a la silla y lo amordazara. Quería oír la versión de mi mujer antes de continuar. Por desgracia para él, la llamada no ha acabado de forma muy halagüeña.

Blue lo observa todo desde un rincón, sentado en un sofá viejo de cuero, con un botellín de cerveza en la mano. Tiene los ojos del color azul del océano, de ahí su mote, y mantiene la vista fija en mí mientras espera órdenes en silencio.

Cojo la chaqueta del traje del perchero que hay junto a la puerta, la sacudo para quitarle los restos de suciedad y me la pongo sobre los hombros. Blue sigue en completa calma. Ha regresado de su descanso y se ha lanzado de cabeza a la acción, sin preguntas. Es el tipo de cualidad que se busca en un empleado, en un soldado.

No conozco su historial, pero, a juzgar por su corte de pelo, cuadrado y pulcro, y el tatuaje de ancla en el brazo moreno que asoma por debajo de la camiseta, diría que tiene experiencia militar, por lo que entiende el concepto de lealtad. Que sea él el portero del bar consigue que se me pase un poco el cabreo con Jonas por su escasa habilidad para contratar personal.

—¿Vas a dejarlo aquí? —pregunta Blue, sorprendido, cuando me dirijo a la puerta.

Me detengo un instante.

—¿Algún problema?

Levanta la mano que tiene libre y niega con la cabeza.

—Ninguno. Solo quiero asegurarme de que nos hemos entendido.

—Volveré a por él. No lo pierdas de vista y no dejes que entre nadie en mi ausencia.

Debería quedarme para interrogarlo, pero la idea de no estar presente en el rescate de Elena hace que se me revuelva el estómago. No me cabe la menor duda de que Rafael tiene algo que

ver con el ataque de Vincent. Ya lo averiguaré más tarde.

Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria y me aseguro de que no quede ningún cliente en el bar. Después de echar a patadas a Gwen, anuncié que íbamos a cerrar temprano y eché el pestillo a la puerta para que no entrara nadie más.

Salgo por la puerta trasera, la cierro con llave y camino por el callejón hasta la limusina, que me espera en la calle principal. Informo al chófer (cambian tan a menudo que no me molesto en aprender sus nombres) de nuestro destino y conduce por las calles, prácticamente desiertas a estas alturas del año, hasta llegar a la Quinta. Se detiene frente a la estación.

La estación de autobuses lleva años cerrada. Los Primrose, propietarios de la mayor parte de la isla, redujeron el presupuesto destinado a transporte público, aduciendo que las tasas de turismo en verano no justificaban el gasto. Por eso la mayoría de las estaciones que había se demolieron para construir algo más rentable o, en el caso del sur de la isla, se convirtieron en un semillero para delincuentes.

Esta estación en concreto es conocida por sus operaciones turbias, pero ¡cómo iba a saber eso Elena, si la traje a mi mundo sin darle ninguna explicación! La saqué de una jaula para encerrarla en otra. Y probablemente haya sido todo en vano, dependiendo de lo que me encuentre en el interior.

Más les vale no haberle puesto la mano encima o no respondo de mis actos. Hacía mucho tiempo que no sentía estos deseos de matar indiscriminadamente. En el trayecto del coche hasta la puerta de cristal de la estación, lo único que me viene a la mente son imágenes de una masacre.

«Sería todo culpa mía también».

Ese pensamiento me envenena el alma, que se ha empeñado en

predecir una muerte rápida y dolorosa. Toda esa cháchara sobre que de nada me servía muerta y al final voy a ser yo quien la deje en manos de la muerte.

Jonas acude a mi encuentro en la puerta. Lleva un palillo de plástico en la comisura de la boca. Se desabrocha la chupa de cuero y camina a mi lado mientras reconocemos la zona, buscando indicios de peligro o de lucha.

No veo nada raro a primera vista. Jonas se desvía en dirección a los baños sin decir nada mientras yo me pregunto si los ruidos y las voces que he oído por teléfono habrán sido producto de mi imaginación.

Pero entonces veo por el rabillo del ojo un mechón de pelo negro en la parte delantera del recinto. Tengo que mirar dos veces porque no reconozco la silueta a la primera. Elena yace tumbada en los asientos de plástico; lleva el dobladillo del vestido subido hasta la cintura y el pelo apelmazado a causa del sudor y…

—Mierda. Joder —murmuro.

La ira me cala hasta lo más profundo, donde se entremezcla con el tuétano. Me quedo paralizado, mirando de arriba abajo su cuerpo desmayado. Se me va acelerando el pulso, siguiendo el ritmo de mi cabreo. Con el vestido así puesto, queda a la vista la «K» que le tallé en el interior del muslo, que se le ha abierto un poquito. Tiene restos de sangre por la piel, que le descienden en hilera como si su agresor hubiera arrastrado los dedos por ella. Como si hubiera tocado lo que me pertenece solo a mí.

Oigo los pasos de Jonas, que se acerca después de salir del baño, y cómo coge aire de repente cuando ve lo que ha ocurrido.

—Joder —dice, atusándose los rizos—. ¿Eso no será…?

Me trago la náusea que me sobreviene y asiento con la cabeza.

—Tiene toda la pinta.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —pregunta con el ceño fruncido —. Han pasado apenas diez minutos desde que se cortó la llamada y les ha dado tiempo a agredirla por segunda vez esta tarde.

Me tiembla todo el cuerpo con las ansias de violencia; el impulso de mutilar a quienes le hayan hecho esto es feroz. Verla allí tumbada, utilizada e indefensa, me provoca una reacción visceral que me abrasa el alma.

Jonas se me queda mirando.

—¿Crees que…?

Hago rechinar los dientes mientras niego con la cabeza. No estoy preparado para pensar en eso ahora, aunque no pinta nada bien.

—Primero vamos a llevarla a un lugar seguro. Luego ya me preocuparé de hacerle un chequeo completo.

—¿No deberíamos llevarla a un hospital?

Giro la cabeza a la velocidad del rayo, con las narinas ensanchadas, y le pregunto a media voz:

—¿Insinúas que los médicos encontrarán algo que yo no sea capaz de encontrar? ¿Algo que yo no sea capaz de curar?

—No, lo que creo es que igual necesita que le des un respiro. Ya sabes a qué me refiero; por si se despierta y lo único que recuerda es el ataque y el hecho de que la dejaste sola en un bar desconocido y bastante sórdido.

Rodeo la fila de asientos y me fijo en cada una de las heridas de su cuerpo. Las clasifico para más tarde. Tiene un ribete morado en el lateral del ojo y el cuello en carne viva, como si la hubieran estrangulado. Le bajo la tela del vestido, me quito la chaqueta y la cubro con ella, remetiéndola a su alrededor.

—¿Crees que habrá instalado un sistema de seguridad en este sitio? ¿Cámaras o audio?

Jonas mira a su alrededor y frunce el ceño.

—No creo que pierdan su tiempo con esas cosas en un edificio abandonado. Aquí no hay crimen organizado como en la ciudad.

Deslizo las manos bajo el cuerpo de Elena, equilibro el peso en las rodillas, la levanto de los asientos asegurándome de que la chaqueta la cubra por completo y la abrazo contra mi pecho. Ignoro la peste a fluido corporal que mana de su pelo y la llevo hasta la puerta. El corazón me retumba en el pecho; mi interior se ha transformado en un jardín venenoso donde florece la culpa. Si me dejo llevar lo más mínimo por lo que siento ahora mismo, ya no habrá marcha atrás. Me convertiré en esclavo de la violencia y del dolor que suelo mantener a raya.

«Todos los que la hayan tocado morirán».

—Anderson —dice Jonas cuando llego a la puerta.

Miro por encima del hombro y lo veo de pie delante de la ventanilla con la ceja enarcada. Me muestra en alto lo que parece una tarjeta con el membrete de los Ricci.

Me centro en la tarjeta negra, respirando fuerte, y cojo mejor a Elena para evitar que se desplome. La mente me funciona a mil por hora e intento decidirme sobre qué medida tomar mientras la sangre me hierve en las venas, borboteante, tentándome con el canto de su pulso desbocado.

¿Se están mofando de mí con esa tarjeta? Es la prueba de que Rafael y Carmen siguen con la historia de que yo secuestré a su hija, en lugar de negociar su mano con todas las de la ley. Estoy convencido de que ha sido una treta para exagerar mi naturaleza depravada. Quienquiera que haya agredido a Elena, seguro que ha borrado todas las huellas para dejarme a mí en evidencia.

O a lo mejor lo que querían era asustarla para que se alejara de mí. O las dos cosas a la vez.

«¿Cómo sabían que la encontrarían aquí?».

Es evidente que nos vigilan, lo que hace que me plantee que el USB que contenía la grabación del interior de mi casa tal vez esté relacionado con esto.

«¿Hasta dónde llegarían los Ricci para dejarme clara su postura?».

Me muero de ganas por descubrirlo. ¿Estaría Vincent involucrado en esto o ha sido un golpe de suerte? Pero entonces pienso en la diosa destrozada que llevo en brazos. Lo más importante en estos momentos es darle atención médica, así que salgo del edificio y la coloco tumbada en los asientos traseros del coche. Cuando sale Jonas un instante después, me entrega la tarjeta y se marcha en dirección contraria.

18

Elena



Cuando era pequeña, mi madre solía ponerme una compresa caliente sobre el ojo para curarme los hematomas. Me juraba que el calor haría que la sangre se diluyera y que podría ir al día siguiente al colegio sin tener que sentir vergüenza por haberme metido en otra pelea.

Nunca funcionaba. El calor hacía que se me inflamara la piel y acababa viendo borroso durante dos días enteros. Iba al colegio con un parche en el ojo y cuando las chicas susurraban entre ellas y me señalaban con el dedo, yo me ponía coloradísima. Como si llevar un ojo morado en una escuela católica para chicas no fuera normal.

Todas acumulábamos más rabia de la que podíamos aguantar. Era consecuencia directa de la vida que nos había tocado vivir y que nos obligaba a reprimirlo todo. A menudo sacábamos esa rabia en el recreo a puñetazos y patadas limpios.

Mis padres jamás me preguntaban qué había ocurrido cuando llegaba a casa con un corte nuevo o algún que otro cardenal, pero siempre había un brillo en los ojos de Papà, que me hacía sentir una calidez empalagosa en el pecho. Me dejaba entrever que se sentía

orgulloso de mí por pelear aun sin saber qué lo había motivado.

Tampoco es que importe mucho. Soy una Ricci: llevo la pelea en la sangre; es lo que se espera de mí. Es hasta necesario. Por eso, cuando abro los ojos y atisbo la mirada dura y contrariada de mi marido, me siento momentáneamente desconcertada. Sobre todo porque no tengo ni idea de por qué me mira así.

Pestañeo y miro a mi alrededor. Reconozco los muebles negros del dormitorio y las cortinas que cubren las ventanas. Si no fuera por la luz tenue de la lamparita de la mesilla, estaríamos rodeados de tinieblas.

—Hola —digo con la voz ronca. Me quema la garganta al hablar.

—Bebe —sentencia Kal, claro y directo, mientras sostiene un vaso de poliestireno con una pajita. Cuando nuestras miradas se cruzan, no percibo ni el más mínimo atisbo de emoción.

«Ni siquiera se siente aliviado».

Había oído que el doctor Anderson era eficiente aunque frío con sus pacientes, pero nunca hasta ahora lo había visto en acción. Lo encuentro… impactante. Su tono no da cabida a la discusión. Contrasta radicalmente con el hombre sereno pero apasionado que he llegado a conocer, aunque supongo que no pinta mucho la pasión en un contexto médico.

Cojo la taza y bebo con cuidado. Procuro no perder la compostura cuando el líquido me quema en la garganta destrozada. Cierro los labios en torno a la pajita mientras lo inspecciono. Me está mirando la barbilla. Lleva el mismo traje de la última vez que nos vimos, aunque ahora está arrugado y tiene manchas de distinta índole. Lleva el pelo despeinado con mechones que le sobresalen en ángulos extraños como si no hubiera parado de pasarse las manos por él.

«Me pregunto si se sentirá culpable por haberme dejado sola».

«Lo más seguro es que no», medito en silencio. Luego me centro en el dolor que decora mi cuerpo.

Noto el pulso en el párpado, que me late acompasado con el corazón. Parece que me han retorcido cada músculo del cuerpo, los tengo hechos jirones, como si acabara de correr una maratón sin haber entrenado antes.

Dejo el vaso en la mesilla y estiro los brazos por encima de los hombros. Noto un dolor punzante que me hace estremecer. Vuelvo a bajar los brazos, me llevo la mano al pelo e introduzco los dedos entre los mechones. Me detengo al notar cierta resistencia.

—¿Qué…? —Me acerco el pelo a la cara para ver a qué me enfrento. Una sustancia transparente me apelmaza el pelo. La olfateo a ver si consigo identificar el olor.

—No quieres saberlo… —dice Kal con los dientes apretados y juntando las manos.

Enarco las cejas y abro la boca de par en par.

—¿Qué me ha ocurrido?

—Te encontraron unos hombres en la estación —dice en voz baja, peligrosa. Su aliento me roza la piel—. No sé quiénes eran ni para quién trabajan, aunque supongo que eso es irrelevante. El daño ya está hecho.

Siento náuseas, estoy a punto de vomitar. Cierro los ojos con fuerza e intento acordarme de algo más, aparte de haberme desmayado, pero está todo borroso, como una película muda desenfocada. Lo único claro es la sensación de estar atrapada. Esa misma sensación de la que llevo tratando de escapar toda la vida, aunque siempre acabo en sus garras.

—¿Qué me han hecho?

Le tiembla la mandíbula.

—No lo sé. Estaba esperando a que te despertaras para

averiguarlo juntos.

Me escuecen los ojos por las lágrimas. Me llevo la mano a la cara para secarme las mejillas en cuanto se derramen, pero no llegan a hacerlo. Se me acumulan en los ojos, me queman, pero se niegan a salir. Me arrolla un sentimiento de vergüenza con la fuerza de la marea y tiemblo con violencia. Cierro las manos en sendos puños para aplacar el miedo y la confusión.

De repente me viene un recuerdo a la mente: estoy luchando con el camarero a quien Kal pidió que me vigilara; él ha sido quien me ha golpeado con el codo en la cara y quien me ha clavado una jeringuilla.

En cuanto recuerdo ese momento, el resto me viene de golpe. Recuerdo salir corriendo, voces, Kal insistiendo para que volviera con él… Después, silencio.

—No recuerdo nada de lo que ocurrió tras la llamada —le digo, descartando los demás recuerdos.

Se le endurece la mirada, que se vuelve despiadada.

—Te desmayaste antes de colgar. La dosis de GHB que te administró Vinny era pequeña y no te hizo efecto de inmediato, aunque se notaba que te estaba empezando a afectar mientras hablábamos por teléfono.

—¿Me drogó?

—Sí. Supongo que estaba compinchado con los que te agredieron, aunque todavía no sé por qué. —Se reclina en el sillón y se agarra de las rodillas, apretándolas con fuerza. Consigue que se le suelte el vendaje que lleva en la mano, dejando al descubierto los nudillos rotos y ensangrentados. Son casi del mismo color que las manchas de la camisa.

Le observo la carne malherida y siento cierta ternura que me atora la garganta. Kal se pone de pie y se acerca a la cama. Se

sienta en el borde del colchón y me levanta la barbilla con la mano sana.

—¿Lo has matado? —le pregunto. Me rindo a su caricia pese al dolor. Con él siempre hay dolor.

—No —dice con dulzura. Me gira la cara para inspeccionarme detalladamente, buscando heridas. Frunzo el ceño y abro la boca dispuesta a protestar, pero él niega con la cabeza y me vuelve la cara hacia delante para que lo mire a los ojos—. ¿No quieres estar presente?

«Lo sabía».

Kal rompe la cerradura del cobertizo con una cizalla. Empuja la puerta con una mano y me hace un gesto para que lo siga con la otra. No entiendo por qué no ha usado una llave. Tal vez haya querido darle un toque a una situación un tanto incómoda.

Piso la gravilla con los pies descalzos. Al entrar, una corriente de aire frío me golpea y me rodeo el cuerpo con los brazos pese a que llevo un albornoz que me dio Marcelline al salir del dormitorio.

Tras un chequeo rápido y ligeramente invasivo para asegurarnos de que la agresión no había sido también sexual, nos dirigimos a la planta de abajo. Marcelline me dio unos analgésicos y salimos al exterior por la puerta trasera. En cuanto rodeamos la mansión y vi el cobertizo me sentí defendida.

—¿Eres consciente… —le digo al entrar. Me esfuerzo para que no se me noten los nervios, que palpitan entre mis oídos— de que este lugar dista mucho de ser discreto? Lo identifiqué el primer día.

Kal se me queda mirando y enciende una luz que ilumina un pasillo pequeño.

—No es mi intención mantenerlo escondido.

—Ah, ¿no?

—¿De la gente de la isla? Nada más lejos.

—¿Porque eres dueño de la mitad? —Llegamos al fondo del pasillo y nos detenemos delante de una puerta cerrada.

—No soy dueño de la mitad de la isla —dice mientras me sacude una pelusa del albornoz—. He invertido en muchos de sus negocios más rentables además de haber heredado propiedades de uso comercial de mi abuelo. Por si esto fuera poco, he invertido cientos de horas como voluntario en el único hospital de la isla y subvenciono con regularidad proyectos de investigación y otros programas que necesitan financiación.

—Es decir, que eres dueño de la gente. —Eso explica que nadie moviera un dedo en el bar. ¿Quién querría inmiscuirse en los negocios del mismísimo diablo?

—Te sorprendería lo que la gente está dispuesta a pasar por alto cuando eres generoso con ellos.

Tras esto, abre la puerta dando paso a una estancia amplia con paredes de hormigón, cubiertas por armarios. Vincent está en medio de la habitación, desnudo y sujeto con correas a una camilla. Lleva la boca amordazada con un trapo sucio.

Se me eriza la piel por el desasosiego que me produce ver las marcas del tamaño de una moneda de dos céntimos que le adornan el estómago y la gasa ensangrentada que le envuelve la mano izquierda. Junto a la camilla hay un carrito de acero inoxidable con ruedas, sobre el que descansan instrumental variado y una bandeja con uñas. Y no me refiero a los restos después de haberlas cortado.

Kal se acerca a un fregadero de servicio que hay en el otro extremo de la habitación y se lava las manos. Se las seca mientras me mira con una expresión inescrutable en el rostro.

Vincent suelta un gemido. Se le abren los ojos de par en par al

percatarse de mi presencia y empieza a revolverse en la camilla. Da tantas embestidas para liberarse de las ataduras que la camilla se desplaza adelante y atrás.

—¿Qué le vas a hacer? —pregunto mientras observo cómo se acerca Kal a la camilla y coge un frasquito y una jeringuilla de la mesa.

Entorna los ojos, pone el frasquito del revés e introduce la aguja por la parte de arriba para extraer el líquido del interior. Lo vuelve a depositar en su sitio antes de girarse hacia mí. Le clava la aguja a Vincent en el cuello y presiona el aplicador sin dejar de mirarme.

Los gritos de Vincent suenan más desesperados, como si se los arrancaran directamente del alma. El corazón se me acelera cada vez más al presenciar su agonía. Me pregunto si la dosis que le ha puesto Kal será lo bastante fuerte, si se quedará inconsciente antes de que llegue lo bueno.

—No tenemos mucho tiempo —dice Kal mientras se coloca unos guantes de látex. Coge una sierra circular del suelo y la enchufa a la toma de corriente.

Abro la boca, sorprendida.

—¿Vas a usar eso?

Desvía la mirada hacia la sierra y asiente con la cabeza una vez.

—Yo no hago nada a medias; no me apiado de los hombres que me cabrean, Elena.

Lleva más tiempo del que esperaba, pero en cuanto aplica la sierra al pecho de Vincent, ya no puedo dejar de mirar. Me quedo embelesada con la forma en que la piel y el hueso se van abriendo para él, se rinden a la fuerza y precisión de Kal. Como almas que se rinden ante la Muerte.

Algo se me revuelve en las entrañas al verlo trabajar, y eso me deja preocupada, porque no parece que tenga que ver con la

masacre que estoy presenciando, sino con el hecho de que no me siento en absoluto asqueada.

Espero pacientemente a entrar en estado de shock, a quedarme aturdida cuando mi cerebro decida bloquearlo todo y evitarme el trauma, pero no llega a ocurrir. Lo que siento es que me arde el pecho al contemplar cómo Kal abre a Vincent en canal. Junto las piernas del todo para tratar de aliviarme.

Tal vez sea porque me crie como una princesita de la mafia y la muerte no me es ajena. O a lo mejor es porque esta violencia la ejercen en mi honor, lo hacen por mí como nadie lo ha hecho jamás.

Cuando creces rodeada por la familia, aprendes a convivir con el abuso de poder. Puedes defenderte, pero en general se espera que lo toleres, sobre todo en lo que respecta a los hombres. Por eso, pese a todo, iba a casarme con Mateo de Luca; porque creía que podía controlarlo.

Cuando Kal termina su trabajo unos minutos después y se limpia la cara con el antebrazo, extendiendo la sangre por las mejillas, lo que siento es excitación, una atracción complicada y embriagadora.

Lo recoge todo con rapidez y me acompaña a la casa. Yo ni siquiera protesto; estoy demasiado aturdida por la tormenta que se está fraguando en mi interior y que amenaza con inundarlo todo a su paso.

Me lleva al baño que hay en el dormitorio, me coloca frente a la ducha y abre el grifo. Tiene las manos manchadas de la sangre de Vincent y se le ha echado a perder la ropa, aunque eso no parece importarle mucho cuando se acerca a mí. El aire se vuelve espeso por el vapor de la ducha y por el deseo que se acrecienta en ese silencio prolongado.

Me quita el albornoz por los hombros sin apartar la mirada de mis ojos ni un segundo, como si temiera que este momento etéreo y

palpitante entre nosotros fuera a desaparecer si pestañea.

Introduce los dedos por debajo del dobladillo del vestido, el mismo vestido rojo que llevo desde ayer, y asciende despacio por mis muslos hasta las caderas, donde se detiene para tomar aliento. Traga saliva al mismo tiempo que una brisa fresca me roza las bragas de encaje y se me eriza la piel de los muslos. Me acaricia con el pulgar la cicatriz que tengo en el interior del muslo izquierdo, arrugando el entrecejo cuando ve que me estremezco y me muerdo la punta de la lengua al sentir el dolor que irradia de ella.

El corazón me late descontrolado, retumba contra las costillas como un monstruo enjaulado, desesperado por escapar. De repente me siento insegura y me pregunto si él también puede oírlo; me daría mucha vergüenza que mi marido supiera el efecto que tiene en mí.

Continúa subiéndome el vestido hasta la altura del estómago, y tras esto hasta los pechos, donde vuelve a detenerse. Tiene un brillo peligroso en la mirada que consigue que me derrita por dentro, que me acople a él, que arda en deseos de que me acaricie.

Cambia de postura y sigue levantándome el vestido. Me roza con los pulgares los pezones, que se repliegan al mismo tiempo que un rubor se extiende por mi pecho. Me saca el vestido por la cabeza de un movimiento rápido y lo tira al suelo. Después da un paso atrás y señala con la cabeza hacia la ducha.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta, apartando la mirada, dejándome abrasada.

Me paso la lengua por los labios, niego con la cabeza y me doy la vuelta. Entro en la ducha y me meto bajo el chorro de agua caliente para lavarme los restos de suciedad y polvo. Cojo el jabón de manos que hay en uno de los aparadores, me enjabono el cuerpo y me libro de cualquier prueba de las últimas veinticuatro horas para

que no quede ni rastro de lo que ha sucedido.

Me froto el cuerpo con las manos de cara a la pared, aprovechando para cerciorarme de que no haya más daños. Oigo el ruido de la puerta al abrirse y veo el brazo de Kal, que me pasa por delante para coger el frasco de champú de granada que me traje de casa. Se echa una cantidad generosa en la palma de la mano y se lo extiende por las manos.

Unos segundos después, entremete sus dedos en el pelo húmedo para aplicarme el champú en el cuero cabelludo y me lo masajea. Me paso la mano por un corte que tengo en la cara interna del muslo y me fallan las rodillas. Saco las manos enseguida de entre los muslos para no perder el equilibrio y me rozo accidentalmente el clítoris, cubierto todavía por el encaje. Siento la tensión en el bajo vientre al mezclarse el roce inesperado con la suavidad de su masaje y a punto estoy de gemir.

Me estremezco acaloradamente, me hierve la sangre, quiero más. Con él siempre quiero más.

Me mueve para que me quede la cabeza debajo del agua y me aclara el pelo con cuidado.

—Lo has hecho bien, pequeña —murmura. Lo dice tan bajito que al principio tengo dudas de que haya hablado.

Levanto las manos y las apoyo en los azulejos negros de la ducha.

—¿El qué?

—Defenderte de Vincent y de aquellos hombres. Otros en tu lugar habrían salido peor parados. Lo has hecho muy bien.

Se me forma un nudo en la garganta por la calidez de sus palabras, que resbalan por mi cuerpo cargadas de miel y estrechan cada vez más el nudo. Tengo la respiración entrecortada como si estuviera hiperventilando mientras persigo ese sentimiento para

borrar los recuerdos nefastos.

Me doy la vuelta despacio conteniendo el aliento a propósito, insegura porque no sé cómo se tomará que cambie de posición. Está muy cerca, fuera del alcance del chorro de la ducha, pero un poco inclinado hacia delante para ayudarme.

Frunce el entrecejo cuando levanto la barbilla y abre la boca para decir algo, aunque parece que se le atoran las palabras cuando le apoyo las manos en sus fornidos pectorales y las deslizo hasta el cuello de la camisa.

Suelto el aire despacio y me lanzo a sus brazos mientras tiro de él hacia mí. Por tercera vez en nuestro corto matrimonio lo beso en los labios.

19

Kal



He besado a apenas un puñado de mujeres en mi vida. He follado con muchas más para intentar borrar el abuso que sufrí cuando era un niño. Incluso cuando mis pensamientos y mis sentimientos seguían confusos y eran complicados, mi cuerpo ya sabía lo que había sucedido.

Lo de besarse nunca ha ido conmigo. Es demasiado íntimo. Te hace vulnerable. Cuando unes tus labios a los de otra persona, pueden atacarte de muchas maneras y yo me he pasado la vida en estado de alerta, anticipando un posible ataque.

Cuando Elena se pega contra mí, me rodea con sus brazos y me acerca la cabeza para besarme, dejo que lo haga. Es un gesto muchísimo más inocente que las imágenes que me vienen a la mente, imágenes de cómo la inmovilizo contra la pared y la empalo con mi polla como si no tuviera ya bastante con lo que ha vivido estas últimas veinticuatro horas.

«Lo último que debería desear es dejarle también mi huella».

No sé cómo lo hace, pero cada vez que nos besamos sabe a gloria bendita, como una sagrada escritura que me absuelve de mis

pecados, algo dulce y suculento y demasiado puro para ser bueno.

Aunque, claro, un alma pura no me habría mirado jamás como lo hizo ella tras matar a Vincent; no me besaría cubierto como estoy de su sangre y restos de sus entrañas.

«Tal vez sea más siniestra de lo que ninguno de los dos pensábamos».

Sus pechos se aplastan contra mi cuerpo, noto los pezones en la piel, y me meto debajo de la ducha, me sumerjo en ella, empapado. La obligo a dar un paso atrás hasta la pared y me coloco delante de ella. La cojo de las caderas hasta oírla gemir bajo mis manos.

Le abanico la cara con mi aliento cálido, un movimiento que hago con esfuerzo, pues me dejo llevar por el contacto húmedo de su boca, que pelea con la mía. Está fuera de sí, resuelta a coger de mí lo que necesita. Suelto un gemido cuando me muerde el labio inferior y el leve picotazo consigue acabar con la determinación que me quedaba y se me empalma la polla.

Le suelto las caderas y deslizo las manos hasta el culo, donde le agarro los glúteos con fuerza mientras con un movimiento rápido la empujo con la pelvis hacia arriba. Se amolda a la postura sin romper el beso y ambos gemimos cuando me rodea la cintura con sus piernas y yo la apoyo contra los azulejos de un golpe.

—Te deseo —murmura en mi boca, gimiendo levemente cuando levanto la mano y repaso con el dedo el tatuaje de granada que tiene en la piel antes de pasarle el pulgar por el pezón endurecido.

El agua sigue cayendo sobre nosotros. Ella mantiene la cabeza fuera del chorro y me mira pestañeando con esos ojos de miel, roja de deseo.

Sé que me desea; esa ha sido siempre una parte del problema.

En estos instantes, con su cuerpo glorioso delante de mí, sus pechos abundantes mostrando el vaivén de su respiración

entrecortada, el coño palpitante sobre mi estómago, y el agua, que baña cada centímetro de su piel, la misma que quiero lamer de arriba abajo, me olvido de absolutamente todo, excepto de que es mía.

Qué más dan las circunstancias que nos han traído hasta aquí, qué más da la falta de amor o de realidad entre nosotros.

—¿Estás segura? —no puedo evitar preguntarle. Necesito que me lo confirme verbalmente incluso después de haberle hecho el chequeo. Asiente con la cabeza.

—Hazme tuya.

Aparto mi boca de la suya y agacho la cabeza mientras la levanto desde el culo hasta que puedo meterme un pezón en la boca. Le paso la lengua con rapidez, en ráfagas, y se estremece de cuerpo entero.

—Ah, mi pequeña Perséfone —digo sin dejar de dibujarle círculos sobre la cima sonrosada y sin apartar la mirada—. Ya lo eres.

Cierra los ojos con fuerza cuando aprieto los labios sobre el pezón, pese al hematoma que tiene en el ojo. Lo chupo y lo recorro con la lengua hasta que se retuerce de placer, jadeante, hermosa. Entrelaza los dedos en mi pelo mojado y tira de él, pidiéndome más, mientras me busca con sus caderas, implorante.

Le suelto la teta con un ruidito húmedo y cambio de postura para hacerle lo mismo a la otra. Le coloco la lengua debajo del pecho y empiezo a subir, reemplazando las gotas de agua con mi ADN, devorándola por fin cuando llego al pezón.

Le clavo los dedos en el culo. Seguro que le voy a dejar marcas, aunque en ese momento no me preocupa en absoluto. Quiero dejarle marcas por todo el cuerpo, amoratado por las yemas de mis dedos, la quiero con los labios rojos y en carne viva por culpa de los míos, quiero su coño hinchado y que gotee de él mi semen. Quiero

que se le abra la piel y que sangre por mí.

Después de esta noche, no quiero que quede ninguna duda de en qué cama duerme; qué polla es la que acepta sea cual sea la forma en que yo se la entregue, de quién es la sangre que hierve por la suya.

Se me dispara la temperatura solo de pensarlo; tengo tantas ganas de marcarla que ya no puedo hacer otra cosa. Le raspo con los dientes suavemente para ver cómo reacciona: se le arquea la espalda como si pidiera más. Me coloco el pezón entre los dientes y lo muerdo. Observo cómo levanta la barbilla y abre los ojos de golpe.

—Joder —jadea mientras me da un tirón en el pelo.

—¿Te gusta? —murmuro mordiendo con más fuerza.

Aguanta la respiración y asiente con la cabeza.

Sonrío y vuelvo a morderla. La apoyo en el suelo para colocarme de rodillas en la ducha y le subo los muslos a mis hombros. Lleva las bragas rosas empapadas y poco hacen por esconder su sexo hinchado de mi mirada lasciva.

Me humedezco los labios mientras la miro y deslizo las manos por sus muslos. Le meto el pulgar por debajo de la tela a la altura de las caderas. Las bragas son de encaje y se rompen con facilidad. Las tiro a un lado. Me tomo un momento para admirar la carne sedosa de la entrepierna de mi mujer.

Se lleva una mano al pecho y lo masajea. Observa cada movimiento que hago con los ojos encendidos. Me acerco a sus muslos y le lamo la cara interna de uno de ellos bajo su atenta mirada.

Me detengo al ver el corte que le hizo el que la agredió en la estación de autobuses: un tajo en la piel hecho por un principiante y que remata la K que le hice yo.

Elena pestañea mientras me observa. Las lágrimas empiezan a acumularse en sus ojos como si al dudar yo hubiera suscitado malos recuerdos. Aprieto los dientes un segundo y le paso el dedo sobre la herida para reabrirla.

Enseguida sale una gota de sangre. Cubro la zona con mi boca y le paso la lengua por el líquido cúprico. Sigo chupando para que su sabor inunde mis papilas gustativas, disfrutando de que no oponga resistencia, de la mirada ardiente que brilla en sus ojos.

Le tiembla el cuerpo y me araña el cuero cabelludo mientras le chupo la zona, desesperado por memorizar su sabor, sin que ella aparte la mirada ni un segundo. Parezco el actor de una obra montada para que la disfrute solo ella y no puede dejar de mirar por si se pierde algo importante.

«Si lo que quiere es un espectáculo, le voy a ofrecer fuegos artificiales».

Paso por encima de la herida hacia la cara interna del muslo dejándole un rastro de sangre. Me encanta el contraste del rojo con su piel color crema, parece un campo de amapolas rojas y blancas.

Se me hace un nudo en la garganta cuando llego a su coño húmedo, le rozo con la nariz los pliegues e inhalo el olor salobre de su excitación. Le rodeo los muslos con las manos e, inmovilizándola contra la pared, me sumerjo en ella, le separo los pliegues con la lengua y le lamo el clítoris con la punta.

Gime al primer contacto de mi lengua con su parte más sensible y enseguida noto el temblor de sus piernas en las orejas, como si fuera justo lo que estaba esperando.

Me excita, siento un estremecimiento por la espalda e intensifico mis esfuerzos. Pego todo lo que puedo la boca a su húmedo interior y lo lamo, en movimientos circulares, atormentándola hasta que gimo en su interior, borracho de su dulce sabor.

Antes de la noche que pasamos juntos, llevaba años sin estar con nadie. Tras una temporada un tanto caótica, me dediqué a trabajar y a intentar forjar una relación con mi hermana, completamente ajeno a los placeres carnales. Hasta la pasada Navidad no me había dado cuenta de que me faltaba algo. No me había dado cuenta de que me faltaba uno de mis miembros, de que estaba intentando vivir mi vida como si no pasara nada.

No era el sexo en sí lo que me hacía sentir perdido. Era el sexo con ella. Me llegué a sentir enloquecido, desesperado por sumergirme en su cuerpo después de haberla deseado en la distancia tanto tiempo. Y ella se sentía igual de angustiada, respondiendo a mis embates con fiereza, impaciente por obedecer mis órdenes. Nuestro tiempo juntos se terminó enseguida. La chispa prendió con rapidez y se extinguió antes de que pudiera propagarse el fuego. No voy a permitir que suceda lo mismo ahora.

—Kallum… —dice con el aliento entrecortado, acercándome las caderas, apretándose contra mí—. Por favor…

Le palpita el coño al contacto con mi lengua. Yo relamo con voracidad el cúmulo de nervios como si ella fuera el antídoto a una vida miserable. Sus movimientos envían descargas eléctricas a mis venas, y acelero el ritmo, le chupo con más fiereza para acrecentar la fricción.

—Por favor ¿qué? —pregunto sin apartarme de su coño. Las palabras vibran en su piel y tiembla con violencia, a punto de correrse.

Cambio el ángulo de la lengua y se la paso en sentido contrario a las agujas del reloj cada vez más despacio hasta que deja caer la cabeza y sigue cada uno de mis movimientos con su cuerpo.

Me detengo porque no dice nada. Enarco una ceja y me aparto un poco. Se queja y me tira del pelo para que continúe.

—Por favor ¿qué?, Elena —repito con la voz pastosa.

Frunce el entrecejo.

—Ya lo sabes.

—Quiero oírtelo decir.

Me suelta un poco el pelo y me mira.

—¿Estás de broma?

—Nunca bromeo sobre hacer que te corras. —Se me pone la polla durísima solo de pensarlo.

—Entonces, hazlo y ya está.

—Eso pienso hacer… —le prometo, y dejo que el aire de mi aliento le roce el clítoris. Da una sacudida y vuelve a tirarme del pelo con fuerza y traga saliva con dificultad— en cuanto me lo pidas.

Aprieta los dientes y se le expanden las narinas como si a su cerebro le estuviera costando procesar lo que le pido. Ya lo habría hecho en otras circunstancias, pero ahora mismo Elena está flotando en ese limbo erótico en el que no le permiten correrse y en lo último que piensa es en obedecer.

Aun así, un segundo después, claudica y me lo suplica frustrada.

—Por favor, haz que me corra, Kallum. Te lo suplico.

Antes de que haya terminado de hablar, vuelvo a la carga, le abro los pliegues con la lengua y me doy un festín con su clítoris. Está hinchado con mis atenciones, late al mismo ritmo que mi corazón. Por fin estalla cuando dibujo ochos sobre la capucha del clítoris. Abre la boca en un grito mudo y tensa las piernas en mis orejas. Me tira del pelo hasta que me duele el cuero cabelludo y se corre con tanta intensidad que se queda sin aire en los pulmones.

Yo sorbo sus jugos mezclados con el agua de la ducha y casi me corro allí mismo al notar su humedad en la cara. El orgasmo se prolonga en oleadas de placer, como un tsunami tras un terremoto submarino, y se retuerce y arquea la espalda tratando de

prolongarlo.

Por fin se le relaja el cuerpo y se apoya contra la pared. Yo me separo poco después de darle un último lametón de abajo arriba, limpiarme la boca en el interior de su muslo y separar las piernas de su férreo agarre alrededor de mi cuello.

Jadea sin aliento mientras me incorporo tambaleándome. Tengo la polla tan dura que se me ha nublado la vista. Se queda mirando con una sonrisa cómo mi miembro presiona contra los pantalones y me lo acaricia con mano temblorosa.

Me dejo llevar por su caricia. Estoy a punto de estallar. Su cuerpo desnudo parece relucir cuando da un paso adelante y vuelve a amoldarse a mi cuerpo, sugerente.

—Te toca.

Yo niego con la cabeza y vuelvo a cogerla en brazos. Cierra las piernas alrededor de mi cuerpo y me giro para apoyarla contra la puerta de cristal de la ducha. La sostengo con la cadera mientras me bajo la cremallera.

—Si me haces una mamada no duraré un segundo —digo entre dientes. Me cuesta horrores seguir el ritmo de mi deseo. Me detengo a admirar sus húmedas curvas, maravillado por sus suaves planitudes, los delicados relieves, las huellas que le he dejado marcadas—. Necesito correrme dentro de ti otra vez.

—Por fin —dice mientras me ayuda a sacármela.

Se le corta el aliento cuando me saco la polla. Una gota cremosa adorna el capullo, confirmando cuánto la deseo. Se muerde el labio sin dejar de mirarme bajo esas pestañas espesas. Me rodea la polla con los dedos sin tocarme con las yemas y empieza a meneármela despacio.

Suelto un gemido mientras inhalo el aroma de su pelo. Sus caricias me producen una descarga que me recorre el cuerpo de

arriba abajo y me atenaza las pelotas hasta provocarme dolor de las ganas que tengo de correrme.

—Joder —digo con voz ronca, aferrándome a sus muslos hasta arañarla—. No puedo, Elena. Es demasiado bueno. No quiero correrme en tus manos la primera vez.

—Yo diría que es la cuarta —dice meneándomela cada vez más rápido, con mayor intensidad hasta que estoy completamente cegado—. Córrete para mí, Kallum.

Vuelvo a negar con la cabeza y le aparto la mano al tiempo que le aplasto el culo contra el cristal.

—Es lo que pienso hacer, pequeña. —Me cojo la polla y la coloco junto a su entrada—. Vas a desear no haber abierto esta puerta. Voy a darte tan fuerte que cuando acabe contigo se te va a salir el semen por los poros, lo vas a sudar, y jamás nadie que no sea yo te volverá a poner una mano encima.

Le levanto la barbilla con la mano que tengo libre y la obligo a mirarme a los ojos mientras le deslizo la polla en su interior húmedo y cálido poco a poco, hasta el fondo.

Me agarra por el cuello y me da un beso ardiente, gemimos a la vez con los cuerpos unidos, dando legitimidad a nuestro matrimonio y cristalizando mi obsesión de una vez por todas.

20

Elena



Me siento plena.

Es lo único que me pasa por la cabeza cuando Kal me ensarta la polla hasta el punto de que noto el cosquilleo del capullo en el útero. Estoy tan cachonda que la excitación se me atora en la garganta y me florece en el pecho como una flor tras una ardua noche; sus pétalos se despliegan uno a uno hasta que el brote se estira por completo, listo para empaparse del sol.

Sus movimientos son lentos, exasperantemente lentos, mientras nuestras bocas se enredan en un beso que siento hasta en los dedos de los pies. Kal me sostiene con los muslos y se aferra con las manos a mis glúteos, que sube y baja en ritmo acompasado.

Sé que han pasado semanas desde la última vez que lo sentí dentro de mí, pero no necesito prolegómenos; no los quiero. Me vibra el coño con cada empujón, estrecho mis paredes internas para que se quede dentro, estimulándome esa zona que tanto placer me produce. Estoy a punto de sentir un segundo orgasmo, pero entonces retrocede, me saca la polla y me la vuelve a meter. La ausencia de satisfacción inmediata hace que le clave las uñas en el

cuello en un intento de acercarme todavía más a él.

Separa sus labios de los míos y suspira entrecortadamente al mirar entre nuestros cuerpos y observar con los ojos vidriosos cómo desaparece su miembro en mi interior.

Las gotas del agua de la ducha le resbalan por la piel, se le pegan a los mechones húmedos de pelo negro como el azabache y le empapan la ropa. No parece importarle, lo único que le importa es la desnudez que tiene ante él. Esa expresión lujuriosa que se le dibuja en el rostro me está poniendo a cien, pero no basta.

—Kallum —digo con un gemido. Ya he perdido la cuenta de las veces que he dicho su nombre. Inclina sus caderas para sellar nuestros cuerpos produciéndome un estremecimiento embriagador.

Hay un matiz oscuro en sus ojos cuando me mira con la ceja enarcada.

—¿Pasa algo? —pregunta sin interrumpir sus embestidas.

Tiene una gota de mi sangre en la comisura de los labios. Me acerco a él y la chupo con la punta de la lengua. Disfruto de su sabor metálico. Me estallan fuegos artificiales en el cuerpo, que se enciende como un Cuatro de Julio al recordar lo que sentí cuando me hizo sangrar: una ligera punzada de dolor mitigada por el brillo enajenado en su mirada oscura cuando la chupaba como si fuera zumo de granada y él estuviera hambriento en el Inframundo.

Le muerdo el labio inferior. Me encanta que ese pequeño gesto consiga que me embista con más fiereza. Cojo aliento mientras memorizo lo que siento al tenerlo en mi interior. Después me la saca con un chasquido.

—¿Qué sucede? ¿A mi lasciva esposa no le basta con mi polla? —Sus palabras quedan acentuadas por movimientos bruscos de cadera, que me golpean en el punto G y me hacen perder la cabeza.

—Más —ronroneo cambiando la posición de mis caderas para ser

yo la que guíe sus movimientos.

Extiende las palmas de las manos en mis glúteos.

—Intento ir despacio.

—No necesito que vayas despacio.

Se ríe enigmáticamente mientras me la saca de nuevo casi por completo dejándome el coño huérfano.

—No lo hacía por ti, pequeña.

Kal acelera el movimiento de sus caderas y me folla con tanta fuerza de repente que la puerta de cristal casi se sale de los goznes. Golpeo el cristal con la palma de las manos, que resbalan con cada embestida. Se me acumula la tensión en las entrañas, estoy a punto de explotar.

—Las buenas esposas necesitan estar bien folladas —dice Kal besándome en la sien—. He sido muy descuidado contigo.

—Dios, sí —jadeo en un susurro ronco, como si hubiera pasado mi voz por las brasas hasta dejarla crujiente. Golpeo con la cabeza en la puerta mientras me folla, sujetándome con los brazos a su cuello para no caerme—. Oh, Dios, por favor. Sí, justo ahí.

—Aquí no hay salvadores —dice con los dientes apoyados en mi frente—, solo yo, tu marido, arrastrándote hasta el infierno.

«Si esto es el infierno, enciérrame aquí y tira la llave».

La tensión que siento en las entrañas empieza a expandirse, disparada como una bola de fuego que arrasara con todo a su paso. Me tiembla el cuerpo, se aproxima el orgasmo e intento dejarme llevar, pero no lo consigo.

—Estoy a punto… —gimo sin importarme lo desesperada que sueno.

Sí, me siento desesperada, deprimida, enfadada y desdichada por todos los momentos que no he disfrutado de la sensación de tenerlo dentro de mí, llenándome con su oscuridad sin que cuestione

la mía.

—Joder, yo también —dice golpeándome con más fuerza, casi como si quisiera abrirme por la mitad—. Me encanta follarte.

Levanta las manos, coloca sus largos dedos alrededor de mi cuello y presiona para no dejarme respirar, sacando el aire de mis pulmones como ya había hecho antes, solo que ahora no deja de apretar; siento la presión a ambos lados del cuello y se me acelera el pulso al no poder respirar. Lo miro a los ojos asombrada, inquieta, pero me excita ver el placer que suscita.

Que te dejen sin oxígeno con tu consentimiento es una sensación extraña, el ahogamiento se transforma en algo más grande, mejor, en placer mezclado con miedo.

—Así me gusta —me dice en un arrullo, haciendo que me estremezca de placer—. Toma mi polla, pequeña. Así.

Empuja sus caderas contra las mías y suelta un gemido desgarrado. Se me nubla la vista y pierdo el control, se me encoge el pecho mientras mi cerebro se deja llevar. Siento un espasmo y grito por el orgasmo que me sobreviene, estrechando mis paredes internas para sacarle hasta la última gota. Jadea satisfecho mientras deja caer el peso de nuestros cuerpos contra la puerta de la ducha. Me quita la mano del cuello y me coge por las costillas.

—Madre del amor hermoso.

Sigue con la respiración agitada. Tiene la cabeza apoyada en mi pelo mojado. Con la mano que tiene libre cierra el grifo de la ducha, que le queda a la espalda.

No nos movemos durante unos minutos. Tampoco hablamos, protegidos por la seguridad que nos confiere el silencio, y que ninguno de los dos está dispuesto a romper.

Siento un escalofrío por los brazos que me hace temblar. Él sonríe y sale de mi interior, haciendo que me estremezca al sentir el

vacío repentino. Intento no darle demasiada importancia a la sima que se ha abierto en mi interior. ¿Pasará lo mismo que pasó la última vez que nos acostamos? ¿Pasará de mí antes incluso de que pueda procesar lo que ha pasado?

—¿Estás bien? —me pregunta bajándome al suelo y dando un paso atrás. Me mira de arriba abajo, inspeccionándome como el médico que es, por si tuviera alguna herida. Me pasa el dedo por la cicatriz del muslo y frunce el entrecejo. Se le ensombrece la mirada —. No debería haberte hecho eso.

Pestañeo y echo una mirada a la zona que me está tocando para limpiarme los restos de sangre.

—Me gustó que lo hicieras.

Enarca una ceja, sorprendido, y traga saliva.

—¿Sí?

No es más que una sílaba pronunciada como colofón de un suspiro y cargada de inseguridad. Eso no me lo esperaba. ¿Cómo puede un hombre tan mortífero y poderoso como Kal sentirse vulnerable?

Asiento con la cabeza, le pongo la mano encima de la suya y me la llevo a la entrepierna, donde todavía gotea su semen.

—Me gusta todo lo que me haces —susurro.

Lo confieso para tratar de pagarle con la misma moneda, aunque me duele en el alma admitirlo. Aunque Kal me pidiera sacarme el corazón del pecho y servírselo en bandeja de plata, lo haría sin planteármelo siquiera. Igual le pedía que supervisara la operación para asegurarme de que lo hacía correctamente. Es solo que no creo que me corresponda.

—No tomas anticonceptivos —afirma inexpresivo. Lo dice con tanta autoridad que me da que pensar.

—No. —Me retiro un mechón de pelo del hombro—. Papà ni

siquiera me dejaba pensar en el sexo, como para pensar en métodos que me libraran de las complicaciones que acarrea.

Se queda callado unos segundos mientras a mí se me acelera el corazón hasta retumbarme en los oídos. Me siento mareada, exhausta y, por algún motivo, despreciada.

—Te pediré cita con un amigo para que te recete anticonceptivos.

—¿Tengo opinión en todo esto?

Me envuelve con la toalla ajustando la esquina bajo la axila y me gira para que lo mire a la cara.

—No soy un carca que no reconoce que eres tú quien decide sobre tu cuerpo —dice cogiéndome de la barbilla—. Es tu cuerpo. Solo pensé que sería lo más fácil.

Echo una mirada al hueco que se le forma en la base del cuello y me centro en él mientras medito lo que acaba de decir.

—Si te pido que uses condones, ¿lo harías?

Kal hace una mueca.

—Pues claro. Me perdería la gloriosa visión de mi corrida goteando de tu dulce coño, pero no soy ningún monstruo. Nuestro matrimonio es tan legítimo como cualquiera, pero sería una locura tener hijos.

Noto un pinchazo en el pecho, aunque no le presto atención. Me limito a asentir con la cabeza.

—Vale. Creo que… lo probaré.

—Si no funciona, ya pensaremos en algo. —Me rodea la cara con sus manos y me besa con suavidad en los labios. Es muchísimo más tierno de lo que me habría podido imaginar, y me pone a cien.

Me acompaña hasta el lavabo y nos lavamos los dientes. No puedo dejar de mirar su imagen en el espejo, consciente de que este acto tan doméstico es el resultado de la agresión que he sufrido,

nada más.

«No significa nada, Elena».

Aun así, cuando me subo a la cama un instante después, muerta de cansancio, me tapo con la manta hasta la barbilla y me acuesto de lado mientras lo observo sacar el pijama de su armario, llevárselo al baño y regresar con él puesto unos minutos después.

Se seca el pelo con la toalla y la tira a un cesto cercano. Se acerca a mi lado de la cama con un kit de primeros auxilios en la mano. Lo abre y saca con cuidado un sobre de pomada antibiótica y un apósito.

—Anda —digo meneando las cejas tratando de no quedarme dormida—. ¿Vamos a jugar a los médicos?

Sin hacerme caso, mete la mano debajo de las sábanas para localizar la herida del muslo. Abre uno de los sobres con los dientes y se echa una gota del tamaño de un guisante en el dedo y lo mete bajo las sábanas también para extender la fría pomada por el corte.

Cojo aire de repente y observo cómo se le tensa la mandíbula.

Retira el plástico del apósito y me lo coloca sobre la herida en silencio, trazando los contornos de la K. Deja el kit de primeros auxilios sobre la mesilla, se levanta y rodea la cama. Tras esto retira la colcha para meterse dentro. Casi me quedo sin oxígeno. Tenerlo tan cerca hace que me estremezca y el corazón me retumba en el pecho como si fuera una sirena.

Sin mediar palabra, coge una copia cosida en piel de las obras completas de Witter Bynner y se acomoda a mi lado. Me doy la vuelta de nuevo y apoyo la mejilla en la almohada para contemplar cómo se pone las gafas de montura negra y empieza a leer, deslizando los ojos con lentitud por la página de manera hipnótica.

Me empapo de la pendiente limpia de su mandíbula afilada y el hoyuelo diminuto que se le forma en la mejilla cuando está

concentrado. Quiero grabármelo en la memoria por si todo esto no ha sido más que un golpe de suerte y mañana cuando me despierte vuelve a ignorarme.

La ansiedad que siento en la boca del estómago me hace sospechar que va a ser así.

«Lo bueno no dura».

Por algún motivo, es precisamente ese miedo el que no me deja conciliar el sueño, no el hecho de que haya alguien persiguiéndome, como dijo Kal que harían, o que mi antigua vida en Boston se haya desmoronado por completo.

Lo que sea que haya cambiado esta noche, ya sea por el trauma o como el progreso natural de la rendición, es fugaz. Estoy atrapada en un matrimonio sin amor, en una prisión, como siempre he temido.

—¿Cómo es que nunca te he visto desnudo? —le suelto procurando que no se me note la ansiedad.

Enarca una ceja por encima de las gafas y se vuelve a mirarme.

—Te aseguro que es tan grande como parece cuando la ves por completo.

Me ruborizo al pensar en el tamaño de su polla y junto los muslos, distraída, acercándome un poco a él sin darme cuenta.

—No es eso. Es solo que… tú me has visto desnuda. De hecho, estoy desnuda ahora mismo.

—No hay queja por mi parte.

Baja una de las manos y me la coloca en la cintura. Cuando abro la boca para seguir hablando, me acerca a él de un empujón hasta que no queda espacio entre nuestros cuerpos.

Noto palpitar el clítoris allá donde roza su cuerpo, hambriento de nuevo, aunque está claro que Kal está utilizando el sexo para distraerme, así que dejo de hacerle preguntas y me conformo con lo que ya sé de él.

En estos momentos, sé que haría todo lo que estuviera en su mano por protegerme y, pese a la situación en que nos encontramos y las complicaciones que acarrea, me parece todo un logro.

Le resta fuerza a la idea de que tiene más sangre en sus manos que la mía.

Yazco a su lado un rato, mirando a la pared que tengo enfrente y oyendo de tanto en tanto el ruido que hace al pasar las páginas, el sonido acompasado de su respiración, que me acuna y me acompaña al borde del sueño.

—«Tú eras la primavera y yo el borde del precipicio, y una cascada luminosa se precipitó sobre mí» —recita en voz baja. Casi no soy capaz de asimilar el verso antes de que el sueño me vuelva a acoger en sus brazos.

21

Kal



—Se te ve descansado. Qué raro.

Le doy un mordisco al cruasán y miro a Jonas desde mi escritorio con la ceja enarcada.

—¿Por qué es eso raro?

Se rasca la barba y se encoge de hombros mientras revuelve los papeles que tiene delante.

—Te conozco desde hace muchos años y siempre has tenido aspecto de zombi. Me parece interesante el cambio.

—Interesante —repito tragándome el último bocado del bollo—. Eso es una forma pedante de decir aburrido.

—Ya veo. Quieres cambiar de tema. Así que tiene que ver con cierta mujercita… —Se arrellana en el asiento—. ¿Por fin habéis consumado el matrimonio?

—No pienso hablar de eso contigo.

—Considéralo… ¿qué término utilizan en el fútbol americano? ¿Bloquear al contrario?

Saca un sobre de entre sus papeles: es el contrato que firmé hace años, justo antes de que se muriera mi abuelo, gracias al cual

puedo acceder a un fondo fiduciario multimillonario que el viejo cabrón creó para mí.

Ya me había cedido los derechos de propiedad de media docena de negocios de Aplana además de acciones y participaciones en otras empresas de distinta índole. Supongo que nunca dejó de intentar compensarme por no haberse enterado de mi existencia hasta que ya era demasiado tarde para salvar mi alma.

Una de las condiciones del fondo era que tenía que cumplir los veinticinco años para acceder al depósito. También tenía que estar limpio, es decir, tenía que abandonar la vida criminal en la que había caído. Una proeza mucho más difícil de lo que pueda parecer a simple vista.

Una vez te conviertes en un miembro de la mafia, ya no hay escapatoria. No te dejan irte sin luchar. Sinceramente, cuando le conté a Rafe hace unos meses que quería renunciar, esperaba más resistencia por su parte. También esperaba que la otra condición que estipulaba el fondo, que me casara y que el matrimonio fuera legítimo, se solucionara con la primera.

He amasado una fortuna sin ayuda de nadie en los últimos años, así que tampoco es que me interesara cumplir con las condiciones para acceder al dinero que me había dejado mi abuelo por sentirse culpable.

Pero entonces intenté reconectar con mi hermana. Tanto ella como sus dos hermanos habían quedado estratégicamente excluidos del testamento, la herencia y el fondo fiduciario. De hecho, se supone que no deberían ver un céntimo jamás, motivo por el que he estado firmando los cheques de Violet con cargo a mis ahorros personales. Mi intención es transferir el dinero del fondo a un banco extranjero y darle a ella los datos bancarios. Sin embargo, ha rechazado todos mis cheques y la fecha de vencimiento del fondo se

acerca, así que no me ha quedado otro remedio que tomar medidas desesperadas.

Era consciente de que Miles, el abogado de mi abuelo, acabaría viniendo a comprobarlo todo. Simplemente lo había dejado para más tarde porque había otros asuntos en mi vida que me parecían prioritarios.

—¿Quién usa un término deportivo para hablar de entrometerse? —pregunto mientras limpio los restos de cruasán del escritorio y los tiro a la papelera. Tras esto le quito el contrato de las manos.

Voy pasando las hojas meticulosamente impresas, fijándome en el garabato de mi firma y la letra impecable de mi abuelo al final de cada página.

—Sea como fuere, la fecha de vencimiento se acerca. ¿Cómo convencerás a Miles de que vas en serio con Elena?

Doy unos golpecitos con el dedo sobre la cláusula de matrimonio del contrato y suspiro. En circunstancias normales, solo con haberme casado bastaría; sería prueba suficiente; pero en un mundo donde se conciertan matrimonios por conveniencia a todas horas por este mismo motivo, supongo que no puedo guardarle rencor a mi abuelo por querer asegurar su legado.

No es como si mi matrimonio fuera real donde verdaderamente importa: en el alma; en nuestros corazones. Solo existe sobre el papel y en la cama.

Me paso la mano por la cara y suelto otro suspiro.

—Está claro que no pienso entregarles las sábanas ensangrentadas como prueba de que la he desvirgado.

—Tampoco es que pudieras conseguirlas a estas alturas.

Entorno los ojos hacia él. Jonas se revuelve incómodo en su asiento y se toquetea el cuello de su chupa.

—Anticonceptivos —digo por fin al recordar la conversación que

mantuve con Elena después de empalarla con mi polla en la ducha.

Jonas enarca la ceja.

—Por favor, dime que los estáis usando.

Le hago una mueca y me yergo en la silla para buscar algo en el ordenador.

—Le estoy pidiendo cita con el doctor Martin para que le recete anticonceptivos. Le mandaré la receta a Miles.

—¿Crees que le valdrá con eso? Podría tomarlos por muchos motivos. ¿Y no quería un heredero? ¿Cómo te va a ayudar eso?

—La cláusula sobre tener un heredero no tiene fecha de vencimiento. Los anticonceptivos son una muestra de que somos sexualmente activos, así que cuando deje de solicitar la receta, tendrá una prueba de que estamos intentando tener un hijo. —Abro el calendario de la aplicación y escribo los datos personales y le doy a «enviar»—. Será suficiente.

«No queda más remedio».

Después de revisar los posibles sustitutos para los tres empleados de La cuadriga llameante que perdimos ayer y de convocar una reunión con el equipo de Ivers Internacional, Jonas sale del despacho. El teléfono empieza a vibrar hasta que casi se cae del escritorio.

Hay un péndulo de mesa sobre el armario del rincón balanceándose de un lado a otro que me está poniendo de los nervios. Cojo el teléfono y miro la pantalla. Me invade una oleada de irritación. Descuelgo la llamada antes de que me dé tiempo a echarme atrás.

—Carmen —digo esperando oír su voz chillona, pero me contesta una voz grave.

—Anderson. —Es Rafe. Su voz suena entrecortada. Nunca lo había oído hablar así—. Pensé que tendría que insistir para hablar

contigo, pero ya veo que sigues con las mismas ganas de hablar con mi esposa de siempre.

—Créeme —le contesto al tiempo que me apoyo en la mesa y cruzo las piernas—, nunca tengo ganas de hacer nada con esa demonio.

—No te he llamado para hablar de Carmen.

Claro que no. Cualquier conversación que verse sobre ella acaba en derrota. Es una causa perdida, va a la deriva mientras los demás se limitan a mirar.

—¿Cómo está mi hija?

Me entran ganas de reír, pero me contengo, consciente de que tengo que obrar con inteligencia ante lo que quiera decirme.

—¿Te refieres a después de que hicieras que la atacaran? Está todo lo bien que cabría esperar.

Estoy a punto de contarle que me la he tirado dos veces desde anoche, pero me muerdo la lengua a tiempo; no quiero avivar las llamas todavía.

—No tengo ni idea de lo que dices —contesta. Me lo imagino tocando con el dedo el enorme sello que lleva en el pulgar, mirando el emblema grabado en la tarjeta que dejaron en la estación de autobuses—. Hace días que no contesta a los mensajes de su madre y estábamos empezando a preocuparnos.

—Tal vez si no fueras contando mentiras sobre la forma en que empezó su matrimonio estaría más dispuesta a hablar con vosotros.

—¿A qué mentiras te refieres, Kal? —Se detiene como si esperara una respuesta, aunque enseguida vuelve a la carga—. ¿Acaso no mataste a su prometido mientras se preparaba para el día de su boda? ¿No me obligaste a presenciar la ceremonia con la que me robaste la mano de mi hijita después de haberle robado la virtud?

—Yo no te obligué a nada. Te mostré las opciones que había y te di la oportunidad de elegir. Antepusiste tu propia seguridad al contrato que tenía ella con esos buitres de los medios de comunicación.

Se sorbe la nariz y yo pestañeo en el despacho vacío. ¿Estará llorando?

—La cuestión, doctor Anderson, es que queremos que nuestra Elena vuelva a casa. Haremos lo que sea para que vuelva. Por favor, no la retengas contra su voluntad. Es mi *bambina*…

Se le vuelve a quebrar la voz al pronunciar la última palabra. Ha utilizado el italiano con toda la intención para sonar dramático. Es entonces cuando me percato de lo que está ocurriendo y me levanto de la silla enfurecido.

—¿Qué quieres, Rafe? —le pregunto lanzando una mirada asesina a la única foto que tengo, de cuando tenía dieciséis años. Estoy entre Rafe y Carmen y fue tomada durante su fiesta de aniversario. Carmen me rodea la cintura con su brazo, reteniéndome a su lado, donde permanecería años como un idiota.

No sé por qué sigo teniendo esa foto. Rafe mira al frente sin enterarse de nada, como ella quería. Hasta que un día se enteró, y empezaron a torcerse las cosas.

Supongo que ese es el motivo de que se ande con tantas reservas; tiene toda la pinta de ser una trampa; la sola idea de que esté intentando jugármela hace que me hierva la sangre. Sobre todo porque no me ha encargado ningún trabajo desde nuestro pacto y, pese a que había empezado a pensar que era porque había aceptado mi renuncia, ahora me doy cuenta de que su plan desde el principio era devolvérmela de una manera más creativa.

Junto a la fotografía, el péndulo sigue con su vaivén, consiguiendo que me palpite el músculo que hay debajo del ojo.

Un segundo después, Rafe carraspea y, cuando vuelve a hablar, la tristeza que inundaba su tono de voz ha desaparecido por completo.

—Quiero dinero. Me jodiste bien el contrato con Bollente y tuve que darles un buen mordisco de los negocios Ricci para saldar cuentas con ellos.

—No fui yo quien te dijo que vendieras a tu hija. Tampoco le pedí que se metiera en mi cama.

—Ya, como tampoco se lo pediste a Carmen, ¿no? —dice con odio, cada vez más nervioso.

«Yo nunca me acerqué a Carmen —quiero decirle—. Siempre fue ella la que vino a mí».

Pero no se lo digo.

Me trago el suspiro que tengo ganas de soltar y me preparo para soportar la rabia que está a punto de desbordarse como el agua de una presa y que amenaza con ahogarme. Me centro en el suave vaivén del péndulo y bloqueo todo lo demás hasta que solo oigo el tictac.

Tic tac.

Tic tac.

Tic tac.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Rodeo el escritorio mientras Rafe sigue con su cháchara y saco la pistola del cajón. Apunto con mano férrea pese a los nervios, le quito el seguro y disparo. Observo la trayectoria de la bala.

Atraviesa el marco de la foto rompiendo el cristal y se aloja en la pared que hay detrás. Saltan esquirlas por los aires y el péndulo se cae por la fuerza del impacto. Observo la caída y cómo se le rompe uno de los brazos basculantes. El ruido cesa de inmediato.

—¿Me está oyendo, Anderson? —me pregunta Rafe—. Tienes

dos opciones: o me das el dinero o me juras lealtad y trabajas para mí. De lo contrario eres hombre muerto.

Me aparto el teléfono de la oreja, guardo la pistola en el cajón y cuelgo la llamada.

Un rato después encuentro a Elena en el jardín de atrás, sacando sacos de tierra de unas cajas de cartón y arrastrándolas por la hierba hasta un espacio que ha preparado para trabajar junto al seto.

Marcelline está de pie a unos metros de distancia, observándolo todo mientras sumerge una vez tras otra una bolsita de té en una taza de cerámica azul.

Elena se retira un mechón de pelo sudoroso de la cara y se gira a contemplar el jardín con las manos en las caderas. Lleva un vestido morado que le realza el culo y, al acercarme, me acuerdo de cuando se lo agarré para sentarla sobre mi polla.

Por un instante, me olvido de todo lo que sucede a mi alrededor y me pierdo en ella. Elena es como una tarde de primavera reconfortante: capullos en flor y brisa marina. Me dejo abrazar por la sensación, bloqueando la cruda realidad.

Nunca he sido el tipo de hombre que huye ante las adversidades, pero al observar a la mujer que tengo delante, a la que he arrastrado a mi caos, me sorprendo a mí mismo deseando poder hacerlo. Deseando que esta sea la vida que alguien como Elena se merece.

—No te enfades conmigo —dice antes de que llegue hasta ella, dándose la vuelta para verme la cara. Se la ve feliz, hay algo delicado en sus rasgos que borra la rigidez de estos días atrás. Una sensación de bienestar que solo se explica como un efecto

secundario del sexo alucinante del que hemos disfrutado.

—¿Por qué iba a enfadarme? —le pregunto mientras le pongo la mano en la mejilla. Le acaricio con el dedo pulgar la parte baja del cardenal que le rodea el ojo. Se le ha reducido considerablemente la hinchazón y ya no está tan morado como anoche.

—Estoy a un paso de destrozarte el jardín. —Señala con la mano los sacos de tierra—. Y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Se supone que Marcelline iba a leerme la página de la Wikipedia, pero…

Desvía la mirada para centrarse en mi asistenta, que se encoge de hombros y bebe de su té.

—Pero la jardinería no está dentro de mis tareas.

Elena da un resoplido.

—Tampoco lo estaba secuestrarme, ¿o sí?

Algo se me revuelve en las entrañas al oírle pronunciar esa palabra tan a la ligera. Me pregunto qué le habrán contado sus hermanas sobre lo que dice la prensa en Boston. Si le hace ver las cosas de otra manera.

Carraspeo y le aparto la mano para meterla en el bolsillo de mi chaqueta.

—Tengo unas cuantas reuniones que me van a mantener ocupado los próximos días, pero podría ayudarte con esto el fin de semana.

—¿En serio? —Enarca las cejas sorprendida y señala con la cabeza el rectángulo que ha dibujado con restos de madera—. ¿Sabes cómo plantar flores?

—Ayudé a instalar un triple baipás durante mi residencia y he cosido más heridas de las que vas a ver en tu vida. Creo que podré con las plantas.

Vuelvo al Asfódelos mientras las dos se quedan fuera. Trato de

pasar desapercibido en la biblioteca a ver si me libro de esa extraña sensación que se me ha instalado en el estómago. No es que me duela, se trata más bien de una oleada de náuseas que se suceden sin llegar a desaparecer del todo.

Abro una botella de whisky escocés de cincuenta años y me sirvo tres dedos en un vaso, cojo el primer libro sobre el que se posa mi mano y me dejo caer en uno de los sillones de cuero que hay frente a la chimenea apagada.

Abro el libro, me lo apoyo en la rodilla y contemplo la página sin llegar a leerla. El corazón me late a toda máquina y sigo asqueado por la forma en que han vuelto a jugármela los Ricci. Por eso protesta mi estómago.

Porque este es el meollo de la cuestión: si no fuera por la ayuda amistosa y la promesa de una vida de lujo que me ofreció Rafael cuando nos conocimos, lo más seguro es que mi vida habría sido de otra manera.

Podría haber tenido una oportunidad con mi hermana. Tal vez me habría casado por amor y no porque necesitara a una reina a mi lado. Puede que todavía tuviera la carrera de médico que quería mi madre y no sentiría que debía abandonarla como castigo por las vidas que he quitado.

Unos minutos más tarde, se abre la puerta de la biblioteca y entra Elena. Cierra la puerta tras de sí y se acerca de puntillas hasta colocarse frente a mí.

—¿Estás bien? Parecías un poco tenso ahí afuera. —Se fija en el lomo del libro y se horroriza—. Oh, oh. ¿Dorian Gray? Sé que ya tienes unos años, pero hoy en día tener treinta y dos se considera ser joven. El hombre más viejo de la Tierra tiene ciento quince años. ¿Lo sabías? Te queda mucho tiempo.

Cierro el libro de golpe, lo lanzo sobre la mesa del fondo y la

cojo por la muñeca. Tiro de ella para sentarla conmigo en el sillón. Reacciona dando un gritito, pero se acomoda sentándose a horcajadas sobre mí. Se apoya sobre las rodillas de forma que le queda el coño justo encima de mi polla. Se me pone dura al instante, lista para la próxima dosis.

—¿De verdad el hombre más viejo del mundo es tan mayor? —le pregunto mientras le paso la nariz por el contorno de la mandíbula.

Se estremece, se encoge de hombros y me rodea el cuello con sus brazos mientras gira sus caderas.

—No tengo ni idea, pero ha conseguido que dejes de pensar en tus historias.

Me aparto lo justo para mirarla fijamente a los ojos y suspiro, negando con la cabeza levemente.

—Eres tú la que me ha distraído. Parece que tienes un talento natural para ello.

—Ya veo. —Sonríe y se acerca para pasarme la punta de la lengua por el contorno de la oreja y me mordisquea el lóbulo—. Te voy a compensar por ello.

Aparta la mano de mi cuello y la desliza por el pecho antes de metérmela por los pantalones. Dobla el codo y me rodea la polla con firmeza. Estoy cada vez más empalmado. Me pasa el pulgar con suavidad por el capullo húmedo.

Echo la cabeza hacia atrás y exhalo. Todo el estrés ha desaparecido, se ha transformado en estas ganas de correrme al concentrarse toda la sangre ahí abajo.

—Creo que estás listo para mí —susurra mientras me la menea. Me baja la cremallera del pantalón y me la saca antes de levantarse.

—Siempre —digo entre dientes mientras le subo el vestido hasta la cintura y sujeto la tela en un puño para que no se caiga. Se me escapa un gruñido cuando descubro el coño desnudo, húmedo como

un pétalo de rosa con rocío—. Dios, pequeña. ¿Llevas bragas alguna vez?

Ella sonríe y me la coge para colocármela debajo de ella.

—No, y no pienso hacerlo jamás.

Baja despacio, centímetro a centímetro, hasta que toca mis piernas con el culo. Cojo una bocanada de aire cuando llega hasta el fondo y ella traga saliva. Levanta la mano y me la enreda en el pelo.

Empieza a girar las caderas mientras se desliza arriba y abajo con cuidado, como si no tuviera muy claro qué debe hacer. Entonces caigo en la cuenta de que no tiene ninguna experiencia en el sexo. Otro problema del que preocuparme…

Aunque me dura poco la preocupación, porque estar dentro de ella es como el cielo en la tierra. Es una diosa que ha descendido solo para salvar mi alma de la perdición.

—Lo siento —murmura, ruborizada.

—Joder, ¿por qué pides disculpas? —Casi no me salen las palabras. Tiene el coño tan apretado que veo fuegos artificiales. Le llevo las manos a la cadera para seguir el ritmo con ella.

—Yo… Esto es nuevo para mí. No quiero fastidiarlo todo.

—Eso es imposible —digo mientras me muerdo el labio cuando empieza a caer con más fuerza. Al parecer ha encontrado ese punto que le vuelve loca—. Sigue así y voy a explotar antes de que esté listo.

—Mierda —ronronea arqueando la espalda, contrayendo las paredes internas—. Lo dices como si fuera algo malo, pero a mí me suena a gloria.

—A mi mujercita cachonda le gusta que pierda el control.

Asiente con la cabeza. Me coge una de las manos y se la lleva a la garganta. El movimiento de sus caderas me lanza descargas en las pelotas, que están llenísimas; el orgasmo se abre paso y le

estrujo el cuello al mismo tiempo que su coño vibra espasmódico, incapaz de posponerlo más.

Veo puntos blancos mientras me descargo entero en lo más profundo de su ser; las contracciones de su coño exprimen hasta la última gota de mi semen. Me apoya la cabeza en el pecho y me hunde los dientes para ahogar el grito, mordiéndome hasta traspasar la piel.

Me pasa la lengua por el cuello antes de apartarse y besarme en los labios de una forma que a punto está de salvarme. Noto el sabor de la sangre en su paladar y casi me vuelvo a correr sin necesidad de más estímulo.

Después, cuando se relaja sobre mi cuerpo con la cabeza en el pecho mientras espera a sentir las piernas de nuevo, vuelvo a tener un presentimiento, aunque ahora el objetivo es otro.

22

Elena



—Hazme caso: esa mujer ha perdido el norte.

Pongo los ojos en blanco y miro la tierra labrada del exterior. Suelto un bufido al comprobar que sigue sin brotar nada de lo que planté el mes pasado en el jardín. Las semillas han germinado y sobresale algún tallo que otro de entre la tierra, pero no ha florecido nada. Ni siquiera los lirios, pese a su corto periodo de floración.

He empezado a preguntarme si no será el aire mortuorio que rodea la casa lo que mantiene a las flores bajo tierra, a salvo. O tal vez fue Kal quien succionó la vida a la zona cuando le dejé arrancar las malas hierbas y labrar la tierra.

Me quedo mirando el tiesto en el alféizar de la ventana que hay sobre el fregadero, donde la menta que plantó Marcelline ha empezado a sobresalir de la maceta y crece a la luz del sol.

Por el altavoz del móvil, mi hermana Ariana sigue divagando sobre lo mucho que me echa de menos Mamma.

—Se sienta en tu balcón cada noche mirando al infinito como si estuvieras muerta.

Me siento abrumada por la tristeza. Causarles dolor a mis padres

no me gusta nada, ni siquiera cuando los motivos de su tristeza no son del todo desinteresados. Da la sensación de que mi cometido en esta vida ha sido añadir desgracias al mundo.

Es algo que me atormenta desde niña. Siempre me he esforzado por ser lo que querían mis padres. La princesita perfecta para la mafia, dócil y sumisa, dispuesta a hacer cualquier cosa para que se sintieran orgullosos de mí.

Cualquier cosa para ver una chispa de orgullo en los ojos oscuros de mi padre o para que mi madre no me considerara una versión juvenil y empeorada de sí misma a través de la que poder seguir viviendo.

Pero estoy donde estoy, soy quien soy, por ellos y por las decisiones que han tomado. Lo mínimo que podría hacer mi madre es no ser tan dura conmigo, pero ella sigue intentando que me sienta culpable, sigue intentando controlarme, cuando ni siquiera vivimos en el mismo sitio.

—En Estados Unidos la mayoría de la gente se va de casa de sus padres cuando se hace mayor y se casa —le digo a Ariana mientras cojo una hoja de menta muerta y la tiro a la basura—. De hecho, me da un poco de vergüenza no haberme ido antes.

—Tampoco te habrían dejado irte a ninguna parte. —Cojo el teléfono y vuelvo a la videollamada. Veo sus grandes ojos cuando se acerca a la cámara para pintarse la raya del ojo—. Tienes suerte de que Kal te sacara de aquí cuando lo hizo.

Enarco las cejas.

—Eso suena siniestro. ¿Qué no me has contado?

Se ríe de medio lado, como suele hacer ella, y se hace tirabuzones en un mechón de pelo castaño con el dedo.

—Nada… Es solo que las cosas han cambiado desde que te fuiste.

—¿El qué?

—No sé. Hay muchísimo hermetismo. Papà apenas sale de su despacho y cuando lo hace tiene una mirada turbia en los ojos como…

Deja la frase sin terminar. Yo me agarro al borde de la encimera de mármol esperando a que continúe.

—¿Cómo qué?

—Como si estuviera condenado. —Se queda mirando algo que queda fuera del alcance de la cámara y abre los ojos un poquito, molesta. Hace ese gesto desde que éramos niñas—. ¿Qué tal va la vida de casada? ¿Ya sabes dónde estás? Mamma sigue empeñada en encontrarte.

No me gusta nada la forma en que ha cambiado de tema, me hace sentir incómoda, pero decido ignorarlo y seguirle la corriente; mis hermanas no son de esas personas que se callan las cosas, y menos si se trata de algo que pueda ser peligroso para ellas.

O eso quiero creer cuando me dirijo a la biblioteca y me acomodo allí mientras Kal está en otra reunión.

Nos hemos acercado físicamente estas últimas semanas. El hombre es como una estatua de piedra. Cada vez que follamos, su capa externa se descascarilla otro poquito, pero las esquirlas son tan diminutas que no me parece que haya hecho ningún progreso. Está más tenso que el péndulo de un reloj de pie y en cada ocasión es más que evidente que trata de canalizar sus frustraciones directamente con ello.

No es que no esté disfrutando del viaje: tengo el cuerpo constantemente dolorido en partes que ni siquiera sabía que existían y pierdo la cabeza cada noche en una marea de éxtasis. Es solo que más que un viaje parece una montaña rusa de la que no me deja apearme el empleado del parque temático.

El problema es que quiero que se abra conmigo. Desde la noche que me atacaron, he abandonado la ardua tarea de mantener mi atracción en secreto e intento disfrutarla siempre que puedo. A veces lo consigo entrando en su despacho mientras revisa contratos inmobiliarios o demandas por mala praxis (la suya no, curiosamente; aunque le gusta estar al día de las que sacuden el mundo de la medicina «por si acaso»); me apoyo en su mesa y separo las piernas despacio hasta que se da cuenta de lo que le ofrezco y deja de trabajar para darme lo que quiero.

Otras veces lo acribillo a preguntas. Empiezo por las menos importantes hasta que se irrita tanto que acaba por contestar lo que realmente quiero averiguar, como por qué nunca llegó a conocer a su padre o por qué no se enteró de que tenía hermanos hasta que murió su madre. O sobre cómo vivió en la pobreza hasta que mi padre lo ayudó a salir de ese hoyo.

Lo que intento es derretir su corazón helado. Cada día que pasa lo que siento por él se multiplica por diez. No debería ser un problema si no fuera porque contrasta tanto con lo que sentía al comienzo de nuestra relación, y sigue punto por punto lo que Mamma dijo que ocurriría. «Aprenderás a quererlo», me dijo. Y aunque el contexto (y el marido) era diferente, no puedo evitar sentir un chispazo de rebeldía al comprobar que tenía razón en esto.

A Ariana no le cuento nada de todo esto, claro. Ella cree que mi relación con Kal es real y profunda, pese al veneno que quieren verter sobre nosotros mis padres. Le aseguro que están llevando las cosas demasiado lejos cada vez que saca el tema de que todo Boston parece creer que me han secuestrado. Ya sabe cómo son nuestros padres y que les gusta controlar el relato, así que suele aceptar lo que le cuento y pasa a otra cosa.

Técnicamente sí que me secuestraron. En eso no se equivocan.

Aunque tampoco lo saben todo.

—Cuando me llamas no hacemos más que hablar de mí —digo para tratar de reconducir la conversación y tranquilizar mis pensamientos—. Estoy harta de mí misma. ¿Cómo os va a ti y a Stella?

—Stella sigue como siempre. Nada nuevo bajo el sol —dice Ari dando un resoplido—. Yo tengo un recital dentro de un par de semanas.

Se me cae el alma a los pies.

—Mierda, el recital. Me había olvidado.

—Exacto. —Pronuncia la palabra con mucho cuidado, consiguiendo que me sienta como una cabrona—. *El cascanueces*, para la función de Navidad del instituto que montan en primavera. Un poco rarito celebrar la Navidad en primavera, pero supongo que así es más sencillo elegir los temas de la función.

Me siento superculpable. Me acuerdo de los recitales a los que sí que he acudido. Nunca jamás me he perdido una de sus actuaciones desde que empezó las clases de ballet.

—Iré a verte.

Ariana pestañea una vez. Otra.

—No hagas promesas que no puedas cumplir.

No sé a qué viene esa actitud. ¿Qué estará pasando en casa que no me cuenta? Vuelvo a prometérselo de todo corazón. No me doy cuenta hasta un poco más tarde de lo difícil que puede llegar a ser cumplir mi palabra.

Hemos colgado en cuanto mi madre ha entrado en la habitación y se ha echado a llorar al ver mi cara en la pantalla. Un rato después de colgar con Ariana, Marcelline avisa al chófer para que me lleve hasta La Cuadriga Llameante.

Me bajo de la limusina y le hago una señal al chófer para que se

vaya sin mí. Me quedo de pie un segundo en el bordillo frente al bar con el bolso bien apretado a las caderas al recordar lo que pasó la última vez que estuve aquí: la aguja perforándome la piel, la forma en que me miró Vincent como si fuera un despojo, la agresión de después…

Se me forma un nudo en la garganta y me cuesta respirar al recordarlo. Se me ponen los pelos de punta y tiemblo de pies a cabeza.

A una persona normal le habría afectado la forma en que lidió Kal con el problema, pero lo cierto es que yo no he perdido ni un minuto de sueño pensando en ello. Puede que se deba a que, desde aquel día, nos hemos embarcado en un frenesí de rigurosa actividad amatoria y no hay día que no lo hagamos, o igual es porque estoy demasiado cansada para pensar en ello.

Me gusta el carácter irreversible que tuvo su forma de resolver el problema. Hasta ahora no he querido pensar en ello, pero al volver al bar y tener delante la viva imagen de mis pesadillas, me entran ganas de salir corriendo.

Oigo una risa suave a mi lado que hace que me distraiga del edificio por un momento. Giro la cabeza despacio con los músculos atenazados por el miedo y me encuentro con una chica de pelo moreno peinado en dos trenzas de raíz a unos pasos de distancia. Parece una réplica de mí misma, con los brazos cruzados y mirando el bar de esa forma.

Arrugo la nariz y aparto la mirada a ver si así me tranquilizo, porque tengo los nervios avanzando por el torrente sanguíneo como rabiones.

¿Cuánto tiempo se necesita tras sufrir un acontecimiento traumático para enfrentarte a tus demonios?

—Dieciséis.

Abro los ojos de par en par y me vuelvo hacia la chica que está a mi lado. Se tira del dobladillo de la camisa negra mientras niega con la cabeza. Por un segundo siento pánico. ¿Habré hablado en voz alta sin querer?

Me mira de reojo y deja caer las manos a los lados.

—He venido hasta aquí en dieciséis ocasiones en las últimas dos semanas, pero no consigo entrar.

Exhalo una bocanada de aire, aliviada, y la observo con mayor detenimiento: va vestida entera de negro y lleva los bajos de los pantalones enrollados por los tobillos. La única nota de color se la aporta un colgante de girasol que tiene en el cuello. Incluso los ojos, amables pero oscuros y cautelosos, reflejan la morbosidad de su atuendo. Casi puedo oír a mi hermana Ariana criticando su falta de estilo.

«La gente que va siempre de negro no es normal», diría mi hermana. «O bien son adoradores de Satán o bien se odian a sí mismos. Hay demasiados colores disponibles en la madre tierra como para elegir el único que carece de color».

Y mi madre preguntándose por qué no encuentra un novio decente…

Si añadimos al atuendo la palidez de la chica y su delgadez, podría hacerse pasar por un vampiro. Igual es por eso por lo que no puede entrar.

—¿Tienes miedo a lo que te vas a encontrar dentro? —pregunto por fin. El silencio se había vuelto incómodo.

Frunce los labios.

—Algo así.

De nuevo reina el silencio. Me coloco un mechón de pelo tras las orejas y me encojo de hombros.

—Podríamos entrar juntas. Conozco al dueño. No permitirá que

pase nada mientras esté él dentro.

«Otra vez no».

No me parece que Kal sea de los que tropieza dos veces en la misma piedra.

La chica ladea la cabeza y me mira de arriba abajo. Junto los pies, incómoda bajo su atenta mirada y arrepentida de no haberme puesto bragas debajo del vestido azul marino. Puedo sentirlo *todo*, incluido el peso de su mirada.

—¿Conoces a Kal?

Alzo la mano izquierda y giro el diamante para que reluzca a la luz del sol. Siento el aguijonazo de los celos en el pecho por el hecho de que conozca su nombre. Mejor será aceptarlo que reprimirlo, ¿no?

Hincha las mejillas y suelta un silbido, apoyándose sobre los tacones.

—Así que lo conoces de verdad. Debes de ser Elena.

Me sonríe de medio lado y me ofrece la mano. Yo pestañeo, dudosa, y le doy un apretón de manos dos veces, como me enseño Papà.

No añado nada más, así que me suelta la mano y aprieta los labios.

—Soy Violet, por cierto.

—Ah. —Vuelvo a mirarla por si la hubiera conocido en algún sitio y no me acordara bien de ella. La verdad es que tampoco he salido mucho por Aplana, con la excepción de un par de visitas que hice al mercado de productos locales con Kal y una vez que fui con Marcelline a recoger unos *muffins* a una pastelería que hay al norte de la isla.

Mi última incursión en la vía pública no terminó demasiado bien y me he encerrado un poco en casa, resignada a una vida de

ermitaña como la que habría tenido de haberme casado con De Luca. Por lo menos como esposa de Kal no me voy a ver obligada a atender ni organizar un montón de eventos sociales. Al contrario, la mayoría de las veces Kal rechaza la interacción social. Se contenta con encerrarse en el Asfódelos y pasar el tiempo conmigo follando.

No es que me prohíba hacer amigos, pero disfruto de que quiera pasar todo su tiempo conmigo, así que no hago nada que lo desaliente.

—No tienes ni idea de quién soy, ¿verdad? —dice soltando otra risita, aunque esta vez va acompañada de irritación.

—Lo siento —me apresuro a decir—. Acabo de llegar a la isla y…

Levanta la palma de la mano y niega con la cabeza. Tiene restos de tinta verde en el pulgar. Le marca la huella del dedo hasta el punto de que parece que el color estuviera bajo la piel.

—En serio, no hay nada que sentir. Yo tampoco le hablo a nadie de él. ¿Por qué tendría que hablar él de mí?

Frunzo el entrecejo, perpleja. Los celos me atenazan la garganta, aunque no estoy muy segura de por qué.

—¿De qué lo conoces?

Se me queda mirando en silencio unos minutos, tanto que los celos empiezan a extenderse y me encienden las terminaciones nerviosas. Por un lado, querría ceder ante ellos y perder los papeles ahí mismo. Pero intento controlarlos, los canalizo y me centro en la idea más evolucionada de que Kal tiene un pasado.

Mucho ocurrió antes de que hubiera algo entre nosotros. Qué más da el tiempo que llevara yo colgada de él. Él nunca me correspondió, y ahora que mis sentimientos son más complicados que nunca, ni siquiera sé lo que siente él. Probablemente siga igual que siempre, utilizándome, como me dijo al principio.

Claro que si esto es lo que significa que Hades te utilice,

prolongaré mi estancia en el Inframundo.

Violet se humedece los labios mientras juguetea con una de sus trenzas al tiempo que una pareja pasa por nuestro lado cogida de la mano y hablando de ir a visitar la playa. Tiene una mirada extraña, hay algo triste y familiar en ella, así que vuelvo a hacerle la misma pregunta para retomar la conversación.

—¿De qué conoces a Kal?

Me mira a los ojos con sonrisa melancólica.

—En realidad no lo conozco.

23

Kal



La puerta del despacho de Jonas se abre de repente y golpea en la pared con tanta fuerza que el pomo atraviesa el enyesado. En el umbral aparece Elena. Está tan furiosa que parece que le van a salir rayos de esos ojos color miel, que brillan con el ambiente del bar de fondo.

—Si te estás acostando con otra tía, ya me lo puedes ir diciendo.

Me reclino en la silla y cruzo los brazos sobre el regazo mientras la observo: el cabello le cae ondulado y revuelto por la espalda mientras que el vestido corto azul que lleva poco hace por esconder su figura. Me he vuelto adicto a sus curvas, mi droga favorita.

A mi derecha, Jonas se aparta del escritorio y mete las solicitudes de empleo de portero en su carpeta, sin hacer mención de salir del despacho.

Debería haberme sorprendido verla aquí, pero nada más lejos. Tras el ataque que sufrió equipé su teléfono para saber su ubicación a todas horas. Además, no deja de haber ciertos rasgos de carácter de una persona que son imposibles de cambiar. Tras haber probado la libertad, no se va a encerrar en una jaula de nuevo sin intentar

luchar.

No deja de sorprenderme que haya tardado tanto en salir de la finca. Al fin y al cabo, no puedes pasar todos tus días contemplando el huerto a la espera de la primavera.

—Elena —digo procurando sonar calmado pese a lo irritado que me siento. No con ella, con mi vida en general—, estoy ocupado. ¿Puedes esperar?

—No lo sé, Kal, porque no hemos llegado a hablar de enfermedades de transmisión sexual y acabo de mantener una charla de lo más interesante con una chica que te conoce. —Hace una mueca de desprecio—. Eres el único con quien he estado, así que tú no tienes nada de qué preocuparte. ¿Y yo? Quién coño sabe. Al parecer soy la típica virgen que se fía de que un hombre con más experiencia que ella, un puto médico, para más inri, tenga más cuidado.

—Dios. —Me paso la mano por la cara y me froto la mandíbula, que tengo dolorida. Miro a Jonas y gesticulo hacia la puerta—. Ya sabes dónde está la salida.

—No me importaría quedarme a ver el espectáculo.

Le lanzo una mirada fulminante. Suelta un bufido, pero se levanta y avanza hasta la puerta haciendo más ruido de lo normal con las botas. Elena se echa a un lado para dejarlo pasar sin apartar los ojos de mí.

—No seas muy duro con él, cielo —dice Jonas.

Tengo que aferrarme a los reposabrazos de plástico de la silla para no lanzarme sobre él y sacarle los intestinos por el culo por dignarse a mirarla después de todo lo que ha ocurrido. Se da la vuelta y pestañea, claramente desconcertada. No sabría decir si por su acento o porque le haya dirigido la palabra. El efecto es inmediato: la atención que le presta ha extinguido el incendio como

quien apaga el pabilo de una vela con los dedos.

—¿Y tú quién eres? —pregunta con los ojos entornados mientras observa la chupa de cuero que lleva sobre los hombros, la barba sin arreglar, esa sensación de peligro que lo sigue como un nubarrón.

Echa un pie atrás de forma casi imperceptible. Jonas no parece percatarse, pero yo sí, y me pone enfermo.

—Jonas Wolfe. Encantado de conocerte —dice mientras saluda con una inclinación de cabeza—. No me sorprende que no lo sepas. A ese de ahí se le dan fatal las presentaciones.

Me señala con el pulgar. Se me está agotando la paciencia con cada minuto que se queda, desafiándome abiertamente.

—¿Qué te parece si te presento el interior de un ataúd? —digo al tiempo que desengancho la pistola que llevo junto a la cadera, la amartillo y cargo la recámara. Apunto con ella directamente a la rodilla de Jonas y paso con suavidad el dedo índice por el gatillo mientras cuento mentalmente lo que tarda en moverse.

Pasa de mí. Sonríe a Elena con complicidad.

—No es un tío muy educado. ¿No te parece?

—La verdad es que no —conviene ella, que se vuelve a mirarme a los ojos. El fuego de antes se ha sofocado, transformándose en algo más sutil, vulnerable.

La noto incómoda. Me lleva un segundo darme cuenta de que tal vez no se sienta bien aquí después de que la atacaran. Que hayan pasado unas cuantas semanas no significa que no necesite regresar poco a poco. Al entrar como un torbellino para enfrentarse a mí, se ha saltado unos cuantos pasos importantes para su recuperación. Incluso el cristal más resistente se rompe si ejerces la presión necesaria.

—Adiós, Jonas —suelto al tiempo que guiño un ojo para apuntar mejor. Estoy a punto de disparar sin importarme que haya clientes

fuera cuando abre la puerta.

—Está bien —dice apuntándome con la carpeta y haciendo una inclinación de cabeza a Elena—. Encantado de conocerte por fin, señorita Elena. Seguro que volvemos a vernos pronto.

Ella asiente con la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos mientras Jonas sale sin decir nada más, cerrando la puerta tras de sí.

—Echa el pestillo y acércate despacio —le ordeno mientras hago un gesto con el dedo para que se acerque.

Duda al principio, pero luego se gira y obedece con manos temblorosas. Traga saliva y camina hacia mí con las manos apoyadas a la altura del estómago. Nunca la había visto tan recatada ni sumisa.

El contraste es casi alarmante; la chica que ha irrumpido en el despacho hace unos minutos no tiene nada que ver con la que tengo delante.

—Y ahora —le digo mientras dejo la pistola sobre el escritorio, yergo la espalda y me paso las manos sobre el regazo—, siéntate.

Echa un vistazo a su alrededor con el ceño fruncido; la única silla aparte de la mía es la que hay detrás del escritorio de Jonas. Vuelve a mirarme a mí, despacio, con un dulce rubor en la cara.

—¿Te parece apropiado que me siente ahí? Tu amigo podría entrar en cualquier momento.

—¿Con el pestillo echado? Lo dudo. —Me doy unas palmaditas en el regazo con las cejas enarcadas, expectante, observándola mientras se decide—. Puedes sentarte donde quieras, pequeña, si aquí no te sientes cómoda: sobre la mesa, en el suelo… También puedes quedarte de pie. Es irrelevante. Lo que necesito es que me lo cuentes todo, empezando por lo que has soltado al entrar como una exhalación.

Abre y cierra los puños. Le cuesta soltarse conmigo. Busca por el despacho con la mirada como si fuera a encontrar ahí las palabras. Al final asiente con la cabeza, se acerca hasta donde estoy yo y se acomoda en mi regazo. Al hacerlo, se le levanta ligeramente el vestido por el muslo. Le recoloco la tela mientras coge la postura. Estoy desesperado por volver a tenerla así, aunque no me olvido de que le pasa algo. Esta vez un revolcón rápido y salvaje no va a solucionar las cosas.

—A ver —empiezo yo mientras le enredo los dedos en el pelo a la altura de la nuca, inclinándole la cabeza ligeramente hacia atrás—. Has conocido a una chica ahí afuera… —le cuesta tragar saliva. En esta postura se le ven los ojos grandísimos, vulnerables cuando se fuerza a levantar la mirada hacia mí, consiguiendo que se me desate un incendio en el alma— y has dado por hecho que me he acostado con ella. O que lo sigo haciendo, a juzgar por la acusación de antes.

—Me ha dicho que te conocía.

Le inclino la cabeza hacia atrás otro poco y le rozo con la nariz la suave curvatura de su cuello. Inhalo su aroma despacio. Abro la boca y le raspo con los dientes de arriba la costra que se le ha formado sobre la herida que decora la depresión entre el cuello y el hombro.

He contemplado muchísimas obras de arte en mi vida, en todas sus variantes, pero jamás había admirado nada tan apabullante como ella; su piel tersa como un pálido lienzo, pintado con la prueba de nuestros pecados.

—Conozco a muchas personas, Elena. No me acuesto con todas. —Aprieto los dientes, hundiéndolos en el grueso músculo que le asciende por el lateral del cuello. Ella se estremece al sentir el dolor y yo la estrecho más fuerte contra mí.

—También me conocía a mí —susurra con los dedos aferrados al

cuello de mi camisa—. Se sorprendió al percatarse de que yo no la conocía a ella y eso me hizo darme cuenta de que…

Deja la frase sin concluir. Separo un poco la cabeza hasta que se rozan nuestras narices y espero a que continúe.

—¿De qué?

—De que apenas te conozco. —Lo dice con toda la ternura de la que es capaz y, aun así, no me pasa desapercibido lo que conlleva, el tono acusador que subyace, como si deseara creer en mí, pero no consiguiera hacerlo.

El aire que respiro me quema en la garganta. Exhalo el aliento poco a poco por la nariz concentrado en el percutir de su pulso en la base del cuello. Cuando hablo, lo hago con la boca pastosa; un obstáculo que he de salvar.

—¿Qué quieres saber?

Antes siquiera de que abra la boca, ya sé que la respuesta va a ser «todo».

24

Elena



Antes de que diga nada, ya sé que no me lo va a contar «todo». ¿Por qué iba a revelar sus cartas antes de que se acabe la partida?

Kal me cambia de postura para encajarme el culo entre la silla y su antebrazo. En esta posición quedo más alta que él, como si quisiera reconocer que no me va a contar todos sus secretos, pero estuviera dispuesto a ceder algo de poder.

Desliza la mano izquierda entre mis muslos y, por un instante, creo que va a tratar de distraerme, que va a seguir metiéndome la mano por debajo del vestido, pero no lo hace. Me da un ligero apretón con los dedos y deja la mano quieta. Después me mira como si esperara que siga hablando. Entrelazo las manos y me encojo de hombros.

—Si te digo la verdad, no sé ni por dónde empezar.

—No hace falta que te cuente toda mi vida en una tarde. ¿Por qué no nos ceñimos a lo que más te preocupa?

Tiene tanta lógica lo que dice, es tan sensato, que casi me siento estúpida por haber venido. Es evidente que mi pequeña rabieta ha sido una manifestación de algo más grande, por lo menos para mí lo

es, pero eso no evita que la vergüenza se extienda por mi pecho como si tejiera un complejo tapiz. Es imposible ignorarlo. Me mordisqueo el interior del carrillo mientras lo pienso.

—¿Te estás acostando con alguien?

—De ser así, ¿te molestaría? —pregunta, mirándose la mano—. ¿Por otro motivo que no fuera el de poner en riesgo tu salud?

Le miro fijamente la parte de la clavícula que le queda al descubierto tras haberle bajado la camisa mientras sopeso las consecuencias de contarle la verdad, de abrirme a un hombre que sé a ciencia cierta que no me amará jamás. ¿Cómo me sentiría si, por una vez, me atreviera a sangrar sin esperar que viniera él a lamer la herida?

Aunque a mí siempre me ha gustado el dolor.

—Sí —murmuro. Parece que a mi lengua le costara asimilar lo que ha decidido mi cerebro—. De hecho, lo odiaría.

Dobla los dedos y noto la alianza de matrimonio fría contra la piel. Por un momento tiene una expresión dura en la mirada, se le dilatan las pupilas, por lo demás se queda completamente quieto.

—No. No me estoy acostando con nadie.

Exhalo un suspiro prolongado, aliviada, que me deja sin aire en los pulmones. Me dispongo a hacerle la siguiente pregunta, con la mente trabajando a toda velocidad. La mano que tiene en mi muslo se cierra con fuerza, lanzándome un chispazo de dolor por toda la pierna, dejándome colorada la zona. No la vuelve a abrir hasta que me muevo para apartársela, cuando me pasa las yemas de los dedos por encima.

—Au —digo, molesta.

—Creo que sería mejor preguntar por qué crees que me acuesto con otra. —Ahora sí que asciende con su mano. La yema del dedo corazón desaparece debajo del vestido. De momento se queda ahí—.

¿No te dejé muy claro que nuestro matrimonio era de verdad?

Niego con la cabeza.

—Es solo que…

—¿Qué? ¿Inseguridad? ¿Celos? —Sigue avanzando con la mano. Se me corta la respiración cuando me roza la cicatriz de la K—. Admito que tus celos son exquisitos, pequeña. Se me pone dura como el acero solo de pensarlo.

Como si la hubiera invocado con sus palabras, siento la erección debajo de mí, estirando la tela de los pantalones. Se me humedece la entrepierna y se enciende mi cuerpo hambriento. Enarco las cejas, sorprendida, y aparto la mirada de su erección con la piel de gallina.

—A la mayoría de la gente le repugnan los celos.

—Tal vez sea así para gente menos evolucionada que yo, o más evolucionada, quién sabe. Todo depende de cómo lo mires. —Cojo aire al notar el roce de su dedo en el coño. Ha sido una caricia corta y casi imperceptible, como si estuviera comprobando algo—. Pero lo que me dice, en lo que se refiere a nosotros dos, es que realmente estás tan loca como yo.

Pestañeo. Se me ha detenido el corazón.

—¿Qué?

—Solo de pensar en que miras a otro hombre siento un dolor indescifrable —dice mientras me introduce el dedo y abre espacio donde no lo había—. Un dolor que no tengo derecho a sentir, no tengo derecho a disfrutar de él, pero que no puedo evitar. Solo con que otro hombre te mire me entran ganas de arrancarle el corazón. Me gusta saber que tú sientes lo mismo.

Se acurruca contra mí y me acaricia despacio, hasta volverme loca. Dejo caer la cabeza hacia atrás del todo hasta que casi se me parte en dos el cuello del peso repentino. Mi pecho es un subibaja acompasado con el movimiento de su dedo. Él me observa con los

labios semiabiertos y los ojos entornados, como si le excitara cada suspiro entrecortado que exhalo.

—¿Lo entiendes ya, pequeña? —dice mientras me mete otros dos dedos y los abre dentro de mí para que me ensanche alrededor de ellos. Estoy desesperada por que llenen mi interior—. Nadie me hace sentir así. ¿Cómo iba a tentar otra cama? Me haces sentir…

Un gemido suave lo distrae. Se me está concentrando el orgasmo en la base de la espina dorsal, se entreteje de tal forma que tengo que doblarme sobre mí misma. De mi coño sale un sonido acuoso, que reverbera en las paredes del despacho. Se oye tan alto que me pregunto si no traspasará las paredes y llegará a oídos de los clientes.

Sin llegar a sacarme los dedos, Kal se levanta y avanza hasta apoyarme en la puerta. Me pasa la mano que tiene libre por el cuerpo. Me baja el escote del vestido hasta dejarme las tetas al aire y me pasa el dedo por el pezón endurecido antes de arrodillarse.

—Dios. ¿Oyes eso? ¿Oyes lo húmeda que te ponen mi voz y mis dedos? ¿Sientes las ganas enloquecidas que tiene tu dulce coñito de tragarme?

La verdad es que me está costando concentrarme en sus palabras, por no hablar de la forma odiosa en que mi cuerpo se abre para él.

Me levanta la tela del vestido hasta la cintura y se me queda mirando con esos ojos siniestros que hacen que se me encoja el alma.

—No dejes que se caiga —dice cogiéndome una de las manos y poniéndome la tela en las caderas. Tras esto se inclina un poco más hacia mí. Noto su aliento cálido en el coño.

—Kal, hay gente…

Sonríe con malicia, hambriento y desconocido. Nunca lo había

visto sonreír.

Levanta el antebrazo y lo utiliza para inmovilizarme contra la puerta, atrapándome entre sus labios y la madera. Trago saliva. Se me forma un nudo en el estómago al ver el fuego en sus ojos.

—Quiero que lo oigan, pequeña. Quiero que sepan lo que te hago, lo que solo yo puedo hacer. —Me lame de atrás adelante mientras me mete los dedos cada vez más rápido. Me siento en la cúspide esperando una revelación—. Si tú estás celosa, yo soy un puto psicópata.

Se aferra con la boca a mi clítoris, consiguiendo que gima desde lo más profundo, un gemido que me parte en dos al escaparse de mis labios. Sigue con movimientos cortos y rápidos al tiempo que me acaricia con la lengua haciendo que se me enciendan todas las terminaciones nerviosas.

—Mírame, Elena —dice entre lametones. Su voz vibra en mis pliegues y me produce una sensación deliciosa que rivaliza con sus caricias—. Contempla a tu marido mientras te corres para él.

—Dios. —Se me cae la cabeza hacia atrás y golpea contra la puerta. Se me cierran los ojos.

—Dudo que Él fuera capaz de ponerte así —dice Kal, que enseña los dientes como advertencia—. No apartes los ojos de mí.

Sus órdenes no dejan espacio a la protesta. Me atrapa con su mirada y no me deja marchar. Sella sus labios a mi alrededor y me succiona el clítoris mientras presiona con la lengua contra los labios mayores.

—¿Qué? —digo con voz ronca al recordar la confesión que ha dejado a medias. Levanto las caderas para sentirlo por completo en busca del orgasmo—. ¿Qué te hago sentir?

La mirada lujuriosa se ensombrece hasta que sus iris son tan oscuros como su pelo y separa su lengua de mí un segundo,

dejándome vacía, con ganas de más.

—Vivo —dice de un gruñido antes de volver a sumergirse en mí para seguir con el festín por el que se ha arrodillado—. Me. Haces. Sentir. Vivo. —Sigue con su labor, metiéndome los dedos y masajeándome con la lengua hasta que me tiembla el coño, que está a punto de explotar—. ¿Sigues ahí? Córrete para mí, esposa. Muéstrame hasta qué punto te hago perder la cabeza.

Asiento, frenética, incapaz de mantener el contacto visual cuando la oleada de euforia asoma la cabecita y me golpea con tanta fuerza que veo doble mientras mi cuerpo se convulsiona. Sigue acariciándome con la lengua, gruñendo como si fuera la mayor delicia que hubiera probado nunca, y esos sonidos me dan alas, me provocan más oleadas de placer mientras el orgasmo me atraviesa de parte a parte.

Mi cuerpo vuelve a aterrizar poco a poco en la tierra cuando se separa de mí. Lleva la boca manchada de mis jugos. Se la limpia, junto con los dedos, contra la cicatriz de mi muslo, como si se tratara de un ritual.

Se levanta, se pasa las manos por el pecho y me recoloca el vestido dejándome los pechos a la vista. Me fijo en el contorno de su polla, apenas sujeta por la tela, mientras se detiene a contemplar el subibaja de mis hombros.

—Tienes una piel preciosa —dice al tiempo que observa el corte que le gusta recorrer cada vez que follamos.

—Márcame —le digo casi en susurros.

Me mira a los ojos con los suyos llenos de deseo. Traga saliva con dificultad, la nuez casi se mueve de un salto, y se acerca a mí.

—¿Eso te gustaría?

Asiento mientras me humedezco los labios con la lengua y mira el espacio que hay entre nosotros. Acabo de correrme y, sin

embargo, noto el cuerpo excitado de nuevo al ver su erección, mi coño se contrae como si tuviera hambre.

Alarga los brazos y me coge las tetas, apretándolas contra la palma de sus manos y pasando los pulgares por mis pezones endurecidos.

—Ponte de rodillas.

«No era eso en lo que estaba pensando», pienso, mientras me arrodillo para devolverle el favor. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para que este hombre me siga mirando como si fuera yo quien coloca las estrellas en el firmamento.

Tal vez, para un hombre tan acostumbrado a la oscuridad, eso sea precisamente lo que acabo de hacer.

Se desabrocha los pantalones y baja la cremallera despacio, diente a diente. Respiro entrecortadamente y pestañeo mientras lo miro con la boca a la altura de su polla cuando por fin se la saca, curvada ligeramente hacia su abdomen.

Se me hace la boca agua al ver la erección gruesa y venosa y enseguida me inclino para besarle la corona purpúrea. No le he hecho mamadas porque hasta ahora no parecía que las quisiera, pero el siseo que se le escapa cada vez que me la meto en la boca me confirma que lo estoy haciendo bien.

Kal me entremete los dedos en el pelo y me sujeta la cabeza con la punta de la polla en los labios.

—Quiero contártelo todo sobre mí —dice mientras me mueve la cabeza de un lado a otro, bañándome con el líquido preseminal que tiene en la punta—. Haces que quiera contarte todos mis secretos, Elena. Eso no ocurre muy…, bueno, no había ocurrido nunca. A mí no.

No respondo con palabras. Abro la boca y me meto su polla para mostrarle cómo me hace sentir su confesión. A pesar de que no

tengo la sensación de que vaya a darme muchas respuestas hoy, la promesa encubierta en sus palabras lo compensa.

No importa no saberlo todo todavía si hay tiempo de averiguarlo.

Me meto la polla hasta la garganta y le paso la lengua por la verga ahuecando las mejillas para llegar más lejos. Noto sus manos cálidas, tiernas, pese a la urgencia de su respiración y el tono desesperado de sus palabras.

—No me sorprende que mi esposa cachonda tenga una boca tan sucia —gruñe mientras da latigazos con la cadera al tiempo que le lamo el centro de la punta y vuelvo a lamerle desde la base—. Estás hecha para mí, ¿a que sí? Hecha para mi polla. Para ser la zorrita de mi polla.

Gimo en señal de acuerdo, espoleada por la excitación que me producen sus palabras sucias. La necesidad de que esto sea espectacular no me deja pensar en otra cosa.

Me aferro con las uñas a sus pantalones hasta clavárselas en los muslos en un intento de acercarme aún más mientras subo y bajo la cabeza siguiendo el compás de mi excitación.

—Tócate —dice amenazante. Su voz de mando hace que me estremezca.

Me aparto con un ruido seco. El coño se me contrae por la anticipación.

—No quiero que me duela después. No puedo.

—Vas a hacerlo —contesta, retándome. Me coge de la cabeza con más fuerza y me conduce de nuevo a su polla mojada, abofeteándome con ella en la mejilla una vez, otra, antes de metérmela en la boca—. Relaja la garganta y juguetea con tu coño. ¿Puedes hacer eso por mí?

Dudo un instante en el que muevo los dedos nerviosa, pero al final acabo por asentir. Él suspira y me la mete hasta la garganta.

Bajo la lengua en el último momento. Apenas me ha dado tiempo de registrar lo que ha dicho sobre relajar la garganta. Intento no vomitar.

Sigue mirándome a los ojos, incluso cuando me tiene aplastada contra su cuerpo, cosquilleándome la nariz con su vello púbico. Cuando queda claro que no va a aflojar hasta que empiece a tocarme, me llevo los dedos entre las piernas y me los paso por los húmedos pliegues.

Me estremezco en cuanto siento los dedos en la zona todavía sensible del orgasmo anterior.

Me arde la cara y se me está nublando la vista. Kal me la saca a la fuerza y yo echo saliva y toso cuando vuelve a entrarme el oxígeno por los orificios nasales.

La saliva me cubre los labios, me resbala hasta la barbilla; una capa fina que me mantiene conectada a él. Noto la conocida presión bullendo en mi interior, imponiéndose al dolor.

Dibujo círculos sobre mi clítoris con dos dedos, frenéticamente, hasta que empiezo a notar el éxtasis acumulándose en mi interior y lo oigo reírse mientras vuelve a metérmela en la boca y a dejarme sin aire.

Una expresión desencajada, a medio camino entre el dolor y el placer, se apodera de su rostro. Suelta un suspiro cuando me la saca de nuevo.

—Voy a correrme, pequeña; a marcarte, como me has pedido. Y vas a salir con ello encima, como la esposa zorrita que eres. —Me pasa el dedo pulgar por los labios hinchados y yo me froto con más rapidez para llegar al mismo punto que él—. ¿Te parece?

Asiento. Saco la lengua para aceptar su ofrenda.

Vuelve a metérmela hasta tocarme la garganta con la punta de la polla repetidas veces como si se preparara para el final. Se me

hincha el clítoris hasta el punto de que creo que voy a explotar. Salen chispas de la zona que me toco. Entonces me la mete hasta atrás dejándome paralizada.

Me desaparecen todos los pensamientos y me concentro en relajarme, en absorber la sustancia salada de su orgasmo y la forma en que se le tensa el abdomen al estar a punto de correrse. Muevo los dedos con frenesí, me froto y me masajeo hasta que casi no siento el pecho y me cuesta cada vez más respirar.

La conciencia se va alejando por la yema de mis dedos, lejana, y con ella llega el orgasmo.

—Quiero oírlo —dice dándome un golpecito en la nariz—. Cuando te corras con mi polla en la boca, quiero oírlo.

Empiezo antes incluso de que haya terminado de hablar, sale de mí como un volcán en erupción mientras se me velan los ojos. Me tiembla el clítoris bajo la presión de los dedos y, cuando Kal me la saca un poquito para volver a metérmela, grito en una mezcla de sorpresa y euforia que siento en las entrañas encendiendo cada nervio de mi cuerpo.

—Así me gusta —dice con un gruñido a la vez tierno y primario, y juraría que siento su rigidez al correrse, liberando hilos de tibio semen.

Me la saca de la boca antes de que acabe de eyacular, y me pasa la punta de la polla por los labios y por los pechos, regándolos de su semilla.

Se deja caer contra la puerta y coge una bocanada de aire mientras se seca el sudor de la frente.

—Joder, un día de estos vas a acabar conmigo.

Yo sigo en el suelo recuperando el aliento y me doy un minuto para volver en mí.

—Eso sí que sería interesante.

—No me importaría si fueras tú. —Sus palabras suenan duras, tranquilas e incómodas—. Creo que sería un honor morir a tus manos.

Siento el corazón apesadumbrado, en desacuerdo con lo que acaba de ocurrir.

—Menos mal que matarte no está en mis planes.

—Por ahora.

Me levanto con piernas temblorosas, confusa, y busco un pañuelo de papel con el que limpiarme. Me acerco al escritorio y saco uno de la caja, pero Kal chasquea la lengua con desaprobación.

—¿Qué haces? —Se acerca a mí y me quita el pañuelo de la mano. Ya no queda rastro de la oscuridad de hace un momento y me siento como si me estuvieran dando un latigazo—. ¿Crees que bromeaba cuando he dicho que ibas a salir cubierta de mi semen?

Se me encienden las mejillas.

—Pensé que te habías dejado llevar por el calor del momento.

—Siempre es así contigo —dice con esa sonrisa tan extraña de nuevo en su rostro mientras me ayuda a colocarme el vestido metiéndome los brazos y recolocándome el escote en su sitio. Noto el semen frío contra la tela, que lo cubre, aunque sigo oliéndolo.

Sé que está ahí, como un secreto que compartimos, y eso me hace sentir… viva.

25

Kal



Jamás podré olvidar la mirada del primer hombre al que asesiné.

Tenía dieciséis años y llevaba ya tres a las órdenes de los Ricci. Había conocido a Rafael en una de las visitas al Instituto Dana Farber contra el cáncer, donde mi madre se sometía a una terapia experimental con un fármaco que podía detener el crecimiento de las células cancerígenas.

Rafael estaba sentado en la sala de espera pendiente de que le informaran sobre si su abuela había entrado en remisión. Se sentaba erguido, con el traje azul marino almidonado, mientras pasaba las cuentas del rosario de un dedo a otro sin mucha convicción, escéptico.

Recuerdo pasar por delante de él de camino a la cafetería y fijarme en el anillo de oro que llevaba en el pulgar y que refulgía a la luz del fluorescente.

En los pocos años que llevaba sobre la faz de la tierra, jamás había visto nada ni a nadie tan lujoso. Transmitía opulencia y autoridad, y lo sabía. Dejaba que se formara una aureola a su alrededor como si con ella retara a la gente a que le llevara la

contraria.

No llegué a conocerlo de verdad hasta mi último día en Boston. Llevaba un rato fuera, observando mi aliento aparecer y desaparecer en el frío aire de noviembre, tratando de enmascarar la decepción para cuando la enfermera trajera a mi madre.

Rafael salió del recinto vestido con un traje oscuro, se sacó un puro del bolsillo interior de la chaqueta y lo encendió. Tras esto se apoyó en la pared de hormigón donde había un cartel que indicaba que no se podía fumar. Se me quedó mirando y asintió con la cabeza, como si hubiera entendido una petición muda.

—¿Estáis solos tu madre y tú, chico?

Tragué saliva y asentí. Sabía que no debía hablar con extraños, pero ¿qué podía haber de malo en hablar en un hospital con alguien que era claramente rico?

Le dio una calada a su puro: Cohiba Behike, una marca que llegué a conocer bien, y bajó la barbilla.

—¿Cómo te llamas?

Entorné los ojos.

Le hizo gracia mi expresión. Se rio como si hubiéramos compartido un chiste que solo los dos conocíamos.

Un rato después, se unió a él una morena de piernas largas envuelta en un abrigo de piel morado oscuro. Llevaba un bebé en brazos. Se acercaron al Cadillac completamente negro que esperaba en el acceso a emergencias no sin antes darme un apretón en el hombro y tirar una tarjeta al suelo con su nombre y con el emblema de las empresas Ricci. Se trataba de un blasón sencillo: un león con una corona de calaveras, pero consiguió grabarse en mi retina ese día, como si siempre hubiera sabido que era ese su sitio.

Sin embargo, fue la mujer quien me fascinó. Cuando su mirada cautivadora se cruzó con la mía justo antes de desaparecer en el

interior del coche, supe que estaba perdido.

Era demasiado joven y estúpido como para darme cuenta de que había algo malo en que me prestara atención. Simplemente me gustó que me mirara.

Después de que muriera mi madre y mi padre biológico volviera a rechazarme, busqué a los Ricci sin saber hasta qué punto su presencia cambiaría mi destino para siempre.

Todo comenzó de forma inocente: me encargaba de los boletos de un local de apuestas ilegal que tenía Rafe en la trastienda de una charcutería en Roxbury. Después, cuando me enseñó a pelear, a defenderme, supe que las cosas estaban a punto de cambiar.

Cumplí con mi primer encargo una madrugada, en un callejón oscuro. El hombre, a quien habían acusado de delatar al padre de Rafe, se meó encima.

Cuando le inserté la bala entre los dientes, la sangre roció la camisa blanca de su esposa y me saltaron a la cara los restos de sus sesos. Lo único que podía recordar era su mirada aterrorizada. Lo que vi en su rostro al pedirme clemencia era pavor en estado puro, congelado en el tiempo.

No he conseguido olvidar esa mirada en todos estos años. Y no ha sido porque me afectara, sino porque no sentí nada.

Le paso el escalpelo por el pecho a uno de los atacantes de Elena tratando de recordar esa sensación; empujo lo que me pueda quedar de brújula moral a los recovecos más recónditos de mi cerebro y me dejo llevar por la sima que se abre en mi interior; la utilizo para evitar lo que sentiría una persona normal: culpa, preocupación, náuseas al abrir el cuerpo en canal. Tiene los ojos llorosos, abiertos de par en par siguiendo todos mis movimientos sin dejar de chillar a través de la mordaza; probablemente me esté suplicando que me detenga.

Por un segundo me siento tentado a escucharlo, a comportarme como deseaba mi abuelo, a mostrar una versión de mí mismo que mi hermana estuviera más dispuesta a conocer. Pero entonces veo por el rabillo del ojo el anillo que lleva en la mano derecha, el mismo que lleva Rafael, y eso me recuerda que todavía no puedo permitírmelo.

Tony se quedó un par de días por el muelle después de que ahuyentara a Jonas de su despacho y este lo reconoció por una foto que había circulado por las redes unas semanas atrás, donde se veía a Rafe y Carmen posando como unos padres abatidos.

No podía ser una coincidencia…

Lo engatusó con un trato falso para suministrar cocaína, lo inmovilizó y lo amordazó, y me lo trajo a la puerta de casa.

Yo ya me había resignado a disfrutar de una jubilación temprana tanto en mi profesión de médico como en el negocio oficial; sin embargo, cuando se presentó allí, no pude dejarlo pasar. Necesitaba mandarle a Rafael un mensaje sobre su hija: que es mía.

La incisión no es lo bastante profunda como para atravesarle la carne del todo a Tony en la primera pasada, aunque consigue formar un espectáculo sangriento, que le baja hasta el ombligo.

Me acerco a él y le bajo la mordaza con la mano enguantada. Suda profusamente. El sudor le resbala por la frente y le cubre el pelo oscuro rapado. Coge una bocanada de aire; está a punto de hiperventilar.

—¿Ya estás listo para contarme por qué te envió el capo a darle una paliza a mi mujer?

Asiente con la cabeza, tosiendo al abrir la boca dispuesto a hablar, pero lo único que sale de ahí es un lamento estridente. Le vuelvo a colocar la mordaza. Noto el tic debajo del ojo. Me entran ganas de cubrirlo con la tela hasta ahogarlo, que no pueda respirar;

sin embargo cierro los ojos y procuro calmarme con la respiración.

—Voy a quitarte esto de la boca por última vez —digo al fin, exhalando despacio—. Lo único que quiero que salga de ahí es la respuesta a mi pregunta. ¿Lo has entendido?

Vuelve a asentir y gruñe como si intentara decir algo. Le saco la mordaza de la boca, aunque le dejo un extremo metido entre los labios secos, por si acaso.

—Dinero —dice atragantándose. Se le corta la voz de la sequedad—. El capo dijo que necesitaba dinero y que estarías más dispuesto a ofrecérselo si te amenazaba con algo que te importara.

Se me revuelve el estómago. El enfado se va transformando en furia.

—¿A su propia hija?

—Tiene problemas —dice Tony entre dientes. Cierra los ojos de golpe y sisea cuando le aprieto con el dedo una costilla rota—. ¡Joder! ¡Te estoy contestando!

—Me temo que lo haces demasiado bien. —Le hundo la palma de la mano en un costado y echo el peso del cuerpo para fracturarle todavía más los huesos hasta que grita—. Suena ensayado. Como si Rafael hubiera sabido que iba a encontrarte.

Coge aire, dolorido, y patalea en la mesa, tratando de librarse de las tiras que lo amarran a la camilla.

—¡Pues claro que lo sabía! Por eso utilizó a Vincent, para que fuera más sencillo. ¿No se te conoce por tu capacidad para encontrar a cualquiera?

—Se me conoce por muchas cosas —le explico mientras rodeo con los dedos el escalpelo y le rebano el pezón rojo con el filo. No me sorprende que utilizaran a Vincent—, pero sobre todo por hacerles autopsias a los vivos.

—Joder, no. Venga ya, tío. Te diré lo que quieras.

Me detengo con la punta del filo cerca de la herida que le he abierto en el pecho.

—¿Por qué insiste con la historia del secuestro?

Tony niega con la cabeza.

—No es él. Es Carmen. Ella lo filtró a la prensa sin perder el tiempo. Les contó que te habían despedido y que te habías vengado secuestrando a la primogénita.

Pongo los ojos en blanco y suelto un bufido. «Cómo no. Es una zorra celosa».

—¿Qué más?

Tony expulsa el aire y busca por la habitación mientras piensa en algo.

—Te quiere muerto. Incluso si le das el dinero, te matará.

Sonrío y finjo sorpresa. Como si no hubiera sabido que era ese su plan desde que decidí salir de la mafia.

En realidad, nunca llegas a salir de ese mundo. O permaneces en él hasta el día de tu muerte, o sobrevives al borde de la locura, consciente de que las sentencias de muerte no tienen fecha de caducidad, esperando a que vengan a por ti.

—Supongo que yo me limitaré a hacerle una visita —le digo a Tony, aunque no sé por qué me molesto en darle explicaciones, porque no va a poder llevarle el mensaje. Dejo el escalpelo sobre la mesa, me agacho y cojo la sierra circular. Me ajusto el gorro de cirugía—. Le mandaré recuerdos de tu parte.

Más tarde, cuando el eco de sus gritos ya no resuena en mi cerebro y he terminado de limpiar la sangre y los restos del suelo, le saco el corazón del pecho y lo tiro a una bolsa de plástico de riesgo biológico junto con su pulgar, que todavía lleva puesto el anillo. Cierro la bolsa al vacío, la meto en otra de lona y la dejo junto a la puerta del cobertizo, lista para que Jonas la envíe a Boston.

—Esto es ridículo.

Por un momento siento que me falta el oxígeno. ¿Habrá visto Elena el titular que aparece en portada del periódico de Aplana? FAMOSA SIGUE DESAPARECIDA EN BOSTON. LOS PADRES AFIRMAN QUE PUEDE ESTAR EN PELIGRO.

Tampoco es que me haya sorprendido verlo impreso. Casi puedo sentir la creciente desesperación de Rafe cada vez que rechazo uno de sus mensajes. Y la gente desesperada hace lo que esté en su mano para sobrevivir. No tengo forma de calcular la cantidad de dinero que salió de su cuenta bancaria por culpa de mi boda con Elena. Sus finanzas ya estaban tocadas, así que, sin mi respaldo, seguro que le ha entrado el pánico.

O tal vez tenga que ver con el corazón y el dedo que le envié como mensaje: me importa una mierda si su mundo se tambalea. De hecho, ojalá se desmorone.

Cuando aparto la mirada del periódico, veo a Elena en el jardín trasero con las manos en las caderas y los ojos entornados contemplando la tierra.

—No consigo entender por qué no ha brotado ninguna de las flores que planté. ¡Estamos casi en verano!

Cierro el periódico y lo dejo sobre la mesa de cristal de la terraza, levanto una pierna y coloco el tobillo sobre la rodilla de la otra.

—Igual las semillas eran defectuosas.

Niega con la cabeza.

—Eso no es posible, Kallum. —Se detiene—. ¿No te parece? Las semillas no vienen mal de fábrica. Ay, Dios. ¿O sí?

Se me encoge el pecho al oír mi nombre salir de sus labios con tanta facilidad. Me levanto y me acerco a la tierra labrada. Tiene razón: ninguna de las flores ha germinado. La tierra sigue igual de

marrón y perfecta que el día que la plantamos.

—No pasa nada —digo mientras le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—. Cuando no se tiene éxito en una empresa, no se tira la toalla del todo y se deja de intentarlo. Lo que se hace es empezar algo nuevo, y así hasta que encuentres lo que se te da realmente bien.

Pone una mueca.

—Ya sé lo que se me da bien, aunque gracias por el voto de confianza.

Se aparta de mi lado y se agacha a tocar la tierra con los dedos como si buscara cualquier signo de vida. Yo la observo con los brazos cruzados.

—¿Entonces por qué te preocupa tanto este jardín?

Suspira y me mira por encima del hombro con las manos todavía en la tierra.

—Quería tener algo en el Asfódelos que pudiera considerar mío. El balcón de mi casa estaba lleno de plantas de distintas especies. Yo solía salir allí a leer, rodeada de flores. Me relajaba. Pensé que, si podía recrear ese sentimiento, dejaría de sentirme tan sola.

De nuevo siento un pinchazo en el pecho, como espinas que se me clavaran en los músculos envenenándome. Elena aparta la mirada y se seca el ojo derecho con el dedo índice. De repente recuerdo cuál es mi objetivo: ella no es más que un peón; una participante involuntaria en un juego que ni siquiera entiende; un medio para conseguir un fin.

Eso no evita que le pida que me siga. Avanzo por el jardín con rapidez hasta la puerta cerrada con candado por la que se accede a la playa. Se incorpora, sale detrás de mí (la curiosidad vence a la autocompasión) hasta alcanzarme.

Abro la puerta vieja de un empujón. Una hilera de roca negra

erosionada divide en dos la arena dorada, marcando el camino hasta un muelle desvencijado. Antes de alcanzar la arena hay una franja de hierba donde florecen rosas salvajes de colores brillantes, que pintan la playa de hermosos tonos de rosa y morado.

—Considera este sitio tus… Campos Elíseos, mi Perséfone.

El rostro de Elena se ilumina con una sonrisa sincera al ver las flores.

—Es precioso.

Me quedo mirándola, apreciando la vista.

—Estoy de acuerdo —digo. Cuando me mira, le tiembla la sonrisa y las mejillas se le ponen del color de las flores.

Se vuelve hacia el océano y se lleva la mano al dobladillo de la camiseta.

—¿Cómo de apartada está esta playa?

—No hay otra casa en kilómetros. —Es la única razón por la que me siento cómodo dejándola salir de la propiedad, lejos de mi vista.

Elena hace un mohín y se pasa la camiseta por la cabeza, dejando al descubierto sus pechos desnudos y el tatuaje de la granada. Mi polla reacciona al instante. Ardo en deseos de recorrerle con la lengua el contorno del tatuaje, que ya he memorizado por completo.

—Qué lástima —dice mientras introduce los pulgares por la banda elástica de los pantalones cortos blancos que lleva y se los baja por las caderas. Se suelta el moño y mueve la cabeza para soltarse los rizos, completamente desnuda—. Tendremos que buscar otra forma de hacerlo interesante.

Trago saliva. Se me ha quedado la boca seca.

—¿Qué hay que hacer interesante?

—Bañarnos desnudos.

Se da la vuelta y se dirige al agua sin importarle lo más mínimo

que la brisa marina le roce cada milímetro de la piel.

Yo permanezco en la orilla observándola mientras se mete en el agua hasta las rodillas antes de darse la vuelta hacia mí.

—¿Y bien? —grita—. ¿No vienes?

Enarca las cejas y yo vuelvo a tragar saliva a ver si así consigo deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta. Nadie me ha visto desnudo jamás. Ni siquiera a mí me gusta contemplar la maltrecha topografía de mi cuerpo, que es el vívido recordatorio de la vida a la que fui abocado antes de saber lo que hacía.

Cuanto más tiempo pasa Elena en el agua, esperándome, más incómodo me siento con su mirada. Ya estoy lo bastante preocupado con la forma en que me mira normalmente. No deja de venirme a la mente la molesta idea de que tal vez sea esto lo que la aparte de mí. Tal vez acabe por fin de entender que soy el monstruo del que todo el mundo le advierte.

—No muerdo —grita mientras sigue adentrándose en el mar, cogiéndose los pechos con la mano, profundizando el escote—. Bueno, sí que lo hago, pero te gusta.

Me río sin querer y niego con la cabeza despacio. Tengo la polla aprisionada en los pantalones. Está viva, desesperada por volver a encontrarse con ella. Acabo por suspirar al recordar que ha dicho que se siente sola.

Es la primera vez desde que estamos en Aplana que no la veo triste, exceptuando nuestros encuentros sexuales. Así que, pese a que me siento como si me estuvieran arrancando la piel, acabo por desabotonarme la camisa.

26

Elena



Me pide que cierre los ojos, lo que no me gusta nada, sobre todo porque me he adentrado bastante en el mar y he llegado a ese punto en que no hago pie. Aun así obedezco, porque se está poniendo un poco verde y no quiero empeorar las cosas.

No sé por qué, pero este hombre parece tener algún tipo de complejo con su cuerpo. Ya sé que no debería inmiscuirme en sus asuntos, pero, en serio, ¿cuántas veces se puede tener sexo con un hombre completamente vestido sin sentirse como una extraña?

El mar está rizado y las olas me golpean en la piel. Oigo a Kal cuando se mete en el agua: silba como si estuviera más fría de lo que esperaba.

—¿Qué pasa? —le digo con los ojos cerrados—. ¿El dios del Inframundo no tolera el frío?

Doy un grito de sorpresa cuando me desliza los brazos por la cintura. Abro los ojos de golpe y busco a qué agarrarme para mantenerme erguida. Apoyo las manos en sus hombros, gozando del músculo fornido que se aprecia bajo la piel. Enseguida me detengo al percibir tramos de piel rugosa. Cuando acerco mi cuerpo

al suyo, noto esa misma rugosidad. Se me cae el alma a los pies mientras el corazón sigue martilleándome el pecho.

Lo miro a los ojos sin dejar de explorar su cuerpo con mis manos. Me esfuerzo por no agachar la mirada para no encontrarme con nada que lo humanice. No sería capaz de resistir la angustia y mi atracción se desataría y se convertiría en algo real; en algo que puede hacerme daño.

Me embarga la tristeza al recorrer sus cicatrices. Le cuento ocho marcas en el hombro derecho, cinco en el izquierdo. Deslizo la palma de las manos hacia su cuello, fijándome en la forma en que traga saliva.

Su mirada sigue impertérrita. No se muestra vulnerable ni inseguro ni avergonzado. Es más bien una mirada hueca que muestra una ambivalencia ensayada. Aun así, intuyo por la forma en que se le tensan los tendones del cuello que no está disfrutando nada de todo esto.

—No soy ningún dios —dice por fin mientras exhala un suspiro forzado. Me coloca los dedos en el trasero y me levanta en brazos. Siento su polla contra mi cuerpo, buscando una entrada por su cuenta, sin que la guíen—. Solo un alma con poca fortuna que, sin saber cómo, ha conseguido engañar a la muerte más de cien veces.

Me atrevo a bajar la barbilla y le echo un vistazo a su piel tersa y morena. Se ve suave y bronceada en mayor medida, el tono supongo que es natural dada su propensión a estar en el interior.

Sin embargo, tiene el torso destrozado, decorado con terrones brillantes que refulgen en la luz que se refleja en el agua. Algunos son más pequeños; otros son largos y anchos, diseminados por su torso.

Hay uno especialmente largo que se extiende por las costillas. Bajo mi mano hasta la cicatriz con cuidado y le paso el pulgar por

encima. Es nudosa al tacto, como si lo hubieran cercenado, y está menos sonrosada que las otras, que sobresalen de la piel.

Coge aire de repente apretando los dientes y me quedo paralizada, con los ojos muy abiertos.

—Mierda. Lo siento mucho. ¿Te he hecho daño?

Me agarra mejor del trasero y se echa a reír mientras me levanta un poco más en brazos. Me enciende el coño al entrar en contacto con su cuerpo. Casi me mareo al sentir la arremetida.

—No es una sensación agradable —dice con la boca tan pegada a la mía que no consigo concentrarme—. Tampoco es que duela, pero las cicatrices suelen tener más sensibilidad que el resto de la piel. —Cambia de postura y me coloca una mano debajo del trasero y con la otra me acaricia el muslo, recorriendo la K—. Las terminaciones nerviosas se regeneran. Las cicatrices queloides como esa suelen ser las peores por culpa del exceso de colágeno.

Le paso la mano despacio por la zona mientras busco alguna señal de alarma en su cara.

—¿Qué ocurrió?

Sonríe.

—¿Con cuál de ellas? Los sicarios no siempre nos salimos con la nuestra.

Le toco una cicatriz que tiene cerca de la clavícula con forma de zeta.

—¿Con esta?

—Me alcanzó una bala durante una redada en un almacén a las afueras de la ciudad en el que buscaba algo para tu padre. Me agaché un segundo tarde.

No había pensado hasta ahora en lo peligrosa que había sido su vida al trabajar para mi padre. ¿Habría sido muy diferente si nunca hubiera conocido a Rafael Ricci?

«Nunca se sabe».

—¿Y aquí? —Le señalo una cicatriz ovalada que tiene en el hombro.

—Me mordió un chihuahua. Mi madre me advirtió de que no le tirara del rabo. No le hice caso.

Eso me arranca una sonrisa. Sigo inspeccionándolo. Me quedo sin aliento un segundo al ver la cicatriz más grande. Intento imprimir la huella de sus bordes rugosos en la palma de la mano mientras los reconcilio con la figura estoica que me lleva en brazos.

—¿Cómo te hiciste esta?

Su rostro se vuelve sombrío y siento un escalofrío. Empieza a adentrarse en el océano. No sé cuánto queda antes de que deje de hacer pie, pero parece que estamos a punto de ahogarnos. No se me ocurre una metáfora más adecuada.

—Me traicionaron —susurra. Levanta la mano derecha y me la lleva al cuello, donde la entrelaza entre mi pelo—. Juré que jamás volvería a dejar que nadie se acercara tanto a mí como para hacerme daño.

Parece una confesión, aunque no sé muy bien de qué. Algún tipo de promesa, de esas que se susurran a la piel y te llegan directamente al alma. Abre una brecha en la mía, que se muestra indecisa cuando le roza la superficie. Me inclino hacia él y le hablo con los labios pegados a los suyos.

—No eres desafortunado —susurro, temerosa de romper la burbuja que se ha creado a nuestro alrededor. Me late el corazón con tanta fuerza que creo que voy a vomitar.

Tal vez sus palabras sean una advertencia, pero no me importa. Disfruto de ellas igualmente.

Dobla los dedos en mi pelo y suspira. Noto su aliento mentolado en la barbilla.

—Ahora mismo no me siento desafortunado, la verdad.

Insensatez.

¿Por qué si no iba a regresar a La Cuadriga Llameante? Como si no me hubieran pasado ya bastantes cosas allí…

Pero la curiosidad es una zorra rabiosa y estoy decidida a encontrar a la chica del otro día y averiguar qué relación tiene con Kal. Si es ella quien lo traicionó.

El gorila de la puerta me mira de arriba abajo al bajarme del asiento de atrás de la limusina de Kal, con sus enormes brazos cruzados a la altura del pecho. Por debajo de la manga de la camiseta le sobresale la mitad inferior de un tatuaje de un ancla y tiene los ojos del color azul más cristalino que haya visto en mi vida.

Me quedo parada como una estúpida un segundo, perdida en su translucidez.

Carraspea y me planta la palma de la mano delante de la cara.

—Lo siento. No se admiten menores. El Dunkin' está en esa dirección.

Miro detrás de mí por si hubiera alguien a mi espalda, confusa. Pasa por mi lado una mujer con un vestido de flores ancho hablando por teléfono sobre un escándalo hollywoodiense, pero eso es todo. No hay nadie más en la acera.

Vuelvo a fijarme en el gorila. Me aparto el pelo del hombro.

—No, no. No busco el Dunkin'. Solo quiero entrar al bar a esperar a alguien. Estoy buscando a una persona y creo que podría aparecer por aquí si me quedo el tiempo suficiente.

—Eso es merodear y está prohibido.

Su tono cortante y despectivo me está poniendo de los nervios.

—No es merodear. Acabo de decirte el propósito de mi espera.

El hombre se queda mirándome y se encoge de hombros.

—Si entras al bar y no pides nada de beber, estás merodeando, según las normas de la casa.

—Vale, entonces pediré una bebida.

Se ríe, aunque lo hace sin cambiar la expresión del rostro.

—Cariño, si piensas que me voy a creer que tienes más de veintiún años, eres más tonta de lo que aparentas con ese vestido tan corto.

Sé que no aparento tan poca edad. Lo que ocurre es que se está portando como un gilipollas porque estoy claramente fuera de mi elemento y no me parezco en nada a su clientela habitual.

Me enerva el alma cuando me escupe el insulto. Me recojo el pelo en un moño bajo.

—El vestido es así de corto para poder hacer esto.

Levanto la pierna para darle una patada en los huevos (mi cuerpo reacciona al instante sin pedir permiso). Pero entonces alguien me agarra por los bíceps y me aparta, girándome de forma que quedo de cara a la calle. Me pongo rígida al verme atrapada. El miedo me golpea en las entrañas con tanta rapidez que casi hace que me doble sobre mí misma para contenerlo.

—Guau. ¿Qué coño está pasando aquí? —El acento británico me resulta vagamente familiar. Me suelta los brazos con la misma rapidez con la que los ha cogido, como si tocarme lo quemara. Levanto la mirada y me fijo en la barba oscura recortada y la chupa de cuero. Suspiro aliviada al reconocer al hombre que conocí en el despacho el otro día.

Wolfe no sé qué. El amigo o confidente de Kal con quien comparte el bar.

Doy un paso atrás, me cruzo de brazos y me hago a un lado mientras fulmino con la mirada al portero.

—Lo que sucede es que este empleado tuyo me está insultando y se niega a dejarme pasar porque piensa que no soy buena para el negocio.

—Ya tenemos más que suficiente ahuyentando a la gentuza del bar —dice el portero a su jefe, encogiéndose de hombros—. Solo procuro mantener el orden ahora que nos falta personal.

El amigo de Kal frunce el entrecejo y ladea la cabeza para apartarse la mata de rizos oscuros de los ojos.

—Blue, ¿acostumbras a intimidar a los clientes que pagan?

«Jonas Wolfe. Así se llamaba».

—No la intimidaba. Solo estaba…

Jonas se pasa la mano por la cara y suspira mirándome a mí.

—Tal vez deberías prestar más atención a quién niegas la entrada al bar antes de empezar a insultar su inteligencia. ¿Sabes lo que te haría el doctor Anderson si se enterara de que has llamado estúpida a su mujer y has dado por hecho que iba a ser una fuente de problemas?

El portero, Blue, por lo que parece, me mira de arriba abajo prestándome más atención esta vez. Se detiene un poco más de lo necesario en las piernas, pero enseguida vuelve a mirarme a los ojos, antes de que pueda hacerme sentir incómoda.

Este tío no me pone nerviosa. Mi intuición femenina no me dice que salga corriendo de aquí ni que me mantenga alejada como me pasó con Vincent. Blue es simple y llanamente un gilipollas.

—¿Su mujer? —Jonas asiente con la cabeza y Blue suelta el aire de sus mofletes hinchados poco a poco—. ¿No es un poco joven para él?

—Nadie te ha pedido tu opinión —le espeto, pero Jonas levanta la mano para pedir silencio.

Eso me cabrea todavía más.

—Voy a mataros a los dos —digo en susurros, para mis adentros, y me imagino un final sangriento para ambos.

La imagen me viene a la mente antes de que pueda pensar en ello: violencia, una pared manchada de rojo con sus cuerpos mutilados en el suelo colocados de cualquier forma, esperando a que alguien venga a limpiar sus restos.

Pestañeo para deshacerme de esa imagen y me llevo la mano a la tripa para tapar el calor que se está acumulando en la zona. Ni siquiera conozco a estos hombres; sin embargo, aquí estoy imaginando cómo los ejecuto.

Jonas se echa a reír. Su risa es escandalosa e inesperada. Contrasta fuertemente con la naturaleza callada y reservada de mi marido.

—No deberías amenazar a asesinos, querida. Se toman las amenazas muy en serio.

Estoy cada vez más furiosa. Me llevo las manos a las caderas y enarco una ceja mirándolos a los dos.

—Ya ha quedado claro que este es mi sitio, ¿no? ¿Puedo entrar de una vez?

—Por desgracia, no, aunque claro está que no tiene nada que ver con la forma en que vas vestida. —Al contrario que su empleado, Jonas no me mira la ropa. De hecho, mira por detrás de mí, como si estuviera buscando a alguien—. Llevas la mala suerte escrita en la cara.

—Eso no es cierto.

Asiente con la cabeza, ignorando mis quejas. Me agarra por el codo y me acompaña calle abajo, lejos del bar.

—Sí que es cierto. Es por esa… pureza que provoca tu presencia. Atraes la vileza como las moscas a la miel. ¿Me equivoco, querida?

—Deja de llamarme así.

—Tienes razón. A Anderson tampoco le gustaría que lo hiciera. —Avanza a grandes zancadas y, pese a que no soy nada bajita comparada con la media, tengo casi que correr para seguir su paso —. Te tiene mucho cariño, ¿no? Es como si hubieras conseguido sacarle el palo del culo.

Arrugo la nariz. No me gusta la idea.

—Yo no he hecho nada.

—Me imagino que no ha hecho falta. El chaval lleva años obsesionado contigo. —Se me queda mirando cuando doblamos la esquina. El Dunkin' queda al final de la calle—. Bueno, igual no lleva años. Es más algo reciente, pero, madre mía, le ha dado bien fuerte.

Me ruborizo con las palabras de Jonas y cuando nos detenemos en la entrada de la tienda de donuts, me suelta el brazo y me mira de frente.

—No sé a qué te refieres —le digo encogiéndome de hombros. No quiero que sepa que lo que acaba de decir me ha dejado sin aliento. Me cruzo de brazos por si acaso, no vaya a ser que se me note que el corazón me late desbocado.

—Técnicamente hablando, podría haberse casado con cualquiera, pero te eligió a ti.

—Le hicieron chantaje. Nos lo hicieron a ambos.

Jonas parece divertido con la idea y sonríe, dejando a la vista dos hileras de dientes artificialmente blancos y relucientes. Me recuerda a un lobo, como el que lleva en su apellido, Wolfe, que acaba de cazar la cena y no ha aprendido que no se juega con la comida.

—Cierto. Se me había olvidado ese detalle. —Carraspea. Se mete la mano en los bolsillos de la chupa y aprieta los labios—. Aun así, Elena. Piénsalo. ¿De verdad se puede chantajear tan fácilmente a un hombre como él?

Me traicionan los nervios, que se entremezclan sin sentido y se extienden como veneno por mis entrañas.

—No lo sé…

La verdad es que fue lo que pensé cuando se acercó a mí y exigió mi mano después de haber matado a Mateo y dejarme sin elección.

No es que eche de menos a Mateo. Pero sí que me pareció sospechoso.

Entorno los ojos al amigo británico de Kal. Doy un paso atrás y él vuelve a reírse con una risa tan desinhibida y contagiosa que me hace sentir nostalgia.

«Hace semanas que no oía reír a nadie».

—No digo que no lo forzaran a hacerlo —dice Jonas encogiéndose de hombros—. Lo que quiero decir es que tuvo que haber algo más. Tendría que averiguar si hay alguien por ahí que tenga la versión completa.

Cuando se da la vuelta dejándome sola frente al Dunkin' para regresar al bar, me quedo allí parada unos minutos, preguntándome qué hacer con la información que me acaba de dar. ¿Debería preguntarle a Kal sobre ello o debería ir a buscar a Violet, como tenía pensado? Al final no hago ninguna de las dos cosas. En su lugar entro en el Dunkin', me pido un Long John y me siento a una de las mesas metálicas de la terraza, dispuesta a olvidarme de mis problemas hasta que termine de comer.

27

Kal



Apoyo la cabeza en las manos y me aprieto los ojos con la palma hasta que se forma un caleidoscopio de color. Siento un dolor punzante en la sien que me está volviendo loco mientras repaso la lista de posibles direcciones de IP que encuentro en el USB del culpable. Me enfurece la incapacidad de Ivers Internacional para dar con el responsable.

Esta mañana temprano ha aparecido un tercer USB con otro vídeo de baja calidad que no puedo atribuir a mi sistema de seguridad de última generación, sino a una grabación externa.

Lo ha traído Marcelline con el correo. Cuando lo he conectado a mi ordenador, me he encontrado con la prueba, en blanco y negro, de cómo le mostraba mi alma a mi esposa, desnudos en el océano.

Comparado con los otros vídeos donde nos habían pillado en actos libidinosos, este me pareció más íntimo, más revelador, con un objetivo más claro.

Todavía no he conseguido desentrañar el motivo de su aparición. Si su propósito fuera desenmascararme ante la prensa por alguno de los delitos de los que he salido airoso, ya los habrían filtrado. No

parece obra de Rafael. Su forma de extorsionarme ha sido más violenta y menos pública. Atacar a su propia hija y tratar de asustarla no le ha funcionado, pero, aun así, no creo que le diera un volantazo tan drástico a su estrategia. El relato que han impuesto a la prensa les hace parecer víctimas. Esta evidencia fotográfica de Elena disfrutando conmigo los contradice. Si alguien se hiciera con uno de estos USB, su relato perdería toda la credibilidad.

Me arrellano en la silla del despacho y me quedo mirando pensativo el techo abovedado unos minutos. La casa está en silencio. Elena se ha retirado al dormitorio con una copia de *Una habitación propia* de Virginia Woolf, que compró en la única librería que hay en la isla.

Por primera vez en mucho tiempo, meto la mano bajo el escritorio, la paso por encima de la pistola que guardo allí a la altura del muslo y despego la Polaroid que hay en la parte inferior.

No tiene nada que ver con la foto arrugada de Violet que llevo en la cartera. Esta la cojo tan pocas veces que sigue en perfecto estado, con los bordes rectos y los colores un tanto desvaídos por el paso del tiempo. Si no fuera por eso parecería que se acababa de hacer.

En ella aparece mi madre sentada en una cama de hospital, con un pañuelo rosa que le cubre la cabeza porque había empezado a perder el pelo tras una nueva sesión de quimioterapia. Yo estoy sentado en una silla de plástico a su lado, observándola con la mirada aterrada de un niño que no llega a comprender del todo que ella se está desvaneciendo poco a poco de su vida.

Está sacando una cucharada de pastel de chocolate de un vaso de plástico con la vista puesta en quien estaba sacando la foto, aunque su sonrisa me la dedica a mí. Incluso allí sentada mientras su propio cuerpo la devora, intenta darme ánimos, decirme que todo

irá bien.

«Así es el amor de madre», solían decir las enfermeras, porque mantener el buen humor mientras luchas contra una enfermedad terminal no lo hace cualquiera, año tras año, día tras día. Sin embargo, ese era su objetivo: hacerme ver el lado bueno de las cosas.

Era fuerte, decidida. Jamás la vi llorar, aunque a menudo escuché sollozos cuando iba al baño o cuando caía dormido a su lado. Pero siempre se había enjugado las lágrimas antes de que pudiera verlas, como si así fuera a dolerme menos, como si hacer que no decayera mi ánimo fuera lo más importante de su vida.

Todo lo que hizo lo hizo por mí. En lo único en lo que podía pensar yo era en lo injusto que era que hubiera enfermado.

Hacía muchísimo tiempo que no me permitía sentir dolor al ver su amplia sonrisa. Y me siento profundamente avergonzado porque no puedo evitar pensar en la decepción que sentiría mi madre si se enterase de la vida que llevo.

—Parece que hubieras visto un fantasma.

La voz de Elena me arranca de mis pensamientos y doy un respingo. Me pongo recto de golpe cuando entra en el despacho. Se acerca a mí y se sienta en mi regazo antes de que se lo pida. Como si supiera que es ese su sitio.

Se queda mirando la foto y luego me mira a mí, como esperando a que diga algo.

—Es mi madre —digo con una sonrisa frágil—. Murió cuando yo tenía trece años.

Me rodea el cuello con el brazo y junta su cabeza con la mía.

—¿De cáncer?

—Carcinoma lobular invasivo —digo asintiendo levemente. Siento una punzada en el corazón al decirlo, como si me lo acabaran de

seccionar por la mitad—. Cuando la diagnosticaron, lo llamaron «crecimiento anormal» en el seno izquierdo. Creo que les costó admitir que era ese tipo de cáncer porque era muy joven.

Como si me hubiera alcanzado un rayo, siento un dolor agudo en el pecho que me traspasa el corazón. Treinta y dos años. Esa era su edad cuando murió.

Me doy cuenta de que pronto habré estado en este planeta más tiempo del que estuvo ella. Eso me deja destrozado, hurga en una herida que creía ya cerrada, aunque el tipo de dolor que siento, la forma en que se abre la herida y vuelve a sangrar, dice lo contrario.

—Es guapa —dice Elena con suavidad, sacándome de la espiral descendente de mis pensamientos sin siquiera intentarlo. Observa la foto con ternura, sin percatarse de la tormenta que se está formando en mi cabeza, satisfecha porque comparto con ella uno de los secretos de mi vida.

No me atrevería a hacerlo con ninguna otra persona. Jamás me habría traído a nadie a vivir a mi casa y mucho menos habría desnudado mi alma en su presencia.

No soy un jugador. No me gusta dejar mi vida en manos del azar, pero hay algo en esta mujer que hace que quiera arriesgarlo todo.

—Ella fue quien hizo que me interesara por la poesía de pequeño. Siempre estaba leyendo a Shakespeare y citaba a Chaucer como si fueran las Sagradas Escrituras. Le habrías encantado.

Le aparto el pelo de los hombros. El siguiente pensamiento no lo comparto con ella, lo guardo en las profundidades de mi alma, a donde pertenece: «¿Me habría querido a mí?».

—Eso es cierto. Es muy fácil quererme —se ríe Elena.

El sonido de su risa me traspasa el alma, como si me hubieran clavado un cuchillo romo y me hubieran atravesado la carne y los huesos hasta llegar al otro lado.

Me inclino hacia delante y saco la cartera del bolsillo de los pantalones para enseñarle la foto que guardo allí. Es una foto pequeña que robé de la graduación de Violet y que he guardado todos estos años como recordatorio de que existe alguien ahí afuera que podría tener una relación conmigo, pese a que mi padre no estuviera interesado.

Resulta que ella tampoco quiere saber nada de mí.

Elena se yergue y se acerca para verla mejor.

—¿Quién es?

Lo dice con brusquedad, nada queda del tono juguetón que ha empleado hace un momento. Sonrío y la estrecho entre mis brazos, intentando empaparme de sus celos.

—Mi hermana.

—¿Tu hermana? —Parpadea con el ceño fruncido—. Esa es la chica que conocí en la entrada de La Cuadriga Llameante.

—¿Conociste a Violet?

—La encontré de pie junto al bordillo. Dijo que había intentado entrar varias veces, pero no lo había conseguido. —Ladea la cabeza y estudia la foto con más detenimiento, perdida en sus pensamientos—. Supongo que ahora entiendo por qué se ofendió tanto cuando le dije que no sabía quién era. ¿Qué tipo de mujer no reconoce a su cuñada?

—La que no sabe qué aspecto tiene.

—Genial, Kal. Ahora piensa que soy una gilipollas.

—Bienvenida al club.

Hace un mohín y me aparta el brazo del cuello, dejándolo caer sobre su regazo y arrellanándose contra mí.

—¿Hay más familiares secretos de los que no sepa nada?

Me hace dudar. Me viene la palabra «abuelo» a la punta de la lengua, pero me la trago. No estoy preparado aún para abrir la caja

de Pandora. Además, no me ha preguntado por los muertos.

Se ha percatado de mis dudas y entorna los ojos. Sonrío a ver si así interpreta el silencio como una distracción causada por ella.

Le pongo las manos en las costillas y las subo hasta rozarle la parte baja de los pechos con los pulgares a través del pijama de seda azul cielo que lleva puesto.

—Violet tiene dos hermanos, pero no los conozco.

Gime al sentir el contacto y se vuelve a mirarme los dedos mientras continúan su ascenso. Le cubro los pechos con las manos y aprieto hasta que ahoga un grito.

—Sé lo que intentas.

—¿Disfrutar de mi esposa? —digo. Dejo la foto sobre el escritorio y acerco la cabeza al cuello para rozarle la piel con los dientes.

Me deja morderla, pero no cierra los ojos.

—Violet me dijo que nunca hablabas de ella.

—Así es. —Elena se tensa sobre mi regazo, yergue la espalda y yo suspiro, me aparto y bajo la mano—. El hombre que ayudó a crearme, si quieres llamarlo así, acababa de traer al mundo a su primogénito cuando tuvo una aventura con mi madre. Estaba casado y no quiso saber nada de mí. Pensé que cuando Violet creciera tal vez fuera más fácil conectar con el resto de la familia si conectaba antes con ella. Pero no quiere saber nada de mí.

«Aunque eso no me ha detenido».

—Vaya, Kal…

Hay algo en su tono que consigue exasperarme más de lo que ya estoy. Exhalo con brusquedad y le llevo las manos a la garganta. Se queda sin aliento, atrapada por mis manos, que no la dejan respirar, y se me despierta la polla al sentir que tengo su vida en mis manos.

—No sientas lástima, pequeña. No es lo que quiero. —Cambia de postura, frotándose contra mi empalmada. Incluso a través de las

capas de ropa puedo sentir lo húmeda que está—. Si quieres darme algo, si quieres hacer que me sienta mejor, ofréceme ese coñito tan dulce.

La mirada de Elena se ha vuelto vidriosa, aunque no sé si es de tristeza o de deseo. Se libra de ella de un parpadeo y baja la barbilla para mirarme a través de sus espesas pestañas.

—Vale —dice mientras se da la vuelta para sentarse a horcajadas sobre mí, y empieza a girar las caderas sobre mi polla—. Lo que necesites, Kallum. Es tuyo.

Más tarde, después de haberla llenado con mi polla, se queda tumbada sobre el escritorio jugueteando con el tirante roto del pijama observando el techo.

—¿En qué piensas? —Le pregunto mientras dibujo círculos con los dedos en su piel sensible, manchándola con mi semen. Agradezco que se esté tomando la píldora para poder marcarla de esta forma cuando quiera.

Yo estoy de pie a su lado, con la polla colgando entre las piernas, vacía. A ninguno de los dos nos apetece abandonar la tranquilidad de la habitación.

Se me queda mirando, pensativa.

—Estaba pensando en Ariana y Stella; en la suerte que tengo de haber crecido con mis hermanas.

Ya sé que no era esa su intención, pero el comentario me arranca de golpe los puntos que mantenían la herida cerrada, haciendo que el dolor vuelva a inundarme.

—Las echas de menos —señalo mientras bajo el brazo.

Asiente con la cabeza.

—Siempre. Ari tiene pronto un recital y me está matando tener que perdérmelo. —Me mira de reojo como si estuviera comprobando mi reacción. Procuro que no se note mucho lo que pienso—. No es

que no esté disfrutando de Aplana. En serio, está siendo extrañamente refrescante, pese a que vivo recluida.

—No estás…

Se ríe y dobla las rodillas mientras niega con la cabeza. Parece que se ve forzada a hacerlo, lo que me preocupa.

—No pasa nada. Ya me he acostumbrado a este síndrome de Estocolmo. Es solo que también echo un poco de menos mi antigua vida.

Hago rechinar los dientes mientras contemplo el espacio vacío en una mesita donde solía haber un retrato de su familia en el que también salía yo. ¿De verdad voy a decir lo que mi cerebro desea? Las palabras se forman en mi boca sin darme tiempo a pensar en las señales de alarma y salen disparadas antes de que pueda contenerlas.

—Entonces iremos a Boston.

28

Elena



Cuando saqué el tema de mis hermanas lo último que me esperaba es que Kal me ofreciera ir a visitarlas. Me da la sensación de que llevar a tu rehén a la gente que la está buscando contradice las leyes elementales de los secuestros. Por otro lado, nunca he formado parte de una situación como esta, así que ¿qué sabré yo?

Marcelline me ayuda a hacer la maleta. Saca la ropa en silencio del armario y la mete en la maleta abierta. La observo mientras lo hace y jugueteo con el diario que tengo en las manos. ¿Debería llevármelo?

Antes de llegar a la isla, escribir era una actividad tan natural para mí como respirar. Era la forma que tenía de canalizar la inspiración que me despertaban los poemas y los libros que leía, ponía negro sobre blanco cualquier idea que se me ocurriera o anécdotas ficticias sobre mi vida.

No he abierto el diario desde que llegué aquí. Pese a la tranquilidad que se respira en la casa, no me ha llegado la inspiración. A primera vista, el Asfódelos parece el lugar perfecto para escribir, aunque resulta extraño crear nada en un lugar que

parece rebosante de muerte y oscuridad. Igual es por eso por lo que no lo he intentado.

—¿Qué opinas, Marcelline? —Levanto el diario y lo giro para que pueda ver la cubierta de piel rosa—. ¿Debería retomar mi antiguo pasatiempo?

Dibuja una mueca mientras se enrolla un mechón de su cabello rubio rojizo en el dedo. Nuestra relación hasta ahora se ha basado en que yo le lance alguna palabra sin venir a cuento y ella esquive la bala, haciendo caso omiso de mis comentarios cuando Kal no está presente.

—¿A qué pasatiempo te refieres? —pregunta con voz ronca, como si no la usara con frecuencia.

—Escribir. —Me siento a los pies de la cama y hojeo el diario, mostrando mi letra ordenada en cada página.

—¿Qué escribes? ¿Cuentos? ¿Poemas?

Me da tanta vergüenza la pregunta que me arden las mejillas.

—Las dos cosas, supongo. Solía escribir a todas horas, lo que horrorizaba a mis padres. Querían que me centrara en ser una buena anfitriona y en las labores del hogar. La verdad es que me he olvidado un poco de ello desde que llegué a Aplana.

Asiente con los ojos muy abiertos.

—Sí, la isla tiene ese efecto en la gente. Cuando llegas aquí es como si tu identidad se evaporase. Algunos lugareños lo llaman el efecto «Triángulo de las Bermudas» de Nueva Inglaterra. Tuve una tía que decía que en Aplana había una magia ancestral que sustituía la naturaleza de las personas por la de la isla.

—¿Tú te crees eso?

—No. Lo que yo creo es que es muy fácil olvidarse de todo en cuanto pones un pie en la arena. —Marcelline se encoge de hombros y señala el diario—. Más aún cuando estás ocupada enamorándote.

El calor que me ruborizaba las mejillas se extiende ahora por el esternón hasta instalarse en las entrañas. Me inclino hacia delante para guardar el diario en el bolsillo delantero de la maleta en un intento de mostrarme impasible ante su comentario, pese a que el corazón me late con tanta fuerza y tan rápido que temo que se me vaya a salir por la boca.

—Voto por la arena —digo con rapidez para aplacar la sensación desagradable que siento en las entrañas.

Marcelline borra todo gesto de su rostro y asiente con la cabeza. Después mete la última camiseta en la maleta.

—Sí —conviene cerrándose en banda como todas las veces que trato de hablar con ella—. Tienes razón.

No la vuelvo a ver hasta que nos vamos de la casa. Antes de montarme en la limusina, me dirijo al huerto y le susurro palabras relajantes al jardín, que sigue sin brotar. Contemplo el trozo de tierra yermo y suelto un suspiro, sin saber muy bien qué decir.

—Todos los blogs que he leído recomiendan hablarles a las plantas. Juran que tiene un efecto positivo. Incluso mi hermana Stella dijo que podía ser beneficioso, a pesar de que no hay datos científicos que avalen esa teoría. Y es superlista, así que seguro que sabe de qué habla. Por eso estoy aquí. De momento. Vamos a hacer un viaje a Boston, pero cuando vuelva espero que el jardín haya florecido, ¿vale? —«Si Mamma me viera ahora, me acusaría de brujería y me quemaría en la hoguera»—. Lo entiendo —les digo con la esperanza de que me oigan los bulbos bajo la tierra—. Tenéis miedo de lo que os vais a encontrar en la superficie. Allí estáis calentitos y cómodos. Os sentís seguros. Es normal sentir miedo, no es fácil reunir el coraje necesario para dar un salto de fe, pero no os podéis esconder para toda la eternidad. Al final no queda otra que aferrarte a las oportunidades que se te presentan y confiar en que el

universo sepa lo que hace. —La esperanza se me acumula en el pecho como si estuviera en una tubería atascada, pero no la dejo salir. No quiero hacerme ilusiones—. «*Abril es el mes más cruel*» —añado, citando *La tierra baldía* de T. S. Eliot como si las flores fueran a apreciarlo—. «*Cultiva lilas en la tierra baldía, mezcla recuerdos y anhelos, salpica las raíces inertes con la lluvia primaveral. Ha llegado la hora*».

Al darme la vuelta, veo a Kal merodeando por la puerta trasera, observándome con una expresión inescrutable.

—¿A tu jardín le gusta T. S. Eliot? —me pregunta divertido.

—No te rías —digo mirando al cielo, percatándome de las nubes espesas que se arremolinan sobre el océano—. El amor es capaz de devolverle la vida a cualquier cosa, y en mi opinión nada lo expresa mejor que la poesía.

Se queda callado cuando paso por su lado en dirección a la entrada, donde está aparcado el coche. Marcelline nos espera en el asiento delantero.

El avión de Kal despega con lluvia, lo que no ayuda a mitigar mis nervios cuando nos montamos en él. En cuanto hemos ascendido y nos podemos levantar y mover por el avión me desabrocho el cinturón de seguridad y me marcho al dormitorio. Me meto bajo las lujosas sábanas intentando olvidarme de lo que ha dicho Marcelline antes.

—No me conoce —digo entre dientes—. No es ella quien decide si me estoy enamorando. —Me detengo a reflexionar. «¿En qué momento se convierte en algo más una obsesión?». Probablemente cuando empiezas a sentir que eres correspondida.

«Si tú estás celosa, yo soy un puto psicópata».

Doy un bufido e intento olvidarme de lo que me dijo empujándolo a un lugar recóndito de mi mente, como hago con todo

lo que no quiero recordar.

—Eso sería descabellado, ¿no?

Alguien carraspea en la puerta y me pongo tensa. Siento el miedo recorrerme el cuerpo. Me apoyo sobre el codo y miro a Kal, que está apoyado en el quicio de la puerta con una copa de Martini llena de un líquido rojo.

Noto mariposas en el estómago al ver su hermosa cara llena de malicia. Trago saliva a ver si así desaparece la nube que me nubla el pensamiento.

—¿Hablando sola otra vez? —pregunta entrando en el dormitorio y colocando el vaso sobre el aparador que hay encima de la cama. Por unos segundos, no hace mención de meterse en ella conmigo, y me inunda una sensación de temor. ¿Cuánto habrá oído?

—Soy una acompañante estupenda —digo sacando el hombro de debajo de las sábanas.

—Eso no lo puedo negar. —Vuelve a coger la bebida y me la ofrece—. Le he pedido a Marcelline que te prepare esto. Pensé que te ayudaría con tu miedo a volar. No me preguntes qué es porque no tengo ni idea. Lo único que sé es que lleva sirope de granada porque le he pedido yo que lo use.

Observo la bebida con la ceja enarcada.

—¿Tienes sirope de granada en el avión?

—Ahora sí. —No aparta la mirada de la mía; irradia fuerza, atrevimiento, descaro. Todo lo que siempre he deseado ser yo lo demuestra él sin siquiera intentarlo.

—Sabes que todavía no he cumplido los veintiuno, ¿verdad? —bromeo para disipar un poco la tensión que hay entre nosotros.

—«Vejez, a ti te desafío» —dice citando a Shakespeare mientras me invita a coger el vaso con un gesto. No estoy segura de si es consciente de lo que acaba de hacer ni si se ha percatado de la

forma en que ha cambiado el ambiente y ha reescrito el código genético de mi ADN.

Igual está tan acostumbrado a escribirme poemas que no le saben diferente al salir de sus labios. Tal vez para él no signifique nada.

—Tus plantas acabarán saliendo —dice al cabo de un rato mientras recorre con el dedo el culo del vaso.

Me cubro la cara con las manos.

—Así que me has podido oír desde ahí afuera. Qué vergüenza.

—No deberías sentirla. Me gusta escucharte. El contexto me da igual. Me da igual si es el sonido de la respiración cuando duermes a mi lado, cuando recitas poemas a tu jardín o esos sonidos que haces cuando te corres con mi polla dentro. —Se inclina hacia delante y me roza con la nariz—. Quiero oírlo todo.

Con el corazón en la garganta latiendo tan fuerte que no consigo oír nada más, le cojo la bebida y le doy un trago. En ese mismo instante, mientras el líquido dulce se desliza por mi garganta refrescándome donde su mirada me calienta, lo sé; lo siento en la boca del estómago, en el tejido del que está hecha mi alma, lo sé: estoy enamorada de mi marido.

Cuando aterrizamos en Boston, lo último que me esperaba es que nos estuvieran aguardando todas las cámaras de la ciudad a la salida del aeropuerto. Parecen desesperados por conseguir una exclusiva de la primerísima imagen de la chica secuestrada por el doctor Muerte.

No sé cuál es el motivo. Tal vez porque la gente de Aplana no le dio crédito a la noticia o no le importó, pero la verdad es que no se me pasó por la cabeza que la gente estuviera salivando por oír mi

versión de los hechos.

Kal baja detrás de mí las escaleras del avión sin separarse mucho de mi lado. Nos recibe un equipo de seguridad. El que lo lidera, de piel cetrina y con el cuello tan grueso como el tronco de un árbol, saluda con una inclinación de cabeza a Kal en cuanto nos acercamos.

Veo los flashes de las cámaras detrás de las puertas de cristal. Me marean aunque no aparte la mirada de mis zapatos. Por primera vez desde que me fui de Boston llevo puestos los Louboutin rosas, a juego con un vestido corto de terciopelo y encaje negro de Givenchy que jamás me habría atrevido a ponerme si siguiera viviendo con mis padres. O con Mateo. La parte de arriba es escotada y la de abajo apenas me llega a mitad del muslo, así que lo habría considerado «una invitación».

Una parte de mí esperaba que Kal se hubiera opuesto a que fuera así vestida, o al menos que intentara meterse debajo de la falda, pero cuando he salido del baño del avión ni siquiera se ha percatado del cambio.

—Lo mejor que podemos hacer es abrirnos paso por el medio —dice el guardia de seguridad—. Hay un coche esperando en el aparcamiento. Tiene instrucciones de llevarnos a casa de los Ricci.

Me quedo mirando a Kal y pestañeo perpleja.

—¿Vamos a ir primero a casa de mis padres?

Me mira desconcertado.

—Claro. Para eso hemos volado hasta aquí.

Siento mariposas en el estómago, un enjambre que hace que levanten el vuelo todas a la vez. Me abrazo el costado intentando ignorar la sensación.

El rostro de Kal se endurece y pide un segundo a solas conmigo.

—Elena, ¿qué ocurre?

Noto el miedo recorriéndome el cuerpo de arriba abajo, me quema la piel solo de imaginarme lo que pensarán de mí mis padres. Ahora que hemos vuelto a la ciudad, siento la necesidad de que me den su aprobación, pese a que ninguno de los dos se merece ese honor.

—No es nada —digo, y niego con la cabeza.

Se le marcan las líneas en las comisuras de los ojos al fruncir el ceño. Da un paso hacia mí y me coge por la nuca y me levanta un poco la barbilla para que lo mire a los ojos.

—No me mientas, pequeña. No me dejes al margen cuando yo no he hecho eso contigo.

«Eso no es del todo cierto», pienso, aunque haya compartido conmigo más de lo que habría esperado. Tal vez debería conformarme y ser feliz con lo que tengo.

—Es solo que no me imaginaba que iba a verlos tan pronto.

—¿No quieres verlos? Por lo que sé, tus hermanas todavía viven con ellos.

—No, no pasa nada. En serio. —Bato las pestañas con ganas de cambiar de tema—. Supongo que creía que íbamos a pasar algo de tiempo a solas antes.

—Hemos estado a solas en el avión.

Pongo los ojos en blanco y miro por el rabillo del ojo a la multitud que nos rodea y que pulula a nuestro alrededor sin prestarnos atención, de espaldas a los cristales.

—Me refería a esto —digo bajando la voz y la mano, con la que le rodeo la polla.

Se le tensan los dedos y me tira de las raíces del pelo mientras gruñe.

—Ten cuidado con lo que pides, pequeña. Puede que incline tu cuerpo sobre las escaleras del avión y te folle delante de toda la

ciudad.

Solo pensar en ello hace que me estremezca, excitándome.

—¿Qué te impide hacerlo?

Da un paso hacia mí atrapándome la mano entre nuestras pelvis y sonriendo con picardía. Alarga el cuello y me roza la oreja con los labios, provocándome un escalofrío.

—¿Quieres que miren mientras te follo? ¿Quieres que les demuestre hasta qué punto se equivocan al pensar que soy el doctor malvado y tú mi cautiva? ¿Que no solo participas de buen grado en todo esto sino que estás desesperada, que necesitas mi polla, y que cada noche me suplicas que me corra dentro de ti?

¿Es eso lo que quiero? ¿Que la gente vea como me folla, reclamándome como suya, marcándome?

—Todos los hombres se pondrían furiosos conmigo por estar contigo. —Se le entrecorta la voz, como si se estuviera dejando llevar por la fantasía—. Y las mujeres también. Se volverían locas por el hecho de que hubieras conseguido lo que ninguna consiguió. Lo único que les quedaría sería mirar.

—Joder —exhalo. Se me escapa antes de que pueda detenerme. Noto el pulso en la entrepierna. Con esa palabra se lo he confirmado todo. Era lo que necesitaba oír.

Da un gruñido antes de separarse, dejándome fría e insatisfecha, ahogándome en la necesidad que tengo de él. Se le ensancha la sonrisa, que muestra sus dientes perfectos, los mismos que hunde en mi piel. Después, me limpia la comisura de los labios donde se me cae un poco la babilla.

—Les ofreceremos un buen espectáculo —me promete acariciándome la nuca—. Solo hay que esperar un poco. Primero son los negocios.

Asiento con la cabeza y lo sigo hasta donde nos aguarda el

equipo de seguridad, perdida en los pensamientos que se van conformando en mi mente, coagulándose, para demostrarme que he perdido totalmente la cabeza por este villano.

29

Kal



Me muero de ganas de abrir de piernas a Elena en el asiento trasero de este coche de alquiler, pero no me parece la mejor idea cuando estamos a punto de ver a sus padres.

Parece que se ha tranquilizado un poco una vez que hemos dejado atrás a los paparazzi y reporteros, cada uno de ellos ansioso por ser el primero en contar la historia de su regreso. Aparentan sentirse aterrorizados y la llaman a gritos sin caer en la cuenta de que soy yo quien está a su lado, su enajenado secuestrador, escondido tras una bufanda gruesa, un gorro de lana y unas Ray-Ban.

Hemos mantenido una breve charla en el jet sobre qué decir si por casualidad oía alguna de las preguntas que le lanzaban. Lo mejor era no contestar o decir «sin comentarios» si era imprescindible hacerlo. Pese a eso, la ansiedad me reconcomía mientras salíamos del aeropuerto Logan, expectante por si Elena perdía los nervios. Por si se giraba hacia las cámaras y confirmaba su relato; por si les decía que no solo la secuestré, sino que la forcé a casarse conmigo después de asesinar a su prometido.

No deja de ser cierto, pero aun así… Por algún motivo parece ser la única que no me lo echa en cara. ¿A quién le iba a importar que asesinara a un cabrón maltratador que habría intentado matarla después de la boda? Especialmente cuando averiguara que no era virgen. Tampoco importa que, al hacerlo, mi objetivo fuera protegerla a ella y comprar mi libertad.

Cuando les muestras los huesos del monstruo, el público en general se cree cualquier cosa que les cuentes sin indagar mucho en ello. Los han alimentado a base de mentiras y, como son demasiado estúpidos para pensar por sí mismos, a nadie se le ocurre preguntar por qué su sopa sabe a veneno.

—Ariana dice que Mamma sigue empeñada en que vuelva a casa —dice Elena tras un largo silencio sin dejar de revolverse en su asiento.

Le miro el sujetador (rosa, como los zapatos de tacón con los que me encantaría que me rodeara la cintura ahora mismo), que se transparenta a través del vestido de encaje, y hago un ruido inclasificable con la boca, intentando que no se me note demasiado cuánto desprecio a esa mujer.

Han pasado demasiadas cosas entre nosotros como para contárselo a Elena. Mi pasado con Carmen Ricci quedará enterrado para siempre en la tumba a la que lo tiró ella y yo seguiré arrepintiéndome de que ocurriera toda la vida.

Como sucede con la muerte, el fin de una relación es inexorable. El fin de los fines. Un final en estado puro.

«Espero que ella permita que siga enterrado».

—¿Te plantearías… mudarte a Boston?

Miro a Elena a los ojos, que me observan con curiosidad. Me froto la rodilla con el pulgar y ladeo la cabeza, fingiendo que me lo planteo.

—¿Mudarnos del todo?

—Sí. Ya sabes, convertirte en un auténtico bostoniano. Hablar con ese acento tan típico —dice imitando el acento y riéndose por cómo lo ha exagerado. Percibo un rayo de esperanza en su mirada.

—¿No te gusta Aplana?

Le cambia la expresión del rostro, que se queda congelado.

—No es que no me guste, pero…

—Entonces prefiero no volver a escuchar lo desesperada que estás de largarte de allí —le suelto. No me ha dado tiempo de calibrar las palabras antes de hablar, y se interponen entre nosotros, tajantes.

Echo la cabeza hacia delante y me pellizco el puente de la nariz, suspirando. Alargo la mano por el asiento hasta la suya, pero la aparta, colocándola en su regazo.

—Joder. Ya sabía que volver era mala idea. Tienes que entender que…

—No hace falta que te expliques. Ha quedado muy clarito. No volveré a sacar el tema.

Cuando me vuelvo a mirarla, la veo levantar la nariz y girar la cabeza con toda la intención.

—Elena —digo a punto de perder la paciencia. El coche se detiene y aparca en la calle, enfrente de la casa de los Ricci. La piedra marrón de la fachada se ve deslucida por el paso del tiempo y la acción del sol—. No es eso lo que quería decir.

—¿En serio? ¿El gran Kallum nosequé Anderson ha hablado sin pensar? Pensé que no hacías eso.

Entrecierro los ojos, tratando de disimular la risa que me provoca su enfado, que no se note que me han entrado todavía más ganas de follarla.

—¿Nosequé?

Ahora es ella quien entorna los ojos.

—No conozco tu segundo nombre, porque la verdad es que sigo sin saber nada de ti. Y, aun así, tú insistes en que me quede contigo en tu diminuta isla sin hacer preguntas como si fuera una esclava.

«Eres la única que sabe algo de mí».

—Asher —digo con rapidez. Tenso y destenso la mandíbula. Me desabrocho el cinturón de seguridad y me deslizo a su lado, le cojo el cinturón antes de que pueda quitárselo, dejándola atrapada entre mi cuerpo y la puerta. Me inclino hacia ella y le recorro el muslo con la mano, deleitándome con el tacto suave de su piel impoluta bajo mis dedos callosos—. Mi segundo nombre es Asher.

—Kallum Asher Anderson —susurra. El pecho le sube y le baja en un vaivén, como si le faltara el oxígeno. Me mira a los labios, provocando que se me despierte la polla.

—Mi nombre suena a plegaria en esos labios sonrosados y hermosos —murmuro mientras sigo acariciándole el costado, hasta meterle el pulgar en la boca—. A esa plegaria no me importaría responder.

Me pasa la lengua por la yema del dedo con mirada ardiente. Noto la excitación en el pecho, que se extiende como la yedra hacia el exterior, me rindo al suave gemido que se me escapa.

—No puedo seguir enfadada contigo cuando me miras así —dice con mi dedo todavía en la boca, mientras el rubor le asciende desde el cuello—. No es justo.

—¿Y cómo te miro, si puede saberse? —Subo la mano por su muslo hasta que alcanza el calor sedoso de su entrepierna y le paso los nudillos por el clítoris con suavidad. Ni para venir a Boston se ha puesto bragas.

Carmen se va a subir por las paredes.

Se le escapa un jadeo entrecortado y aletea las pestañas cuando

le meto un dedo en la humedad que se concentra en su carne y le dibujo círculos en el clítoris. Se aferra a mi bíceps y me clava las uñas hasta hacerme daño, y traga saliva.

—Como si lo sintieras de verdad.

Suena como una acusación. Algo que le echarías en cara a alguien en una pelea como prueba de sus defectos. Aunque parece algo peor. Algo de lo que ella debe de haberse percatado y que yo no estoy dispuesto a admitir. Ni siquiera a mí mismo.

El chófer abre la puerta de atrás de mi lado del vehículo y yo me lanzo como un resorte delante de ella para asegurarme de que no la vean, jurando en hebreo al escuchar el asombro colectivo procedente de la multitud.

La cabeza empieza a dolerme incluso antes de oír su voz. Estoy tan enfurecido, me hierve la sangre de tal manera, que suelto a Elena, no vaya ser que se le pegue.

—*Dio mio!* No lleva aquí más que unas horas y ya la está corrompiendo en público. Bonita manera de probar tu inocencia, Kallum.

Elena se pone tensa al oír a su madre llamarme por mi nombre completo. Se baja el dobladillo del vestido y abre la puerta, se desabrocha el cinturón de seguridad, sale del coche y lo rodea por el maletero. La gente vitorea al verla. Todos los vecinos de la plaza Louisburg la reciben con silbidos y gritos de bienvenida.

Me tomo un momento para tranquilizarme, me paso las manos por la cara para regular la respiración. Cuando me doy la vuelta, Elena ha desaparecido entre la multitud, en unos segundos la he perdido de vista.

Pero Carmen sigue al lado de la puerta, observándome.

30

Elena



—*Dio mio*. Has engordado al menos cinco kilos desde que te fuiste.

El comentario de Mamma corta el aire del salón, rebota en las paredes y el mobiliario blancos y se hace un hueco en mi cerebro, donde sus críticas se sienten como en casa.

Ahora que se han ido los vecinos y los amigos de la infancia, que llevaban desde que llegué diciéndome lo felices que estaban de que siga con vida, pese a que he negado mil veces que me secuestraran, nos sentamos todos juntos, incómodos.

La gente se marchó en cuanto dejé de ser una novedad y su curiosidad sobre la isla quedó satisfecha. Mi vida les despierta el mismo interés que antes de que me fuera de Boston.

No me ha sentado demasiado bien ver cómo la gente que conozco desde hace años se aburre al descubrir la verdad sobre mi desaparición. Si hay algo positivo en todo esto es que Kal ya no parece tener tantas ganas de cometer un asesinato en masa ahora que la casa está en silencio. O al menos lo estaba.

Mamma entra en la habitación con un vestido de cola rojo y una

copa de vino blanco en la mano. Se coloca junto a la chimenea de piedra blanca, manteniéndose alejada de nosotros mientras esperamos a que llegue Papà con Ariana y Stella, que al parecer estaban ocupadas con otra cosa.

—Podrías haber intentado vestirte como una Ricci en lugar de ponerte esa baratija —comenta, haciendo una mueca de desprecio al mirar mi atuendo—. Seguro que ha sido un capricho de Kal.

No le contesto. Ya se cansará de insultarme. Ese siempre ha sido su juego: empieza por criticarte antes de pasar a los halagos. La mejor estrategia es esperar.

Mamma bebe de su copa sin apartar sus ojos oscuros de Kal y de mí. Nos mira tan fijamente que a punto estoy de levantarme y cambiar de asiento.

Retuerzo los dedos en el regazo de los nervios que tengo pese a que la cercanía de mi marido me reconforta. «Podemos pasar a los halagos en cuanto quieras».

A Kal no parece afectarle. Se sienta arrellanado en el sofá con el brazo apoyado en el respaldo. Juguetea con mi pelo, haciendo que me ponga más nerviosa. Mi cuerpo quiere más. Siempre quiero más de este hombre.

Nonna, que viste un traje pantalón azul marino, entra en el salón unos minutos después que nosotros despotricando sobre la partida de bridge, donde dice que le han hecho trampas. Se percata de que estoy allí y su rostro arrugado se ilumina con una sonrisa. Camina hasta mí y se agacha para darme un abrazo de oso.

—*Nipotina!* —dice mucho más cariñosa de lo que ha sido nunca. El ligero aroma a alcohol mezclado con perfume que desprende me explica por qué—. A juzgar por lo alicaída que ha estado tu madre estos dos meses, cualquiera diría que habías muerto y que me había perdido el funeral.

Me río, pero suena muy artificial.

—Solo me he casado.

Como si no hubiera estado presente…

—Se parece bastante, ¿no crees? —farfulla. Después se vuelve hacia Kal—. No es mi intención ofenderte, querido. Conozco el tipo de hombre que habita el mundo de mi hijo. Fue mi marido quien fundó el negocio familiar. Sé que pone a prueba cualquier matrimonio.

—A lo mejor sería buena idea no comparar a un completo extraño con los hombres mediocres que te rodean. —Aparta la mirada de ella para fijarse momentáneamente en otra cosa. Lo hace tan rápido que no sé lo que ha mirado—. Te prometo que nosotros no somos así.

Mamma suelta una carcajada sin separarse la copa de los labios.

Nonna lo mira con los ojos entornados mientras se sube el bolso por el hombro.

—Te extrañaría saber la de veces que he oído eso. —Bosteza, se retira el flequillo blanco de la cara y me da unas palmaditas en la mejilla antes de incorporarse—. Voy a retirarme antes de que llegue tu padre. Nos vemos en el recital.

Asiento con la cabeza. La observo desaparecer por el pasillo en dirección a su dormitorio al fondo de la casa.

Mi madre no deja de mirarme y me estoy poniendo de los nervios. Voy a levantarme, pero Kal enreda su mano en mi pelo, aplastándolo contra la nuca. Lo miro por el rabillo del ojo y me acerco un poco para que Mamma no se dé cuenta de lo que está haciendo.

—Está intentando ponerte nerviosa —dice en voz baja para que solo yo lo oiga—. No le des tanto poder.

—Solo me está mirando —susurro.

—Son celos, pequeña. No a todo el mundo le sientan tan bien como a ti.

Hago un ruidito de irritación.

—¿Celosa de qué?

Hace además de contestarme, pero justo en ese momento se abre la puerta y entra Papà con mis hermanas, con los abrigos chorreando agua.

—*Grazie a Dio, Rafael!* —suelta mi madre, derramando el vino al mover la mano hacia el recibidor—. Estáis poniéndolo todo perdido de barro.

Papà farfulla algo en italiano y entra en el salón, preparado para discutir. Se para en seco cuando nos ve a Kal y a mí sentados en el sofá. Casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Elena —dice parpadeando como si no se creyera que soy de carne y hueso—. Estás aquí.

Me levanto cuando noto que Kal me suelta el pelo, aunque deja claro que no le gusta nada la idea entrelazando los dedos por los mechones. Me acerco a mi padre y lo abrazo. Le beso en las dos mejillas de su asombrada y rubicunda cara. En cuanto siento su cálido abrazo me olvido de la última vez que lo vi.

Por un instante, casi podría pasar por alto que arriesgó mi vida al obligarme a casarme por beneficio propio. Dos veces. Casi puedo olvidar que decidió ignorar años de maltrato solo porque quería aferrarse al poder en Boston y necesitaba asociarse con Bollente para conseguirlo.

Podría olvidarlo…, pero no lo hago.

Al separarme de sus brazos, un escalofrío me recorre el cuerpo, un presentimiento que me provoca náuseas, como si estuviera persiguiendo algo que no mereciera la pena ser alcanzado.

Kal se levanta en silencio y se coloca detrás de mí. Me coge por

los hombros y me apoya la espalda contra su pecho. Después le ofrece la mano a Papà con rostro impasible.

Ariana y Stella permanecen bajo el arco que conecta el recibidor con el salón esperando a ver qué ocurre antes de entrar.

—Rafe —dice Kal, saludándolo con una inclinación de cabeza. El gesto resulta un tanto pasivo-agresivo.

Papà no muestra intención de devolverle el saludo e ignora a Kal sin apartar los ojos de mí. Se endurece su mirada con cada minuto que pasamos en silencio. Entonces mis hermanas, que parecen haberse cansado de esperar, entran en el salón riéndose y dando gritos de alegría. Me separan de Kal para abrazarme.

No parece que hayan cambiado en absoluto en las semanas que he pasado fuera. El pelo castaño de Ariana parece un poco más claro y se le ven más las pecas de la cara con la llegada de la primavera. Stella sigue llevando sus gafas de montura gruesa, su expresión familiarmente afable en su carita redonda.

—Vale, ya es oficial. Hemos pasado demasiado tiempo sin verte —dice Ariana. Se aleja un poco y me coge por los bíceps para mirarme bien—. Tienes que contarme de dónde sale ese brillo que tienes, E. Seguro que es toda esa «vitamina D» que recibes.

Sube y baja las cejas, sugerente. Pongo los ojos en blanco y me suelto. Mamma está resentida y se aleja de la chimenea para acercarse a nosotras y no perderse detalle.

—Ariana, por favor. —Bebe y la mira fijamente—. ¿Es esa forma de hablarle a tu hermana?

—¿Qué pasa? ¿No puedo alegrarme de que por fin le estén dando un buen repaso?

Papà carraspea.

—*Che palle, Ariana.* Vigila esa lengua.

Se mofa por lo bajo, se gira hacia mí y empieza a juguetear con

las puntas de mi pelo.

—No sé cómo lo han conseguido, pero se han vuelto todavía más estirados desde que te marchaste —susurra Stella mientras se sube las gafas por la nariz—. ¿Cómo si no iban a interpretar estos dos robots sin alma el papel de padres afligidos? —dice hablando un poco más alto.

—¿Tan mal se han portado? —pregunto mientras miro por encima del hombro de Stella a Papà, que camina hasta la mesita que hay cerca de la puerta, saca un puro y lo enciende. Jamás le había visto hacer eso fuera de su despacho.

—Las cosas no andan bien —dice Ari, quien se frota los brazos con las palmas de las manos—. Papà casi nunca está en casa. Stella cree que tiene una aventura.

Stella suelta el aire de golpe y mueve la cabeza de un lado a otro, haciendo que se le escapen mechones del moño.

—Yo no dije eso. Dije que me sorprendería que no la tuviera, que no es lo mismo que acusarlo directamente.

—Sea como sea, yo estoy segura de que la tiene —dice Ari—. Ya sabes que Mamma no lo hace con él desde la aventura que tuvo ella.

Casi se me sale el corazón del pecho. Con esa frase ha conseguido derrumbar todo mi mundo. Miro a mi madre y luego a mis hermanas tratando de procesar lo que acabo de oír.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Ariana y Stella se miran, incómodas, como si estuvieran tratando de decidir qué contarme. Stella agacha la mirada y se fija en mi anillo de diamantes por primera vez. Se olvida de lo que iban a contarme y se centra en él.

—Jesús, María y José —dice acercándose mi mano a la cara—. Es enorme.

—Seguro que no es lo único grande que tiene…

—Ya basta —grita mi padre, que se acerca y agarra a Ariana de la muñeca, retorciéndosela para alejarla de mí.

Me vuelvo a mirar a Kal, que sigue de pie, en silencio, con las manos en los bolsillos del traje. Le tiembla un poco el párpado, que es el único indicio de que le molesta lo que está ocurriendo.

—Ya he pasado bastante vergüenza con vosotras dos —dice Papà, que sale de la habitación con Ariana—. Ve a esperar en el tejado al padre Sabino y a tu madre. A lo mejor ellos consiguen encauzarte.

Sus palabras me encogen el corazón y noto la ansiedad acumulándose en el estómago. «¿Qué significa eso?».

—¿Que vaya al tejado? —Lucha contra él mientras la arrastra hasta la escalera—. ¿Qué van a hacer allí conmigo? ¿Tirarme?

—No seas tan dramática, Ariana. Tienes suerte de que no te meta en un convento después de todo lo que has hecho.

Sus gritos resuenan en las paredes, rebotan en el techo y vuelven a nosotros hasta desaparecer en el silencio. Stella se revuelve incómoda mientras mira por encima del hombro a mi madre.

Mamma da un paso adelante y coloca su mano sobre el hombro de Ariana con un suspiro. Es el tipo de consuelo que me habría ofrecido a mí hace unos meses, pero ahora no aparece por ningún lado, pese a las historias que me han contado de cómo me ha echado de menos todo este tiempo.

Cuando se acerca a Stella aprovecho para apartarme y me acerco a Kal. Encuentro consuelo en su cuerpo fornido y el aroma a canela y whisky que desprende.

Mamma se da cuenta de lo que hago y me mira con los ojos entornados.

—Stella, *carina*, ¿por qué no subes arriba y te pones a estudiar? ¿No tenías que escribir un ensayo para la clase de historia?

Cómo no. A Mamma le encanta esconder a Stella tras la apariencia del rendimiento académico cuando lo que sucede es que no la considera lo suficientemente interesante para dejar que se quede. A Ariana se la llevan porque reclama demasiada atención y a Stella la mantienen en secreto porque no reclama la suficiente.

Mientras que yo parezco haber encontrado el equilibrio perfecto. Mi único propósito era mantenerlas a las dos alejadas del abuso que podían llegar a ejercer nuestros padres.

El nudo que tengo en el estómago es un recordatorio de que no lo he hecho demasiado bien.

Stella se ríe.

—Ojalá. —Duda un instante y me mira como si no estuviera segura de si debe dejarme sola.

—Tu hermana seguirá aquí mañana —le dice mi madre dándole un empujoncito en dirección a las escaleras—. Vamos, vete.

Me da un abrazo que casi me deja sin aire y desaparece por la misma dirección que Papà y Ari. Durante un rato solo se oye el sonido de sus pasos. Después se escucha un portazo y nos quedamos a solas los tres, sumergidos en ese silencio.

31

Kal



Dejo que el silencio que embarga el salón de los Ricci me entre por los poros, apreciándolo mientras dura, consciente de que Carmen es especialista en hacer que todo salte por los aires. Si los corazones fueran de cristal, lo que queda del mío serían esquirlas afiladas imposibles de recomponer.

Sus ojos redondos pasan de Elena a mí, como el péndulo que rompí días atrás, mientras se decide a quién atacar primero. Se me ha formado un nudo en el estómago de la tensión, que me roba el aire de los pulmones.

—¿Por qué no os sentáis? —sugiere Carmen señalando hacia el sofá del que nos acabamos de levantar.

Su voz suena como uñas arañando una pizarra. Cierro la mano en un puño sin apartarme de Elena, muriéndome de ganas de hacer que desaparezca ese sonido para siempre.

—No, gracias. —Iba a decir lo mismo, pero es Elena la que habla, consiguiendo escandalizar a su madre.

—¿Kallum ya ha echado a perder los modales perfectos de mi niñita inocente? —dice Carmen, fulminándome con la mirada—.

Siéntate, *bambina*. Muéstrale respeto a tu madre.

—¿El mismo respeto que has mostrado tú por mi matrimonio contando mentiras a la prensa?

Carmen frunce el entrecejo y se queda callada unos instantes. Casi puedo ver el mecanismo de su cerebro puesto a funcionar, buscando la forma de darle la vuelta a la tortilla para mostrarse como la víctima. Tiene ese brillito especial en la mirada, el mismo que cobraba vida cada vez que se presentaba en la casa que alquilé tras cumplir los dieciocho, lloriqueando con restos de rímel en las mejillas, suplicándome que la perdonara por mostrarse débil con su marido.

Siempre decía «Las niñas necesitan a su papà» o «Me perseguirá hasta matarme si me marcho». Nunca decía la verdad: que jamás había tenido intención de dejar a Rafael. Quería estar en misa y repicando.

Jamás debería haberme sometido a sus gilipolleces. No era mi cometido aguantar la culpa de una mujer mucho mayor y mucho más experimentada que yo. No debería haber sido su segundo plato. No era más que un crío, joder. Pero cuando eso es lo único que conoces, cuando la manipulación forma parte de tu aprendizaje, es difícil romper el círculo.

—No sé lo que te habrán contado tus hermanas sobre mi reacción a tu… caótica boda, pero estoy segura de que han exagerado. —Carmen se sienta en un sillón lleno de cojines y cruza las piernas, inclinando el tobillo estratégicamente para que se le vea pierna por la abertura del vestido y que parezca más larga de lo que realmente es—. Quizá si hubieras contestado a algunas de mis llamadas o a mis mensajes, Elena, lo sabrías.

—Tengo mensajes tuyos donde me dices que quieres rescatarme —dice Elena mientras se saca el teléfono del escote, donde lo tenía

guardado, y abre los mensajes. Va pasando de uno a otro, leyendo en voz alta cada súplica, cada promesa de Carmen.

—¿Me estás diciendo que mi miedo estaba injustificado? Te arrancaron de tu vida. Mateo está… —baja la voz, pese a que nadie a nuestro alrededor va a decir nada— muerto. Me preocupaba tu seguridad.

—Nunca estuve en peligro. Papà firmó el puto certificado de matrimonio.

Carmen se detiene con la copa de vino levantada y frunce las cejas.

—*Scusi?*

—Dios. ¿No te lo contó? —pregunta Elena.

De repente me siento mareado por primera vez desde mi primer golpe. Carmen traga saliva y me mira a los ojos, dolida. Sigue queriendo culparme a mí.

—Es cierto —digo encogiéndome de hombros, ignorando el dolor que veo en sus ojos. No me afecta.

Deja la copa en la mesita que tiene delante y se lleva los dedos a los labios, perdida en sus pensamientos. Probablemente esté tratando de averiguar cómo utilizar esta información nueva en nuestra contra.

—Eso no es posible —dice al final negando con la cabeza—. Tu padre jamás te permitiría casarte con Kallum.

—Ya, Mamma, pues sí lo hizo. Y en unos días, cuando Kallum se marche de Boston, yo me iré con él —suelta Elena con el cuerpo erguido, como una goma que hubieran estirado demasiadas veces y estuviera a punto de romperse.

Carmen parpadea.

—Eso jamás.

Elena se da la vuelta y sale de la habitación sin darle tiempo a

decir ni una palabra más. Unos segundos después, se oye un portazo que resuena hasta en el techo.

Carmen me mira con desprecio y con los dientes apretados. Se pone de pie, pero yo levanto la mano para detenerla.

—Yo no me acercaría si fuera tú.

—¿Qué vas a hacerme? ¿Matarme? —Se echa a reír mientras se pasa una mano temblorosa por el pelo, sacándose del cuello del vestido unos mechones de pelo que se le habían quedado atrapados —. Buena suerte consiguiendo que Elena te perdone.

Me tiemblan las manos, así que las cierro en un puño y doy un paso adelante. No tengo instinto asesino. Matar para mí siempre ha sido una cuestión de necesidad; una forma de que te respeten tus compañeros. Durante mucho tiempo fue mi medio de vida, pero fuera del código de conducta del mundo de la mafia, que requería pedir permiso antes de asesinar a alguien, no me gusta frivolizar con la vida de los demás. Sería hacer trampa.

Quiero que la gente se merezca morir cuando está en mis manos. Hace que sus súplicas suenen aún más dulces cuando les niegas clemencia.

No hay duda de que Carmen se ha ganado su sitio en el infierno, por lo menos para mí, pero no tengo un buen motivo para liquidarla. Al menos ninguno que los demás vayan a creerse. Que me muera de ganas de hacerlo es irrelevante.

—Ya aprenderá a hacerlo —le digo con una media sonrisa—. Un par de viajes en mi polla y se olvidará de su fría y vengativa madre.

Carmen sonríe, enfureciéndome. Se me ponen los pelos de punta y noto un calorcillo que se propaga por mi cuerpo como un incendio a campo abierto mientras me consume el deseo de rodearle el cuello con mis manos y apretar hasta que se le salgan los ojos de las órbitas.

Me pellizco el muslo para calmarme y me recuerdo que lo está haciendo a propósito.

—No se lo has contado. ¿Me equivoco? —me pregunta con la ceja enarcada—. Estoy de acuerdo en que es una muchacha obediente. Llena de entusiasmo y voluntad, así la educó Rafael. Pero no creo que te perdone haberte acostado con su madre.

La forma en que lo dice da a entender que yo quería hacerlo. «No tenía ni puta idea de lo que hacía».

—Díselo y te rebano el cuello.

Chasquea la lengua, se da la vuelta y camina hasta el sillón. Coge la copa, echa un trago y se sienta cruzándose de piernas.

—Eso te encantaría, ¿no?, pero los dos sabemos que no lo harás. Conozco esa mirada, Kallum. Elena te importa. Es más, te importa lo que piense de ti y los dos sabemos que una vez que lo sepa no habrá marcha atrás.

Como no lo niego, porque para qué voy a decir nada si ella va a pervertir mis palabras, se ríe, echando la cabeza atrás como si fuera todo una puta broma.

—Bien. —Vuelve a beber de la copa y se limpia la boca con la mano—. Será mejor que hables con ella antes de que lo haga yo.

Pienso en cómo matar a Carmen Ricci de tres maneras diferentes con todos sus detalles antes de salir de la casa dispuesto a encontrar a Elena. Está en el asiento trasero del SUV haciendo *scrolling* en el teléfono y quejándose de su madre a Marcelline. La ventanilla está un poco bajada, tal vez para refrescar el ambiente en el interior del coche ahora que ha parado de llover, y me detengo a escuchar antes de abrir la puerta.

—… en serio, se comporta de esa forma tan mojigata todo el tiempo, y hoy va y me dice mi hermana que ha tenido una aventura… ¿Qué cojones? Mi madre se escandaliza cuando los

hombres llevan calcetines cortos porque según ella es poco recatado y ¿luego va follando por ahí? ¿Y se atreve a juzgarme a mí?

Suelta un suspiro mientras Marcelline sigue sentada en silencio, como siempre, interrumpiendo la historia de Elena con algún que otro «ajá».

Agarro el manillar de la puerta y la abro. Mi esposa está reclinada en los asientos con los pies apoyados en la ventanilla de enfrente mirando la pantalla del teléfono. Echa la cabeza hacia atrás para verme del revés.

—¿Sigue viva? —La pregunta se me clava como un puñal en el pecho.

Carmen tiene razón: «Jamás me lo perdonaría».

—Vivita y coleando —digo mientras deslizo las manos bajo su espalda y la incorporo lo justo para sentarme debajo de ella. Se limita a gruñir mientras soy yo quien hace el esfuerzo. Relaja el cuerpo, que se amolda al mío en cuanto la suelto.

Suspira y deja caer las manos, apoyando el teléfono en el pecho.

—No ha ido como yo esperaba.

Le enredo los dedos en el pelo, con ganas de más.

—Lo sé.

—Supongo que es culpa mía. Esperaba demasiado. —Se le entrecorta la voz al final, y coge una bocanada de aire. Se da la vuelta para ponerse de cara al respaldo—. ¿Tu madre era normal?

—Todo depende de cómo lo mires. ¿Quién es normal?

Elena masculla algo entre dientes, cierra los ojos y roza con la nariz en el asiento de cuero.

—Bueno, lo mires como lo mires, mi madre está como una puta cabra.

Me echo a reír. Me tomo un segundo antes de responder. El anhelo que siento en el pecho se ha convertido en un dolor sordo,

atrevido, del que no me puedo librar. No puedo dejar de preguntarme lo que Elena pensará de mí.

Un rato más tarde, alguien llama a la puerta del apartamento que hemos alquilado para estos días. Elena está dormida, respirando profundamente, como si estuviera soñando, así que salgo de la cama con cuidado de no despertarla.

Al abrir la puerta no me sorprende encontrarme a Rafe fumando un puro pese a la señal de PROHIBIDO FUMAR que hay en el pasillo. Supongo que hay cosas que no cambian.

Nos quedamos allí de pie un buen rato mirándonos a los ojos hasta que cede y entonces empieza a hablar. Siempre cede él.

—¿No me vas a invitar a pasar?

—No —le contesto impasible.

Hace una mueca y se retira el puro de la boca, echando una nube de humo en mi dirección.

—Solías ser más respetuoso con la jerarquía. Solías entender que yo soy el jefe, no al revés.

—No eres mi jefe, Rafe. Eso es todo. Lleva siendo así meses. No he estado recabando información para ti ni he curado a ninguno de tus chicos. Ya no trabajo para ti.

—No es así como funciona esto —suelta señalándome con lo que queda del puro—. No lo dejas como si nada solo porque tú lo hayas decidido. Hay que seguir un protocolo. Hay juramentos que no se pueden romper.

Me encojo de hombros.

—Suena a problema familiar. Envíales mis condolencias.

—Te sacaste la carrera de Medicina gracias a mí. Yo te mantuve alejado de las calles. Deberías estarme muy agradecido.

—Estoy agradecido de que fueras tan estúpido como para no mantener a tu hija alejada de mí, y ahora es mía. Para siempre. Pero eso es todo lo que tengo que agradecerte.

—No eres tan invencible como piensas, Anderson. No te olvides de que eres quien eres gracias a mí.

Sonrío y llevo la mano a la puerta para cerrarla. Ya he escuchado bastantes gilipolleces por hoy.

—No lo pienso olvidar.

Maldice entre dientes mientras cierro la puerta. Me quedo allí unos segundos por si vuelve a llamar. El Rafe de antes jamás habría tolerado algo así sin pelear. Tal vez se esté haciendo viejo. O a lo mejor ha planeado algo peor.

«No puede ser peor que lo que he planeado yo para él».

Vuelvo a la cama y me meto bajo las sábanas apoyando el codo en la almohada para mirar a mi esposa. Le aparto un mechón de pelo sudoroso de la cara. Me llega un mensaje de texto al teléfono: Violet acaba de rechazar la última transferencia que le he hecho.

—El orgullo precede a la caída —murmuro para mis adentros.

Entro en la aplicación del banco que abrí a través de Ivers Internacional y cancelo todas las transferencias que había ordenado a su cuenta. Después le envío un mensaje al abogado que lleva la herencia de mi abuelo y le cuento que estoy en Boston y que quiero reunirme con él para disolver el fondo de inversiones.

32

Elena



Al día siguiente quedo con mis hermanas y Lorenzo, su guardaespaldas, para tomar un *brunch* en un restaurante de categoría que hay en el puerto. Por unos instantes parece que todo siguiera igual que antes.

Se sientan a la mesa enfrente de mí. Ariana lleva el pelo recogido en un moño y una camisa azul claro con las mangas abotonadas hasta el codo, mientras que Stella se mete el pelo en el cuello abotonado. Se inclinan sobre el plato mientras Ari me da todos los detalles sobre un escándalo hollywoodiense que le ha hecho sombra a mi «gran regreso».

—… lo único que digo es que los tíos a los que se les llena la boca con los derechos de las mujeres acaban siendo los primeros en ser acusados de agresión sexual. Son demasiado buenos para ser de verdad.

Stella suelta un bufido, escupiendo trozos de huevo.

—No te creerás la historia de esa chica, ¿no? ¿Se conocen una noche en Nueva York y él ya no puede vivir sin ella? Es una don nadie de Maine y él es un dios del rock. ¿Por qué iba a elegirla a

ella?

Ari le lanza un trozo de *bagel*.

—Elegí creer a la víctima, idiota.

—En América, se es inocente hasta que se demuestre lo contrario —contesta Stella, negando con la cabeza—. Y no actúes como si no hubieras cantado lo último de Aiden James hasta la semana pasada. Te oigo en la ducha.

Nos comemos los huevos a la benedictina, una cantidad ingente de beicon de pavo, y lo regamos de interminables copas de sidra achampanada antes de sacar el tema de Mamma. Soy yo quien lo hace.

—Fuisteis vosotras las que me dijisteis que estaba descorazonada —las acuso mientras señalo a Ari con el tenedor—; que quería que volviera a casa.

Ari se encoge de hombros mientras muerde un trozo de queso danés.

—Y lo estaba. Lo juro. Hubo días en que ni siquiera salía de su habitación. No entiendo por qué se comportó de esa forma tan grosera contigo ayer.

—Tal vez esté celosa —sugiere Stella, encogiendo sus hombros huesudos.

Es la segunda vez que oigo lo mismo en las últimas veinticuatro horas y no me hace nada de gracia que la gente vea algo que yo ni siquiera me imagino.

—¿Celosa de qué?

—No sé. —Stella me mira a través de las gafas con los ojos entornados y haciendo una mueca—. Elige lo que te parezca. Ya conoces a mamá. Imagínate verte encerrada en una vida por culpa de tu familia y no poder escapar jamás. Cuando estás atrapada lo estás para siempre.

—Todas estamos atrapadas en la misma vida.

—¿De verdad lo estamos? —Stella se quita las gafas y se las coloca en la cabeza—. ¿No te has pasado los últimos meses siendo la cena y el postre de tu increíblemente peligroso e inquietantemente atractivo marido en una isla alejada del drama de los Ricci?

Empujo con el tenedor los restos de huevo con el ceño fruncido.

—No he estado de vacaciones. He…

Me paro a mitad de frase al darme cuenta de que mis hermanas no conocen los detalles de mi matrimonio con Kal. No sé lo que les habrán contado mis padres, así que decido contárselo todo yo, a ver si así me libro de este peso que llevo sobre los hombros.

—Alguien nos grabó a Kal y a mí la primera noche que pasamos juntos.

Ari se ríe disimuladamente.

—Que sea la primera implica que ha habido una segunda y una tercera…

Stella le pasa el brazo por el cuello a Ari y le tapa la boca con la mano.

—Eso ya lo sabemos. A Papà le faltó tiempo para contarnos a todas que Kal te había seducido. Tampoco es que necesitaras empatía a los ojos del público. Se supone que te había secuestrado.

Eso me cabrea, aunque decido pasar de ello. Suelto el tenedor.

—Vale, a ver. La gente que nos grabó chantajeó a Papà y a Kal. Supongo que les convenía que me casara con él…

Pestañeo y me quedo mirando el mantel dorado que cubre la mesa al darme cuenta de que no conozco muy bien los detalles del asunto. Me sacudo esa sensación extraña de encima y prosigo con la historia.

—Como sea. No conozco los detalles. La cuestión es que alguien

nos forzó a los dos a casarnos. Podemos culpar a Kal por no hacer las cosas de la mejor manera posible, pero los dos somos víctimas en esto.

—¿De verdad lo sois? —pregunta Ari, quitándose la mano de Stella de la boca—. Entiendo que ese sea el motivo de que os casarais, pero… ¿por qué continuar con el matrimonio? —Coge una fresa de su plato y se la mete en la boca—. No tienes pinta de víctima.

Abro la boca para contestarle antes incluso de que haya terminado de hablar, pero enseguida me arrepiento y acabo por reclinarme en el asiento con el rabo entre las piernas.

Stella cambia enseguida de tema, antes de que pueda responder a Ariana, y comienza a hablar del taller de física que hizo en Harvard durante el verano. Su cerebro de quince años se ha cansado de hablar de matrimonio. Ariana no me quita ojo durante el resto del brunch, en silencio, sin perder detalle. Me pregunto si se habrá percatado de lo que estoy intentando tapar con total desesperación.

La verdad.

Las cenas en casa de mi familia solían ser todo un acontecimiento.

No sé si era por nuestros orígenes italianos o porque era la única comida que hacíamos con Papà. Lo que sí sé es que, después de haber usado platos de papel todo el día, Mamma siempre sacaba la vajilla buena y cocinaba como para alimentar a un ejército.

Cuando volvemos a casa de mis padres la noche del recital, la cena se presenta como un asunto íntimo; está lejos de ser el festín que solía ser.

Kal y yo salimos a la terraza por la cocina, comentando que las lucecitas que han encendido nada pueden hacer contra los

rascacielos que se ven a lo lejos. La mesa está vestida con la porcelana de la boda de Mamma. Parece que intenta aparentar que su compañía es exclusiva y que solo hay asientos para siete comensales.

No recuerdo ni una sola vez en la historia de esta familia que nos hayamos sentado a la mesa menos de ocho personas. Si no era un grupo de compañeras de clase cuyos padres aún no sabían a quién pertenecía la casa a la que habían sido invitadas, eran otros parientes. Hasta vinieron a cenar diplomáticos en una ocasión. Tuvimos que vestir nuestras mejores galas y lucir nuestras sonrisas más artificiales para que Papà pudiera fingir que los negocios iban bien.

Que no haya comida en abundancia me pone un poco nerviosa, y me detengo en el umbral. No sé si deberíamos continuar con esto o hacer las maletas y volver a casa; seguir viviendo en nuestra burbuja.

Desde el avión, no me he podido sacar de la cabeza lo que siento por Kal, y no me deja pensar en nada más. Vivo, respiro y hasta sangro por este hombre.

No estoy segura de que tenga sentido. No le cuento lo que siento por si este hombre secretamente destrozado decidiera no seguir con el matrimonio. También me asusta lo que significaría que sí quisiera.

Kal se detiene delante de mí, como si hubiera intuido que ya no voy a su lado. Se da la vuelta con el ceño fruncido y se coloca frente a mí.

—¿Elena?

Niego con la cabeza intentando disipar la niebla que me empaña el cerebro, como si la ansiedad se hubiera convertido en vapor y hubiera encontrado acomodo en mi cuerpo.

—Yo… no me encuentro del todo bien.

Se queda callado unos instantes. Pestañea hasta que es precisamente su mirada lo que me incomoda. Finalmente se pasa la mano por el traje negro y mira por encima del hombro a mis hermanas, que cuchichean un poco más allá.

—¿Quieres que nos marchemos?

Me mordisqueo el labio, pensativa. Siento el peso de la culpabilidad sobre los hombros. ¿Cómo es posible que este lugar y la gente que hasta hace poco anhelaba me parezcan ahora mismo una cruz?

—Solo tienes que pedírmelo, pequeña, y te llevo de vuelta a Aplana antes de que vuelvas a respirar. —Se acerca unos centímetros a mí y me dice con voz ronca—: Imagínate lo bien que nos lo podríamos estar pasando.

Casi le digo que sí. Sería sencillísimo fingir que me siento mal y dejar que Kal me lleve adonde el resto del mundo deja de existir. Entregarnos el uno al otro como si lo nuestro no estuviera condenado.

Pero sería demasiado fácil. Mamma no me dejaría marcharme como si nada después del espectáculo que montó la primera vez. Sería capaz de quemar todo Boston con tal de tenerme bajo su ala; una muñequita a la que poder vestir y manipular para siempre.

Por eso, en lugar de aceptar su oferta, niego con la cabeza mientras estiro la espalda hasta que se oye un crujido.

—Te he hecho venir hasta aquí. Lo justo es que llegue hasta el final. ¿No crees?

Se pone serio y veo que tiene un tic en el ojo.

—No me has obligado a venir. Lo he hecho porque…

—La cena está servida.

Uno de los cocineros de mis padres empuja un carrito a través

de las puertas batientes, con un plato del horno que mantiene cubierto. Nonna y Papà entran detrás de él. Papà se sienta en su lugar habitual, a la cabecera de la mesa. Lo normal es que mi Mamma se siente justo enfrente y que los demás encontremos acomodo en los asientos restantes, pero Kal camina hasta el final de la mesa y ocupa el sitio de Mamma.

Stella y Ariana levantan la cabeza y se quedan petrificadas. Noto el calor de sus miradas puestas en mí, pero yo no puedo apartar la vista de mi marido. Tengo el estómago tan tenso que me sube la bilis, provocándome una quemazón en el pecho.

«Dios, va a ser una noche muy larga».

Nonna se sienta al otro lado de Stella en silencio y le da unas palmaditas en el codo mientras dice que el *bucatini all'Amatriciana* huele muy bien. Papà y Kal están inmersos en un concurso de miradas, aunque empieza a parecer otra cosa. Hay algo que no me están contando.

Normalmente esperamos a que estemos todos a la mesa para empezar a comer. Como Mamma no ha llegado todavía, los Ricci esperamos sentados bebiendo de nuestras copas y untando de mantequilla el pan. Kal, sin embargo, alarga el brazo al centro de la mesa, retira la campana de cristal de la pasta y se sirve un plato.

Me siento a la izquierda de Kal, despliego la servilleta y me la coloco sobre el regazo. Hablo casi en susurros para que no se me oiga, pero Kal se acerca a escucharme mientras pincha con el tenedor una porción de *bucatini* y se la mete en la boca.

—¿Por qué estás retando a Papà a ver quién la tiene más grande?

—La mía, concurso terminado. —Se mete la punta de la servilleta por el cuello de la camisa y carraspea sin apartar la mirada de mi padre.

Hago una mueca.

—Puaj. ¿Qué os pasa a vosotros dos? ¿No te preocupa lo que opinen los Ancianos de todo esto?

—¿A qué te refieres?

Me encojo de hombros y dibujo un círculo en el aire con la mano.

—Me refiero a esto. Tú echando por tierra un contrato con Bollente Media, casándote con la hija que les prometió a ellos y ahora la evidente lucha por el poder.

—No hay lucha que valga, pequeña. Tu padre no tiene ningún poder. —Por fin se vuelve a mirarme, con esos ojos provocativos. Empiezo a notar un calor en la entrepierna—. El único que ostenta algún poder aquí, sobre todo sobre ti, soy yo, tu marido.

Se me hace un nudo en la garganta al oírle hablar, pese a que sus palabras no dejan de ser una amenaza velada. Su tono, sin embargo, rezuma sexo. A mi cerebro le cuesta procesar todas las sensaciones que le embargan, pero se aferra al sexo. Siento una excitación ya conocida, como si fuera una más de la familia, y se hace con el control, consiguiendo que me olvide de lo que me estaba quejando.

Junto las piernas todo lo que puedo y me revuelvo en el asiento para coger el vaso de agua que tengo delante. Bebo un trago sin apartar la mirada de Kal hasta que Papà carraspea para llamar mi atención.

—*Bambina* —dice Papà con el vaso de whisky delante de la cara —, ¿qué tal va la universidad?

Se me queda la mano paralizada a medio camino y casi me atraganto y se me cae la copa. Doy otro trago para ganar un poco de tiempo mientras pienso qué decir.

—Lo he dejado.

«Vale. No es lo que llamaría librarse de una buena, pero es lo que hay».

Se le abren los ojos de par en par y deja con cuidado el vaso en la mesa.

—*Perché?*

Puedo sentir la mirada de Kal, pero no aparto la mía de Papà.

—Ha dejado de gustarme. No me interesa ser profesora de literatura.

—Ya veo. —A Papà se le ensanchan las narinas y da golpecitos con el anillo en el vaso—. Supongo que no se te ocurrió informar a la persona que se encarga de tu crédito estudiantil de que tendría que devolverlo antes de lo esperado.

Me pongo roja de la vergüenza, noto las mejillas ardiendo. Ariana y Stella no apartan la mirada del mantel, mientras que Nonna se dedica a beberse el vino.

—Qué más da, si te dije desde el principio que la universidad no era para ti. Pero no quisiste creerme. Tenías que aprenderlo a las malas y joderme bien de paso.

Kal se pone tenso a mi lado, y aprieta el tenedor con más fuerza hasta que se le vuelven blancos los nudillos. Alargo el pie y lo coloco encima del suyo como rogándole en silencio que no le clave el tenedor en la garganta a mi padre.

—Lo siento, Papà —digo con suavidad. Verlo tan enfadado solo consigue que vuelva a tener náuseas. Explota como el vapor que se extiende hasta los confines del recipiente y me aferro a la mesa para tratar de controlar el vómito que me sube por el esófago—. No había caído en eso.

—Claro que no. Sigues siendo una niña egoísta e inmadura. —La voz de Mamma interrumpe el tono de reprimenda que hay en el ambiente y, por una vez, me doy cuenta de la maldad que esconden

sus palabras.

Ni siquiera se molesta en disfrazarla. Cuando rodea la mesa con su vestido largo rojo chillón, lo veo con claridad escrito en su cara: la mujer que me ayudó a prepararme el día de mi boda y la mujer que está aquí conmigo ahora mismo no son la misma persona. No se parecen en nada. O tal vez sea yo la que ha cambiado.

Kal se aparta de la mesa de un empujón, haciendo temblar los platos. Lleva escrita la palabra muerte en el rostro y su mirada es furiosa.

—Carmen.

Ella sonríe con la ceja enarcada y se lleva la copa a los labios.

—Venga ya, Kal. Conozco a mi hija. Es igualita a su padre, ¿no crees?

Papà se frota las sienes, suspirando.

—¿Qué estás haciendo, Carmen?

Sentada en la silla junto a él, Carmen ensancha la sonrisa hasta tal punto que parece dolorosa. Hace girar el vino de la copa y gesticula hacia mis hermanas.

—Chicas, ¿por qué no os lleváis a Nonna a su dormitorio para que se eche una siesta? No queremos que se duerma durante la actuación.

Ariana da un resoplido.

—No quiero perderme lo que está a punto de pasar.

Stella le da un codazo y la levanta de la mesa. Se colocan una a cada lado de Nonna, evitando que se caiga por el estupor del alcohol.

—Iba a contártelo —digo mientras devuelvo la copa a la mesa—. Es solo que se me ha olvidado con todo lo demás.

—Ya —dice Mamma reclinándose en la silla—. Es difícil acordarse de quién es tu familia cuando estás muy ocupada abriéndote de

piernas para el primer hombre que finge interés por ti.

Eso me enfurece. Noto la bilis a la altura de la garganta, llena de furia.

—¿Qué hay de malo en eso? Es mi marido.

—Pues que tu padre solamente intentaba alejar a Kallum de mí.

33

Elena



La acusación de mi madre atraviesa el aire como un accidente de coche visto a cámara lenta mientras el mundo implosiona a nuestro alrededor. Se me rompen las costillas del impacto, que se fragmentan en un millón de astillas, que son arrastradas por el torrente sanguíneo. Siento el corazón como un globo que se ha hinchado demasiado y estalla al llegar a su límite mientras busca algún indicio de que lo que acaba de insinuar mi madre sea mentira; una señal que confirme que mi madre solo está intentando irritarme para que me sienta mal por haberla abandonado.

Con los dientes apretados, Kal me mira a los ojos con cautela. Su mirada es inequívoca. Se le han hundido los hombros apenas un milímetro y le tiembla la nuez. Aparto la mirada con rapidez al notar las lágrimas, que me queman en los ojos con su silencio. Es una señal. Una confesión. Aunque no era lo que esperaba.

—*Manache* —refunfuña Papà al tiempo que se dibuja el símbolo de la cruz en el pecho—. Mi decisión no tuvo nada que ver con que te lo tiraras hace diez años, Carmen. *Cristo*.

Mamma chasquea la lengua y le da un buen trago a la bebida.

Le tiembla la mano cuando baja la copa y no puedo evitar preguntarme si estará mezclando pastillas con alcohol, como hacen otras esposas de la mafia, quienes dependen de un cóctel químico para soportar sus miserables vidas.

—Ay, Dios. ¿Acabo de sacar a la luz los trapos sucios de Kallum? Se os veía tan acarameladitos… Pensé que te habría contado lo de nuestra aventura.

«Nuestra aventura».

Esa frase tiene un sabor amargo, como cuando muerdes una fruta que no ha llegado a madurar del todo porque has sido demasiado impaciente para esperar. Solo un día más, un poquito de autocontrol y habrías mordido una fruta jugosa y deliciosa.

Sin embargo, te tienes que conformar con el sabor insípido de tus errores mientras te preguntas por qué el hombre del que te has enamorado ha compartido nada con otra persona. Y mucho menos con tu madre.

Me tiemblan las manos de las ganas que tengo de colocárselas alrededor del cuello y apretar por usar su nombre completo con tanta ligereza. Como si fuera un derecho adquirido. Aun sin saber los detalles de su relación, sé que no se lo merece.

—Ya, solo que ya te dije la otra noche que no sabía nada. —La voz de Kal me traspasa como un cuchillo de acero oxidado al rojo vivo.

—Ah, ¿sí? —Se encoge de hombros tarareando—. Parece que se me ha olvidado. Hablamos de tantas cosas…

No aparto la mirada de la depresión que tiene Kal en la base del cuello, ese hueco por el que he pasado tantas veces la lengua y me humedezco los labios. Me da miedo levantar la mirada.

—¿Cuándo hablaste con mi madre?

Apoya las palmas de las manos en la mesa. Su alianza de boda

refulge en la luz.

—Ya lo sabías. Fue la otra noche, después de que salieras.

—Ah, sí, cuando tan amablemente lo lanzaste a mis brazos abiertos.

—Carmen —suelta Papà al tiempo que se frota la cara con la mano—. ¿Qué coño haces?

—La única manera en que estaría en tus brazos sería si te los hubieran arrancado del cuerpo y echado al fuego —dice Kal retorciendo los dedos—. Y si fuera así, lo haría para buscarte en la ultratumba y llevarte personalmente a las puertas del mismísimo infierno.

Habla con odio, con palabras envenenadas, pero yo crecí con la idea de que el amor y el odio eran dos caras de la misma moneda. La única diferencia que había entre ellas eran las circunstancias. Los miro a los dos alternativamente; la una, una bestia rabiosa dispuesta a destruir a su presa; el otro, un depredador hambriento con ganas de darse un festín. Me doy cuenta de que no sé en qué lado de la moneda está cada uno.

—¿Te acostaste con mi madre? —pregunto. Todavía me cuesta procesar la información.

—Bueno, mucho no dormimos. Ya sabes a qué me refiero —murmura mi madre, riéndose de su gracieta, aunque los demás estemos inusualmente callados, a un solo comentario de la aniquilación total—. Espero que vosotros seáis más cuidadosos con los métodos anticonceptivos porque, déjame que te diga, este hombre es un semental. Ya sabes a qué me refiero. —Se le escapa un hipido, confirmando mis sospechas de que está algo más que borracha. Eso no lo hace menos doloroso—. Uy, perdón. ¿He dicho lo mismo dos veces?

Lo que implica ese comentario queda suspendido en el aire entre

los cuatro, retorciéndome el estómago, que amenaza con verter su contenido. Siento un nudo asfixiante en la garganta. El peso de esta confesión me rodea el cuello con sus garras hasta dejarme sin oxígeno. Ojalá fuera así…

«Creo que voy a vomitar».

—Joder. Vaya zorra estás hecha. —Kal se arranca la servilleta del cuello y la arroja sobre la mesa poniéndose de pie y girándose para mirarme de frente—. Elena, ¿podemos hablar a solas?

Se me va a salir el corazón por la boca. Me late con tanta fuerza que ni siquiera los oigo.

—No creo que quiera ir contigo a ningún sitio nunca más, Kallum. —Mamma salpica con el vino en su dirección y lo mira con odio—. Apártate de mi niñita.

Yo sigo con la mirada puesta en el centro de la mesa sin ver nada, perdiéndome en la luminosidad de las dalias y los lirios. Son las flores que habría querido en mi boda o en mi funeral. Resulta irónico, pues nunca había estado tan segura de que me estaba muriendo.

Pero así es como te sientes cuando te rompen el corazón: como si alguien te metiera la mano en el pecho y te lo arrancara sin preocuparse de usar el instrumental adecuado ni de que la extracción se haga como es debido. Tiran de él y lo retuercen hasta que se suelta, dejando los músculos y tejidos desgarrados, y las venas vertiendo la sangre que ya no tiene adónde ir.

El dolor es visceral, cegador; le echa sal a la herida y retrocede para ver cuánto eres capaz de soportar. Siento la traición recorriéndome el cuerpo, arrasando con todo a su paso. Al mirar a Kal, me doy cuenta de cómo tu opinión sobre una persona puede cambiar cuando obtienes información nueva. Cuando le acaricié las cicatrices, muestra de una vida llena de fechorías, vi a un hombre

atrapado en el cuerpo de un monstruo; cuando vi las fotos de su madre y de su hermana, sentí lástima por el niño que creció solo y que rellenó las grietas de su alma con la poca atención y cariño que pudo conseguir. Ahora solo veo a un mentiroso.

Ni siquiera lo reconozco. Incluso su forma se ha transformado, dando lugar a un ser siniestro mientras lo contemplo en silencio, esperando, todavía y sin mucha esperanza, que niegue lo que está diciendo mi madre; que no he sido su segundo plato, la única opción que le quedaba. Que no ha sido un acto de venganza.

«De nada me sirves muerta, pequeña».

Misterio resuelto…

Separo la silla de la mesa despacio sin apartar la mirada de la copa de agua. Me niego a mirar a nadie, no vaya a ser que pierda los nervios.

—Si me disculpáis —digo impasible—. No quiero llegar tarde a la actuación de Ari.

Siento tres pares de ojos puestos en mí. Siento su sorpresa.

—Elena —dice Papà. Oigo el chirriar de la silla en el suelo al levantarse—. Deberíamos hablar de esto…

Niego con la cabeza y sello los labios. Me da miedo lo que pueda decir si me dan la oportunidad de hablar. Tengo ganas de llorar. Ya no importa cuántas veces lo intente, no se van a marchar de ahí hasta que les preste atención. Desconozco quién dijo que las fases del duelo no se limitan a la muerte, pero tenía razón.

Me doy la vuelta y me meto en la casa. Atravieso la cocina y recojo el bolso y el abrigo que he dejado en el sofá del salón. Casi he llegado a la puerta cuando alguien me agarra de la muñeca y tira de mí hacia atrás.

—No te atrevas a marcharte de casa sin hablar conmigo —suelta Kal, haciéndome girar para que lo mire a la cara—. Nosotros no nos

comportamos de esa forma.

Intento librarme de su agarre con un gruñido.

—Nosotros no nos comportamos de ninguna manera, Kal. No me exijas que te cuente cómo me siento cuando llevas mintiéndome desde que te conocí.

—¿Y cuándo te habría parecido un buen momento para sacar el tema? No se puede estar enterrado en tu coño y decir casualmente que también he visto así a tu madre.

Sus palabras me queman. Son como una bofetada, peor que si me hubiera matado allí mismo. Por lo menos el dolor desaparecería pronto.

—Por suerte para ti, ella no ha necesitado intermediarios y lo ha hecho por ti. Ha solucionado el problema en un santiamén, ¿no crees? —Cojo el pomo de la puerta con la mano que tengo libre y la abro. Vuelvo a mirarlo a la cara—. Suéltame.

Me atraviesa con su mirada, que no se detiene en mi corazón y enciende directamente mi alma. Pero esta vez el fuego que ha iniciado no es agradable. No es de los que te acarician la piel llenándote de calidez. Este fuego quema y te roba el oxígeno: son llamas destructoras.

—No puedo —dice rechinando los dientes, aunque acaba por retirar la mano, que se lleva al pelo—. Joder, Elena. Dame cinco minutos. Te juro que… no es… no es lo que parece.

Una parte de mí quiere hacerlo, se muere de ganas de quedarse y escuchar lo que tiene que decir, pero la ira es más poderosa y se antepone el deseo de hacerle sufrir.

—No puedo.

Ari desciende por las escaleras. Lleva media cara cubierta con maquillaje dorado brillante, completamente ajena a lo que acaba de ocurrir. La alcanzo cuando sale por la puerta.

—¿Te vas ya al teatro?

Asiente con la cabeza.

—Siempre ensayamos los pasos más complicados antes de la actuación.

Mira a Kal y dibuja una mueca. Luego dirige la vista hacia mí.

—¿Quieres venir conmigo?

Asiento con la cabeza y la sigo hasta el coche, que la espera aparcado en el arcén. Dentro está Lorenzo. Cuando me monto en la parte trasera, me giro para echar un último vistazo por encima del hombro y veo a Kal de pie en la puerta, petrificado como una estatua.

Cuando por fin se pone el coche en marcha, doy rienda suelta a los sollozos. Ari se me acerca y me deja llorar en el hombro, aunque no sepa de qué va todo esto.

Siempre me había preguntado qué pasaría si sangrara por una herida abierta y no estuviera él para limpiarla con la lengua, los dedos o con un maletín de primeros auxilios.

Supongo que ya sé la respuesta…

34

Kal



Estoy tentado de salir detrás de Elena; hacer por ella lo que nadie ha hecho nunca por mí. Pero no servirá de nada a no ser que resuelva el problema antes. Pese a la fuerte sensación de que estoy regresando al infierno cuando salgo a la terraza, me abro paso por la furia que me golpea el cerebro y camino hasta mi sitio en la mesa. Me apoyo en la silla acolchada y me quedo mirando unos segundos la pasta sin comer, el vaso que ha dejado Elena sobre la mesa, manchado de carmín rosa.

No hay ni rastro de Rafe, probablemente se haya ido a por otro puro dejándonos a solas a su esposa y a mí. Carmen sorbe de su copa, pasado ya el estado de embriaguez, y se ríe juguetona.

—¿Problemas en el paraíso, *amore mio*?

Aprieto la mandíbula y levanto la cabeza, centrándome en el ruido que hace al sorber. Dejo que avive las llamas que me queman por dentro. Se extienden hasta lo inimaginable, tanto que me burbujea la piel de las ganas de violencia.

—Dame una razón para no abrirte en canal aquí mismo —digo en un susurro con cuidado de no desvelar lo cabreado que estoy.

Esta gente, como se entere de que te molesta algo, lo usa contra ti.

Todo esto es culpa mía.

—*Dio mio*, qué mal se te ha dado siempre flirtear.

Deja la copa en la mesa y se lleva la mano al tirante del vestido rojo para recolocárselo, pero enseguida se detiene y deja caer la mano como si se lo hubiera pensado mejor.

Me mira con ojos seductores. Se gira e inclina el hombro bronceado como si tratara de engatusarme. Me aferro a la silla hasta que las uñas se me rompen de la presión que ejerzo. Controlo las ganas de reírme en la cara de esa zorra. Sé que solo conseguiría darle alas.

—Una razón, Carmen. —Acerco la mano a la cinturilla trasera del pantalón y desabrocho la funda de la pistola. Acaricio con los dedos el cañón metálico, le quito el seguro y la amartillo al tiempo que le apunto con ella—. Ni siquiera tiene que ser creíble, pero más te vale pensar rápido si no quieres que decida yo por ti.

Ni siquiera se inmuta, como si no fuera consciente de que yo no amenazo en vano. Se acaba recolocando el tirante en el hombro de un latigazo y yergue la espalda mientras me mira impasible.

—No vas a matarme, Kallum. Si hubieras querido hacerlo, lo habrías hecho cuando me pillaste en la cama con otro.

Siento punzadas en el costado, como si me estuvieran rajando la piel de nuevo tras haber conseguido atravesar la emboscada. En mi propia casa. Era de una familia rival, de Southie. Si no me hubiera pillado por sorpresa encontrármelos en la cama no habría tenido tanta ventaja sobre mí. Pero uno no se espera que la gente que le importa le traicione delante de sus narices.

Recuerdo el dolor lacerante donde me clavó el cuchillo. Pensé que había llegado mi hora. Por aquel entonces no llevaba mucho tiempo como asesino a sueldo y la tortura no formaba parte de mi

proceder cuando mataba para Ricci. Por eso, cuando me clavó el cuchillo y empezó a removerlo en mi interior, me sentí conmocionado por el tormento que me causó.

Me desperté en mitad de la operación. Me habían trasladado al hospital más cercano después de que alguien alertara a la policía de mi estado. Les preocupaba tanto la pérdida de sangre y las posibles lesiones en el hígado y el bazo que nadie se preocupó de limpiarme la herida ni el músculo roto que acabarían dejándome esa cicatriz en el costado.

También recuerdo el dolor tras la intervención. Lo llamaban dolor fantasma. Me dijeron que puede que los sienta toda la vida, mucho tiempo después de haberme curado. Dijeron que había tenido suerte, que un ángel de la guarda estaba observándome, porque habían conseguido reparar el bazo pese a la gravedad de la herida. Era mi décimo noveno cumpleaños.

Jamás me sentí afortunado. Nunca en mi vida, ni con los innumerables escarceos con la muerte, he sentido que me sonriera la suerte. Hasta que llegó Elena.

Con Carmen me sentía enfermo. Nunca llegó a contarme por qué me había traicionado, aunque supongo que lo hizo porque podía. Porque no hay mejor manera de joderle la cabeza a alguien, sobre todo cuando te percatas de que se está alejando de ti, que hacerle creer que ya no te importa si vive o muere.

Era precisamente eso, el no saber, lo que me dejó enganchado durante años. La mujer a quien admiraba, en quien buscaba consuelo, me manipuló y me traicionó, y nunca supe por qué lo había hecho. Me utilizó, se aprovechó de mi inocencia para luego dejarme tirado.

Con el tiempo decidí que ya no importaba. Estaba feliz de que me hubiera abandonado, aunque hubiera salido trasquilado.

La silla cruje con la fuerza de mi agarre al combarse a mi antojo la madera escondida tras el tapizado.

Controlo mis gestos, apretando los dientes para contener la ira que se está desatando como un ciclón en el pecho y amenaza con hacerme perder el control. Levanto el brazo y le apunto con la pistola a la frente.

—Podemos subsanar ese error ahora mismo. No quiero tropezar dos veces en la misma piedra.

Ella traga saliva, observándome con los ojos vidriosos.

—Elena jamás te perdonaría que mataras a su madre. Ahora está dolida, pero sabe quién ha estado siempre ahí para ayudarla. Siempre elegirá a su familia antes que a un extraño.

Suelto el respaldo de la silla y rodeo la mesa poco a poco sin dejar de apuntarle con la pistola.

—Ya me la has quitado, así que esa estrategia tuya con la que intentas asustarme ha dejado de funcionar, ¿no crees? ¿De qué me sirve que me perdone si no va a calentar mi cama ni mi polla por las noches?

Carmen suelta un resoplido con cara de asco.

—Ya veo que sigues siendo igual de vulgar y repugnante.

Me acerco un poco más a ella mientras acaricio el gatillo con el dedo índice.

—¿Sabes lo que es vulgar? La cantidad de veces que le he pedido a tu hija que se ponga de rodillas y la he contemplado mientras se ahogaba con mi polla en la garganta; la forma en que le he abierto la piel y he chupado su sangre, tantas veces que tengo su sabor grabado en las papilas gustativas.

Me detengo a su lado, levanto la pistola a la altura de su frente y la presiono contra su sien.

—¿Sabías que el dolor la excita? Nunca me mira como si

estuviera enfermo o hubiera perdido la cabeza o fuera un monstruo. Te apuesto a que si la dejara preñada ahora mismo no se libraría del problema ni me haría sentir como si hubiera hecho algo mal. La adulta eras tú. Yo no tenía ni puta idea de lo que hacía.

—Ay, por favor. Tú nunca fuiste un crío, Kallum.

La ira no me deja pensar con claridad. Todavía no me puedo creer que esté diciendo todo esto en voz alta, cuando hasta hace no mucho era incapaz de admitírmelo a mí mismo.

—¿Quieres saber por qué lo hice, Carmen? ¿Entiendes por qué la elegí a ella? —Carmen se humedece los labios con rapidez; le aparecen gotas de sudor en la sien, en la zona donde el arma le toca la piel—. Porque está tan jodida de la cabeza como yo.

—No hables así de mi hija.

Rompe el silencio un estallido breve, como el chasquido de un látigo. Carmen grita y se sobresalta en su asiento. Incluso tras darse cuenta de que he disparado con el cargador vacío, sigue chillando. El ruido estridente me irrita los nervios ya de por sí crispados.

Baja las manos y se aferra a los brazos de la silla. Echa la espalda atrás tanto como se lo permiten los confines de su asiento para alejarse de mí. Teniendo en cuenta su situación, no le da para mucho, aunque aprecio su esfuerzo. Hace que todo esto se asemeje más a un ajuste de cuentas que a una conquista.

—Hablaré de mi esposa como me dé la puta gana. ¿Sabes cuál ha sido la mayor infamia de la noche, Carmen? —Le doy unos segundos para contestar, pero se queda callada—. Ha sido lo que has hecho tú. Y si no me importara tanto tu hija ni me preocupara cómo le afecta todo esto, ahora mismo estarías en las profundidades del río Charles por joderlo todo de una forma tan estrepitosa.

—Lo siento —lloriquea. Se derrumba a la primera, como siempre ha hecho. Es un milagro que Elena tenga agallas—. No fue… —

Suelta un suspiro tratando de recomponerse—. Estaba enamorada de ti, Kal, y no supe cómo enfrentarme a ello. Te tenía miedo.

Sus palabras llegan hasta los recovecos más recónditos de mi mente, lugares que he mantenido ocultos, en estado latente, desde nuestra relación, si se puede llamar así. Por un lado, temo que se reaviven los viejos sentimientos, esa sensación de logro juvenil, confusa e inmadura, que sentía cuando me prestaba atención.

Pero lo único que hizo fue hacer que un crío se sintiera querido para después dejarlo hecho añicos. Ahora solo me siento vacío. Dejo que ese sentimiento de vacuidad arraigue en mi corazón y se extienda por el resto de mi cuerpo, y me doy cuenta de algo: puede que me quisiera, pero yo jamás la quise a ella.

Perderla nunca me hizo sentir como si me hubieran arrancado los miembros del cuerpo o como si me hubieran chupado la sangre hasta dejarme seco; no me provocó una sensación de soledad como no había sentido nunca. Jamás me hizo sentir como si hubiera pasado mis días como pecador y cuando por fin saboreaba un pedacito de cielo viniera alguien a arrancármelo de las manos.

Solo Elena es capaz de conjurar esos sentimientos. Se necesita a una persona amable, cálida. No se trata de lanzar fuegos artificiales a capricho; se trata de encender las llamas y alimentarlas con pasión y empatía y, en mi caso, con el toque justo de oscuridad.

Es precisamente esa bondad innata en Elena lo que hace que su pérdida sea insoportable. Sin ella me falta la mitad de mi alma, existo sin un objetivo a la espera de que la tierra me reclame de la misma forma que hice yo con otros.

Unos meses atrás, cuando la obligué a aceptar mi mano, ni siquiera sabía que me faltaba algo en la vida. No era consciente de que deseaba tener a alguien que equilibrara mis fuerzas, alguien que descorriera las cortinas y arrojara un poquito de luz con la condición

de que yo pudiera pintarla también a ella con mis sombras.

Solo lleva fuera unos minutos y no puedo centrarme en otra cosa que en su ausencia. La angustia repta por mi columna vertebral dejando un rastro de llagas ensangrentadas, que empeoran a cada segundo que pasa sin que salga tras ella.

Carmen sigue llorando; lágrimas de cocodrilo le humedecen las mejillas. Bajo el arma y niego con la cabeza.

—Me alegro, Carmen, pero llega una década tarde. Y, si te soy sincero, ni siquiera me interesa que me des una explicación. Tampoco quiero tu amor. La única que lo merece es Elena, porque ella es la única a quien le importas.

Echo la muñeca hacia atrás y le apoyo el cañón de la pistola en el pómulo. Me regodeo en el estampido que produce el disparo. Ella chilla y se lleva las manos a la cara mientras se atraganta con su propia saliva.

—Espero que te sirva de lección —le digo mientras me marcho—. Estás viva porque no me importas lo suficiente como para matarte.

Ella continúa chillando mientras yo me paso la mano por el pelo y la dejo allí fuera. Entro en la casa con la sensación de haberme quitado un gran peso de encima. Rafael está apoyado en la escalera cuando cruzo la cocina. Una voluta de humo le asciende hasta la cabeza.

—El disparo de advertencia ha sido involuntario, supongo.

No lo pregunta, simplemente lo afirma como si la respuesta fuera obvia.

Me meto las manos en los bolsillos y subo un hombro haciendo creer que no me importa.

—Parece que ya sabes la respuesta.

Suelta un gruñido y le da una calada al puro mientras me observa.

—Acabaré con la historia del secuestro si me pagas lo que me debes.

Pestañeo de la incredulidad. Casi me echo a reír. Me vuelvo a colocar la pistola en la parte trasera de los pantalones.

—Yo no te debo absolutamente nada. Ni siquiera creo que exista nadie a quien le sigan interesando tus cuentos.

—El contrato que perdí por tu culpa con Bollente me ha costado un cuarto de millón. Clausuré el negocio con los Montalto en King's Trace y vendí todo lo que quedaba, pero la única oportunidad que tenemos de sobrevivir a esto, al chantaje, a los cobradores de morosos, a los federales que empezarán a meter las narices en el negocio en cuanto se den cuenta de que he dejado de pagar a la policía para que miren para otro lado… necesita financiación, Kal. Ni se te ocurra pensar en joderme con esto también.

Avanzo en dirección a la puerta con una sonrisa, sin parar, cuando alarga el brazo para agarrarme y detenerme. Es mucho más bajo que yo, así que me libro de él solo con levantar un poco el brazo.

—El problema de tu oferta, Rafael, es que me importa una mierda lo que les ocurra a las empresas Ricci. Si consiguen sobrevivir a esto, bien. Y si no, un problema menos que tengo. —Abro la puerta, le hago una leve inclinación de cabeza a modo de saludo y levanto el dedo corazón—. Ya me has arrebatado bastante todos estos años. Ahora me toca a mí devolverte el favor.

35

Kal



El teatro que aparece en la entrada del espectáculo de Ariana está al otro lado de la ciudad, a media hora en coche. Cuando salgo de la casa de los Ricci, me monto en el SUV de alquiler y me dirijo hacia allí.

Se trata de un edificio ornamentado con columnas gigantescas de estilo grecorromano a cada lado de la fachada y tragaluces de cristal tintado que no dejan pasar la oscuridad de la noche. Le entrego la entrada al conserje, que me indica el camino a la sala correspondiente, aunque me quedo unos minutos afuera por si Elena no hubiera llegado todavía.

Tras quince minutos de espera en los que Elena no aparece, entro y busco mi asiento. Estamos en un palco privado al que se accede por unas escaleras aparte vigiladas por otra acomodadora que lleva *brackets* y que me sonríe ampliamente cuando le muestro el código de barras.

—Señor Anderson, asiento 11B. —Mira a mi alrededor antes de devolverme la entrada—. ¿Llegarán pronto sus acompañantes?

—¿Mis acompañantes?

Saca una carpeta y busca entre los papeles. Asiente con la cabeza en cuanto encuentra lo que buscaba.

—En efecto. Tenemos reservado un palco privado para el señor y la señora Anderson y el palco contiguo, el doce, para el señor y la señora Ricci junto con dos invitados.

Niego con la cabeza y me guardo la entrada en el bolsillo de la chaqueta, dando un paso a un lado.

—No tengo ni idea de si acudirán o no. ¿Podría asegurarse de que nadie molesta al señor y la señora Anderson?

La chica frunce el ceño. Su rubor es evidente incluso en la luz tenue.

—Señor, debo informarle de que está terminantemente prohibido mantener relaciones en el teatro. La multa puede ascender hasta los mil dólares.

Doy golpecitos con el pie en el suelo, impaciente. Me llevo la mano al bolsillo y me saco un fajo de billetes.

—Considere esto un adelanto.

No espero a que acepte la oferta. Se lo pongo en la mano y paso las piernas por encima de la cuerda de terciopelo que cierra las escaleras. Las subo a grandes zancadas mientras trato de calmarme, preparándome para la posibilidad de que ella no esté.

A pesar de mis esfuerzos, el corazón me late desbocado cuando descorro las cortinas que dan acceso al palco. La luz del escenario ilumina su silueta, inclinada sobre la barandilla. Entro en el palco y me acerco sigiloso. Alargo la mano para ponérsela sobre el hombro, pero ella habla antes de que lo haga.

—Ni se te ocurra.

Son tan solo cuatro palabras, pero bastan para perforarme el corazón, que late solo por ella. Ni siquiera se ha molestado en mirar por encima del hombro ni ha movido un solo músculo. Tenemos el

cuerpo tan sincronizado a estas alturas que parece saber cuándo estoy cerca. O tal vez era porque sabía que vendría. Quizá era lo que deseaba.

Bajo la mano. No consigo librarme de ese dolor tan familiar que siento en la boca del estómago.

—Elena, yo…

—Puedes ahorrarte las disculpas.

Su actitud me pilla desprevenido. La última vez que la vi parecía sentirse tan devastada como yo. Estaba destrozada, como si lo que había descubierto sobre mi pasado fuera a tener consecuencias en nuestro futuro. Parecía desolada porque, en lugar de abrirme a ella, hubiera preferido guardarle secretos.

Me acomodo en el asiento de al lado y estiro las piernas. Apoyo los pies en el parqué del teatro y coloco las manos en el regazo. No ha dejado de hablarme, así que a lo mejor ha tenido tiempo de reflexionar sobre lo que ha averiguado esta noche y ha decidido pasar página.

—No he venido a disculparme —digo en voz baja, inclinándome hacia ella para decírselo al oído—. Aunque es cierto que lo siento. He venido porque quería asegurarme de que estabas bien.

Se queda callada unos segundos. Sigue mirando a los tramoyistas, que colocan el atrezo y van de un lado al otro del escenario en una carrera contrarreloj para tenerlo todo a punto para el espectáculo.

Elena suspira y niega con la cabeza.

—No lo estoy ni de lejos, Kal. Y lo último que necesito ahora es hablar de esto contigo.

Me reclino en el asiento mientras lo estrujo con los dedos en un intento por disimular mi frustración.

—Eres mi esposa, pequeña. Tenemos que hablar de esto.

Se gira hacia un lado. El candelabro de pared ilumina su hermosa cara, parcialmente en sombras. Sus ojos color miel tienen un brillo especial, o tal vez me lo esté inventando. Tal vez esté viendo pasión y duda donde no hay nada.

—¿Y de verdad es legítimo nuestro matrimonio? Y no me vengas con esa tontería de que es igual de legítimo que el que habría tenido con Mateo. No me casé con él. No llevo su anillo, llevo el tuyo. Me casé contigo, Kallum, así que dime…

Se le entrecorta la voz al final, consiguiendo que el dolor que tengo en el pecho se expanda hasta casi destruirme. Levanta la barbilla con rapidez y vuelve a mirar al escenario.

Hace ruido al tragar saliva, pese al rumor de las conversaciones que nos llega desde abajo. Se inclina hacia delante y agarra la barandilla. Vuelve a lanzarme la pregunta.

—¿Cuánto ha sido real? ¿Hasta dónde has llegado para vengarte de mi madre?

Me entran ganas de contarle una mentira. Ha destruido mi defensa al acusarme de querer vengarme.

—No tuvo nada que ver con ella.

—Mi madre ha actuado como si hubierais estado enamorados —dice con desprecio mientras gira el cuerpo para lanzarme la acusación a la cara como si fuera agua hirviendo. Me golpea en el cuerpo con un dolor lacerante, agónico. Me sobresalto de la sorpresa —. Dios, no me extraña que quisiera mantenerme alejada de ti. Ya sabía cómo eras, cómo acabaría todo esto. Me habría ahorrado muchos disgustos si la hubiera escuchado.

—Lo que hay entre tú y yo no tiene nada que ver con lo que tuve con tu madre. —Le cojo la barbilla con los dedos para que me mire a los ojos—. Lo que siento por ti ni siquiera forma parte del mismo universo.

Intenta apartarse y suelta un bufido cuando me resisto.

—Entonces ¿por qué no me lo contaste?

—No… No lo sé, Elena.

Cierro los ojos con fuerza y agacho la cabeza. La vergüenza fluye en mi interior como un río hasta penetrar en la sangre. Me siento como un monstruo, cosa que no ha conseguido ninguno de los crímenes que he cometido hasta ahora.

«Tenía miedo de que no lo vieras como yo. Tenía miedo de que te fueras».

Las palabras se me agolpan tras los dientes, desesperadas por salir a la luz, pero mi cuerpo se niega a dejarlas pasar.

Oímos ruido de pasos al lado y las luces se atenúan todavía más. Una voz pregunta a los del palco contiguo al nuestro si desean algo de beber antes de que empiece el espectáculo.

—¿Podrías traer un poco de hielo? —pregunta una voz familiar. Se me retuerce el alma. Me arrepiento de no haberle metido una bala en el cuerpo en su casa.

Espero que tenga la cara morada e hinchada. Sería un bonito homenaje a la forma en que llegué al hospital todos esos años atrás.

No deja de sorprenderme que hayan venido y que lo hayan hecho tan rápido. Tal vez querían arrinconarme y en lugar de eso se han visto acompañados hasta sus asientos.

Elena aparta la barbilla para librarse de mí, y la dejo hacer. Se me sube la sangre a los oídos al esforzarme por bloquear el ruido repentino. El director sale al escenario y les pide a los espectadores que sean educados y estén atentos, pues va a dar comienzo el espectáculo.

Alguien se sorbe la nariz por un lado, se oye el inconfundible ruido que hace una bolsa de patatas al abrirse. Se oye a alguien más sorbiéndose, un bebé llora un poco más lejos y todo puede oírse por

encima de la música.

Me pongo tenso y me reclino en el asiento tratando de centrarme en cualquier cosa que no sea el ruido que me rodea.

El auditorio se va oscureciendo hasta que casi no se ve nada en el palco y el escenario se ilumina en una miríada de colores cuando los técnicos de iluminación dan paso a la primera escena. No tengo ni puta idea de ballet, así que los primeros minutos del espectáculo me siento a contemplar el revoloteo de las bailarinas al compás de la música.

De alguna manera, incluso con el crescendo de la orquesta, no puedo dejar de oír los molestos ruidos de antes. Se introducen como gusanos en mi cerebro, parásitos en busca de lo que me queda de cordura para alimentarse de ella.

Oigo el tictac de mi viejo Rolex y la puta figurilla del péndulo; los sonidos de succión que hizo Rafael el día que fui a verlo a su despacho y lo convencí de que me entregara a Elena.

Cada ruido que ha actuado como detonante alguna vez en mi vida me viene a la mente como la riada que sucede al huracán, como fantasmas que me acechan tras una calma pasajera.

Vuelvo a mirar a Elena, que me observa a mí en lugar del espectáculo. Solo consigo ver la silueta de su nariz, el brillo de sus ojos color miel, el contorno de esos labios sonrosados y gruesos. Levanto la mano despacio y se la coloco en la mejilla. De repente se detiene el ruido.

Todo… se tranquiliza.

Mi respuesta a los estímulos no se calma, pero al librarme del ruido que no está presente mi corazón acelerado y la tirantez en el pecho parecen asentarse.

—¿Te encuentras bien? —Se acerca a mí para que pueda oír el susurro, partiéndome en dos el corazón.

—Eso debería decirlo yo —contesto mientras le acaricio el pómulo con el pulgar.

Suelta un resoplido.

—Por un momento parecía que habías desconectado del todo. Perdón por preocuparme.

Cuando hace ademán de apartarse, niego con la cabeza al tiempo que le cojo la cara con las dos manos.

—No me pidas disculpas por eso. Jamás.

Se le humedecen los ojos; las lágrimas se reflejan en la poca luz que nos ilumina desde abajo. Baja la mirada, suspirando.

—No puedo hacer esto ahora.

Me coge de las muñecas y las aparta, llevándolas a mi regazo. Me duele su rechazo, siento un aguijonazo que me atraviesa el cuerpo de parte a parte, como si hubiera pisado una abeja con los pies descalzos. Contemplamos los siguientes actos en silencio, un silencio que siento como una losa, que me pesa más que ningún ruido que haya escuchado jamás.

Llega el momento del descanso y las luces del auditorio recuperan parte de su brillo, el justo y necesario para que los espectadores podamos vernos las manos.

No paro de revolverme en el asiento a ver si así consigo apaciguar la ansiedad que me recorre las venas. Exhalo un suspiro, y, apoyándome en los reposabrazos, me pongo de pie. Elena se vuelve hacia mí y se ríe por lo bajo, aunque la expresión de su rostro sigue siendo seria.

Se me tensa la mandíbula.

—Cuando estés dispuesta a hablar ya sabes dónde encontrarme.

Me dispongo a darme la vuelta y dirigirme a las escaleras, pero me detiene su siseo.

—Deja de comportarte como si hubiera sido yo la que ha hecho

algo mal, Kal. Tú me has mentido. Eres tú el que lo ha mandado todo a la mierda. Que te quede claro que si no quiero hablar de ello no tengo por qué hacerlo.

Abro la boca para contradecirla, pero la cierro de golpe al darme cuenta de que tiene razón.

Asiento con la cabeza, conforme, y levanto las manos en señal de rendición.

—Tienes razón. Yo…

—¿Y qué te diría si quisiera hablar de ello? —Se levanta de un salto. El asiento se cierra inmediatamente al verse liberado de su peso. Se baja el dobladillo del vestido corto de encaje negro que lleva y se me acerca. Incluso con la escasa iluminación veo que echa fuego por los ojos. No hace falta vérselos para saber que son ardientes, puedo sentirlos. Sus llamas me lamen el pecho y encienden mi alma. Me bañan en queroseno mientras ella da un paso atrás para admirar el incendio. Pasaría el resto de mi vida ardiendo contento si eso significara que podría quedarme con ella.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que ha sido devastador escuchar que mantuviste una relación con mi madre? —pregunta Elena. Lo dice un poco más alto de lo necesario y no puedo evitar pensar que tal vez lo haga porque sabe quién está en el palco contiguo al nuestro. ¿Querrá que lo oigan todo?—. ¿Te haría eso feliz, Kal? ¿Saber que finalmente me has arruinado la vida?

Se le quiebra la voz en la última sílaba, justo cuando se detiene delante de mí. Los dedos de sus pies chocan contra la punta de mis zapatos negros. Se me encoge el pecho hasta el punto de que no puedo respirar con ella ahí, con su alma expuesta, acusándome de ser la razón por la que sangra y está magullada y rota sin cura que valga.

Se me contraen las manos de los nervios cuando se acerca más

a mí y me empuja contra la pared mientras me da golpecitos con el dedo en el pecho. Quiero estrecharla entre mis brazos y pedirle perdón mil veces con la esperanza de que se vaya a arreglar todo.

Intento abrazarla, pero ella levanta la barbilla con firmeza, me coge de las muñecas y me las sujeta contra la pared. No me costaría nada someterla, pero, cuanto más la contemplo, más anestesiado me quedo absorbiendo la tristeza que mana de su cuerpo. No es someterla lo que deseo.

Esto es precisamente lo que le he pedido.

—Responde a la pregunta. —Mueve las caderas, acercándolas a las mías. El dobladillo del vestido se le levanta un poco con el movimiento.

Aprieto los dientes. No estoy muy seguro de si me está seduciendo a propósito o si simplemente no puede evitarlo. Exhalo el aire por la nariz con fuerza.

—No, Elena. Eso no me hace feliz.

Me suelta una de las manos y me recorre el cuerpo con las uñas hasta llegar a los pantalones. Suelto el aire cuando sus dedos me rozan la polla, que se me empalma en cuanto la toca.

—Cuidado, pequeña, o voy a hacerme una idea equivocada de lo que está ocurriendo.

Alza la cabeza. Sus ojos color miel siguen reflejando la misma furia de antes; una mezcla de ira y lujuria que luchan por dominar la contienda. Sin decir palabra, me rodea la polla con la mano y aprieta con fuerza. Sin pensarlo, le agarro el pelo con la mano que tengo libre.

Le echo la cabeza hacia atrás e inclino el cuerpo hacia delante de forma que me cierno sobre ella. Espero a que le aparezca una sonrisa en el rostro. No lo hace. Enseguida me doy cuenta de lo que está pasando.

No le interesa hablar conmigo. La herida y la ira son demasiado recientes, le vienen a la mente a cada momento como si fuera un espectáculo de fuegos artificiales descontrolado, que estallan hasta que lo único que queda son los restos quemados. Pero su cuerpo no parece estar en sintonía con su mente y me reclama como si no pudiera evitarlo. Si es esta la forma en la que consigo que vuelva a mi lado, que así sea.

Retrocede hasta chocar con el sujetabebidas de uno de los asientos. Yo le sigo sujetando el pelo a la altura de la raíz con tanta fuerza que le arranco un gemido de sorpresa de los labios. Levanta la mano y me agarra el antebrazo como si quisiera apartarme, pero en lugar de eso, se aferra a él clavándome las uñas a través de la tela del traje.

—¿Hemos terminado ya de hablar? —dice con la voz ronca a la vez que lleva la otra mano hacia atrás para tratar de mantener el equilibrio sobre el asiento.

—Eso depende. ¿Vas a decir algo que no sepa ya? —Se le ensanchan las narinas. Suelto una risa sofocada y siniestra y me inclino para acariciarle la nariz con la mía—. Cuando te he dicho que quería hablar no me refería a que me incitaras a reaccionar. Pero, si no estás lista para seguir hablando, lo acepto. Sea lo que sea lo que necesites ahora, pequeña, cuenta conmigo.

Sigue mirándome a los ojos, aunque se le entrecorta el aliento, haciendo que me vibre la polla junto a su estómago. Subo la mano despacio por su cuerpo, memorizando las curvas de su cadera, la redondez de su pecho, y no me detengo hasta llegar a la garganta, que le rodeo con la mano.

—¿Quieres que te folle hasta que te haga olvidar lo mal que te lo he hecho pasar? ¿Quieres que te meta la polla y te haga correrte una y otra vez hasta que me supliques que pare? —Miro hacia el

auditorio, que sigue lleno, y oigo la conversación tranquila en el palco de su familia. Me pregunto si oirán lo que está sucediendo. Sonrío con malicia y me agacho para decirle al oído—: ¿Quieres que te folle aquí mismo, donde todos pueden oírnos e incluso ver la forma en que te abres de piernas para mí?

Noto que le tiembla la garganta y se humedece los labios. Se le han iluminado los ojos como a una perra en celo. Asiente con la cabeza casi imperceptiblemente mientras la sujeto por el cuello. Casi se me sale el corazón del pecho y se me sube hasta la garganta. Me cuesta respirar al imaginarme lo que estoy a punto de hacerle.

La miro de arriba abajo y trago saliva. Me gotea la polla solo de pensar en que la gente puede presenciar cómo reclamo a mi mujer como mía. Le suelto el pelo y deslizo la mano por el vestido. Se lo levanto hasta la cadera de un solo movimiento. Coge aire al sentir el aire fresco en el coño desnudo, haciéndola temblar.

Le acaricio la abertura con los nudillos mientras la miro a la cara, atento por si cambiara de parecer. Separa los labios cuando levanto el dedo pulgar y le acaricio el clítoris con él. El gemido que se le escapa es el pecado más dulce que he experimentado jamás.

Gimo con ella al besarla en los labios en el mismo instante en que aprieto un poco más con el dedo y acompaso los embates de mi lengua con las caricias largas y suaves del pulgar. Se le acelera el pulso bajo mi cuerpo, que se despierta como un instrumento afinado por su maestro. Yo gimo mientras la beso, deseando meterme bajo su piel y no volver a salir de allí jamás. La beso con más pasión hasta que solo puedo saborear este mismo instante. Le suelto la garganta y bajo la mano hasta el vestido, que le coloco por debajo de las tetas. Uno de los tirantes se rompe y protesta sin separar los labios de mí, pero lo ignoro. Le cojo el pezón con los dedos y lo hago girar bajo el pulgar.

Gira sus caderas cada vez más rápido al frotarme con ella, desesperada por conseguir la dosis de euforia que solo yo puedo darle. Me desliza las manos por el pecho hasta llegar al cuello, donde me araña, y casi me tropiezo con el asiento del éxtasis que me produce el dolor.

—Joder —maldigo entre dientes, separando mi boca de la suya.

Doy un paso atrás y me arrodillo en el suelo sin importarme lo sucio que está. Me coloco a la altura de su coño húmedo. Me zambullo en ella con la necesidad de saborearla al menos una vez antes de que lleguemos más lejos, le chupo uno de sus pliegues antes de separarme de nuevo.

—¿Puedes guardar el equilibrio sobre uno de los asientos? —pregunto con la voz ronca, tan necesitada que casi no me reconozco. Se mueve para apoyar el brazo por detrás y sentarse en el reposabrazos. Luego se reclina para que pueda observarla mejor —. Ábrete de piernas, pequeña. Quiero ver lo furiosa que estás.

Me obedece en silencio. Separa las rodillas y levanta ligeramente las caderas. Me falta el aliento. El aroma de su excitación me permea el cerebro. No quiero olvidarlo mientras viva. Vuelvo a sumergirme en ella acariciándole con la nariz la entrepierna, inhalando mientras intento grabar a fuego la imagen de este momento en mi memoria.

—¿Crees que pueden vernos? —pregunta en voz baja. Levanto la mirada sin dejar de buscar la cicatriz con la lengua, la que yo le hice, y se la paso por la piel maltrecha.

Le rozo la piel con los dientes, disfrutando del modo en que se retuerce de placer. Ojalá pudiera embotellar sus reacciones y los ruiditos que hace para bebérmelos después, para que formen parte de mí.

—¿Quieres que nos vean? —pregunto echándole el aliento en el

coño, pues tengo la boca a escasos milímetros de él.

Baja la mirada hasta mí, frunciendo y desfrunciendo los labios antes de asentir. Se le pone la carne de gallina, como si la primavera le hubiera brotado en la piel solo para mí haciendo que la sangre se me acumule en la entrepierna.

—Pues claro que sí. —Me acerco un poco más y le paso la lengua por la piel sedosa, saboreándola—. Mi mujercita quiere demostrarle a todo el mundo que le encanta mi polla. ¿No es así?

—Quiero que lo sepa ella —susurra mientras enreda sus dedos en el cabello—. Quiero que sepa que lo que tienes conmigo no se parece en nada a lo que tuviste con ella. Que no puede hacer que te corras como yo.

—Joder —digo de un gemido. Siento sus celos como una descarga que va directa a mi polla, haciendo que vea borroso. Le separo los pliegues con los pulgares y le lamo la abertura una y otra vez, chupándole y mordisqueándole el coño, evitando su zona más erógena hasta el final—. Vaya zorrita cachonda. ¿Quieres poner a mami celosa?

No quería que formara parte de esto, pero lo acepto si es lo que Elena necesita para sentirse mejor. Haré lo que sea.

—Por favor —lloriquea, meneando las caderas pidiendo más.

Deslizo las manos por sus muslos y la levanto ligeramente clavándole los dedos en el trasero antes de que comience el festín.

Se le cae la cabeza al instante. Me araña el cuero cabelludo, me tira del pelo tratando de acercarme todavía más. Le dibujo círculos con la lengua en el clítoris, luego ochos, y vuelta a los círculos de nuevo, a veces suave, a veces con furia, otras la masajeo hasta que le tiemblan las piernas, que se asientan contra mis orejas de forma que solo consigo oír el murmullo de mi sangre. Se me sube el corazón a la garganta y me esfuerzo todavía más, sellando mis

labios contra sus pliegues y succionando con fuerza.

—Joder. —Lo dice con un gemido tan alto que estoy seguro de que lo han oído a nuestro alrededor.

—Mírame —le ordeno sin apartar la boca de su piel. Bajo una de las manos y le meto dos dedos en el húmedo coño doblando la yema de los dedos hacia dentro hasta que se le arquea la espalda—. No se te ocurra mirar a otro sitio mientras te corres en mi boca, pequeña. Mírame a mí mientras dices mi nombre.

Se resiste. Se muerde el labio cuando vuelvo al ataque. Añado un tercer dedo y los muevo hasta que se le tensa el cuerpo y sus paredes internas vibran en torno a mis dedos.

Noto su pulso en el pecho, el estremecimiento de sus músculos en mis huesos, pero ella aparta la mirada. Lo único que veo es el dolor que queda. Lo lleva escrito en la cara. Me doy cuenta de hasta qué punto la he fastidiado.

Lo que no sé es cómo arreglarlo.

—Espera —le digo al sentir que el orgasmo se va acercando a la cúspide, como si quisiera dejarse llevar, pero a la vez le estuviera costando olvidarse de lo que ha pasado. Me llevo la mano libre a los pantalones y saco la navaja.

Es la misma que utilicé hace meses, cuando le marqué la piel con mi inicial, como si hubiera sabido lo importante que iba a llegar a ser para mí.

La abro mientras la observo para cerciorarme de que no parece reticente ni angustiada. Al contrario. Igual que la última vez, cuando le llevo la hoja al muslo y la aprieto contra la piel, lo que veo es fuego en su mirada.

Sigo acariciándola con la otra mano mientras le pongo la punta de la navaja en la piel y espero un segundo. Estrecha sus piernas contra mí y el leve movimiento de sus caderas me indica lo que

quiero saber.

Le abro la piel lentamente. Se me hace la boca agua cuando empiezan a aparecer perlas de sangre. Presiono un poco más fuerte y subo por su piel con el filo, después en horizontal y vuelvo a subir. Termino con una floritura.

Sisea por el dolor, cerrando los puños en mi pelo hasta que tiene los nudillos blancos. Tiro la navaja y le paso la lengua por la herida, lamiendo su esencia cobreña antes de que lo ensucie todo.

Me responde con un gemido que casi me hace eyacular antes de sacarla. Después tira de mí hacia arriba hasta que me pongo de pie.

Le saco los dedos del interior con un sonido acuoso y se los mete en la boca, rodeándolos con los labios, limpiándome sus restos.

—Joder, eres una adicta a los orgasmos.

—Solo por ti —susurra mientras me rodea el cuello con su mano y acerca mi cara a la suya.

—Qué razón tienes —digo prácticamente en sus labios—. Solo por mí. Para nadie más. Te juro que acabaré con cualquier hombre que se atreva a respirar cerca de ti si lo veo necesario.

Noto el sabor de sus fluidos y de la sangre en la lengua, y una oleada de placer me recorre el cuerpo.

—¿Y qué hay de mí?

—Esta polla te pertenece. Cada parte de mí le pertenece a mi mujer. Y lo que necesito ahora mismo es vaciarme dentro de ti —digo de un gruñido mientras le devoro los labios, tratando de empaparme de ella todo lo que puedo.

Lleva la mano entre nuestros cuerpos y me ayuda a liberarme de los pantalones con dedos ansiosos. La polla sale roja y enfurecida. Se pasa los dedos por el corte de la pierna y me mancha la polla con su sangre antes de colocármela junto a su abertura.

—Mierda. —Casi me atraganto. Solo con ver la sangre por mi polla me acuerdo de la noche en la que la desvirgué, cuando me dejé llevar por la obsesión por primera vez en m vida, cuando dejé que me consumiera sin pensar en las consecuencias.

Levanto una de las manos para estrecharle el pecho con fuerza mientras con la otra guío la polla a su interior húmedo. Es como un *déjà vu*, se me nubla la visión cuando se la meto hasta dentro.

Juro por Dios que hasta este instante jamás había creído en las almas gemelas. Jamás me había considerado digno de tener una y me imaginaba que quien fuera la desafortunada que acabara conmigo se limitaría a evitarme.

Voy cogiendo ritmo en su interior, con el olor de la sangre y el aroma a sexo rodeándonos, y siento las miradas desde el auditorio puestas en nuestra oscura pasión. Veo la sonrisa que se le dibuja en los labios cuando oímos a nuestro lado: «¿De dónde salen esos gemidos?», y juro que es ella. Mi alma gemela; mi reina. Mi pequeña Perséfone.

La sujeto a la altura del esternón para que no pierda el equilibrio y se la meto y se la saco, gruñendo, suspirando, gimiendo igual que ella; sonidos que giran a nuestro alrededor como volutas de humo. El asiento chirría mientras follamos, y yo me dejo llevar por el placer que me produce meter mi polla desnuda en su interior.

—Estás tan apretada… —digo entre dientes, hipnotizado por el vaivén de sus tetas con cada empuje.

—Más fuerte —dice de un gemido justo cuando el director de orquesta vuelve a salir al escenario. Las luces se atenúan mientras yo la embisto con tanta fuerza que vamos a acabar arrancando el asiento del suelo—. Oh, sí, así. Ahí mismo.

Le rodeo el cuello con la mano y le levanto la cabeza para que me mire mientras la follo.

—¿Lo sientes? ¿Te das cuenta de que nos acoplamos a la perfección? Esto es real, Elena. No puedo fingir esto, y tampoco puedes hacerlo tú.

Ella asiente con la cabeza, enloquecida, y me da un beso apasionado, doloroso.

Es tan intenso que consigue retorcerme el estómago y frunzo las cejas, bajando un poco el ritmo. Me aparto de ella estrechándole el cuello.

—No me beses como si fuera la última vez.

Me mira a los ojos, pero no me responde. La sensación incómoda se convierte en algo amargo, una brecha de desesperación que me había convencido de que no se iba a abrir entre nosotros.

—Haz que me corra —me dice inexpresiva. Es un contraste tan brutal con la mujer que se retorcía de placer hace tan solo unos instantes que siento un latigazo.

Le aprieto más el cuello. La irritación que siento ha despertado algo caliente y furioso en mi interior.

—Como desees. —Continúo con los embates hasta que solo puedo oír los golpes húmedos por encima de la música.

Incluso cuando tocan un crescendo, que aumenta como el orgasmo que se va formando en su interior, eso es lo único que puedo oír. Se me eriza la piel al pensar que todo el mundo puede oírnos, sobre todo su familia, que está justo al lado.

—Pero no digas que he sido yo quien te ha echado a perder cuando ha sido justo al revés.

Ella jadea, entrelazando sus dedos con los míos para que le apriete más fuerte.

—¿Y cómo he hecho eso?

—Acabaste conmigo en el mismo instante en el que te acercaste

a mí en esa fiesta hace años. Nunca jamás he vuelto a pensar en otra mujer. —Estoy a punto. Estoy tan cerca que acelero el movimiento de mis caderas mientras me abruman las ganas de correrme—. Ahora pórtate como una buena zorrita y córrete para tu marido.

Doy un gruñido al ver que se le pierde la mirada, al saber que está a punto de perder el conocimiento. Esa forma en que me cede el control de su vida, de su respiración, hace que desee correrme con fuerza al contemplar cómo se le enrojece la cara y se le oscurece la mirada.

La suelto en cuanto me oprime la polla con su coño con tanta fuerza que casi siento dolor, y me trago el gemido que sale de sus labios.

Las bailarinas salen al escenario al tiempo que me clava las uñas en el pecho y se le atora mi nombre en los labios.

—Kallum.

—Así me gusta —siseo mientras se la meto hasta el fondo, amenazando con imitarla cuando noto sus fluidos en mi polla—. Joder, voy a correrme. Voy a llenar este coño perfecto hasta arriba, voy a darle a mi mujercita lo que se merece por ser tan buena zorrita.

Elena grita al sentir una segunda oleada de placer, haciendo que se convulsione conmigo aún dentro. Pierdo la visión al sobrevenirme el orgasmo como una ola de éxtasis, soltando arroyo tras arroyo de cálido semen hasta que desborda su cuerpo y gotea al exterior conmigo aún dentro.

Suelto un gruñido ronco al mismo tiempo que la música alcanza el volumen más alto y me dejo caer sobre ella mientras intento recuperar la vista.

—Apártate —me suelta y me empuja por los hombros.

Me agarro a los brazos de la silla y me arrodillo en el suelo mientras contemplo la belleza que tengo delante manchada de sangre y de semen, mientras admiro la nueva herida del muslo y las huellas de mis dedos en su cuello.

Ella es mi obra maestra. Una pintura al óleo que quiero colgar en la pared para el resto de la eternidad.

—Eres tan hermosa —murmuro, aunque no estoy seguro de que me haya oído.

Le acerco la mano para ayudarla a limpiarse, pero me la aparta de un manotazo. Se pone bien el vestido.

—Tengo que ir al baño.

Yo aprieto la mandíbula, pero doy un paso atrás y asiento con la cabeza. Ahí está de nuevo esa sensación de intranquilidad en el estómago. Es una señal. Me siento y me abrocho los pantalones para esperarla mientras ella desaparece tras las cortinas.

Pasan cinco minutos. Diez.

Tras unos minutos, la inquietud se transforma en algo más profundo, más triste. Más permanente.

Me retiro de la actuación temprano, no sin antes pasar por todos los baños y mirar por debajo de todos los cubículos. Lo único que encuentro es su teléfono móvil abandonado. No me sorprende.

Debajo del teléfono, hay una nota arrugada. Se me cae el corazón a los pies y me entran ganas de vomitar.

Yo te amaba aunque lo callara,
desde el principio y con ardor.
Fuiste deleite en cada aspecto,
mi melodía en cada canción.

Me quedo en el baño más tiempo del necesario, leyendo y releyendo el poema de John Clare. No consigo sacudirme de encima

la ironía: parece que hemos vuelto al punto de partida. Me pregunto si para ella también fue así de devastador cuando me marché yo.

36

Elena



Ariana no me quita ojo de encima mientras mordisquea su sándwich sin decir ni mu. De hecho, mis dos hermanas llevan cuarenta y cinco minutos calladas, y me están poniendo de los nervios.

—Vale, ya me he hartado. ¿Se puede saber por qué estáis tan calladas?

Stella me mira mientras le quita la corteza a su sándwich de queso a la plancha a pellizcos.

—¿Y de qué se supone que tenemos que hablar?

—De lo que sea —protesto apoyando la cabeza sobre la mesa—. Venga, chicas. Lo último que necesito ahora es que me dejéis a solas con mis pensamientos.

Intercambian una mirada. Después Ariana exhala despacio.

—Vale, tenemos mucho de que hablar…

—Efectivamente —concuerda Stella—. Primero de todo: ¿Mamma y Kal? Puaj. Yo a eso lo llamo pederastia. Casi espero que Papà se lo cuente a los Ancianos. O a la policía.

Me palpita la sien. Los recuerdos de anoche me queman como si me hubieran metido una barra de acero candente en el cerebro.

—No era precisamente de esto de lo que quería hablar.

Todavía no he tenido tiempo de pararme a pensar sobre lo que ha pasado. Cuando Kal apareció en el teatro anoche, dejé que los celos y el dolor me nublaran el juicio. Le dejé que me follara en un lugar público, donde toda la familia podía oírlo.

A juzgar por el tono sonrosado que han adquirido las mejillas de mis hermanas cuando he llegado al restaurante este mediodía, lo oyeron todo.

—Oye —dice Ari señalándome con una patata frita—, no puedes pedirnos que hablemos y elegir tú el tema. O llevas tú el peso de la conversación o elegimos nosotras. Ese es el protocolo.

Stella resopla.

—¿Quién ha elegido esas normas?

—Acabo de hacerlo yo. Ahora mismito. —Ariana saca el teléfono y avanza por la pantalla en silencio antes de girarla y mostrármela. Aparece un artículo de prensa de esta misma mañana

Socialité regresa a Boston tras simular secuestro. La empresa de su padre anuncia cambios en la plantilla y nuevas inversiones.

—¿Prefieres hablar de esto?

El titular hace que me hierva la sangre y se magnifique la ira que siento contra mis padres incrustándola más adentro si cabe. No los he visto desde que me marché de casa ayer. En lugar de volver al apartamento como hasta ahora, me fui al piso de Nonna en la Torre Millennium, segura de que Kal no me buscaría allí.

No me refiero a que no pudiera hacerlo, sino a que elegiría no hacerlo. Como así fue. Fue una muestra de que había recibido mi mensaje alto y claro.

Sin embargo, no pude evitar que se me incrustara un rayito de esperanza en mi psique y deseé que viniera; pensé que iría hasta el fin del mundo a buscarme una y otra vez sin importarle las veces

que lo rechazara.

Está claro que no ha sido así. Supongo que fue estúpido por mi parte dar por sentado que lo haría, ya que tampoco le di la oportunidad de explicarse.

Mis padres tampoco trataron de encontrarme, aunque al dejar el teléfono en el teatro supongo que corté toda forma de comunicación con ellos. Ninguno de los dos sabe que conozco el piso de Nonna, así que jamás se les ocurriría venir a buscarme aquí.

Lo descubrí tras la celebración de Año Nuevo del año pasado, cuando se negó a coger un taxi desde el bar del hotel en el que estábamos porque tenía un apartamento secreto en un edificio de lujo.

Soy una chica con suerte, supongo.

—¿Y qué iba a decir? —digo apartando el teléfono—. Por lo menos ya se sabe que Kal no me secuestró.

—Ya, pero piensan que eres una mentirosa. —Ari entrecierra los ojos y hace una mueca—. O lo harían si no hubiera ocupado tu lugar en el candelero la foto de cierta estrella del rock.

Me encojo de hombros.

—Que piensen lo que quieran. Yo sé la verdad.

Stella se limpia los labios con una servilleta.

—¿No crees que es muy extraño que coincidan en el tiempo la eliminación de la historia del secuestro y la revitalización de la empresa?

—La verdad es que no. Era imposible seguir con la historia del secuestro conmigo de vuelta en la ciudad.

Stella niega con la cabeza y suspira, apoyándose en el respaldo de la silla.

—A mí me huele mal.

—Los negocios son así —dice Ari con voz exagerada—. Nuestros

padres son turbios de cojones.

Ella y Stella empiezan a reírse. Hacen lo que pueden por animarme con su espíritu alegre, pero, al mirar al exterior, al puerto que se ve desde el restaurante, la tristeza inunda mi corazón destrozado, borrando las pruebas de que alguien haya estado allí jamás.

—Y ¿qué vas a hacer ahora? —me pregunta Stella bebiendo un poco de agua—. Has dejado la uni y tu matrimonio está… en el limbo. ¿Vas a volver con él?

—Se acostó con nuestra madre, Stel. —Ari la fusila con la mirada —. Qué asco.

Stella pone los ojos en blanco.

—Eso pasó hace más de una década. Tampoco es que siguieran con la relación y que dejara a mamá justo antes de empezar a salir con Elena. Por lo que sabemos, era un crío la mayor parte del tiempo que duró la relación. De verdad que da mucho asco.

Arrugo la nariz, aunque no deja de tener razón.

Ariana se revuelve en su sitio y se gira dándonos ligeramente la espalda para mirar su teléfono.

—Si lo amas —dice Stella ajustándose las gafas—, lo amas, así de sencillo. Eso no va a desaparecer de repente. Da igual lo que haya pasado.

Suspiro mientras revuelvo la comida en el plato y dejo que me inunde ese sentimiento y busque lo que hay de verdad en todo esto.

«¿Qué hago con el amor que siento en mi corazón si no se lo puedo entregar a él?».

Más tarde, cuando llego al apartamento de Nonna pertrechada con un trozo de tarta envuelto en papel de plata y un viejo iPad de Ariana que me trajo para que me conectara al wifi, me desnudo y me meto un rato en la cama a ver si el silencio me tranquiliza, como

le pasa a Kal. Pero lo único que consigue es recordarme que no está él para llenar ese silencio.

El dolor y la traición que sentí anoche me embisten con fuerza quemándome por dentro, amenazando con acabar de un plumazo con el crecimiento emocional que había experimentado los últimos meses.

En lugar de tratar de esconder las emociones como antes, en lugar de encerrarme en mí misma y hacer lo que los demás esperan de mí, dejo que me asole. Me deshago en llanto con la mirada en el techo y sufro; sufro por mí misma, por Kal y por mi familia.

Es una sensación extraña, llorar la pérdida cuando no se ha perdido nada, cuando solo sientes la ausencia. Por un lado, quiero reconocer que lo tengo todo al alcance de la mano, pero también sé que necesito tiempo para entender lo que ha ocurrido.

No me ayuda nada saber eso.

En lugar de quedarme allí tirada sintiendo lástima de mí misma, salgo de la cama, me preparo un baño de burbujas y echo algunos aceites esenciales de Nonna. Después saco mi diario de la bolsa que he preparado con mis cosas y lo escribo todo.

No tengo noticias de Kal durante todo el tiempo que estoy en Boston. Pasa una semana, después otra, y… nada. Cada día que pasa me pregunto por qué me mentiría. ¿Qué sacó él de hacerme promesas y súplicas? ¿De manchar mi corazón con su oscuridad? ¿Para qué lo haría si no se iba a molestar en quedarse para ver en qué acababa todo?

«Cada parte de mí le pertenece a mi mujer».

¿Era cierto eso? ¿Cómo lo sé si no es honesto conmigo? ¿Si no está aquí?

Según mis hermanas, Mamma se ha estado quedando con su hermana en Roxbury y no ha vuelto a casa desde la noche del recital. Por eso, cuando por fin vuelvo para llevarme los objetos que tienen algún valor sentimental para mí de mi antigua habitación, me sorprende encontrármela sentada en la cama con dosel, hojeando un ejemplar desgastado de los poemas completos de Edgar Allan Poe.

Cuando entro no levanta la mirada. Me quedo allí de pie, petrificada, fijándome en el moretón amarillo claro que le adorna la mejilla. Nos dijo que se había resbalado en el hielo de camino al recital. Siento el corazón en un puño porque sé que no es cierto, aunque intento no dejarme llevar.

—¿Sabes qué? Cuando naciste, le pedí a tu padre que no te enseñara italiano. —Pasa los dedos por la página con una sonrisa melancólica—. Sabía desde el momento en que te vi que serías una fuerza de la naturaleza. Había tanta energía y tenacidad y fuego en esos hermosos ojos, en los pulmones cada vez que llorabas. Me esforcé por socavar cualquier ventaja que pudieras tener sobre mí.

Me quedo callada. Sé que no busca que le responda.

—Estaba celosa de un bebé. De mi bebé, porque sabía que iba a tener todas las oportunidades y la belleza y la gracia que yo nunca tuve. Todo el que te conocía se quedaba prendado de ti. Tenías un aura especial. Un brillo que los atraía. Y se te daba bien todo lo que intentabas: leer, escribir, crear. Incluso la jardinería, que yo nunca pude dominar. A veces parecía que las plantas florecieran solo con que entraras en la sala.

Casi se me escapa un resoplido cuando dice eso.

Vuelve la página y suspira con suavidad.

—Parecía que estaba viviendo a la sombra de mi hija, y tu padre nunca fue de mucha ayuda. Te pedía que saltaras y tú le

preguntabas hasta dónde, desesperada por ser la niñita perfecta a los ojos de él.

Se me encienden las mejillas de la vergüenza, que se acomoda sobre mis hombros y me aplasta como si fuera un ladrillo de cemento.

—Cuando tu padre conoció a Kal, nos dimos cuenta enseguida de que necesitaba muchas cosas. Su madre acababa de morir y no tenía más familia, así que nos lo trajimos a casa, hicimos que se sintiera como uno más. —Traga saliva y por fin se atreve a mirarme a los ojos—. Recuerdo la primera vez que pensé que se sentía confuso conmigo, que no sabía lo que sentía por mí, y yo… yo me aproveché de eso. Me empapé de toda la atención que me daba, porque tu padre no me daba ninguna. Me sentaba bien volver a sentirme deseada después de haberos tenido a ti y a Ariana. Lo necesitaba.

»Cuando me enteré de que se iba a casar contigo, me costó creérmelo. No porque no pudiera quererte, sino porque ahí estabas tú haciendo lo que siempre había temido que hicieras: arrebatarme todo lo que alguna vez había sido mío.

—Él no te pertenecía —murmuro. No contesta, así que sigo hablando más alto—. ¿Es por eso por lo que te inventaste la historia del secuestro? ¿Para castigarme por algo que ni siquiera era culpa mía?

Asiente con la cabeza.

—Pensé que, si todos se mostraban en contra de vuestra unión, tal vez te trajera de vuelta a casa. Incluso hice que tu padre mandara unos hombres a asustarte, pensando que tal vez así Kal pensara que todo esto le quedaba grande.

Siento una puñalada en el pecho al oír su confesión y cojo una bocanada de aire para intentar calmarme. «Por supuesto que había

sido Papà. Y luego se le llena la boca con la lealtad a la familia».

—¿Se te ocurrió pensar que tal vez yo no quería volver? ¿O que nada de lo que había ocurrido entre nosotros había tenido que ver contigo?

—Sé que para ti no tiene sentido —dice haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. No sabes hasta dónde es capaz de llegar la gente cuando está enamorada.

Y ahí está por fin. Toda la tristeza y el arrepentimiento que acaba de mostrar borrados en una sola frase. Es la prueba de que nada de lo que dice es cierto. No lo siente ni se arrepiente. Solo quiere que yo lo piense. Me quiere de su lado porque todavía quiere castigar a Kal. Me entran ganas de vomitar. Se me cuaja el estómago como si fuera leche agria, dándome el impulso para seguir. Ya no me interesa en absoluto lo que tenga que decirme.

—¿Qué sabrás tú de amor? —le pregunto acercándome a ella—. Desde luego no se puede decir que nos lo hayas enseñado jamás a ninguna. Lo único que sabes hacer es manipular y herir a la gente. No me extraña que los hombres que te rodean te odien.

Cuando llego a los pies de la cama, levanto la mano y la lanzo como un látigo dándole una sonora bofetada a la altura del cardenal amarillento que tiene en el pómulo. Ella reacciona gritando y levantando un brazo para bloquearme.

—Eso por intentar destrozar mi matrimonio —le digo, echando la espalda hacia atrás para soltarle otro guantazo en la misma mejilla. Me vibra la mano del impacto y noto un cosquilleo en los dedos. Le he dejado la marca en la piel—. Esa por arruinar mi infancia y por intentar arruinarme la vida.

Intenta apartarme de un empujón, pero le sostengo la mano en el aire, cierro la mía en un puño y le golpeo con los nudillos sin siquiera estremecerme al sentir el dolor del impacto que me sube

por el brazo.

—Y esto —digo desdeñosa mientras agito la mano y ella escupe un diente que le ha saltado del impacto— es por Kal. No se hiere a la gente a la que se ama. No se intenta con todas las fuerzas hacerla sufrir.

Camino hasta la estantería y meto un par de baratijas de Nonna en la mochila, cojo los documentos importantes: certificado de nacimiento, tarjeta de la Seguridad Social y otras cosas que necesito para empezar una nueva vida y que tengo guardadas en un cajón secreto del armario, y salgo por la puerta, ignorando sus llantos igual que me ha ignorado ella a mí durante años, prefiriendo criticarme en lugar de consolarme en cuanto tenía ocasión.

—Solías llamar a Kal «la personificación de Hades» —digo por encima del hombro con un pie ya fuera de la habitación—. Ahora lo entiendo. Querías que fuera el malo del cuento, así que lo pintaste de ese modo, como un monstruo, cuando lo único que quería él era un poco de amor incondicional.

Saco el teléfono nuevo, desbloqueo la pantalla y abro el borrador de un correo electrónico que escribí antes de venir. Después de pasarme los primeros días tras el recital escribiendo mis sentimientos, empecé a escribir otras cosas: todo lo que sabía de las empresas Ricci.

—Yo también deseaba eso de ti. —Reescribo dos de los puntos más sutiles y añado más pruebas incriminatorias. Luego pulso «enviar»—. Después me di cuenta de que los monstruos son incapaces de amar. Cuanto más tiempo pasas persiguiendo el amor de alguien que es incapaz de corresponderte, más te vas transformando en un monstruo.

Giro sobre mis talones, cruzo la puerta satisfecha con la forma en que la he dejado aquí, sabiendo que el sol está a punto de

ponerse sobre el imperio de los Ricci.

37

Kal



Jonas me está esperando en el porche del Asfódelos a mi regreso a la isla de Aplana, bebiendo un mejunje oscuro de un tarro de conservas. Lo levanta y alza ligeramente la barbilla a modo de saludo cuando me ve llegar.

—El rey de nuestro pequeño inframundo ha vuelto —dice reclinándose en la mecedora blanca—. ¿Qué tal ha ido Boston?

—No vuelven a verme por allí ni en pintura.

Marcelline me abre la puerta. Ella regresó al poco de que aterrizáramos dejando claro que no quería ser cómplice de otro de mis crímenes. Paso de largo por su lado, intentando no quedarme demasiado tiempo parado en el mismo sitio. No voy a permitir que me afecte lo vacía que está la casa.

Paso a la cocina. Me detengo en el umbral de la puerta, donde veo el cepillo de Elena sobre la encimera, el pintaúñas rosa en el fregadero; una copia de *Macbeth*, de Shakespeare, que le pedí que me leyera una tarde mientras yo me perdía entre sus piernas.

Sus risas, su espíritu, la certeza de que estaba ante una igual, a quien no tenía que explicar nada ni bajar el ritmo cuando

manteníamos una conversación.

«Su amor».

—Dios —murmuro dándome la vuelta y marchándome al despacho a grandes zancadas. Abro la puerta de un empujón con tanta fuerza que el pomo choca contra el pladur.

—No he podido evitar darme cuenta de la ausencia de cierta muchacha —dice Jonas mientras mira por encima del hombro como si esperara que Elena se materializara de la nada—. ¿Estoy en lo cierto si pienso que por fin has entrado en razón en lo que respecta a este matrimonio?

Sirvo dos vasos de whisky, los dejo en mi escritorio y me siento detrás. Luego le ofrezco el vaso. Está sentado en la silla de cuero enfrente de mí. Lo acepta. Ya ha abandonado el frasco de antes.

—Estarías casi en lo cierto —digo echando un trago de la bebida, notando la quemazón del líquido en la garganta para apaciguar el dolor que siento en el pecho. Me froto la cara con la mano y suspiro despacio mientras paso el dedo por la boca del vaso—. He disuelto el fondo de inversiones.

Jonas parpadea una vez, dos, tres. Sorbe la bebida con ruido, inclinándose hacia delante, haciendo crujir el cuero con su movimiento.

—¿Que has hecho qué?

—Violet no responde a mis llamadas y ha dejado bien claro que no quiere mi dinero ni dejarme entrar en su vida. ¿De qué me sirve el fondo si la persona que quiero que lo disfrute no lo acepta?

—¡Acumula intereses!

Asiento con la cabeza. Ya conozco todos los ángulos desde los que se puede abordar esto. En el avión de vuelta, el abogado testamentario de mi abuelo ya exploró todas las maneras de invertir el dinero y, si bien podía haberlo donado a alguna ONG o habérmelo

guardado por si lo necesitaba en el futuro, al final decidí emplearlo en comprar mi libertad de empresas Ricci.

No suele ser tan sencillo, pero, como Rafael necesitaba el dinero, aceptó borrar cualquier indicio de que había estado asociado con la familia.

—Espera —dice Jonas con el dedo en alto—. ¿Has pagado por desvincularte del negocio de la familia de tu esposa?

—Quería abandonar esa vida. Soy demasiado mayor para seguir viviendo así.

Jonas pone los ojos en blanco.

—Joder, tío, tienes treinta y dos tacos. ¿No será una de esas decisiones alocadas e impulsivas que tomas cuando te sientes acorralado?

No hace falta que lo diga más claro; se refiere a mi matrimonio. Al menos así es como lo ve él. Para él mi matrimonio surgió de la nada, brotó de repente porque me estaban chantajeando y simplemente cuadró con la cláusula falsa del fondo. Fue una estupidez muy peligrosa, pero me ha dado más frutos de lo que habría podido imaginar.

Sin embargo, al igual que sucede con esta decisión, fue de todo menos impulsivo.

«Absolutamente todas las decisiones que he tomado en mi vida adulta las he planificado exhaustivamente tras mucho reflexionar. No me arriesgo a no ser que esté seguro del resultado».

Me vienen a la mente esas palabras, que le dije a Elena hace semanas, y que prueban que ya entonces me esforzaba por ser sincero con ella.

No podía contárselo todo, pero lo intenté.

—No hay nada de impulsivo en esto —digo, bebiendo un trago de whisky—. Quería dejar la mafia y estoy dando los pasos

necesarios para que suceda.

—Tú mismo has dicho que de ese mundillo no se sale. —Apoya la bebida en la mesa y cruza las manos mientras enarca la ceja—. ¿Qué te hace a ti tan especial?

—Para esos tíos, no habrá prueba de que existo. Cuando los federales vayan a por Ricci, no vendrán a por mí, ya que habrán suprimido mi nombre de todos sus archivos. —Hago una pausa y me encojo de hombros—. Mi reputación, el peso que tiene mi nombre, eso no desaparece. La mala reputación es para siempre, amigo. Solo estoy dando un paso atrás de la esfera más pública del negocio.

Suelta un suspiro largo mientras niega con la cabeza.

—Boston ha debido de jugarte una mala pasada. Nunca pensé que llegaría este día.

No respondo, me limito a reclinarme en mi asiento y encogerme de hombros. Veo algo brillante a la luz bajo el escritorio y me agacho a cogerlo: es un pendiente de diamantes que estaba en el suelo. Probablemente se cayó en uno de nuestros encuentros.

Se me hace un nudo en la garganta y me arde el estómago. Hago rechinar los dientes y lanzo la joya a una papelera cercana. Jonas aprieta los labios y se revuelve en su asiento, incómodo.

—Vale. Entonces ¿dónde está tu mujercita?

Me acerco al ordenador mientras niego con la cabeza y entro en la página del gobierno de Massachusetts para asegurarme de que no me falta ningún documento antes de mandárselo al abogado.

—En vista de que no va a seguir siendo mi esposa mucho tiempo, supongo que eso es irrelevante.

Las dos semanas siguientes me mantengo alejado del centro y de casi todas las habitaciones de la casa. Duermo en el despacho para

intentar evitar todo lo que me recuerda a ella. Es como intentar vivir sin el puto sol.

La única vez que voy a La Cuadriga Llameante, Blue se acerca a mí en la barra y casi me echa a patadas diciéndome que estoy arruinando el ambiente. Depende de las propinas de los turistas, así que no puede permitirse que espante a los clientes.

En otras circunstancias le habría despedido y probablemente le habría obligado a abandonar la isla. En lugar de eso, me marcho al Asfódelos para emborracharme.

Al llegar, entro por la puerta trasera. No tengo ganas de ver a Marcelline ni de sentirme juzgado por no haberme afeitado en días. Está empezando a picarme la barba, pero no consigo que me importe.

«Te estás empezando a parecer a tu amigo la rata salvaje —me ha estado diciendo en referencia a Jonas, a quien desdeña siempre que tiene ocasión—. Dios, espero que la chica vuelva contigo».

«Y yo, Marcelline, pero han pasado dos semanas y ni siquiera me ha llamado. No tiene muy buena pinta…».

La noche del recital me pasé horas enfrente del apartamento de su abuela con el puño en alto y dispuesto a llamar a la puerta, dispuesto a llevármela a rastras de vuelta a Aplana. De vuelta al infierno. Allí es donde quería llevármela.

Para ser sincero, sigo queriendo lo mismo. Deseo que esté a mi lado con tanta fuerza que me estoy poniendo enfermo.

Sin embargo, cada vez que iba a llamar a la puerta, recordaba que no había tenido muchas opciones de elegir en su vida. Desde que nació han decidido por ella y yo hice exactamente lo mismo cuando la obligué a casarse conmigo.

Dejando de lado los sentimientos que crecieron después, no podría seguir existiendo con la conciencia medianamente tranquila

sabiendo que lo que sentía por mí había nacido de la necesidad. Que no era más que una forma de sobrellevar la vida a la que la abocaron en lugar de un acto del destino.

Así que estoy dándole tiempo, espacio para crecer, para olvidar, para reflexionar.

La belleza de la oportunidad.

Después de pasarme tanto tiempo obsesionado con ella, decidido a arruinarla para cualquier otro hombre, y disfrutando de la calidez natural que mana de su existencia, la distancia es una tortura.

Si no aparece antes de que llegue la fecha límite, saldré a buscarla. La seguiré hasta los confines de la Tierra y le suplicaré que regrese conmigo si eso es lo que necesita. Hasta que llegue ese momento, espero.

Rodeo la casa y me tenso de inmediato. Se me han puesto de punta los pelos de la nuca al percibir que no estoy solo. Hay una densidad en el ambiente, un obstáculo en el viento que no existiría si no hubiera otro cuerpo absorbiendo la temperatura.

Lo primero que veo es un cabello moreno. Después, tras buscar por la terraza, me percato de la ropa negra que envuelve el cuerpo delgado. Me siento tan decepcionado. Hundo los hombros, encorvado. Intento no combarme bajo el peso de la esperanza. Me acerco despacio, como un depredador acechando a su presa, aunque a estas alturas no valgo ni para eso.

—Violet. —Me detengo a unos metros de distancia. Me llega el aroma a vainilla y lavanda cuando sopla una racha de viento, que le revuelve el pelo trenzado—. ¿Qué… cómo me has encontrado?

Mi hermana me mira de arriba abajo antes de contestar.

—Tengo contactos.

Enarco la ceja.

—Suena turbio.

—Tal vez nos parezcamos más de lo que parece. —Se encoge de un hombro y entrecierra los ojos. Al hacerlo se le forman arrugas en la comisura de sus grandes ojos marrones—. Me han llamado del banco para decirme que me congelaban la cuenta mientras trataban de averiguar el nombre de la persona que estaba intentando depositar dinero a mi nombre. ¿Sabías que eso es típico del *phishing* y que está de moda?

—Lo sabía.

Pestañea como si no se hubiera esperado esa respuesta.

—Vale…, ¿eres consciente de que me quieren cerrar la cuenta por actividad sospechosa por culpa de las veces que has querido hacer un depósito?

—Podías haberlo aceptado. Así no solo tendrías dinero, sino que tendrías pleno acceso a tu cuenta bancaria. —Ladeo la cabeza—. Tampoco importa mucho eso ahora. Ya no habrá más depósitos.

Me doy la vuelta para dirigirme a la terraza y me siento en una de las sillas metálicas. Violet se queda donde estaba unos instantes debatiéndose. Al final se une a mí, sentándose enfrente y cruzándose de piernas.

—¿Bancarrota? —pregunta inexpresiva, como si ya supiera la respuesta.

Arrugo el entrecejo.

—¿Qué? ¡No! No estoy en bancarrota. Tengo tanto dinero en el banco que podría vivir sin trabajar por el resto de mis días.

—Fanfarrón —dice en voz baja, medio riéndose para sus adentros—. Entonces ¿qué ha pasado con el dinero que querías darme con tanta desesperación? ¿Te has cansado de que no te deje resolver mis problemas?

Me encojo de hombros raspando un trozo de revestimiento

transparente desportillado en la mesa de cristal.

—Tal vez me haya dado cuenta de que tenías razón cuando me dijiste que era muy controlador y he decidido trabajar en ello.

Vuelve a reírse, esta vez más alto.

—Kal, no te ofendas, pero llevas años acosándome. No me parece que seas el tipo de persona que simplemente hace borrón y cuenta nueva cuando alguien le señala algún defecto.

Sus palabras se me clavan en el valle desolado en que se ha convertido mi pecho, arrasado tras el paso de un tornado, esperando a que algo vuelva a crecer en el lugar que ocupa mi amor por Elena. Me doy unos golpecitos en la rodilla, canturreando por lo bajo al percatarme de que me muero de ganas de marcharme y traerla de vuelta a casa.

—Merece la pena hacerlo por algunas personas.

Violet tuerce el gesto y aparta la mirada. Observa el montón de tierra donde debía estar el jardín de Elena.

—¿Qué hace ahí esa tierra?

—Mi mujer, Elena, intentó plantar un jardín, aunque está claro que no tiene muchas habilidades con las plantas.

—Ya veo. No me parece normal que los jardines estén tan marrones en verano.

Yo me río sin ganas mientras contemplo el atardecer sobre la playa.

—La conocí, ¿lo sabías? —Se vuelve a mirarme mientras se aparta un mechón de pelo de los ojos—. Tu esposa parecía… interesante. Hermosa, pero no te pega mucho, creo. Por supuesto, solo me baso en rumores y en tu apariencia, claro.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—No andas descaminada.

Nos sentamos en silencio un tiempo hasta que se hace

insoportable, incluso para mí.

—¿Por qué no te has ido de la isla, Violet?

Se lleva la mano al colgante de girasol que lleva en el cuello y suspira.

—Si te soy sincera, no tengo ni idea. Creo que ese es precisamente el motivo por el que he venido a buscarte, porque cada vez que me voy, acabo volviendo y me acerco a tu estúpido bar y me quedo ahí plantada con ganas de entrar y hablar contigo.

—¿Vuelas hasta aquí a menudo?

Se pone colorada.

—Los padres de una amiga viajan muchísimo en avión y tienen vuelos gratis, así que los he estado utilizando yo. Es ese tipo de gente que ni siquiera se da cuenta.

Yo me limito a mirarla. Asiente con la cabeza.

—Bueno, ya sabes —carraspea y se desliza hasta el borde de la silla—. Quería verte porque me sentía mal por cómo actué en primavera. Solo tratabas de ayudar. No debería haberme portado así. Es solo que… el dinero es un tema escabroso.

—Suele serlo.

—Yo… lo siento. Ahora mismo no es buen momento para… empezar a conocernos. La familia…

—Un tema escabroso. —La detengo con un gesto de la mano antes de que llegue a clavarme el puñal—. Lo entiendo, Violet.

No decimos nada durante unos minutos. Tras esto se pone de pie y se coloca las trenzas detrás de las orejas.

—Bueno, eso es lo que quería decirte. Creo firmemente en pedir disculpas, incluso si te dañan el orgullo.

Está a punto de salir de la terraza, a punto de decir adiós, cuando una voz completamente diferente a la suya nos interrumpe, dejándola paralizada.

—¿Qué coño es esto?

38

Elena



La hermana de Kal se queda de piedra al oír mi voz en el patio, y me regocijo porque cuento con el factor sorpresa. Después miro a Kal, que sigue sentado como si nada en la silla, sin siquiera mirarme a la cara, como si no le afectara mi regreso ni le hubiera sorprendido.

Toda la satisfacción que sentía se cae por los suelos, y aparece en su lugar la ira, que me impele a avanzar por el césped hasta plantarme delante de él. Le lanzo el sobre que llevo en la mano a la cara, me llevo la mano a la cadera y vuelvo a hacerle la misma pregunta.

—¿Qué coño es esto?

Mira los papeles y luego a mí. No muestra ninguna emoción en sus ojos oscuros.

—Parece un sobre, Elena. ¿Cómo coño quieres que sepa lo que hay dentro?

Suelto un bufido, abro el sobre y le lanzo los documentos.

—¿Me estás diciendo que no fuiste tú quien le dijo a tu abogado que me enviara la nulidad del matrimonio? Porque esa firma es la tuya. La reconozco del día que firmaste la licencia de matrimonio.

La hermana de Kal abre los ojos de par en par mientras se revuelve, nerviosa, alejándose un poquito.

—Creo que será mejor que me marche…

Kal asiente con la cabeza a modo de saludo.

Cuando por fin se marcha, dejándonos solos, se me enciende el cuerpo con una energía eléctrica que me recorre las venas como un torrente al rojo vivo. Me ilumino bajo su atenta mirada por primera vez en semanas. Como una puta flor después de la oscuridad de la noche, mi corazón se abre para él en busca de nutrientes donde tal vez no haya ninguno. Tal vez volar hasta aquí haya sido algo prematuro…

Que no hubiera dado señales de vida no deja de ser una forma de responder, ¿no? No se puso en contacto conmigo en dos semanas. Tal vez fue esa su manera de acabar la relación. Que haya solicitado la nulidad matrimonial también es una reacción clara, pero aun así… Si quiere poner fin a nuestro matrimonio, lo mínimo que debería hacer es decírmelo a la cara.

—Estás guapísima —dice al cabo de un par de minutos mirándome de arriba abajo. Siento su reconocimiento en la yema de los dedos como pequeñas descargas de placer que quisieran salir a la superficie.

—No me vengas con esas. No quiero cumplidos. Quiero que me digas por qué estás intentando librarte de mí.

Cuando recibí los documentos en el apartamento de Nonna, me sentí doblemente traicionada: quedó demostrado que Kal sabía dónde estaba y que no se había dignado a presentarse allí, y además me insultó al ofrecerme la oportunidad de escapar del matrimonio.

Es muy posible que unos meses antes la hubiera aceptado sin dudarlo. Sin embargo, las cosas pueden cambiar muchísimo en ese

tiempo.

Me quedé sentada mirando los documentos un buen rato, sin apartar la mirada de su firma y la fecha límite para presentarlos. La demanda citaba el fraude como motivo de anulación, y estipulaba que Kal me había manipulado para que me casara con él y se hacía responsable de la naturaleza artera del matrimonio.

No dejaba de ser cierto, aunque eso tampoco negaba lo que había ocurrido después: el consuelo, el alivio y la validación que sentí en los brazos de este asesino. Mi obsesión. Mi ruina. Mi marido.

Une la yema de los dedos y se reclina en su asiento mientras suspira.

—Pensé que era lo que querías, pequeña: la libertad. Eres joven. Te mereces tener la oportunidad de explorar lo que la vida puede ofrecerte.

Dejo de un golpe los documentos sobre la mesa de cristal y doy un paso hacia él. Le clavo el dedo índice en el pecho.

—¡Cómo te atreves a decidir por mí! Solo me has dado una opción, después de ignorarme por completo tras el recital. ¿Cómo va a ser esto decisión mía?

Se le encienden los ojos, llenos de ira. Se levanta y me agarra el dedo sin apartarlo de su pecho.

—Me dejaste en ese puto recital, Elena. Fue un detalle maravilloso que escribieras ese poema. Recibí tu mensaje alto y claro.

—¿Qué poema? ¿En el que te decía que estaba enamorada de ti? —le suelto, con la voz tan alta como mi frustración—. Si de alguna manera eso significa «por favor, anula este matrimonio», creo que deberías volver a estudiar poesía.

—¿Eso crees?

Se acerca más a mí, iniciando así la canción y el baile más

antiguos que existen, a los que se han acostumbrado nuestros cuerpos. Me excito solo de sentirlo tan cerca. Su aroma me envuelve cuando me pone de espaldas a la mesa y se cierne sobre mí para encerrarme entre sus brazos.

Se le cae un mechón de pelo sobre la frente. Resisto la tentación de apartárselo e intento centrarme en la ira que siento antes de que desaparezca, de que se pierda en la marisma de sus caricias.

—Tal vez tengas que refrescarme la memoria —dice poniéndose de rodillas y subiendo las manos por mis muslos.

Se me corta la respiración en cuanto llega al dobladillo del vestido amarillo con los papeles de la anulación del matrimonio en el pecho. Cada nervio que tengo en el cuerpo está chillando, me advierte de que debo poner fin a esto hasta que lo hayamos aclarado todo, pero entonces noto su aliento cálido en el coño y la conversación pasa a un segundo plano.

«¿Qué importa una equivocación más después de todo lo que ha pasado?».

—Levanta el culo —me ordena, y yo le obedezco sin pensármelo. Me adelanto un poco para que me pueda levantar el vestido por encima del culo. Él maldice por lo bajo y niega con la cabeza.

—Ya veo que sigues sin ponerte bragas. ¿Has estado exhibiéndote para otros? ¿Quieres añadir el adulterio a nuestra lista de pecados? ¿O es que tenías la esperanza de follar conmigo?

Sube una mano y la coloca contra mi pecho para que me eche hacia atrás. Lo hago sin quejarme, siseando al sentir el contacto del cristal frío en el culo desnudo y después en los hombros cuando me insta a acostarme por completo.

Me roza el clítoris con los dientes. Me sobresalto al sentir la excitación que me produce el mordisco.

—Tenía la esperanza de follar contigo —contesto, porque es lo

que espera de mí.

—Pues claro que sí. Estás enganchada a mi semen, dispuesta a follar en cualquier momento en que tu marido se saque la polla. —Siento una bofetada en el coño, que me arranca un gañido de sorpresa—. A ver, ¿cuál es tu forma favorita de disfrutar de la poesía? La declamación oral.

Kal me pasa los dedos por las cicatrices que tengo en la cara interna del muslo: la «K» seguida de la «A» que añadió la noche del recital. Mi marca personal.

«A ver cómo te libras de mí ahora después de eso, cabrón».

Miro hacia el tejadillo de la terraza y sigo las telarañas con la vista mientras veo cómo vuelve a desaparecer su cabeza entre mis piernas. La lengua va siguiendo el rastro de los dedos, depositando un camino de saliva a su paso. Cuando llegan por fin al clítoris me estremezco. Tengo el cuerpo a punto de desmadejarse por completo después de pasarse estas semanas constreñido por la abstinencia.

—Como los dos sabemos, la clave de un buen poema… —dice entre susurros a intervalos mientras me lame con su lengua una vez. Dos. Tres, hasta que suelto los papeles y me aferro a los bordes de la mesa para evitar combarme y perder esa sensación— reside en la pasión.

Tras decirlo, entierra su boca en mi coño, abarcando los pliegues. Se mete el clítoris en la boca y lo lame con rápidos movimientos de la lengua. Desliza una mano por mi costado hasta el escote del vestido y me saca uno de los pechos. Lo estrecha en su mano al tiempo que me penetra con la lengua; la mete y la saca masajeándome la zona para luego pasármela entre los pliegues y rodearme el clítoris con ella. Vuelve a repetir lo mismo, chupando y lamiendo, con un ritmo acompasado que hace que esté a punto de estallar, que se me acumule la tensión en las entrañas y de ahí se

extienda por el resto de mi cuerpo como una ola de calor.

—¿Sabes cuántas noches he soñado con tenerte aquí, justo así? —me pregunta sin apartar la cabeza. El movimiento de sus labios me produce oleadas de placer—. ¿Sabes cuántas veces me he masturbado pensando en ti, abierta de piernas, gimiendo por mí?

Niego con la cabeza a pesar de saber que no puede verme. Suelta un sonido gutural y acelera el movimiento de su lengua. Esta vez no tiene que decirme que lo mire cuando me corro. Mis ojos buscan los suyos al instante cuando el orgasmo me sacude el cuerpo entero, se me comba la espalda y sofoco un gemido desgarrador.

—Así me gusta. Ya sé que estoy un poco oxidado en lo que se refiere a la declamación oral, pero a juzgar por el sonrojo de las mejillas de mi público creo que no me he olvidado de cómo se hace.

Se limpia la boca en mi muslo, se pone de pie y se desabotona la camisa. Se la quita y tira la tela negra al suelo. Después se desabrocha los pantalones, se los baja hasta los tobillos y se los quita de una patada.

Por fin está libre su polla, a la que se le ha escapado una gotita perlada de excitación por el grueso capullo. Se la menea despacio mientras me mira de arriba abajo.

—Jamás me voy a cansar de verte así —dice con un ligero movimiento de cabeza, como si le costara creerse que esté aquí.

Da un paso hacia mí. Se vuelve a coger la polla y me la pasa entre los pliegues con rudeza para mancharla de mis jugos. Siento una oleada de dolor en el coño cada vez que me la pasa, ese tipo de dolor que acaba con un tirabuzón, transformándose en deleite.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —pregunta con una ceja enarcada. Sé que debería decir que no, recobrar la cordura y volver al asunto que me ha traído hasta aquí, pero mi cuerpo tiene otros planes.

Asiento ligeramente con la cabeza. Kal da un suave gruñido y me la mete hasta el fondo con un movimiento de caderas. Me siento tan completa que dudo de que pueda volver a sacarla de ahí aunque quiera. Después de esto van a pasarse toda la vida sacando trazas de su ADN de mi interior.

Apoya las manos en la mesa a ambos lados de mi cabeza y empieza a moverse despacio, frotando su polla contra mis paredes internas, tensando la piel contra mis músculos sensibles, contra cada cumbre. La mesa rechina bajo nuestro peso y se desplaza con cada empujón. Le rodeo la cintura con las piernas para acercarlo a mí todo lo que puedo.

—Joder —dice con los ojos cerrados y echando la cabeza atrás. Esa palabra consigue inundarme el cuerpo de calidez y me siento mareada—. Te he echado tanto de menos, pequeña. Tu coño, tu cerebro, tu descaro. El Asfódelos ya no es lo mismo sin ti. Yo no soy el mismo.

Aprieto los dientes para intentar no dejarme llevar, para prolongar el placer de sentirlo en mi interior. Se me va formando un nudo en las entrañas. Estoy a punto de tener otro orgasmo, ya incipiente. Le paso los dedos por las mejillas y le coloco las palmas abiertas sobre la barba de cuatro días que le sombrea el mentón.

Vuelve a abrir los ojos de golpe y los entorna.

—Lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué?

—Te estás despidiendo. Ni se te ocurra hacer eso, Elena. No me acaricies como si esta fuera a ser la última vez.

Cojo una bocanada de aire cuando empieza a moverse más rápido. Me está embistiendo con tanta fuerza que la mesa se está desplazando hacia atrás hasta que golpea contra la pared.

—Yo no estoy haciendo nada.

—No me mientas —dice al mismo tiempo que levanta la mano para rodearme el cuello con ella, apretándome por los laterales—. ¿Por qué has venido hasta aquí si no tenías intención de quedarte?

—Me enviaste los papeles para anular nuestro matrimonio.

Suelta un gruñido, me aprieta más fuerte la garganta y me folla con más fuerza, como si estuviera tratando de abrirme por la mitad.

—Estaba intentando ser maduro y respetuoso con la situación.

—Ni siquiera te dignaste a venir a buscarme cuando me marché del teatro —chillo al tiempo que siento el orgasmo, que arrastra el dolor consigo. Llego a la cima con la mirada puesta sobre la colina hasta que empiezo a verla borrosa, incapacitada para hablar—. ¿Cómo puedes decir que me echabas de menos si ni siquiera viniste a por mí?

—Joder, Elena. —Me la inserta con más fiereza todavía, dándome tan duro que ya estoy sintiendo las magulladuras antes de que se formen—. Fui a buscarte. Quería irrumpir en el apartamento de tu abuela, echarte sobre un hombro y llevarte a casa conmigo, que es donde debes estar. Me quedé horas frente a tu puerta pensando en cuánto me odiarías si te quitaba la capacidad de elegir. Si no te dejaba asimilar las cosas a tu ritmo.

Empiezo a convulsionar en su polla antes incluso de que haya acabado la frase. Veo puntitos negros y siento esa sensación tan conocida como si flotara, suspendida en el tiempo mientras me caigo por un precipicio.

—Así me gusta, mi dulce esposa. Que te corras en la polla de tu marido. Haz que se arrepienta de no haber pasado estas dos últimas semanas enterrado en ti.

—Dios, Kallum —digo en un gemido con el orgasmo todavía lanzándome oleadas de euforia. Me lloran los ojos al sentirlo.

—¿Necesita esta adicta a mi polla que me corra dentro de ella?

Asiento con efusividad mientras le araño las cicatrices del pecho. Me incorporo para sentarme y le doy un beso mientras balanceo las caderas adelante y atrás, yendo a buscar cada uno de sus embates, enredando mi lengua con la suya y disfrutando de mi propio sabor.

Me coloca la mano abierta en la espalda, con los dedos estirados, y me agarra con fuerza contra su pecho, empujándome una última vez. Suelta un gemido ronco y desesperado. El sudor de nuestros cuerpos se entremezcla cuando se derrumba encima de mí. La mesa vuelve a quejarse de nuestro peso.

Le doy un golpecito de advertencia en el costado cuando se tambalea.

—Será mejor que cambiemos de sitio.

Kal se incorpora y se queda mirándome unos largos segundos con una expresión inescrutable en el rostro.

—Vale —dice con ternura, levantándose, llevándome a mí con él —. Entremos.

Una vez dentro, se queda extrañamente callado. Me lleva hasta el salón y me deja en el sofá. Me echa una manta afelpada por los hombros. Tras esto se vuelve a poner los pantalones, se los abrocha y se sienta en la mesita de centro que hay frente al sofá donde estoy sentada.

Trago saliva, nerviosa. ¿Estará esperando a que empiece a hablar yo? Me dispongo a hacerlo, pero él es más rápido.

—Estoy enamorado de ti, Elena.

Cierro la boca de golpe y me reclino en el sofá, disimulando una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, como disculpa es un buen comienzo.

Suspira y me muestra una ligera sonrisa. Me sorprende lo sincera que parece. En todo este tiempo que he pasado con él nunca lo he oído reír, y ahora que he vislumbrado un amago de sonrisa, siento

mariposas en el estómago.

Se pasa la mano por el cabello y me mira a los ojos, intoxicándome con la profundidad de esos pozos color marrón oscuro.

—Si te soy sincero, tengo la sensación de que da igual cuánto me disculpe, jamás quedaré absuelto de mis pecados por lo que te he hecho. No por eso voy a dejar de intentarlo, pero aun así… Solo quiero que sepas que soy consciente de que diga lo que diga va a ser inapropiado.

Alarga el brazo y me rodea la alianza que me dio el día de nuestra boda con el dedo con una sonrisa en los labios.

—No te merezco. ¿Lo sabías?

—Es tu opinión, pero vale. Prosigue.

—Cuando era un crío, aprendí a pasar desapercibido para darles espacio a mi madre y a su enfermedad. La atención tenía que ser para ella, había que centrarse en ella, así que ahí fue donde se destinó el tiempo y la energía de los demás. Venían a visitar a mi madre, a hablar con ella, y yo me quedaba en la sombra haciendo lo posible por no sentir más envidia de la que ya sentía.

Hace una pausa, negando con la cabeza.

—El cáncer es una enfermedad extraña: puede provocar celos en según quién. Ahí estaba mi madre, pudriéndose poco a poco, y yo me atreví a sentirme resentido por el hecho de que me abandonara, como si ella lo hubiera elegido.

Siento una punzada en el corazón, que se despedaza un poco más con cada palabra que dice. Me entran ganas de consolarlo, de aliviar su dolor. Sin embargo, sé que necesito oír esto. No se puede amar a una persona por completo sin conocer la oscuridad que anida en su alma. Quiero que no tenga secretos para mí, que también se convierta en mi oscuridad.

—Conocí a tus padres un año antes de que muriera. Cuando finalmente ocurrió, fui en busca de mi padre biológico con la esperanza de que… No sé, de que me acogiera, supongo. —Me rodea con otro dedo, tapando por completo el diamante—. En resumidas cuentas: no le interesaba tener un cuarto hijo, así que pasé a Servicios Sociales y acabé en un hogar de acogida en Boston. Un tiempo después, tu padre se acercó a mí en la calle y me ofreció un trabajo.

Le tiembla la garganta cuando traga saliva y se revuelve nervioso.

—No necesitas saber todos los detalles de cómo empecé en esto, pero lo que quiero que entiendas es que estaba muy necesitado de atención cuando conocí a tus padres. Tu padre me ofreció una vida de lujo y yo, que no tenía nada, enseguida lo idolatré. Tu madre… Bueno. Ella me dio el afecto que me faltaba de la mía. Supongo que la atracción surgió de allí.

»Debería haberte contado lo que había habido entre nosotros —dice agachando la mirada—. Pero cada vez que pensaba en decirlo en voz alta, en revivir esa parte de mí… No tengo ninguna excusa, excepto que cuando estaba contigo lo último que quería era acordarme de eso. Mi odio, mis ansias de venganza, se convirtieron en un ruido sordo. Después ya me pareció demasiado tarde para decir nada.

Se queda mirándome y lo veo todo en sus ojos: el miedo, la vergüenza. Toda esa carga sobre los hombros de un hombre que no se merecía eso, porque la gente en la que confiaba fue egoísta con él.

Las lágrimas me escuecen en los ojos por la forma tan desdeñosa que tiene de hablar de ello, como si pensara que no habría entendido el contexto. Como si lo hubiera culpado a él.

—Abusó de ti, Kal. Los dos lo hicieron. Robaron a un chico de la calle y lo manipularon hasta convertirlo en una marioneta.

Se le eriza la piel y dibuja una mueca.

—No fue así…

—Kal —le digo, acercándome para cogerle las mejillas. Se me salta una lágrima cuando lo miro a los ojos—. No sabías hacerlo de otra forma. Ellos eran quienes tenían que enseñarte, y te enseñaron mal.

Hay algo ardiente en su mirada, una emoción contenida. Por un instante parece que viera a través de mí, como si estuviera tratando de procesar mis palabras. Tal vez no debería haberlo acusado directamente, pero notaba que se iba a disculpar, sentía el peso que le machacaba el alma al pensar que me había echado a perder. Y no lo pude soportar.

—No quiero que te disculpes conmigo por cómo lidiaste con la vida que te tocó —le digo con ternura—. Porque yo no veo nada de malo en ti. Estás un poco asilvestrado, lejos de ser perfecto, pero…

—Soy afortunado —susurra. Vuelve a negar con la cabeza como si estuviera tratando de sacudirse las emociones de encima—. Tengo mucha suerte. Que tú hayas vuelto conmigo es una prueba clara.

Tira de mí hasta que estoy sentada en el borde del sofá, me coloca la mano en la nuca y me besa en los labios. Nuestras lenguas bailan al son de un ritmo conocido, un estremecimiento acalorado y refulgente que restalla en mis entrañas; la pasión y el amor crepitando en mi alma.

Cuando nos separamos, nos cuesta recobrar el aliento. Me pasa el dedo pulgar por el labio.

—Por si sirve de algo, siento mucho no habértelo contado. Merecías saberlo. No quiero ocultarte nada y tampoco quiero que sientas que tienes que esconderme nada a mí.

Trago saliva y asiento con la cabeza, a pesar de que el recuerdo de lo que dijo mi madre sigue siendo una bofetada en toda la cara. Le acaricio el costado y frunzo el entrecejo. Hay algo que sigue preocupándome.

—¿Te hizo ella esto?

Sigue mis dedos con los ojos mientras le acaricio la piel fruncida.

—Indirectamente, pero sí.

Se me cae el alma a los pies. Me duele el daño que le han hecho mis padres. Sin siquiera ser de su misma sangre.

—Odio saber que te ha tocado —admito con suavidad consciente de que no seré capaz de superar esto hasta que lo eche todo fuera —. Sé que no fue… Sé que no debería preocuparme…, es solo que… odio saber que llegó a verte desnudo.

—No lo hizo —niega él cogiéndome la mano y la extiende contra su piel—. Nadie más que tú. ¿Qué puedo hacer para que me creas?

Niego con la cabeza. No quiero que tenga que demostrarlo. Hay cosas que solo se superan con el tiempo. Pero no acepta mi respuesta. Se reclina y se saca la navaja que lleva siempre en el bolsillo.

—Márcame —dice ofreciéndome la hoja.

Aparto la mano del todo y me la coloco sobre el regazo.

—Dios, no. No quiero hacerte daño.

—Sí que quieres. —Me coge la mano, y me fuerza a coger la navaja rodeándola con mis dedos—. Hazme daño para que pueda sentir lo que sentiste tú.

Tengo dudas. Noto el peso de la navaja, el acero frío contra la piel. Siento la garganta atenazada por el miedo. Me pongo tensa mientras me decido. ¿Es una buena idea?

«En el mejor de los casos, si nos divorciamos y se lo monta con otra, por lo menos verán las iniciales de otra chica en su piel; le

estaría bien. En el peor de los casos, hago el corte demasiado profundo, se desangra y muere».

Me cuesta dejar pasar una oportunidad única. Tal vez hacerle un poquito de daño me ayude a pasar página.

Abro el filo de la navaja y asiento con la cabeza mientras me levanto del sofá. Él sonríe con malicia mientras se reclina sobre la mesa de centro. Me levanto dejando que se me caiga la manta de los hombros y me siento a horcajadas sobre sus caderas. Intento ignorar la empalmada que siento al instante bajo el culo.

—Los cortes tienen que ser poco profundos y firmes —dice, guiando mi mano al pectoral izquierdo y presionando la punta de la navaja contra la piel—. Tiene que salir un poco de sangre y cicatrizar sin llegar a…, ya sabes, sin matarme.

Trago saliva. Tengo el estómago en un puño. Aplico un poco de fuerza sobre la navaja mientras me da indicaciones. Traspaso la capa más externa de la epidermis. Sus elogios me lanzan descargas directamente al coño.

—Ahora gira la muñeca y acaba la letra —dice con la mandíbula apretada. El corte le abre una antigua cicatriz, que dibuja una muesca al filo de la inicial, pero, aparte de la tensión de la mandíbula, no reacciona.

La sangre mana en forma de «E». Me quedo mirándola un instante, hipnotizada por la intensidad de su color rojo. Antes de que pueda incorporarse y detenerme, le paso la lengua por la herida, deleitándome en ese sabor metálico. Mi cuerpo reacciona de forma primitiva al saborearlo.

No sé muy bien qué ocurre cuando su sangre toca mi lengua. Igual es porque él también me ha hecho sangrar y mi cuerpo agradece devolverle el favor, o tal vez sea algo más profundo. No es la primera vez que lo saboreo, pero esta vez es diferente. Es una

acción desesperada y caótica que prende llamas en mi alma.

—Dios —se atraganta Kal. Me lleva la mano al pelo cuando me incorporo, volviendo a quedar sentada sobre él, y tiro la navaja al suelo—. Joder, estoy tan enamorado de ti, Elena Ricci. ¿Me crees ahora?

—Anderson —digo, corrigiéndolo con una sonrisa—. Envié los papeles para cambiarlo legalmente. No quiero ser una Ricci cuando se hunda el negocio.

Enarca las cejas, sorprendido. Se le queda el cuerpo petrificado al percatarse de mi rostro astuto. Entorna los ojos y me tira del pelo.

—¿Qué has hecho?

Me encojo de hombros, como si fuera toda inocencia.

—Tal vez Papà debería haber aprendido a guardar mejor sus secretos en casa. Hoy en día cualquiera puede ponerse en contacto con la prensa.

Kal enreda los dedos en mi pelo y se sienta de forma que nuestras bocas quedan a milímetros de distancia.

—¿Te has chivado?

Cierro los labios con fuerza. Ya sé lo que piensa la gente de este mundillo de los informadores. Pero, como es un mundo que voy a dejar atrás, me importa una mierda lo que piensen. Supongo que podría ponernos en peligro. Pero ese ha sido un riesgo que he asumido.

Me sienta bien que Kal me abrace y me bese apasionadamente de nuevo, dejándome sin aliento hasta que empiezo a temblar y a jadear.

—Estás loca —dice al retirarse—. Espero que disfrutaras de ser mi cautiva, porque está claro que no vas a ir a ninguna parte.

—Entonces ¿nada de nulidad?

—Ni de puta coña.

39

Kal



Al día siguiente de la llegada de Elena a la isla, me levanto de la cama y procuro volver a familiarizarme con los lugares que evitaba en su ausencia. La playa, donde le enseñé mis cicatrices, las físicas; la biblioteca, donde pasó la mayor parte de su tiempo los primeros días, acurrucada, releyendo libros, desesperada por hacer algo con su tiempo.

Le doy la mañana libre a Marcelline. Meto un *bagel* en la tostadora, lo unto de queso crema y corto una granada por la mitad. Luego coloco la comida en una bandeja para llevarla al dormitorio antes de que Elena se despierte.

La dejo en la mesilla y me siento en el colchón a su lado. Sigue dormida. Le paso la mano por el costado. Me he pasado toda la noche haciendo lo mismo para recordarme que es real, que de verdad está aquí.

Que ha regresado conmigo.

La Bella del cuento con su Bestia.

Hades y Perséfone.

Por fin se despierta. Parpadea con los ojos color miel en mi

dirección, riéndose juguetona cuando me acerco, y la beso en los labios. Me separa de un empujón y suelta un medio gemido que me despierta la polla.

—Me acabo de despertar. Me huele el aliento —dice dándome la espalda.

La cojo por el hombro, la recuesto sobre la espalda y le agarro la barbilla con dos dedos.

—Después de todos los fluidos que hemos compartido, ahí es donde te plantas: tu línea roja.

Me saca la lengua, pero entonces se percata de la comida y da un gritito de emoción.

—¿Me has preparado el desayuno?

Me encojo de hombros. Cojo la bandeja y se la coloco sobre las caderas.

—No es nada del otro mundo. Además, es muy probable que se haya quedado frío.

Pone los ojos en blanco y coge la granada, pasando del *bagel*. Mastica la fruta pensativa mientras me observa.

—¿Sabes qué? —me dice—. No pensé en cómo te iba a afectar la caída del imperio Ricci antes de enviar todas las pruebas al Canal 10.

—No me va a afectar —le digo desdeñando el comentario con un gesto de la mano—. Ya me encargué yo de borrar las huellas de cualquier implicación oficial con tu padre o sus negocios. Si mi equipo de seguridad hizo lo que le pedí, ni siquiera habré existido para los Ricci. Además, tampoco es que vayan a venir a por nosotros. Conozco los tejemanejes de la isla. Todos los acólitos de tu padre darán un paso atrás. No me quieren como enemigo. Conozco a demasiada gente y no les saldría bien. Los Ancianos barrerán el caso bajo la alfombra para evitar que vaya a peor y dejarán caer a

tu padre.

—¿Y qué pasa con tu carrera de médico?

Arrugo la frente. Tiene un aire reservado, tímido; hace que me sienta intranquilo.

—Mi licenciatura, que no dejé de pagar con mi trabajo, no tiene nada que ver con tu padre, ni con nadie que no sea yo. Me saqué la carrera a pulso y nadie me la puede arrebatar.

—Pero… no ejerces de médico. Ni siquiera hablas de la profesión.

Me reclino ligeramente mientras lo pienso, con las manos en el regazo. Estoy a punto de contarle uno de los pocos secretos que me quedan y me siento como si estuviera a punto de entregarle mi corazón; rezo por que se quede conmigo. Da la sensación de que necesitamos esto; de que es el comienzo de nuestra vida en común.

—Tengo un… trastorno neurológico. Se llama misofonía, una intolerancia a ciertos sonidos. ¿Has oído hablar de ello alguna vez?

Niega con la cabeza.

—Suelo controlarlo la mayor parte del tiempo, pero hay veces que me cuesta muchísimo. A veces me desgasta tanto que no puedo concentrarme en nada que no sea el ruido, la ansiedad que me produce. Incluso cuando desaparece, me cuesta salir de ese estado, así que prefiero trabajar desde casa, donde puedo controlar los estímulos. No es que quiera evitarlos por completo, pero, si puedo hacer que mi vida sea más llevadera, voy a intentarlo.

Asiente con la cabeza y se encoge de hombros.

—Eso tiene sentido.

—Mi decisión de abandonar la profesión médica no tiene nada que ver con los negocios Ricci. Es solo que…, además de la misofonía, ya no tengo la pasión que solía sentir por la medicina. Sospecho que lo que hice fue tratar de colmar la fantasía infantil de

un niño que solo pensaba en curar a su madre.

Mastica las semillas de granada mientras me escucha, con los labios fruncidos.

—¿Qué te parece que retome mis estudios?

—Me parece una idea genial.

—Pero quiero aprender el oficio. —Agacha la mirada a mi pecho, concentrada en el apósito que me cubre la herida que me hizo anoche—. No quiero dar clases de escritura creativa. Quiero escribir.

Se me acelera el corazón y se me hincha tanto que no me cabe en las costillas.

—Entonces me muero de ganas de tener una biblioteca con todos tus libros.

Más tarde, después de que se haya terminado el desayuno y yo me haya terminado el mío, salgo de entre sus piernas y me derrumbo en la cama, a su lado, con un brazo debajo de la cabeza mientras ella coloca la suya sobre mi pecho.

—¿Sabes qué me hizo volver? —me pregunta tras un rato de silencio placentero levantando la barbilla para mirarme.

—¿El qué?

—Fue el sirope de granada que había en el avión. —Sonríe y niega con la cabeza—. Al probarlo lo supe con total certeza. Ese sirope estaba hecho para mí. Estaba demasiado rico como para prescindir de él.

Se apoya en el codo y me besa en los labios mientras se incorpora y se sienta a horcajadas sobre mí. Antes de que me dé cuenta de lo que sucede, se desliza por mi polla. Yo me río por dentro al pensar en lo irónico del asunto: Perséfone se come la semilla que la ata al Inframundo para siempre.

Mi versión es un poco diferente, un tanto sesgada, sanguinolenta y a veces directamente agonizante, pero el resultado es el mismo:

ha venido para quedarse, y la oscuridad que habita en mi interior empieza a resultarme menos pesada.

Ivers Internacional es una empresa pensada para delincuentes, fundada por delincuentes. ¿Quién iba a esconder las actividades delictivas mejor que aquellos que las cometen y salen airosos?

Tiene su sede en la sórdida ciudad de King's Trace, un pozo de mierda en Maine. No me gusta ir allí. Siempre que puedo me reúno con ellos de forma virtual.

Si no hicieran tan bien su trabajo y no tuviera una relación personal con el fundador, habría dejado de trabajar con ellos hace tiempo solo por su ubicación.

Pese a esto, decido dejarme caer por allí unas semanas después del regreso de Elena a la isla para ver si han descubierto algo sobre quién está detrás de los chantajes.

No he vuelto a tener noticias del chantajista ni de ellos desde que arrestaron a Rafe y Carmen desapareció en combate, así que solo puedo imaginarme lo que está pasando. Después de organizar una reunión con Boyd Kelly, el ingeniero jefe encargado de ciberseguridad, aterrizo en Portland y me acerco en coche hasta King's Trace intentando no dejarme llevar por su sordidez.

Me dirijo a Ivers Internacional, aparco frente al edificio y entro sin más dilación.

El suelo reluciente de la entrada parece haber sido pulido hace poco. Me recibe con un saludo una recepcionista de pelo corto, quien me entrega una llave para el ascensor tras confirmar mi visita. Camino hasta el pasillo de los ascensores fijándome en lo que hay a mi alrededor, percatándome de lo inquietantemente normal que parece todo.

No sé qué esperaba de una empresa de seguridad; lo que sea menos esos cubículos y sillas de oficina.

Salgo del ascensor al llegar a la planta pertinente y me tenso al descubrir que está prácticamente vacía. En la recepción hay una placa con los nombres de los ejecutivos. Quedan a la vista las puertas que hay a ambos lados del pasillo, sillas para sentarse a esperar y, aun así, no parece haber señales de vida allí.

Carraspeo y le doy un toque a la campanilla de recepción, balanceándome con los talones mientras espero.

Y espero.

Y sigo esperando.

Estoy empezando a perder la paciencia. Cada segundo que estoy aquí es un segundo menos que estoy en casa relajándome. Me acerco a la placa y entorno los ojos para leer el número de despacho de Boyd. Cruzo las puertas de cristal que separan la zona de recepción de los despachos y me dirijo al suyo.

—No me gusta que me hagan esperar…

Me callo súbitamente al abrir la puerta y encontrarme a una rubia pequeña sentada detrás de un escritorio grande de madera de roble, con los pies apoyados en la superficie mostrando sus Converse negras.

Me sorprendo porque la última vez que la vi se debatía entre la vida y la muerte en una cama de hospital, en coma, con el cuerpo destrozado y cubierto de sangre.

—Riley —susurro. Me tiemblan las rodillas al verla ahí delante.

Es la hermana de Boyd Kelly, el jefe del equipo de seguridad de Ivers Internacional.

Lleva el pelo corto color miel por encima del hombro y tiene los ojos azules tan profundos e insondables como el océano inexplorado. Una cicatriz le atraviesa el labio por la comisura y tiene

la piel de la mejilla maltrecha por un injerto del muslo ya curado, pero todavía algo hinchado y más sonrosado que el resto de lo piel.

Parece hundida, con esas bolsas en los ojos que parecen cráteres, perdida en un jersey que le va tres tallas grande. Cierro la puerta tras de mí despacio. Me sonríe cuando me acerco a la mesa.

—Tú sí que sabes hacer esperar a una chica —dice mientras me invita a tomar asiento con un gesto de la mano.

Es cierto, pero solo porque estoy algo confundido.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto mientras miro hacia el resto del despacho por si hubiera alguien escondido—. ¿Dónde está tu hermano?

—Boyd se ha ido a comer con su novia. Tardará un rato. Fui yo quien te pidió que nos reuniéramos.

Eso no me los esperaba.

—¿Qué?

—Querías saber quién era tu chantajista —dice mientras se reclina sobre la mesa y desliza un USB en mi dirección, dándole unos golpecitos cuando lo tengo al alcance de la mano.

Miro el dispositivo y luego a ella.

—¿Fuiste tú?

Sonríe, pero le sale forzada.

—Es una locura lo mucho que se puede aprender en poco tiempo. Supongo que es la ventaja de estar rodeada de piratas informáticos y gente de IT. Ni te imaginas lo que se puede averiguar sobre una persona si escarbas un poquito. Incluso sobre alguien como tú, doctor.

Entorno los ojos.

—Ah, ¿sí?

Asiente con la cabeza y saca otro USB. Este es un poco diferente al que me ha dado hace un momento. Es el mismo que le di yo a

Rafe el día que lo convencí para que me entregara a Elena. Es mi USB.

La miro a los ojos, lo cojo y me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta, consciente de que es la única persona que conoce mi secreto más sórdido: nadie chantajeaba a Ricci al principio. Me lo inventé todo yo.

Me da vueltas la cabeza al tratar de procesar lo que está diciendo: que una cría de dieciocho años me ha tenido cogido por los huevos todos estos meses. Aunque lo más importante es el porqué.

Traga saliva cuando se lo pregunto. Se incorpora en su asiento y dice:

—Digamos que hice algo… malo y que necesito desaparecer. Podría pedírselo a mi hermano, pero a ti se te dan muy bien los secretos, ¿no es así?

Epílogo

Elena



En la mayoría de las versiones del mito, Hades aparece como el villano.

El secuestrador, el ladrón, el ser vil al que echaron del Olimpo y obligaron a vivir en soledad en el Inframundo acompañado por las almas de los muertos.

Hablan de su crueldad, de los crímenes cometidos por él en el pasado y los esgrimen contra él.

Ninguno cuenta la historia de cómo salvó a Perséfone; de cómo la colmó de amor y afecto y le entregó su alma en el mismo instante en que posó sus ojos sobre su figura, y quedó prendado de su belleza, de su pureza.

Lo ven como al malo del cuento porque les conviene verlo de ese modo, necesitan a alguien a quien culpar de su mala suerte, de lo que les ocurre. Ninguno es capaz de ver al hombre que veo yo.

En estos momentos está sentado en la arena húmeda de la playa, esperando a que llegue otra ola a la orilla. Tiene las manos tan grandes que rodean por completo la cintura de nuestra hija pequeña. La levanta y se ríen cada vez que les golpea una ola. Yo

los oigo desde donde estoy sentada trabajando en una carta de presentación.

Al final no retomé mis estudios. Durante los meses que siguieron a mi regreso a Aplana, vi cómo se desmoronaba la vida que había conocido en Boston. Mis hermanas se vieron súbitamente despojadas de todo y tuvieron que venir a vivir con nosotros una temporada. Kal se mantuvo ocupado con sus inversiones, procurando que no le afectara el hecho de que llevaba sin saber nada de Violet desde la primavera, aunque sé que estaba preocupado. Todavía lo está.

Yo seguía tomándome la píldora religiosamente. Pese a eso me quedé embarazada. Al principio Kal no se atrevió a mostrarse muy entusiasmado dado su pasado, pero estuvo increíble durante el embarazo, contestando a todas mis preguntas y quitándome preocupaciones con su conocimiento médico.

Yo también tuve mis dudas. Llegó a decir que no quería traer niños a este mundo, pero, cuando le conté que íbamos a tener una niña, descubrí que no es que no deseara tener hijos, sino que pensaba que no los merecía. Se estaba castigando por lo que le habían hecho mis padres. Especialmente mi madre.

En cuanto nació Quincy y contempló esos ojos grandes y marrones se disipó cualquier duda que pudiera albergar sobre si la querría o si abandonaría la violencia.

No se puede decir que la haya abandonado del todo. A veces me lo encuentro en el viejo cobertizo bien entrada la noche «atando cabos sueltos» de su vida pasada, pero no ha vuelto al negocio. Cuando dejó de trabajar para los Ricci, abandonó ese mundillo para siempre.

Al menos hasta el punto en que uno puede abandonar la mafia.

A veces, cuando me hace algún corte en la piel mientras

follamos o me reabre las iniciales que me talló en el muslo y las lame como si lo necesitara para sobrevivir, me pregunto si no será esa su forma de mantener el control. Si no lo hace para lidiar con la sed de sangre.

Tampoco es que me queje.

Sus risas me distraen otra vez y suspiro, guardando el folio en mi cuaderno y dejándolo todo a un lado. Me rodeo el cuerpo con los brazos mientras me acerco a ellos por la arena.

Ya he terminado mi primer libro: un relato ficcionalizado de cómo me enamoré. Lo terminé unas semanas antes de que naciera Quincy y llevo escribiendo una carta de presentación desde entonces para enviarla a algún agente literario. Por un lado, me gusta la idea de tener el libro en el cajón, un compendio de mis palabras y mi imaginación donde solo yo puedo verlas.

A veces me siento en la terraza a leerlo mientras contemplo el jardín de flores, que por fin brotó cuando volví a Aplana, como si la primavera hubiera estado esperando a que me acomodara.

Acabaré por escribir la carta, aunque ahora mismo no hay nada más importante que esto.

Kal silba cuando me ve, mirándome de arriba abajo con los ojos entornados, deteniéndose en mis piernas.

—Q —le dice a nuestra hija acariciándole los rizos negros—. Tienes la madre más preciosa que existe en el mundo, tanto por dentro como por fuera. Has tenido mucha suerte. Estaría perdido sin ella y tú y yo tendríamos un problema.

Suelto un bufido y le salpico un poco de agua con el pie.

—Por favor, pero si eres tú el pegamento que nos mantiene unidos.

—Eso es cierto. Al menos por ahora…

—Tiemblo al pensar en cómo te comportarás cuando empiece a

tener novietes o invite a chicos a casa. ¿Podrán tener amigos nuestros hijos?

Kal sonríe. Se le ilumina la cara al hacerlo.

—Estoy más evolucionado que todo eso. Claro que puede tener amigas y amigos. ¿Quién sabe? A lo mejor tengo que preocuparme de que no le rompan el corazón las mujeres. O de que ella no se lo rompa a los demás.

Enredo mis dedos en su pelo y miro a los dos. Se me hincha el pecho al percatarme de que, por mucho que le rompan el corazón, nunca será este hombre quien lo haga.

—Os quiero —digo al tiempo que me agacho para unirme a su abrazo.

Respiro profundamente tratando de preservar el olor de la felicidad: una mezcla de dulzura y porvenir envueltos en un paquete pequeño, a veces repleto de angustia y manchas que ensucian el camino, pero que te ayudan a llegar de una pieza al otro lado.

Parece primavera aunque estemos en mitad del invierno, un rayo de luz que te llega hasta el alma y que, de alguna manera, hace que te sientas menos sola. Porque eso es la felicidad: las personas que te vas encontrando por el camino y que hacen que tu vida sea más llevadera. Una vez las encuentras, no las dejas escapar.

Agradecimientos



Estaba empezando a pensar que jamás escribiría estas palabras. Tras cinco meses de lucha contra el síndrome del impostor y la procrastinación, por fin he terminado. Me gustaría decir que he aprendido la lección, pero, si te soy sincera, así es como soy. Me gusta dejarlo todo para el final.

Una vez dicho esto, mis primeras palabras se las dedico a mi mejor amiga, Emily McIntire, la persona que lee todo lo que escribo (incluso después de haberlo tachado y vuelto a escribir diez veces). Ella me recuerda que este es mi sitio, me calma los nervios y me inspira día a día. De verdad que no sabría qué hacer sin ti. Gracias por existir.

A mis lectoras beta: Arel, Michelle y Zoe. Gracias por estar disponibles pese a las fechas de locura con las que trabajo y por ayudarme a mejorar los libros. Sois geniales.

A mis editores y correctores: os estoy muy agradecida por hacer unos libros tan bonitos y bien editados.

A todo el equipo de Sourcebooks Casablanca: gracias por apoyar este libro, por creer en él. Habéis hecho realidad mi sueño.

A la diseñadora de la cubierta, Cat, de TRC Designs: gracias por darle vida a la visión que yo tenía y crear la cubierta más maravillosa

que habría podido imaginar.

Al equipo de TRC: todos sois un eslabón importante en el proceso. Gracias por interesaros por mi libro, por seguir leyéndolo y por compartirlo con el resto del mundo.

A mi familia: gracias por apoyar mis deseos, aunque no os guste mucho el contenido de lo que escribo.

A Lord Byron, a Poe y a Arrow: no podéis leer estas líneas, pero gracias por acompañarme todos estos días estresantes de jornadas inacabables.

Para terminar, gracias a ti, lector. Sin ti esto no tendría ningún sentido.

Muerde la fruta, rompe las reglas.

El mafia romance oscuro más *hot* de BookTok.



Ella es el pecado más dulce que ha cometido jamás…

El doctor Kal Anderson supone que su corazón funcionó en algún momento, pero la existencia fría e indiferente que lleva ahora le da cierta ventaja como solucionador y médico a sueldo de la mafia: sin juicios ni complicaciones… hasta que llega Elena Ricci, la veinteañera hija de su jefe.

Tras haberse pasado la vida admirando al despiadado doctor desde la distancia, Elena lo pilla en un momento de flaqueza y comparten una apasionada noche. Desde entonces, Elena ha dejado de ser una tentación para convertirse en una necesidad para Kal, en una

obsesión. Y no está dispuesto a permitir que nadie se interponga en su camino, aunque para ello tenga que colarse en su boda con otro hombre, obligarla a casarse con él, raptarla y llevársela a la isla corrupta donde reside.

A solas con el hombre de sus pesadillas, Elena va derritiendo poco a poco la capa de hielo que rodea el corazón endurecido de Kal. Pero ¿pueden el afecto y la deliciosa perversión que le brinda su marido justificar los secretos que esconde?

La autora superventas del *USA Today*, Sav R. Miller, nos ofrece un atrevido dark romance inspirado en el mito de Hades y Perséfone.

Sav R. Miller es autora bestseller internacional de *dark romance* y romance contemporáneo. Suele tener debilidad por el villano en la mayoría de historias y piensa que todos merecemos vivir felices para siempre. Sav vive en Kentucky con dos perritos llamados Lord Byron y Poe. Le encantan las sitcoms, el silencio y el sarcasmo.



Título original: *Promises and Pomegranates*

Primera edición: junio de 2026

© 2021, Sav R. Miller, por el texto
Imágenes de los interiores: iStock
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Míriam Lozano, por la traducción

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de © Cat at TRC Designs (SOURCEBOOKS CASABLANCA)
Imágenes de portada: © DepositPhotos, iStock, Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-5711-5

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Promesas y granadas

Prólogo. Kal

1. Kal

2. Elena

3. Kal

4. Elena

5. Kal

6. Elena

7. Kal

8. Elena

9. Kal

10. Elena

11. Kal

12. Elena

13. Kal

14. Elena

15. Kal

16. Elena

17. Kal

18. Elena
19. Kal
20. Elena
21. Kal
22. Elena
23. Kal
24. Elena
25. Kal
26. Elena
27. Kal
28. Elena
29. Kal
30. Elena
31. Kal
32. Elena
33. Elena
34. Kal
35. Kal
36. Elena
37. Kal
38. Elena
39. Kal
Epílogo. Elena
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Sav R. Miller
Créditos